



EL
TEDIO

*Alberto
Moravia*

*Traducción
de Guillermo Fernández*

EL TEDIO



Colección dirigida por Guillermo Fernández (†)



EL
TEDIO

Alberto
Moravia
Traducción
de Guillermo Fernández

SECRETARÍA DE CULTURA

2 0 1 9



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Aurora González Ledezma, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santfín Villavicencio

El tedió

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Alberto Moravia, por texto

© Guillermo Fernández García, por traducción

ISBN: 978-607-490-251-8

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/17/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

ACTUALIDAD DE ALBERTO MORAVIA

La mayoría de la gente considera que la poesía se escribe en verso y la narrativa, en prosa. Olvida o desconoce que la prosa fue una invención tardía. En la antigüedad, cuando la poesía aún no se diferenciaba de la religión y de la incipiente filosofía, todos los textos se escribían en verso. Ello debido a su origen oral. Los rasgos propios del verso (métrica, ritmo, rima) son excelentes recursos mnemotécnicos. Facilitan la memorización de grandes cantidades de texto o la improvisación a partir de algunos temas dados por la tradición. Quien haya sido atormentado por una cancioncilla “pegajosa” sabe bien de lo que hablo.

El primero en distinguir y teorizar géneros y subgéneros literarios fue Aristóteles. Así, reconoció: poesía épica, poesía dramática y poesía lírica. La primera narraba las hazañas de los héroes que fundaban civilizaciones. Sus paradigmas son la *Ilíada* y la *Odisea*. Los dos poemas homéricos eran parte de la educación de todo joven griego, que debía aspirar a ser bravo como Aquiles e inteligente como Ulises. Toda civilización tiene su epopeya y sus héroes: los hindúes, a Rama; los castellanos, al Cid; los francos, a Roldán; los germanos, a Sigfrido; los maya-quichés a Hunahpú e Ixbalanqué, etc.

Es aceptado que la poesía épica dio lugar al género narrativo. Sin embargo, en la novela moderna y contemporánea casi siempre falta el elemento épico, es decir, heroico. La novela tradicional todavía tiene héroes, por ejemplo, el Jean Valjean de *Los miserables*. Aunque no siempre se trata de personajes con una conducta intachable, el enfrentar su destino o seguir sus pasiones hasta sus últimas consecuencias, hasta la destrucción y la muerte sin redención posible, tienen algo de heroico. Por

eso podemos hablar de antihéroes. Dos ejemplos: el capitán Ahab, cuya única obsesión es matar a la ballena blanca, y Heathcliff, a quien consume su desgraciada pasión por Catherine y su rencor; ambos destruyen a todos y todo lo que los rodea, y acaban destruyéndose a sí mismos.

En un conocido pasaje evangélico, Cristo enuncia: “Calientes o fríos, porque tibios los vomito”. Dichas palabras pueden interpretarse de la siguiente manera: quien obra mal de forma consciente puede hallar mayor misericordia que quien obra mal de forma inconsciente, por debilidad o por tibieza. En su *Comedia*, Dante coloca a los ángeles que no se pronunciaron en la contienda de Satán contra Dios y a los tibios en las afueras del Infierno. Es decir, en un lugar que no es ni Infierno, ni Purgatorio ni mucho menos Paraíso, fuera de la economía divina.

Pues bien, en la novela moderna y contemporánea abundan los tibios, los hombres mediocres. Pienso en el Leopold Bloom de *Ulises*, en el Josef K. de *El proceso*, el Meursault de *El extranjero*, el

Silvio Astier de *El juguete rabioso*, el Ferdinand Bardamu de *Viaje al fin de la noche* y el Gustav von Aschenbach de *Muerte en Venecia*. Todos ellos son marionetas: no del destino, sino del azar. Son víctimas inconscientes, juguetes del sinsentido.

Esta abundancia de hombres mediocres como protagonistas en la novela moderna y contemporánea puede interpretarse como un síntoma del fracaso de la Modernidad, proyecto que desembocó no en un progreso infinito para todos, sino en los horrores de las dos guerras mundiales y los totalitarismos del siglo XX, y de la bancarrota moral de Occidente.

En la novela italiana, un ejemplo de hombre mediocre es el torpe Zeno de *La conciencia de Zeno*, de Italo Svevo, con su nada sutil crítica a una de las últimas metanarrativas: el psicoanálisis. Otro ejemplo es Dino, protagonista de *El tedio*.

Pero, antes de hablar de la novela, hablemos un poco de su autor: Alberto Pincherle (el apellido de pluma, Moravia, era el del abuelo materno) nació en Roma el 28 de noviembre de 1907. Su padre,

Carlo, de origen veneciano, judío no practicante, era arquitecto y pintor. Su madre, Teresa, originaria de Ancona, era católica. Fue el segundo de cuatro hijos. Su hermana mayor, Adriana (1905-1996), fue pintora; le siguieron Elena (1909-2006), esposa del embajador Carlo Cimino, y Gastone (1914-1941), muerto en combate.

Alberto Moravia no terminó estudios escolarizados porque en 1916 se le diagnosticó tuberculosis ósea, lo que lo obligó a guardar cama por cinco años, dos de ellos internado en un sanatorio. Sólo estuvo un año en el Liceo Torcuato Tasso y terminó la secundaria con esfuerzo. Sin embargo, tuvo una amplia y profunda formación autodidacta, basada en la lectura. Entre sus autores favoritos estaban Shakespeare, Molière, Goldoni, Mallarmé, Dostoievski y Joyce. Aprendió francés y alemán e inició su carrera literaria.

El tedio se considera el volumen central de una trilogía iniciada con *Los indiferentes* y terminada con *La vida interior*. Moravia comenzó a escribir la primera en 1925 y la publicó en 1929. A pesar

de las dificultades que enfrentó su publicación, *Los indiferentes* fue muy aceptada. Se trata de una novela de corte existencialista que expone la decadencia de la burguesía italiana durante el régimen fascista, a través de una familia corrupta, que acaba vencida por su apatía y falta de dignidad.

A la vez, Alberto Moravia inició una labor prominente en el mundo literario italiano. En 1927 comenzó a escribir para la revista *900*, donde aparecieron sus primeros cuentos. En 1930 empezó a colaborar en *La Stampa*, dirigida por Curzio Malaparte, y en 1933 fundó, con Mario Pannunzio, la revista *Caratteri* y luego *Oggi*. Escribió para la *Gazzetta del Popolo*, *Il Popolo di Roma*, *Il Mondo*, *Europeo* y el *Corriere della Sera*, donde publicó reportajes, críticas y relatos. En 1953 fundó la revista *Nuovi Argomenti*, uno de cuyos editores fue Pier Paolo Pasolini. A partir de 1957, Moravia escribió críticas cinematográficas para *L'Espresso*, que en 1975 fueron reunidas en el volumen *Al cinema*.

En 1941, Alberto Moravia se casó con la escritora Elsa Morante, de quien se separó en 1962 para unirse con la joven escritora Dacia Maraini. En 1986 se casó con Carmen Llera.

Durante el fascismo, para evitar la censura, Moravia escribió cuentos alegóricos y surrealistas. Sin embargo, en 1979, cuando apareció *La vida interior*, que narra la relación enfermiza entre una madre y su hija, el magistrado de la ciudad de Aquila, en los Abruzos, Massimo Donato Bartolomei, ordenó su retiro de todas las librerías italianas bajo la acusación de “obscenidad”.

No obstante, desde su primera novela, *Los indifere*ntes, la inmensa obra de Moravia tuvo gran aceptación del público y de la crítica, y le valió importantes premios, como el Strega, en 1952, por *I Racconti*; el Marzotto, por *I Racconti Romani*, de 1954; el Viareggio, en 1960, por *El tedio*, entre otros. Moravia fue presidente del Pen Club Internacional de 1959 a 1962. Muchas de sus obras han sido llevadas al cine por directores de la talla de Bernardo Bertolucci, Jean-Luc Godard, Vittorio de Sica, etc.

Desde 1984 hasta su muerte, acaecida el 26 de septiembre de 1990, en Roma, Alberto Moravia representó a Italia en el Parlamento Europeo.

He aquí un esbozo biográfico, a vuelapluma y por ende incompleto, como todo esbozo, de uno de los escritores italianos más importantes del siglo XX, cuyo nombre sonó varias veces como candidato al Nobel de Literatura (aunque no recibió dicho premio).

Hablemos ahora de *El tedio*. La novela presenta una estructura particular, pues consta de un prólogo, nueve capítulos y un epílogo. Se trata de una estructura, digamos, ensayística, pues en el prólogo se nos presenta una situación que será desarrollada a lo largo de los nueve capítulos y concluirá en el epílogo.

Dino, el protagonista, es también el narrador en la novela, y, en el prólogo, expone con abrumadora claridad cuál es su problema: el tedio. Usualmente, concebimos éste como aburrimiento, no así Dino:

Durante muchos años, el tedio ha sido lo contrario de la diversión; y diversión es distracción, olvido. Para mí, en cambio, el tedio no es lo contrario de la diversión, y hasta podría decir que, bajo ciertos aspectos, él se asemeja a la diversión, en vista de que me provoca distracción y olvido, aunque de un modo muy particular. Para mí, el tedio es justamente una especie de insuficiencia, inadecuación o escasez de realidad.

El tedio es, para Dino, parafraseando sus palabras, la absurdidad de una realidad insuficiente y, por tanto, incapaz de persuadirlo de su propia y efectiva existencia. También es incomunicabilidad, incapacidad de salir de él y de sí mismo. Por supuesto, dicho tedio tiene que ver con el dinero, porque, gracias a su madre, Dino tiene la vida resuelta.

En el prólogo, Dino expone con brutal claridad qué es para él el tedio, cuál ha sido su papel en la historia de la humanidad y en su vida particular hasta el momento. Sin embargo, como el saber que

uno está enfermo no siempre sana, el conocimiento de nuestros males no basta para salvarnos de ellos. Así, a lo largo de los nueve capítulos, hasta arribar al epílogo, asistimos al fracaso de Dino, causado por el tedio; a una sucesión de fracasos, como pintor, como hijo, como hombre, que se suman en un fracaso total.

Como afirmé anteriormente, Alberto Moravia pertenece a esa estirpe de escritores que, con conciencia crítica y brutal claridad, han dado cuenta de la bancarrota moral y del fracaso de Occidente. Ahora que todo vale nada, pero cuesta demasiado y dura poco, debemos preguntarnos si no estamos también enfermos de tedio. Siempre es preferible enfrentar el horror de la existencia, que no es sino vacío, absurdidad y finitud, a través de la página impresa. Si no es una cura, al menos es una forma de consuelo.

SAÚL ORDÓÑEZ

Toluca, México, marzo de 2019

EL TEDIO

PRÓLOGO

Recuerdo muy bien cómo fue que decidí dejar la pintura. Una noche, después de haber estado ocho horas seguidas en mi estudio, ora pintando cinco o diez minutos, ora tendiéndome en el diván durante una o dos horas, con los ojos fijos en el techo, de repente, como por una inspiración finalmente auténtica después de tantos débiles conatos, aplasté el último cigarrillo en el cenicero, colmado ya de colillas apagadas, salté como felino del sillón en que estaba sentado, cogí un cuchillito que usaba para raspar algunas veces los colores y, con repetidos golpes, rasgué la tela que estaba pintando, hasta reducirla

a jirones. Pero luego me di cuenta de que toda mi energía creativa, por llamarla de algún modo, se había descargado por entero en aquel furioso y, en el fondo, racional gesto destructivo. Había trabajado en aquella tela durante los dos últimos meses, sin tregua, encarnizadamente; destruirla a cuchilladas equivalía, en esencia, a haberla terminado, tal vez de manera negativa en cuanto a los resultados exteriores, que, por lo demás, me interesaban poco; pero positiva en lo concerniente a mi inspiración. En efecto: destruir la tela significaba haber llegado a la conclusión de una larga conversación sostenida conmigo mismo desde mucho tiempo atrás. Significaba haber puesto al fin los pies sobre un terreno firme, de modo que la tela limpia que ahora estaba en el caballete no era simplemente cualquier tela sin usar todavía, sino precisamente la que había puesto en el caballete después de una prolongada zozobra. Tratando de consolarme de aquella sensación de catástrofe que me cerraba la garganta a partir de esa tela, semejante en apariencia a tantas otras telas, pero para mí cargada de significados y resultados,

finalmente pensé que ahora podía volver a empezar desde un principio, libremente. Como si aquellos diez años de pintura no hubiesen pasado y yo aún tuviera veinticinco años; como cuando dejé la casa de mi madre y me fui a vivir al estudio de la calle Margutta, para estar más cómodo y dedicarme por entero a la pintura. Pero, por otra parte, podía ser –y hasta era muy probable– que la tela limpia que ahora se enseñoreaba sobre el caballete significara un desarrollo no menos necesario e íntimo, pero totalmente negativo, que, mediante avances insensibles, me había llevado a la total impotencia. Y que esta segunda hipótesis podía ser la verdadera parecía demostrarlo el hecho de que el tedio había acompañado de continuo mi trabajo durante los últimos seis meses, hasta hacer que lo dejara para siempre aquella noche en que desgarré la tela, de la misma manera en que un sedimento calcáreo acaba por obstruir un tubo e impide por completo el flujo del agua.

Pienso que, al llegar a este punto, quizá sea necesario decir algunas palabras sobre el tedio,

un sentimiento del cual hablaré a menudo en estas páginas. Hasta donde alcanza mi memoria, recuerdo que siempre he sido una víctima del tedio. Pero es necesario ponernos de acuerdo en lo tocante a esta palabra. Durante muchos años, el tedio ha sido lo contrario de la diversión; y diversión es distracción, olvido. Para mí, en cambio, el tedio no es lo contrario de la diversión, y hasta podría decir que, bajo ciertos aspectos, él se asemeja a la diversión, en vista de que me provoca distracción y olvido, aunque de un modo muy particular. Para mí, el tedio es justamente una especie de insuficiencia, inadecuación o escasez de realidad. Para emplear una metáfora, la realidad, cuando me aburro, me produce el efecto desconcertante que le produce una cobija demasiado corta a un durmiente en una noche de invierno: si la recorre hacia los pies, siente frío en el pecho; la jala hacia el pecho, y siente frío en los pies, y realmente no puede dormir en toda la noche. Otra comparación: mi tedio se parece a la misteriosa y frecuente interrupción de la corriente eléctrica en una casa; a ratos todo es claro y evi-

dente; aquí están las sillas, el sofá, y más allá los armarios, las consolas, los cuadros, las cortinas, los tapetes, las ventanas, las puertas; un momento después, sólo hay oscuridad y vacío. O bien, tercera comparación: mi tedio podría definirse como una enfermedad de los objetos, que consiste en un marchitamiento o pérdida de vitalidad casi repentina, como si se viera en pocos segundos, mediante transformaciones sucesivas, cómo el botón de una flor se abre y se marchita con gran rapidez, hasta ser solamente polvo.

El sentimiento del tedio surge en mí del sentimiento de la absurdidad de una realidad, como he dicho, insuficiente e incapaz de persuadirme de la propia y efectiva existencia. Hasta que me digo que este vaso es un recipiente de vidrio o de metal, fabricado para vaciar en él un líquido y llevarlo a los labios; hasta que soy capaz de representármelo con convicción, puedo decir que me parece que tengo con él una relación cualquiera, suficiente para hacerme creer en su existencia y, en línea subordinada, también en la mía. Pero el hecho

de que el vaso se marchite y pierda su vitalidad de la manera que he dicho; que se me manifieste como una cosa extraña, con la cual no tenga ninguna relación y me parezca un objeto absurdo, de esta absurdidad brotará el tedio, el cual, a fin de cuentas, y tengo que decirlo, no es otra cosa que incomunicabilidad e incapacidad de salir de él. Este tedio no me haría sufrir tanto si no supiera que, aun sin tener relaciones con el vaso, podría tenerlas, si el vaso existe en algún paraíso desconocido, donde los objetos no dejan de ser objetos un solo instante. Por lo tanto, el tedio, además de ser la incapacidad de salir de mí mismo, es la conciencia teórica de que quizá podría escapar de él, gracias a no sé qué milagro.

He dicho que siempre me aburro; agrego que sólo en los últimos tiempos he logrado comprender con suficiente claridad lo que verdaderamente es el tedio. Durante la infancia, la adolescencia y la primera juventud, padecí el tedio sin explicármelo, como aquellos que padecen de jaqueca constante y jamás se deciden a ver al médico. Cuando era

niño, el tedio asumía formas muy oscuras, para mí mismo y para los demás, que yo no podía explicar, y que los otros, sobre todo mi madre, atribuían a disturbios de la salud o a otras causas semejantes, igual que el mal humor de los niños más pequeños se atribuye a la salida de los dientes. En aquellos años, dejaba de jugar repentinamente, y me quedaba inmóvil horas enteras, como atónito, vencido en realidad por la pena que me inspiraba lo que he llamado el marchitamiento de los objetos, y me refiero a la oscura conciencia de que entre ellos y yo no había ninguna relación. Si en esos momentos entraba mi madre a mi cuarto y me veía silencioso, inerte y pálido por el sufrimiento, me preguntaba qué tenía yo, a lo cual respondía invariablemente: “me aburro”. Así le explicaba, con una palabra de significado claro y preciso, un estado de ánimo muy vasto y oscuro. Entonces mi madre, tomando en serio mi afirmación, se inclinaba para abrazarme, y luego me prometía llevarme al cine esa misma tarde; me prometía una diversión que, cosa que ahora sé muy bien, no era lo contrario del tedio,

ni su remedio. Y yo, aun fingiendo que acogía con dicha su propuesta, no dejaba de experimentar el tedio, ese mismo que mi madre quería ahuyentar besándome la frente, abrazándome con fuerza, prometiéndome el espejismo del cine. En ese momento, yo no sentía ninguna relación con aquellos besos, con aquellos brazos, con la promesa del cine. ¿Cómo habría podido explicarle a mi madre que mi tedio no podía aliviarse de ninguna manera? Desde aquellos tiempos noté que el tedio consiste principalmente en la incomunicabilidad. Ahora, sin poder comunicarme con mi madre, de la cual me separé como de cualquier otro objeto, estoy obligado en cierto modo a aceptar el malentendido y a mentirle.

Sobrevuelo los desastres del tedio durante mi adolescencia. Mi fracaso en los estudios se atribuyó a las así llamadas “debilidades”, o sea a las incapacidades congénitas en esta o aquella materia. Y yo mismo aceptaba esta explicación, a falta de otra más válida. En cambio, ahora estoy seguro de que las malas calificaciones que me llovían al

terminar el año escolar se debían a un solo motivo: el tedio. La verdad es que yo sentía, con profundo malestar, que no tenía ninguna relación con todo aquel inmenso fárrago de reyes atenienses y de emperadores romanos, de ríos de América del Norte y de montañas de Asia, de endecasílabos de Dante y de hexámetros de Virgilio, de operaciones algebraicas y de fórmulas químicas. Nada me importaba esta infinita cantidad de nociones, o sólo me importaba en cuanto me servía para constatar la absurdidad fundamental. Pero, como ya lo dije, no me jactaba con lo demás, ni conmigo mismo, de este sentimiento negativo; es más, me decía que no debería tenerlo, y sufría. Recuerdo que este sufrimiento me inspiró el deseo de definirlo y de explicarlo. Pero era un muchacho, con toda la pedantería y pretenciosidad de la juventud. Y el resultado fue un proyecto de historia universal según el tedio, del cual sólo escribí unas cuantas páginas. La historia universal, según el tedio, se basaba en una idea muy simple: ni el progreso, ni la evolución biológica, ni la economía, ni ninguna

otra razón que suelen aducir los historiadores de diferentes escuelas eran el resorte de la historia, sino el tedio. Enfervorizado por este magnífico descubrimiento, fui a la raíz de las cosas. En un principio era el tedio, vulgarmente llamado caos. Y Dios, cansado del tedio, creó la tierra, el cielo, las aguas, los animales, las plantas, a Adán y a Eva; y estos últimos, aburridos de estar en el paraíso, comieron del fruto prohibido. Dios se aburrió de ellos y los expulsó del Edén; Caín, aburrido de Abel, lo mató; Noé, aburriéndose más de la cuenta, inventó el vino; Dios, aburrido una vez más de los hombres, destruyó el mundo con el diluvio; pero esto también lo aburrió tanto que hizo volver el buen tiempo. Y así por el estilo. Los grandes imperios egipcios surgían del tedio y caían por el tedio; el tedio del paganismo llevaba al cristianismo; el tedio del catolicismo llevaba al protestantismo; el tedio de Europa llevaba a descubrir América; el tedio del feudalismo provocaba la revolución francesa, y la del capitalismo la revolución rusa. Anoté estos hallazgos en un cuadro sinóptico; y luego, con

gran celo, empecé a escribir esa historia. No lo recuerdo bien, pero creo que no fui más allá de la descripción, muy particularizada, del horrible tedio que padecían Adán y Eva en el Edén, y cómo, a causa del tedio, cometieron el pecado mortal. Al fin, dicho proyecto me aburrió también, y lo dejé plantado.

En realidad, el tedio que padecí entre los diez y los veinte años fue más intenso que el padecido en las siguientes épocas de mi vida. Nací en 1920, lo cual quiere decir que mi adolescencia transcurrió bajo la bandera negra del fascismo, o sea de un régimen político que creó, como sistema, la incomunicación entre el dictador y las masas y la de cada individuo con el dictador. El tedio, que es falta de relación con las cosas, estuvo en el aire que respirábamos; a este tedio social es preciso añadir el tedio de la obtusa urgencia sexual que, como sucede a esa edad, me impedía comunicarme con ciertas mujeres que podían desahogarla. Sin embargo, el tedio me salvó de la guerra civil que poco después devastaría a Italia durante dos años;

fui soldado en una división destacada en Roma y, en cuanto se proclamó el armisticio, me quité el uniforme y volví a casa. Pero luego se promulgó un edicto en el cual se ordenaba el regreso de todos los militares, so pena de muerte. Y mi madre, con su característica obsequiosidad ante las autoridades, que en aquel momento eran fascistas y alemanas, me aconsejó ponerme de nuevo el uniforme y presentarme en la comandancia. Ella quería mi salvación; pero, en realidad, me empujaba hacia la deportación y, probablemente, a la muerte en un campo de concentración nazi, como les sucedió a muchos de mis compañeros de armas. Lo que me salvó fue el tedio, solamente el tedio, o sea la imposibilidad de establecer cualquier tipo de relación con aquel edicto, con aquel uniforme, con los fascistas; mi salvación fue el mismo tedio que había padecido durante veinte años, y que ahora me permitía ver el gran imperio del fascismo y de la cruz gamada como algo inexistente. A pesar de las súplicas de mi madre, me refugié en el campo, en la villa de un amigo, y ahí pasé todo

el periodo de la guerra civil, pintando, pero sólo como un pasatiempo. Y me convertí en pintor, con la esperanza de restablecer, de una vez por todas, la relación con la realidad mediante la expresión artística. Es más, el primer alivio que me dio el entusiasmo por la pintura casi me convenció de que mi tedio no había sido hasta entonces sino el tedio de un artista que ignoraba serlo. Me engañaba; no obstante, por algún tiempo tuve la ilusión de haber hallado el remedio.

Al terminar la guerra, volví a casa de mi madre, que, mientras tanto, había adquirido una gran villa en la vía Appia. Yo esperaba que la pintura derrotara en definitiva mi tedio; pero pronto me di cuenta de que no era así. Volví a padecerlo a pesar de la pintura. Y, puesto que el tedio interrumpía de modo automático la pintura, me percaté de la intensidad y frecuencia de mi viejo mal, mucho mayor que cuando no pintaba. El problema de mi tedio no presentaba grandes cambios; empecé a preguntarme cuáles podían ser los motivos, y, mediante exclusiones, acabé por pensar que me

aburría pues era rico, y que, si no lo fuese, no me aburriría. En ese tiempo esta idea no estaba muy clara en mi mente, como ahora sobre el papel; más que de una idea, se trataba de una sospecha casi obsesiva de que existiera un nexo indudable, aunque todavía oscuro, entre el tedio y el dinero. No quiero detenerme demasiado en este periodo tan desagradable de mi vida. Puesto que me aburría, y cuando me aburría no pintaba, empecé a odiar con toda el alma la villa de mi madre y las comodidades que me brindaba; le achacaba a la villa mi tedio y la consecuente imposibilidad de pintar: mi anhelo más grande era el de escapar de ahí. Sin embargo, en vista de que se trataba solamente de una sospecha, no lograba formularle con toda claridad a mi madre la única cosa que debía decirle: no quiero vivir contigo porque eres rica; la riqueza me aburre y el tedio me impide pintar. Procuraba ser insoportable por instinto, para sugerirle y, en cierto modo, imponer mi salida de la villa. Recuerdo esos días de eterno mal humor, de tozuda hostilidad, de rechazo obstinado, de antipa-

tía casi morbosa. Nunca traté de peor manera a mi madre como en esa época; y así, al tedio que me oprimía agregué mi piedad por ella, que no podía explicarse mis desaires. Aunque lo que más me hacía sufrir era una especie de parálisis de todas mis facultades, por lo cual, mudo, apático y obtuso, me parecía estar emparedado dentro de mí mismo, como si me hallara dentro de una prisión hermética y asfixiante.

Mi permanencia en la villa y mi consecuente estado de ánimo se habrían prolongado probablemente mucho más si, por fortuna, no hubiese creído reconocer en mi tedio el sentimiento análogo al que había arruinado la relación con mi padre. Y llegó el momento de hablar también de él, aunque de paso, por haberme precedido en el camino del tedio.

Por cuanto he podido colegir, mi padre era un vagabundo nato, uno de esos hombres que, en casa, enmudecen, pierden el apetito y se rehúsan a vivir, como ciertos pájaros que no toleran el encierro en la jaula; y que, en cambio, una vez sobre el puente de un barco o en el compartimiento de un tren re-

cuperan toda su vitalidad. Era alto, atlético, rubio y de ojos azules, como yo; pero yo no soy guapo, a causa de mi calvicie precoz y de mi cara hosca y gris. Él sí era apuesto, según las jactancias de mi madre, que quiso casarse con él por la fuerza, pese a que mi padre le decía una y otra vez que no la amaba y que pronto la abandonaría. Yo lo vi pocas veces, porque él viajaba mucho, y la última vez que lo ojeé sus cabellos rubios estaban casi grises, y su cara de adolescente se hallaba cubierta de arrugas delgadas pero profundas; aún usaba las despreocupadas corbatas de moño y los trajes a cuadros de su juventud. Iba y venía: escapaba de mi madre, con la cual se aburría; luego regresaba a ella, para pedirle dinero y emprender otra fuga, porque no tenía un clavo, aunque, en teoría, comerciaba en “importaciones y exportaciones”. Hasta que no volvió nunca más. Una racha de viento, en el mar de Japón, volcó un *ferry-boat* con cien pasajeros a bordo, y mi padre se ahogó con ellos. Qué hacía en Japón, si se hallaba ahí a causa de las “importaciones y exportaciones” o por cualquier otra razón, nunca

se ha sabido. Según mi madre, a la que le gustaban las definiciones científicas –o las que parecieran tales–, mi padre estaba enfermo de “dromomanía”, o sea la manía del movimiento. Era posible que a tal desatino se debiera, comentaba penosamente mi madre, su afición por los sellos postales, pequeños documentos coloreados de la variedad y la vastedad del mundo, de los cuales había acumulado una hermosa colección, que ella aún conservaba, y a sus grandes conocimientos de geografía, la única materia que estudió bien durante sus años de escuela. Como quise darlo a entender, mi madre consideraba la dromomanía de mi padre como una característica meramente individual mas, en el fondo, insignificante; yo, en cambio, lo menos que podía hacer era sentir una especie de compasión fraternal por aquella figura patética y descolorida, cada vez más descolorida con el paso de los años, en la que me parecía vislumbrar algunos rasgos comunes conmigo, al menos en lo concerniente a sus relaciones con mi madre. Aunque, pensándolo bien, eran rasgos exteriores: mi padre, es verdad,

también había sufrido el tedio; pero en él este sufrimiento se había resuelto en un vagabundeo feliz en muchos países. Dicho de otra manera, su tedio era vulgar, no como lo entendemos generalmente, puesto que lo remediaba con sensaciones nuevas y raras. Mi padre creía en el mundo, al menos en el de la geografía, mientras que yo no lograba creer ni siquiera en un vaso.

Sea como fuere, mi madre no se anduvo con miramientos y creyó ver en mi tedio, de primas a primeras, el tedio superficial que había dificultado su relación con el marido: “Por desgracia, tú tienes más de tu padre que de mí”, me dijo finalmente un día, de modo expeditivo. “Sé que, cuando les da, lo mejor es que se vayan. Vete adonde quieras y, cuando se te haya pasado, regresa”.

Le respondí al punto, aliviado, que mi intención no era la de partir: viajar no me interesaba en lo más mínimo. Sólo quería irme de casa, vivir por mi cuenta. Mi madre objetó que era absurdo que me fuera a vivir lejos disponiendo de una gran villa, donde, por añadidura, hacía lo que se me antojaba.

Pero yo, decidido a aprovechar la ocasión, respondí que partiría al día siguiente, lo más temprano que me fuera posible. Mi madre comprendió que yo hablaba en serio. Entonces se limitó a repetir con experta amargura que reconocía en mi respuesta hasta el tono de voz de mi padre, y a la postre me dijo que hiciera lo que se me antojara, que me fuera a vivir adonde yo quisiera.

Quedaba la cuestión del dinero. Éramos ricos, ya lo he dicho, y hasta entonces había dispuesto de un crédito ilimitado, por así decirlo: sacaba dinero de una cuenta bancaria de mi madre cuando lo necesitaba. Pero mi madre —que no quería que se repitiera conmigo la experiencia vivida con el marido, al cual le había dado siempre bastante dinero para escapar, pero no el suficiente para estar mucho tiempo lejos de ella— me advirtió de modo cortante que me daría una cierta cantidad mensual. Le dije que no deseaba nada más; y cuando me dijo, casi con una especie de airado remordimiento, la cantidad que me asignaría, le dije de inmediato que me conformaba con la mitad. Mi madre, preparada ya

a tener una discusión semejante a las que sostenía con mi padre, a quien nunca le bastaba el dinero, se asombró al saber de mi inesperado desinterés. “Con tan poco no podrás vivir, Dino”, exclamó, casi involuntariamente. Le respondí que eso era cosa mía; y, a fin de no darme aires de asceta, agregué que esperaba vivir muy pronto de la pintura. Creo que mi madre me miraba con incredulidad; no ignoraba que ella no creía en mis capacidades artísticas. Días después encontré un estudio en la calle Margutta y me mudé con todas mis cosas.

Como era natural, el cambio de domicilio no modificó en nada mi estado de ánimo. Quiero decir que, al desvanecerse el primer alivio que proporciona cualquier mudanza, volví a aburrirme a intervalos, como en el pasado. He dicho “como era natural” porque estaba claro que el tedio no desaparecería por un simple cambio de casa, y era rico no por vivir en la vía Appia, sino porque dispondría de una cierta cantidad de dinero. En el fondo, no importaba mucho que luego no lo usara; existen ciertos acaudalados que son avaros, que

gastan una parte muy pequeña de sus rentas y viven pobremente, y nadie pensaría que por ello son pobres. Y así, ante la primera idea –o, mejor dicho, la primera obsesión– de que mi tedio y la consecuente esterilidad en el arte se debían al hecho de vivir con mi madre, poco a poco la sustituyó una segunda obsesión, más grande: no era posible renunciar a la riqueza propia; ser rico era como tener ojos azules y nariz aguileña; una determinación sutil ataba al rico al dinero, y el color del dinero teñía su decisión de no usarlo. En fin, yo no era un rico que había dejado de serlo, sólo era un rico que fingía ser pobre, ante sí mismo y ante los demás.

Me demostraba la certidumbre de esto como sigue: “¿Qué le pasa a un verdadero pobre cuando no tiene dinero? Se muere de hambre. ¿Qué haría yo en semejante caso? Le pediría ayuda a mi madre. Y si no se lo pidiera, no por esto me considerarían pobre, sino sólo un loco”. Pero el mío no era un caso extremo, pensaba poco después: era un caso medio, puesto que aceptaba ser un mantenido de

mi madre, aunque la manutención se limitara a lo estrictamente necesario. De tal manera que, comparado con los verdaderos pobres, me hallaba en la situación privilegiada y desleal del jugador rico frente al jugador pobre: el primero puede perder lo que quiera; el segundo, no. Y, sobre todo, el primero puede “jugar” y divertirse, mientras el segundo sólo pretende vencer.

Es difícil expresar lo que experimentaba al pensar en estas cosas. Era como una sensación de brujería mezquina contra la que no podía hacer nada, porque no podía saber cuándo ni cómo se practicaría la magia que me entrampaba. En ocasiones pensaba en el versículo evangélico: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios”; y me preguntaba qué cosa significaba ser rico. ¿Se es rico por disponer de mucho dinero? ¿O porque se había vivido y se seguía viviendo en una sociedad que ponía a la riqueza por encima de cualquier otro bien? ¿O porque se creía en la riqueza y se deseaba volverse rico, o se lamentaba de haberlo

sido? ¿O porque, como en mi caso, no se quería ser rico? Mientras más lo pensaba, más difícil era precisar para mí mismo el sentido de determinación y predestinación que me inspiraba la opulencia. Se sobreentiende que este sentimiento no habría existido si hubiese logrado liberarme de mi originaria obsesión de que el tedio dependía de la riqueza, así como de la esterilidad del arte. Pero todas nuestras reflexiones, incluso las más racionales, surgen de un dato oscuro del sentimiento. Y es más difícil liberarse de los sentimientos que de las ideas: éstas van y vienen, pero los sentimientos permanecen.

Se me objetará que, a fin de cuentas, no era más que un pintor fracasado que, caso tal vez muy raro, era consciente del propio fracaso, y nada más. De acuerdo, pero hasta cierto punto. Era cierto que yo había fracasado, pero no porque no supiera pintar cuadros que gustaran a los demás, sino porque sentía que mis cuadros no me permitían expresarme, que no me daban la ilusión de tener una relación con las cosas... y que, dicho en pocas palabras, no me salvaban del tedio. Y yo, en el fondo, había

comenzado a pintar para huir del tedio. Si seguía aburriéndome, ¿para qué pintar?

Si mal no recuerdo, me fui de la villa de mi madre en marzo de 1947; diez años después, rompí a cuchilladas mi último cuadro, como ya lo he descrito, y tomé la decisión de no volver a pintar. De inmediato, el tedio, que el ejercicio de la pintura había mantenido a raya, volvió a asaltarme con violencia inaudita. He dicho cómo mi tedio se debía, en el fondo, a una falta de relación con las cosas; y en esos días, para colmo de males, sentí una ausencia de relación conmigo mismo. Sé que es muy difícil explicar todo esto, y me limitaré a hacerlo con una metáfora: durante los días que siguieron a mi decisión de abandonar la pintura, fui para mí mismo una especie de individuo insoportable que un viajero encuentra en el mismo compartimiento al principio de un largo viaje. El compartimiento es de estilo antiguo, sin comunicación con los otros compartimientos; el tren no se detendrá hasta el fin del viaje; el viajero tiene que estar con el odioso compañero durante toda la ruta. En realidad, sin

ninguna metáfora, durante todos esos años el tedio, bajo la superficie de mi oficio de pintor, había corroído mi vida hasta el fondo, sin dejar nada en pie; de modo que, al dejar la pintura, sentí que me había transformado en una especie de chatarra o de muñón informe. Ahora, como he dicho, el aspecto principal del tedio era la imposibilidad práctica de estar conmigo mismo, la única persona de la cual, por otra parte, no podía zafarme de ningún modo.

En esos días, una impaciencia extraordinaria dominaba mi vida. No me gustaba nada de lo que hacía, y nada me parecía digno de hacerse; por otra parte, no lograba imaginar algo que pudiera gustarme, algo que pudiera mantenerme ocupado de modo duradero. No hacía más que entrar y salir del estudio con cualquier pretexto, incluso el más fútil, con tal de no estar ahí: comprar cigarrillos que no necesitaba, tomar un café que no se me antojaba, comprar un periódico que no me interesaba, ir a una muestra de pintura sin tener la más mínima curiosidad, y así por el estilo. Sabía perfectamente que estas ocupaciones no eran sino bochornosos

disfraces del tedio; tan consciente estaba de ello que, a menudo, no terminaba de hacer lo que había pensado: en lugar de comprar el periódico, de tomar el café o de ir a la muestra, después de dar unos cuantos pasos, regresaba al estudio del que saliera con tanta prisa un minuto antes. Pero en el estudio me esperaba el tedio y todo recomenzaba, naturalmente.

Contaba con una pequeña biblioteca, porque siempre he sido un buen lector. Escogía un libro, pero pronto lo dejaba a un lado: novelas, ensayos, poesía, teatro; toda la literatura del mundo, pero ninguna página lograba atraer mi atención. Y, por otra parte, ¿por qué debía hacerlo? Las palabras son símbolos de objetos, y con los objetos, ya lo he dicho, no tenía ninguna relación. Dejaba, pues, caer el libro; a veces lo arrojaba a un rincón, en un arranque de furia, y recurría a la música. Contaba con un tocadiscos excelente, regalo de mi madre, y unos cien álbumes. Pero ¿quién dijo que la música surte efecto de cualquier manera, que obliga a escucharla forzosamente, y que la oye hasta la

persona más distraída? Quien dijo semejante cosa andaba muy errado. En realidad, mis oídos no sólo se negaban a escuchar, sino también a oír. Y luego, a punto de escoger un disco, esta idea me paralizaba: ¿qué música puede uno oír en los momentos de tedio? Así, pues, cerraba el tocadiscos y empezaba a pensar en lo que hubiera podido hacer.

Lo que más me dolía era que no deseaba hacer absolutamente nada, aunque mucho deseara hacer cualquier cosa. Cualquier cosa que quisiera hacer se me presentaba acoplada a su contrario, como un siamés a su hermano, que, igualmente, no quería hacer. Por lo tanto, no deseaba ver a la gente pero tampoco estar solo; no quería quedarme en casa pero tampoco salir; no quería viajar pero tampoco vivir en Roma; no quería pintar pero tampoco no pintar; no quería estar despierto pero tampoco dormir; no quería hacer el amor pero tampoco no hacerlo, y así por el estilo. De vez en cuando, entre estos frenesíes del tedio, me preguntaba si por casualidad no quería morir; era una pregunta razonable, en vista de que vivir me molestaba tanto. Pero entonces, con

asombro, me percataba de que, aunque no me gustara vivir, tampoco quería morir. Y las alternativas en parejas –que, como en un ballet, desfilaban en mi mente– no se detenían tampoco frente a la extrema elección entre la vida y la muerte. En realidad, como pensaba algunas veces, yo no quería morir, sino más bien no seguir viviendo de este modo.

CAPÍTULO I

Después de trasladarme al estudio de la calle Margutta logré superar la repugnancia irracional y casi supersticiosa que me inspiraba la villa de la vía Appia y establecer una relación bastante regular con mi madre. Iba a verla una vez a la semana, durante el almuerzo, que era el único momento del día en que podía encontrarla sola; me quedaba ahí un par de horas, oyendo sus pláticas de siempre, que yo me sabía de memoria, sobre las dos únicas cosas que le interesaban: la botánica, las flores y las plantas que cultivaba en su jardín y los negocios, a los cuales se dedicaba,

puede decirse, desde que tuvo uso de razón. Mi madre hubiera querido que la visitara con mayor frecuencia, incluso a otras horas, cuando, por ejemplo, recibía a sus amigos o a personas de su sociedad; pero después de un par de invitaciones, que rechacé con firmeza, pareció resignarse a mis escasas visitas. Naturalmente, su resignación era forzada y dispuesta a desaparecer pronto. “Llegará el día en que te des cuenta”, solía decir al hablar de sí misma en tercera persona, lo que en ella siempre era un indicio de resentimiento lo bastante vivo como para ocultarlo, “de que tu madre no es cualquier señora, a la cual se le visita sólo por cortesía, y de que tu verdadera casa está aquí, no en la calle Margutta”.

Uno de esos días, poco después de haber dejado de pintar, fui a casa de mi madre para el acostumbrado almuerzo semanal. A decir verdad, era un almuerzo un poco particular: ese día era el aniversario de mi nacimiento, y mi madre, por si yo lo había olvidado, me lo recordó esa misma mañana felicitándome por teléfono, en su manera

curiosamente burocrática y ceremoniosa: “Hoy cumples treinta y cinco años. Te comunico mis sinceros deseos de dicha y éxito”. Y agregó que me tenía una sorpresa.

Al mediodía abordé mi viejo y destartado automóvil y atravesé la ciudad con el acostumbrado sentimiento de molestia y repugnancia, que parecía aumentar mientras más me acercaba a la meta. Con el corazón cada vez más oprimido por una pesantez angustiosa, desemboqué en la vía Appia, entre los cipreses, pinos y ruinas de ladrillo a lo largo de las cuevas herbosas. El cancel de mi madre estaba a la derecha y yo, como de costumbre, lo buscaba con la mirada, con la esperanza de que, por algún milagro, no lo viera y continuara derecho hasta Los Castillos, para volver a Roma y dirigirme al estudio. Pero vi el cancel como si estuviera abierto sólo para mí: para detenerme y engullirme al paso. Aminoré la marcha, di vuelta bruscamente y, con un brinco sordo y blando de las ruedas, entré a la avenida cubierta de grava, entre dos hileras de cipreses. La avenida subía levemente a la villa que

se veía al fondo; y entonces yo, viendo los pequeños cipreses negros y polvorientos, y la villa roja y baja, acurrucada bajo el cielo cubierto de cirrus grises, semejantes a copos de algodón sucio, volví a sentir en mi ánimo el consternado horror que me asaltaba cada vez que iba a visitar a mi madre. Un horror como el de quien se dispone a cometer una acción contra natura, como si al desembocar en la calzada volviera a entrar en el vientre que me acababa de parir. Intenté olvidar este desagradable sentimiento de regresión tocando una y otra vez el claxon para anunciar mi llegada. Después de dar media vuelta sobre la grava, detuve el coche en el terraplén y salté fuera. Casi de inmediato se abrió la puerta de la planta baja y apareció una criada en el umbral.

Era la primera vez que la veía; mi madre, que se obstinaba en tener en la villa una servidumbre apenas suficiente para un apartamento de cinco estancias, tenía que sustituir con frecuencia las ayas. Alta, de caderas y pecho amplios y robustos, de cabello curiosamente corto y mal cortado, como el de los presos o convalecientes, lucía en su

rostro una expresión socarrona, tal vez a causa de un enorme par de anteojos de moldura negra, que le ocultaban los ojos. Observé sobre todo su boca, parecida a una flor aplastada, de un delicado rosa geranio. Le pregunté que dónde estaba mi madre, y ella respondió muy dulcemente con otra pregunta:

—¿Usted es el señor Dino?

—Sí.

—La señora está en el jardín, en los invernaderos.

Me encaminé hacia allá, no sin antes observar un coche estacionado en el terraplén, cerca del mío. Un coche deportivo, bajo y robusto, desca-
potable, de color azul metálico. ¿Mi madre había invitado a alguien más a almorzar? Incubando en la mente esta duda desagradable, rodeé la villa por la acera de ladrillos, a la sombra de laureles y carrascos, y salí por la otra parte. Aquí se extendía un vasto jardín a la italiana, con prados en forma de triángulos, de cuadrados y círculos, con arbolitos podados en forma de bolas, de pirámides, de conos, y numerosas avenidas, senderos de grava y recintos de boj. Una avenida más amplia, derecha

y protegida por una pérgola de hierro barnizado de blanco, en torno de la cual se retorcían las ramas de las vides, dividía en dos el jardín hasta el fondo de la propiedad, donde, adosados a los muros, brillaban los vidrios de numerosos invernaderos de plantas florales. A medio camino, entre la villa y los invernaderos, mi madre caminaba a solas, dándome la espalda. Por un momento renuncié a llamarla, y me quedé mirándola.

Caminaba despacio, muy despacio, como quien mira a su alrededor y se complace con lo que ve, prolongando en lo posible su contemplación. Mi madre llevaba puesto un traje sastre azulito, de dos piezas, con el saco muy estrecho en la cintura, con hombreras muy anchas y una falda muy ajustada, como una funda. Siempre se vestía así, con vestidos muy atildados, que hacían más flaco, tieso y guiñolesco su cuerpo chaparro y raquítico. Su cabeza, grande, sobre un cuello largo y nervioso, con cabellos crespos y opacos, siempre elaboradamente ondulados y rizados. Pese a la distancia, podía ver muy bien las perlas de su collar, por lo

gruesas que eran. A mi madre le encantaba adornarse con alhajas vistosas: anillos macizos que le bailaban en torno de sus dedos flacos; enormes brazaletes cargados de amuletos y pendientes que, a cada momento, parecían escapar de sus muñecas huesosas; alfileres demasiado ricos para su pecho desprovisto; aretes excesivamente grandes para sus feas orejas cartilaginosas. Volví a notar, con una sensación mezclada de familiaridad y de fastidio, que sus zapatos y el bolso que llevaba bajo la axila parecían mayúsculos. Y al fin me decidí a llamarla: “Mamá”.

Con su característica desconfianza, se paró de golpe, como si alguien le hubiese puesto una mano en el hombro, y se volteó para verme, sin mover las piernas. Vi aquella cara afilada, de mejillas demacradas, de boca chupada, de nariz larga y delgada, de ojos azules y vidriosos que me miraban de soslayo. Luego sonrió, se volvió por entero y vino a mi encuentro, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo, diciendo como por obligación: “Muchos días de éstos”. Aunque la intención era

afectuosa, el sonido de su voz resultaba seco y chirriante, parecido al de la corneja. En cuanto estuvo a mi lado, repitió: “Muchos días de éstos; vamos, dame un beso”. Me agaché y le besé la mejilla sonoramente. Uno al lado del otro, nos dirigimos al fondo de la avenida. Mi madre dijo de inmediato, indicando las vides que cubrían la pérgola: “¿Sabes qué estaba mirando? Esos racimos de uvas. Míralos”. Alcé los ojos y vi que todos los racimos, unos más y otros menos, aparecían como roídos y desmedrados.

—Lagartijas —dijo mi madre con una extraña entonación, íntima, afectuosa y, al mismo tiempo, científica, como cuando hablaba de sus plantas y sus flores—. Esos animaluchos suben por los postes de la pérgola y se comen las uvas. Me arruinan la pérgola, porque los racimos negros entre los pámpanos verdes producen un efecto muy hermoso; pero, si los racimos están medio roídos, el efecto se echa a perder.

No sé qué le dije acerca de un techo de Zuccari, en un edificio romano, en el cual estaba pintada

una pérgola dorada con racimos negros y pámpanos verdes. Ella prosiguió:

—Hace días, una gallina de los campesinos de al lado entró, no sé cómo, en el jardín. Una de estas lagartijas se hallaba sobre la pérgola, royendo mis uvas. Luego, quién sabe de qué forma, dio un traspie y cayó. Piensa que ni siquiera llegó a tocar la tierra: la gallina la atrapó con el pico y se la bebió. Precisamente así: se la bebió.

—Eso quiere decir que debes tener gallinas, para que ellas se coman a las lagartijas que echan a perder las uvas —le dije.

—¡Hazme favor! Las gallinas, además de comer lagartijas, destruyen todo a su paso. Prefiero que sigan las lagartijas.

Seguimos recorriendo el jardín a lo largo de la avenida, bajo la pérgola que terminaba en un muro, y proseguimos nuestro camino junto a los invernaderos. Mi madre se detuvo a tocar, entre dos dedos, la corola de una flor que se había abierto durante la noche; luego se hechizó —tal es la palabra— con ojos perfectamente vítreos, frente a una macetita

de terracota, en la cual una planta parecida a una serpiente verde y peluda se alargaba hasta tocar la tierra; yo estaba asombrado de que aquella planta no silbara. Después, de manera áridamente didascálica, me proporcionó una gran cantidad de informaciones botánicas, obtenidas en las lecturas minuciosas de los manuales de floricultura y en las conversaciones con dos jardineros muy pacientes y muy bien pagados, a los cuales les infligía su presencia durante todo el tiempo que trabajaban en el jardín. Ya he dicho que, en la vida prosaica de mi madre, la única cosa poética era su amor por las plantas y las flores. Era cierto que ella me amaba, pero a su manera; también era cierto que ponía su gran pasión en la administración y en el incremento de nuestro patrimonio. Tanto en los negocios como conmigo prevalecía su carácter autoritario, carente de escrúpulos, interesado y desconfiado. Sin embargo, amaba las plantas y las flores desinteresadamente, con pleno abandono y sin segundos fines. ¿Cómo había amado a mi padre? Así regresó la idea de que mi padre y yo nos parecíamos al menos en

esto: ninguno de los dos queríamos estar con ella. Le pregunté con brusquedad:

—A propósito, ¿se puede saber por qué mi padre huía siempre de casa, lejos de ti?

La vi arriscar la nariz, cosa que hacía cada vez que le hablaba de mi padre.

—¿A propósito de qué?

—No importa, responde a mi pregunta.

—Tu padre no huía de mí —respondió después de un momento de fría dignidad—, le gustaba viajar, eso es todo. Pero mira estas rosas, ¿no son bellas?

Dije en tono perentorio:

—Querría que me hablaras de mi padre. ¿Por qué, entonces, si es verdad que no huía de ti, no viajabas con él?

—Porque, en primer lugar, alguien debía quedarse en Roma para cuidar de nuestros intereses.

—Querrás decir tus intereses.

—Los intereses de la familia. Además, no me gustaba su manera de viajar. A mí me gusta viajar con todas las comodidades: ir a lugares donde hay buenos hoteles y gente que conozco. París, Londres,

Viena, por ejemplo. En cambio, él me hubiera arrastrado quién sabe a dónde. A Afganistán o a Bolivia. No aguanto las incomodidades y no puedo tolerar los países exóticos.

—Pero ¿por qué huía de casa o, como tú dices, viajaba? ¿Por qué no quería estar contigo? —insistí.

—Porque no le gustaba estar en casa.

—¿Por qué no le gustaba estar en casa? ¿Se aburría?

—Nunca me interesó saberlo. Sólo sé que se ponía triste, no decía nada, nunca salía. Yo misma le daba dinero, diciéndole: “Toma, vete, es mejor que te vayas”.

—¿No crees que, si te hubiera amado, se habría quedado contigo?

—Sí —respondió tranquilamente, con su voz desagradable, complacida de decir la verdad—, pero no me amaba.

—Y entonces ¿por qué se casó contigo?

—Fui yo la que quiso casarse con él. A él no le hubiera importado.

—Él era pobre, ¿no? Y tú, rica.

—Sí, él no tenía nada. Era de buena familia. Pero nada más.

—¿No crees que se casó contigo sólo por interés?

—No; tu padre no era interesado. En esto era como tú. Es cierto que siempre necesitaba dinero, pero no le daba ninguna importancia.

—¿Sabes por qué te hago estas preguntas acerca de mi padre?

—No.

—Porque tengo la idea de que, al menos en este aspecto, me parezco a él. Yo también huyo para estar lejos de ti.

La vi agacharse y, con unas tijeras que yo no le había visto, cortó una flor roja. Luego se reincorporó para preguntarme:

—¿Cómo te va con tu trabajo?

Su pregunta hizo que se me apretara la garganta, y una sensación de gris y helada escualidez se difundió a mi alrededor, partiendo de mí en ondas cada vez más amplias, como sucede en la naturaleza cuando una gran nube se interpone entre el sol y la tierra. Sin embargo, le respondí con voz ahogada:

—Dejé de pintar.

—¿Cómo que ya no pintas?

—Decidí dejar la pintura.

Mi madre jamás había simpatizado con mi pintura; en primer lugar, porque no sabía nada de eso, pero no le gustaba admitirlo, y en segundo porque le molestaba que se lo dijera; además, pensaba que la pintura era lo que me había alejado de ella. Pero tuve que admirar otra vez su capacidad de control. Cualquiera otra persona, en su lugar, habría mostrado al menos alguna satisfacción. En cambio, ella recibió la noticia con indiferencia. “¿Y por qué decidiste dejar de pintar?”, preguntó después de un momento, con tono de curiosidad blanda, ociosa y casi mundana.

Mientras tanto, estábamos ya a unos pasos de la villa; había en el aire un olor a cocina, a buena cocina. Sentí que mi desesperación, en vez de disminuir, seguía creciendo, pese a que me repetía rabiosamente: “Ya se me pasará, ya se me pasará”. Un recuerdo afloró en mi memoria: yo, de cinco años, con una rodilla ensangrentada, atravesando

otro jardín, sollozando y corriendo al encuentro de mi madre, arrojándome con ímpetu a sus brazos; y mi madre que, inclinándose hacia mí, me decía con su fea voz de corneja: “Espera, no llores, déjame ver, no llores. ¿No sabes que los hombres no lloran?”. Miré a mi madre y me pareció, por primera vez en tanto tiempo, que le tenía cariño. Luego le dije: “Porque sí”. Con estas palabras, las más cortas que se me ocurrieron, traté de ocultar mi vergüenza y mi desesperación.

Pero pronto me di cuenta de que no bastaba decirle: “Porque sí”. Con esto no cesaba la sensación de escualidez, que me ponía la piel de gallina y me erizaba los cabellos; dicha sensación parecía oscurecer y marchitar el mundo entero. Sentí de nuevo un ligero soplo de viento, aquel olor a buena comida, y hasta sentí ganas de lanzarme a los brazos de mi madre, sollozando, como cuando tenía cinco años, con la esperanza de que me consolara por haber dejado la pintura, igual que me había consolado por la rodilla herida. Dije de pronto, de manera totalmente inesperada: “Se

me olvidaba decirte que voy a dejar el estudio, que ya no me sirve, para regresar contigo”. Callé por un momento, asombrado de las palabras que no tenía intención de decir y que habían salido quién sabe de dónde. Por lo tanto, dándome cuenta de que ya no podía echarme atrás, agregué con esfuerzo: “A condición de que me quieras”.

No obstante el asombro que me causara mi propuesta, tuve que admirar de nuevo la capacidad de disimulo de mi madre; esa capacidad que ella, en su lenguaje mundano, llamaba “la forma”. Acababa de decirle una cosa que ella había esperado por años; la única cosa que, quizá, podía desear realmente. Sin embargo, nada de eso asomó en su rostro seco y leñoso, en sus ojos vítreos. Dijo despaciosamente, con una voz más desagradable que nunca, casi con el tono de alguien que, en un salón, corresponde a un cumplido que no le importa:

—Claro que te quiero. En esta casa siempre serás recibido con los brazos abiertos. ¿Cuándo piensas venir?

—Esta misma noche, o mañana, temprano.

—Mejor mañana, para tener tiempo de preparar tu habitación.

—Entonces, mañana.

Después de decir esto, nos quedamos callados por un breve rato. Yo no dejaba de preguntarme qué me había sucedido; si mi vocación era ya la de estar en casa con mi madre, aceptar el tedio, ser rico y administrar nuestro patrimonio. Por su parte, mi madre parecía estar más allá de cualquier sorpresa, como si la dejara fría su victoria inesperada; y ya se dedicaba, a juzgar por la expresión meditabunda e inmóvil de su cara, a la organización de tal victoria, a hacer planes para nuestro futuro. Al fin observó, en tono casual:

—No sé si lo has hecho adrede pero, como quiera que sea, es un buen augurio. Hoy es tu fiesta y hoy has decidido volver a casa. Esta mañana te dije que te tenía una sorpresa. Quiere decir que valdrá para las dos ocasiones.

Pregunté por preguntar:

—¿Qué sorpresa?

—Ven conmigo y te la muestro.

Le dije con cierta crueldad:

—De cualquier modo, hoy se festeja una sola de las dos ocasiones: mi regreso a casa. Es la verdadera fiesta de hoy.

¿Mi madre notó mi sarcasmo? ¿O no se dio cuenta? Lo cierto es que no dijo nada. Mientras tanto, me precedía caminando junto a la pared de la villa, hacia el terraplén. Se acercó, poco a poco, al bello coche deportivo estacionado junto al mío; y luego, poniendo una mano sobre el cofre y casi adoptando la actitud de las modelos que aparecen fotografiadas en los cartelones publicitarios, me dijo:

—Una vez me dijiste que te gustaría tener un coche muy veloz. En un principio, pensé en comprarte un coche de carreras; pero son muy peligrosos, y preferí un convertible. El agente me ha dicho que es último modelo, salido de la fábrica hace muy poco. Corre a más de doscientos kilómetros por hora.

Me acerqué lentamente, preguntándome cuánto podía costar el automóvil que mi madre quería regalarme: ¿tres millones, cuatro? El coche era de

marca extranjera, la carrocería, de lujo; yo sabía que esta clase de coche era muy onerosa. Mi madre hablaba ahora acerca del coche con el mismo tono científico y frío que empleaba al hablar de las flores de su jardín, pero con curiosidad y hasta con cierto cariño: “Pero lo que más me agrada es esto”, dijo señalándome el tablero negro, en el cual resplandecían los comandos niquelados, como diamantes en el terciopelo negro de un estuche. “Lo hubiera comprado sólo por esto. Pero también me gusta porque tiene la solidez de un buen par de zapatos hechos a mano, especiales para largas caminatas. Una solidez tranquilizante. ¿Quieres probarlo? Tenemos tiempo de dar una vueltecita antes de almorzar; sólo unos cuantos minutos, porque hay un platillo que no puede esperar, hecho especialmente para ti, y la cocinera quiere quedar bien contigo”.

Mirando aún el coche, como encandilado, murmuré:

—Como quieras.

—Sí, Pruébalo, porque debo confirmarle la compra al agente.

Sin decir nada, abrí la portezuela y lo abordé. Mi madre se sentó a mi lado y, mientras encendía el motor y accionaba la palanca de velocidades, me dio algunas informaciones, con su acostumbrado tono íntimo y científico:

—Es descapotable. El agente me aseguró que en invierno no entra nada de viento. Además, tiene calefacción. En verano puedes recorrer el capó, y es más divertido correr sin él.

—Sí, es más divertido.

—¿Te gusta el color? A mí me pareció muy hermoso, tanto que ya no quise ver ningún otro. El agente me ha dicho que la metalización del esmalte es un procedimiento costoso, pero mucho más elegante.

Yo dije, sólo por decir algo:

—Sí, es mucho más delicado.

—Cuando se opaque, lo mandarás a que lo pinten de nuevo.

El coche emitió un estruendo muy fuerte, como de coche de carreras; di la vuelta en el terraplén y me dirigí velozmente por la avenida de acceso. Era

un coche potente y cómodo al mismo tiempo, cosa que pude constatar en cuanto pisé el acelerador. Cruzamos el cancel. Recordé la sensación que experimentara minutos antes, cuando me dirigía a la villa, sintiendo que regresaba al vientre que me había parido. ¿Y ahora? Ahora estaba en ese vientre y nunca más saldría de él.

Dejé atrás el cancel, di vuelta a la derecha y subí por la vía Appia, con rumbo a Los Castillos. El día, descolorido y bochornoso, había acumulado en torno del Monte Cavo una especie de anillo negro, vago e incierto, formado por nubes transitorias; en la vía Appia, los pinos, los cipreses, las ruinas, los senderos y los campos hallábanse opacos, cubiertos por el polvo del verano. Mi madre seguía elogiando el coche, de modo casual y mundano, descubriendo en él un gran número de ventajas. Sin decir nada, volví a subir por la vía Appia, hasta el crucero; di vuelta a la izquierda y, a gran velocidad, bajé hasta la Appia Nuova. Di vuelta donde está el semáforo y regresé.

—¿Qué te parece? —preguntó mi madre mientras volvíamos a la vía Appia Antica.

—Me parece un excelente coche, desde cualquier punto de vista. Ya lo conocía.

—Pero si es un modelo nuevo, que salió hace un mes.

—Sólo quise decir que ya había visto coches de esta marca.

Otra vez el cancel, la avenida de cipreses, la villa al fondo y el terraplén. Di media vuelta, me detuve, puse el freno de mano y, después de quedarme inmóvil y silencioso por algunos instantes, me volví bruscamente hacia mi madre, diciendo: “Gracias”.

Respondió:

—Lo compré porque me gustaba mucho. Si no lo hubiera comprado para ti, lo habría comprado para mí.

Me pareció que ella aún esperaba algo, a juzgar por su expresión descontenta y exigente. Le dije otra vez: “Me gusta mucho, de veras. Gracias”, y rocé con los labios el colorete seco y rasposo de su flaca mejilla. Ella dijo, tal vez para ocultar la dicha que le inspiraba mi gesto cariñoso: “El agente me recomendó que, antes de usarlo, leas el manual

de uso y mantenimiento, incluido en este folleto”, el cual sacó de la guantera. Me mostró un librito amarillo, agregando: “porque son máquinas muy delicadas, que requieren de muchos cuidados”.

—Lo leeré.

—Con este coche podrás hacer también gran turismo. Cuando llegue el otoño, por ejemplo, podrás ir a España, a Francia.

—Este otoño no puedo; iré en primavera.

—Sí, desde luego, lo harás en primavera. El coche tiene una cajuela muy grande. Le caben tres maletas.

Mi madre parecía ahora realmente satisfecha; tan satisfecha que “la forma” había tenido que cederle un poco su lugar a la verdadera dicha, cosa insólita en ella. Cruzamos el terraplén. Mi madre me indicó a la izquierda un largo y estrecho sendero bordeado de altos laureles, al fondo del cual se veía una construcción roja, de un solo piso, y me dijo:

—Tu estudio. Está como lo dejaste. Nadie ha tocado nada. Si quieres, puedes pintar mañana mismo.

—Pero si ya te dije que decidí no volver a pintar nunca.

Se quedó callada; tal vez me había indicado el estudio para cerciorarse de que había renunciado realmente a la pintura. Llegamos a la puerta de la villa. Mi madre me precedió en el vestíbulo, diciendo con tono autoritario: “Ahora ve a lavarte las manos, porque el almuerzo está listo”. Abrió una puertecita que daba al pasillo de la cocina y desapareció. Yo me dirigí al guardarropa por otra puerta. Me miré en el espejo, por encima del lavabo, mientras enjabonaba mis manos, bajo el chorro tibio del agua, entre las cuatro paredes azules del baño. En ese preciso momento, detrás de mí, se abrió la puerta y vi en el espejo, asomándose entre la puerta y el marco, la cabeza de cabellos demasiado cortos y mal cortados de la camarera que me había recibido a mi llegada.

Mirándola en el espejo, sin volverme, le pregunté:

—¿Cómo se llama usted?

—Rita.

—¿Es nueva?

—Llevo aquí una semana.

Me enjaboné con fuerza la cara; más de lo necesario: quería deshacerme de tantas ideas sucias. Mientras me lavaba, oí la dulce voz de Rita, que me advertía: “Aquí está la toalla”; meneé la cabeza, para decirle que estaba bien. Al levantarla de nuevo, vi que ya se había ido. Salí del baño y, cruzando la antesala, me dirigí a la sala o, mejor dicho, a las cuatro o cinco salitas, salas y salones que ocupaban el primer piso de la villa.

Estas estancias elegantes, comunicadas entre sí por arcos o puertas sin batientes, que casi formaban una sola, estaban amuebladas de un modo perfectamente impersonal, con la opulenta y aburrida impersonalidad de los muebles que han sido elegidos únicamente por su valor mercenario. Uno podía estar seguro de que ahí no había un solo objeto que no fuera el más caro, o al menos de los más caros en su categoría. Mi madre no tenía gusto, ni cultura, ni curiosidad, ni amor por lo bello; su criterio de selección en cualquier clase de compra dependía siempre del precio, el cual, mientras más

alto era, le hacía suponer que era una garantía de belleza, originalidad y refinamiento; si algo no le parecía suficientemente caro, dejaba de interesarle. Pero mi madre, naturalmente, no lanzaba su dinero por la ventana; por el contrario, siempre estaba muy atenta, y más de una vez la oí exclamar en una tienda: “No; es muy caro. No vale la pena seguir hablando de esto”, pero yo sabía que esta exclamación se refería a las propias posibilidades financieras y no al valor real del objeto, del cual ella no sabía nada y que, aun siendo inaccesible para su bolsillo, lo deseaba solamente por ser costoso.

El resultado de tal criterio de selección era, como lo he dicho, una colección de muebles sin carácter ni personalidad pero robustos e imponentes, porque mi madre, amén del valor monetario, le atribuía mucha importancia a la solidez y al volumen, las únicas dos cualidades que ella podía juzgar y apreciar. Tenía divanes profundos, poltronas enormes, biombos gigantescos, mesas macizas, jarrones monumentales: todas las cosas que había en sus salas sugerían la idea de un lujo sustancioso

y de buena calidad. En la penumbra, por doquier, brillaban los reflejos del parqué encerado, de las superficies de madera bien desempolvadas, de los latones y las platas pulidas: la limpieza era otra característica de la casa. En fin, como de costumbre, vi aquí y allá una gran cantidad de floreros llenos de flores, como en las funerarias; flores que mi madre cortaba todas las mañanas, muy temprano, en los invernaderos. Me di cuenta de que yo miraba todas estas cosas con ojos diferentes, menos distraído y desinteresado, para saber el efecto que me producían ahora que iba a vivir otra vez con mi madre. Descubrí que experimentaba una sensación de cobarde y asquerosa complacencia, como frente a una vieja tentación, ya satisfecha pero aún repugnante. Me acerqué a una luna antigua, enmarcada en una moldura muy gruesa y pesada, me miré en ella y, de repente, sentí la necesidad de injuriarme en voz alta, no sé si a causa del odio o de la dicha: “¡Idiota!”. Casi en ese mismo instante oí un ruido.

Me volví al punto y vi a Rita, la camarera, que, a pocos pasos de mí, estaba junto a una cantina

rodante, mirándome con aire interrogativo a través de sus anteojos de moldura negra. No supe si me había oído insultándome; miré su cara pálida y socarrona, pero no pude entender nada. En ese momento me dijo:

—No tarda en bajar la señora. Me pidió que le ofreciera un aperitivo. ¿Qué desea tomar?

Me pregunté si en su voz había una burla que su rostro no mostraba. Pero no, su voz era seria, o, por lo menos, hipócritamente seria. Le pedí un whisky, y ella, con mucha precisión, cogió la botella de whisky, sirvió un poco en un vaso, agregó un cubito de hielo y un poco de agua, y me lo ofreció, preguntando: “¿Desea algo más?”.

Le respondí que no, y la vi alejarse sin hacer ruido a causa de sus zapatos con suelas de fieltro. Fui a sentarme en una de aquellas vastas poltronas, con mi vaso de whisky; encendí un cigarrillo y me puse a reflexionar. ¿Por qué me había injuriado delante del espejo? Evidentemente, el peligro de esta especie de comedia del hijo pródigo que actuaba para mí mismo era el de someterme, cuando menos

me lo esperara, a las imprevistas y escandalosas tentaciones profanadoras. En otras palabras, era un hijo pródigo de un género particular, que al momento de recibir el abrazo del viejo padre sentía la tentación de darle una buena patada en la espinilla, y que, después de comer en el banquete festivo, iba a vomitarlo en un rincón del jardín. No tuve tiempo de profundizar esta interesante meditación, porque mi madre volvió en ese momento.

—¿Rita te dio algo de beber?

—Sí, gracias. ¿Quién es esta Rita?

—Es una nueva colaboradora, que tiene muy buenas recomendaciones y estaba con unos americanos que se fueron. Era una especie de aya pero, como aquí no hay niños, tuve que decirle: “Querida muchacha, me veo obligada a tenerla como camare-ra. Usted es libre de aceptar o no. Usted ha aceptado, naturalmente, a causa de la gran desocupación que hay...”. Mi madre siguió hablando de ella aún después de haber entrado en el comedor, donde la misma Rita estaba de pie junto al bufé, con guantes de hilo en las manos, una cofia y un delantalito

ovalado en la cintura. Hubiera querido decirle a mi madre: “Cuidado, te está oyendo Rita”; vi entonces la cara anteojuda y socarrona de la muchacha, y en ese mismo instante estuve absolutamente seguro de que ella me había visto mientras yo me miraba en el espejo para injuriarme. Me pareció que, en el fondo, esta idea no me disgustaba, como si desde ese momento se hubiera establecido una complicidad entre los dos. Tomé asiento; mi madre también lo hizo, mientras decía: “Rita, el señor Dino es mi hijo, y a partir de mañana vivirá aquí. No lo olvide, en caso de que alguien pregunte por teléfono por un señor llamado Dino”.

Estábamos sentados en una pequeña mesa redonda, frente a frente, en una estancia más bien chica pero de techo muy alto, con las manos sobre servilletas de encaje florentino, ante platos de porcelana alemana, cubiertos ingleses de plata y vasos de cristal francés. Detrás de la silla de mi madre, en la penumbra, relucía el taraceado de una despensa de Holanda, y yo sabía que a mis espaldas estaba un buffet veneciano. La puerta vidriera que

daba al jardín estaba abierta, pero con las cortinas corridas, porque mi madre no quería, según sus propias palabras, contar los bocados que se llevaba a la boca. Mi madre me sirvió el vino de una garrafa de cristal y plata; luego le dijo a Rita que podía servir. La muchacha cogió del bufé una fuente de porcelana posada en una bandeja y se acercó a mi madre. Le dijo de manera cortante:

—Sírvale primero al señor Dino.

—¿Por qué? Primero tú.

—No, yo...

—Rita, sírvale primero a la señora.

Mi madre dijo: “Pero si yo como casi nada”, y, con la punta de una cuchara, puso en su plato alguna cosa. Rita se me acercó, y entonces entendí a qué se debía aquel buen olor que había sentido en el jardín: un pastel de macarrones. Mi madre comentó: “Ya sabía yo que te gustaba; lo hicieron especialmente para ti”.

Con masoquista complacencia, dije: “Bueno, bueno, bueno”, y me serví una porción enorme. A decir verdad, yo estaba acostumbrado a comer

poco, y nunca comía ese tipo de manjares. Pensaba que seguía actuando mi papel de hijo pródigo. Y, de repente, estallé en carcajadas. Mi madre preguntó, alarmada:

—¿De qué te ríes?

Respondí:

—Acabo de recordar que leí no sé dónde una divertida parodia del hijo pródigo, la del Evangelio.

—¿O sea...?

—En la parábola, el hijo pródigo vuelve a casa, el padre lo recibe con todos los honores y mata para él su becerro gordo. En la parodia, en cambio, el becerro huye espantado en cuanto regresa el hijo pródigo, a sabiendas de cuál será su destino. Y lo esperan. El becerro gordo se hace esperar un buen rato, luego decide volver. Y el padre, en el colmo de la dicha, para festejar el regreso del becerro gordo, mata al hijo y se lo da a comer.

Yo sabía que mi madre no creía en nada que no fuera el dinero. Sin embargo, creía en aquello que llamaba “la forma”, de la cual era practicante fervorosa y, comoquiera que fuese,

respetaba las cosas de la religión. Puso una cara muy tiesa y luego dijo, con la más desagradable de sus voces:

—Sabes que no me gusta que juegues con las cosas sagradas.

—No es un juego, es todo lo contrario. ¿Qué significa mi regreso sino el sacrificio del hijo pródigo, que soy yo, en favor del becerro gordo que es todo esto? —e hice un gesto circular, indicando los fastuosos muebles que nos rodeaban.

—No te entiendo.

A pesar de todo, mi madre no carecía de un humor muy curioso, un poco tétrico y automático, y agregó sin sonreír:

—De cualquier modo, creo que después de los macarrones vendrá el becerro, no sé si gordo o no.

No respondí nada; seguí devorando mi porción de pastel, con una sensación de dicha y de remordimiento, porque el pastel estaba realmente bueno y, a la vez, sentía rabia de que me gustara. Alcé los ojos hacia mi madre y vi que me miraba con reprobación. Dijo:

—Debes masticar más. La primera digestión empieza en la boca.

—¡Qué asco! ¿Quién lo dijo?

—Lo dicen todos los médicos.

Sus ojos azules, vítreos y totalmente inexpressivos incubaban algo indefinible, por encima de sus manos entrelazadas y llenas de anillos, sobre las cuales apoyaba la barbilla. Terminé de comer lo que quedaba en el plato, deprisa y con enojo; mi madre dijo, con su voz fría y desentonada: “Sírvale más al señor Dino”, y Rita, que había permanecido de pie junto a la despensa, detrás de mi madre, cogió de nuevo la bandeja para acercármela. Aferré el cucharón con una mano, dejando la otra donde estaba, en la orilla de la mesa. Entonces sentí una leve presión de la mano con la cual Rita sostenía la bandeja, una presión que bien podía haber sido intencional. No pensé más en ello y seguí comiendo. Al fin pregunté, con una entonación de indiferencia:

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—¿A qué te refieres?

—Exactamente a lo que te he dicho: ¿a qué te dedicas?

—A lo mismo de siempre, a mi misma vida.

—Sí, pero, en todos estos años que he estado fuera de casa, nunca te pregunté qué hacías. Y ahora, quizá porque estoy a punto de volver aquí, tengo la curiosidad de saberlo. Puede ser que todo haya cambiado.

—No me gusta cambiar nada. Me gusta pensar que ahora vivo igual que hace diez años, y que viviré igual dentro de otros diez.

—Pero no me has dicho cómo vives. Veamos un poco: ¿a qué hora te levantas en la mañana?

—A las ocho.

—¿Tan temprano? Siempre que te telefono a las nueve, me dicen que estás descansando.

—Sí, algunas veces duermo más, porque me desvelo.

—¿Qué haces al despertarte? ¿Desayunas?

—Desde luego.

—¿En tu recámara o en el comedor?

—En mi recámara.

—¿En la cama o en una mesita?

—En una mesita.

—¿Qué desayunas?

—Té y unas tostadas, como siempre, y un jugo de naranja.

—¿Qué haces después del desayuno?

—Me baño.

Mi madre respondía a mis preguntas con un tono ligeramente resentido, digno y asombrado a la vez, como si yo dudara de que realmente ella desayunase o tomara el baño.

—¿Tina de baño o regadera?

—Tina de baño.

—¿Te bañas sola o te ayuda la camarera?

—La camarera se encarga de graduar la temperatura del agua, pone las sales y, cuando el baño está listo, me ayuda a lavarme las partes del cuerpo que yo no alcanzo.

—¿Y luego?

—Luego salgo del agua, me seco y me visto.

—¿Entonces la camarera también te ayuda a vestirte?

—Me ayuda a ponerme los zapatos. La ropa no, porque me gusta vestirme sola.

—¿Platicas con ella mientras te bañas y te vistes?

Mi madre se echó a reír de pronto, contra su voluntad, con una especie de encono nervioso:

—¿Te das cuenta de que haces preguntas muy extrañas? Podría no responderte. Mi vida íntima es una cosa que sólo a mí me concierne.

—No te he preguntado qué piensas, sino qué haces. Intenta comprenderme. Volveré a casa después de una ausencia de diez años. Es justo que quiera ambientarme de nuevo. Conque ¿hablas con la camarera?

—Claro que hablo con ella; no es una autómata, es una criatura humana.

—¿Cuándo te pones las joyas, antes o después de vestirte?

—Me las pongo después.

—¿En qué orden?, o sea ¿cuáles primero y cuáles después?

—¿Sabes en qué me haces pensar? En los policías de libros de misterio, cuando deben descubrir un delito.

—En efecto, debo descubrir algo.

—¿Qué cosa?

—No sé, alguna cosa. Por lo tanto, ¿en qué orden te pones las joyas?

—Primero los anillos y los brazaletes, luego el collar.

—¿Qué haces después de vestirme?

—Bajo y voy a dar órdenes a la cocinera.

—¿Escribes la lista para el almuerzo y la cena?

—Sí.

—¿Y luego?

—Voy al jardín, recojo flores, las traigo a casa y las pongo en los floreros. O bien, paseo y hablo con los jardineros. En fin, me ocupo del jardín.

—Después del jardín, ¿qué haces?

La vi mirarme un momento, luego respondió con solemnidad:

—Voy al estudio y me ocupo de la administración.

—¿Todos los días?

—Sí, todos los días; siempre hay algo que hacer.

—¿Y qué haces?

—Bueno, escribo o recibo a la gente.

—¿Quieres decir que vienen abogados, cobradores de impuestos, corredores de bolsa y hombres de confianza?

Se echó a reír de pronto, pero esta vez de manera complacida y casi sensual, signo de que había tocado un punto sensible.

—¿Acaso crees que no es un trabajo pesado el que hago? No es como el de la pintura, estoy de acuerdo; pero también es un trabajo extenuante, que me tiene ocupada toda la mañana y, algunas veces, toda la tarde.

—Es bueno tener una ocupación, ¿o no?

—Hay días en que hasta me duele aquí, en la nuca.

—Deberías cuidarte.

Mi madre me observó un momento, quizá hasta con cariño; luego dijo, con su fastidiosa voz de graznido:

—Lo hago por ti, a fin de aumentar y cuidar tu patrimonio.

—¿Mi patrimonio? Querrás decir el tuyo.

—Será el tuyo cuando yo muera.

—Todavía eres joven, voy a morir antes que tú. Digamos, pues, nuestro patrimonio. ¿Cómo está nuestro patrimonio? ¿Cómo está?

—¡Pero qué extraño estás! Está bien, gracias a mis esfuerzos. Si no fuera por mí, ahora no tendríamos ni una lira.

—De modo que somos muy ricos, ¿verdad?

Mi madre no respondió nada, y se limitó a mirarme con su cara de palo y sus ojos vítreos. Luego dijo: “Rita, ¿qué haces ahí parada? ¿Por qué no vas a ver si ya está listo el segundo platillo?”. Y Rita, que estaba hundida en quién sabe qué ensoñaciones, volvió a moverse y salió.

Mi madre prosiguió:

—Te ruego, te lo he pedido en tantas ocasiones, que no hables de nuestros intereses delante de la servidumbre.

—¿Por qué no? No he dicho ninguna obscenidad. ¿Acaso son obscenos los intereses?

Mi madre meneó la cabeza, viendo hacia abajo, dándome a entender que era imposible discutirlo conmigo. Luego dijo:

—Ellos son pobres, no es justo hablar de riqueza delante de ellos.

—Pero si tú no quieres hablar de intereses, ni siquiera cuando estamos solos. Siempre pones mala cara, y se diría que te escandaliza, como si, en vez de dinero, se tratara de cosas sexuales.

Volvió a menear la cabeza.

—No es verdad; me gusta hablar de eso cuando es necesario y en el lugar justo; y, en vista de que vas a vivir aquí, es necesario que hablemos. Después de almorzar iremos al estudio, para darte todas las informaciones que quieras.

En ese momento entró Rita con una bandeja ovalada, en la cual, entre montoncitos de varias verduras de la estación, estaban muchas rebanadas del ternero prometido por mi madre. Como impulsado por no sé qué demonio, le dije amablemente:

—Pero aún no has respondido a mi pregunta: ¿somos o no somos muy ricos?

Esta vez no se limitó a responderme con el silencio, sino que, bajo la mesa, sentí que un pie suyo

buscaba el mío, y me dio un pisotón. Luego le dijo a Rita: “Sírvale al señor Dino, yo no como carne”.

El pie de mi madre me inspiró un sentimiento de desesperación. Ella me apretaba el pie como hacen los enamorados. Sólo que éramos hijo y madre, y el único nexo que nos unía no era el amor sino el dinero. Por otra parte, yo no podía rechazar este nexo, porque si lo rechazaba tendría que rechazar también el nexo de sangre que éste implicaba. De modo que no había nada que hacer: queriéndolo o no, yo era rico.

Sin embargo, mi desesperación tomó un rumbo inesperado. Rita me daba el plato de ternero inclinando hacia mí sus pechos floridos y su cara pecosa y socarrona, su bella boca pálida de color geranio; y yo, entonces, escudándome en la bandeja, alcé la mano que tenía sobre la mesa y agarré su muñeca, luego su brazo. Acabé de servirme con la otra mano, y luego, dejando el tenedor en la bandeja, insistí con frialdad: “Conque ¿somos ricos o no?”. Volví a sentir el pie de mi madre, que machacaba el mío. Y dije: “Un momento, Rita”. Obediente, Rita regresó otra vez con la bandeja. Con una mano cogí el tenedor

para servirme un poco más de carne y de verdura. Mientras tanto, con la otra mano, que había dejado colgada a un lado de la silla, acaricié una pierna de Rita, subiéndola hasta la cadera. Sentí cómo se estremecían, bajo su falda, los músculos de la pierna, como los de un caballo cuando el jinete lo acaricia. Pero nada dejó traslucir la cara de Rita, que ahora no sólo parecía hipócrita, sino que realmente lo era. Al fin se alejó, y creo que alcancé a ver una escurridiza mirada de alianza detrás de sus anteojos. Y pensé que ahora, aun antes de regresar a la casa de mi madre, me hallaba en una situación peor a la de diez años antes: entonces, sin importar cuáles pudieran ser las razones para hacerlo, jamás me habría atrevido a meterme con una camarera. Entretanto, con una simultaneidad extraña, mi madre había apartado su pie de mi zapato en el preciso momento en que yo quitaba la mano de la cadera de Rita.

Retomando la conversación interrumpida, le dije a mi madre:

—¿De modo que tú trabajas todos los días hasta la una?

—Todos los días, menos los domingos.

—¿Qué haces los domingos?

—Voy a misa.

—¿A qué iglesia?

—A San Sebastián.

—¿Qué haces en la iglesia?

—Lo que hacen todos: oigo misa.

—¿Te confiesas a veces?

—Claro que me confieso. Y también comulgo.

—Y, cuando te confiesas, ¿te absuelve el sacerdote?

—Nunca tengo que confesar pecados muy graves —dijo mi madre con una especie de coquetería—. Me dice algunas veces: “Señora, usted termina donde los demás apenas empiezan”. ¿Qué pecados quieres que cometa a mi edad?

Y me miró como si dijera: desde hace mucho renuncié a la única cosa que podría hacerme pecar. Callé por un momento; luego añadí:

—Volvamos a tu jornada: trabajas en las mañanas de los días laborales, ¿y qué haces después?

—Almuerzo.

—¿Sola?

—Sí, siempre sola. Sólo algunas veces, raramente, invito al abogado; pero únicamente cuando debemos seguir trabajando en la tarde.

—¿Qué abogado? ¿De Santis?

—Sí, siempre el mismo.

—¿Y después de almorzar?

—Después de almorzar paseo por el jardín.

—¿Y luego?

—Luego descanso.

—¿Te duermes?

—No; no duermo. Me quito los zapatos y me acuesto vestida. Pero no duermo, dejo que vaguen mis pensamientos.

—¿En qué piensas?

Volvió a reír, de manera nerviosa y esquiva, como una chiquilla a la que se le pide que hable de su amor.

—Depende. ¿Sabes en qué pienso en estos días?

—No; ¿en qué piensas?

—Pienso en una quinta que venden en el Lungotevere Flaminio. Un buen negocio, al menos por el terreno. Por desgracia, no puedo permitírmelo;

pero sigo pensando en eso. Algunas veces pienso en cosas que sí puedo permitirme, por ejemplo, esto —y extendió la mano para mostrarme un anillo con una esmeralda muy grande, rodeada de brillantes—. Tuve que pensarlo mucho, sopesando el pro y el contra, pero al fin me lo compré.

—¿Qué haces después de descansar?

—Pero ¿de qué se trata todo este interrogatorio?

—Ya te lo dije: para ambientarme otra vez.

—Hago muchas cosas. Visitas, por ejemplo —dijo, de mala gana.

—¿A quién visitas?

—Oh, depende. No falta una recepción, algún coctel... Tengo amigas.

—¿Tienes muchas amigas?

—He conservado a casi todas las amigas que tenía en el colegio —dijo mi madre, con aire pensativo—; no sé por qué ya no he hecho amistad con nadie más.

—¿Qué haces con tus amigas?

—¿Qué quieres que hagamos? Lo que hacen las señoras cuando se reúnen: platicamos, tomamos té, martinis... jugamos.

—¿A qué juegan?

—¡Pero qué latoso eres! Al *bridge*, a la canasta, o al póquer. Algunas noches organizamos torneos de *bridge* o de canasta.

—Ah, sí, me acuerdo. Torneos de beneficencia, ¿no? ¿En favor de quién?

—El último lo hice en favor de los ciegos de guerra.

—Los ciegos de guerra. En cierto modo, todos somos ciegos de guerra, ¿no?

—Ahora sí que no te entiendo nada. Si se trata de una broma, es de muy mal gusto.

—No importa. ¿Visitas a las modistas?

—Dado que no ando desnuda, es necesario visitarlas. Qué bueno que me lo recuerdas: mañana es el desfile de modas de la Fanti.

—Ah, la Fanti, siempre la Fanti. Pero ¿no se ha muerto todavía?

—Pobrecita, ¿por qué quieres que muera? Siempre se acuerda de ti, de cuando eras niño y me acompañabas a verla. Me pregunta qué haces, cómo estás; espera que te cases para que le envíes a tu mujer.

—¿Qué haces por la noche?

—Ceno, a menudo con alguien. A veces me invitan a cenar, a veces vienen aquí. Voy al teatro y al cine con amigos, siempre los mismos. Pero casi siempre veo la televisión.

—Ah, ya tienes televisor; no lo sabía.

—¿No te lo había dicho? Sí, lo tengo en una salita. Viene una familia de vecinos y la vemos juntos. O la veo a solas. Me gusta la televisión: es mejor que el cine, porque no es necesario salir de casa; puede uno sentarse cómodamente a verla mientras se hacen otras cosas. Figúrate que he vuelto al tejido de punto después de tantos años que no lo hacía. Estoy haciendo un suéter.

—¿Qué haces después de ver televisión?

—¿Qué quieres que haga? Me voy a la cama.

—Bueno, podrías leer, por ejemplo.

—Sí, a veces leo para que me dé sueño. En estos días estoy leyendo una novela muy interesante.

—¿De qué autor?

—Ahorita no recuerdo el nombre del autor; es una novela americana. Sobre la vida de una pequeña ciudad de provincia.

—¿Cuál es el título? —La vi poner una cara de duda, y agregué a continuación:— Me olvidaba de que jamás has podido recordar en toda tu vida el nombre del autor ni el título del libro que estás leyendo. ¿No es cierto?

Tal vez se lo dije en tono afectuoso, y el hecho de que yo recordara algo que le concerniera pareció agradaarle. Sonrió con modestia y dijo:

—No es cierto... Pero ¿cómo pueden recordarse algunos nombres? Por otra parte, lo que más me interesa es pasar el tiempo. Cualquier autor es lo mismo para mí.

—Bien. ¿Sigues tomando la manzanilla antes de dormirte?

—¿Cómo te acuerdas de eso? Sí, sigo tomándola.

—¿Te la llevan a tu habitación? ¿La dejan sobre tu buró?

—Sí, sobre el buró.

De pronto me quedé callado, con una sensación de hartazgo, de futilidad. Pensaba que era posible seguir interrogándola durante muchas horas, sin llegar a nada: su vida, y ella misma, habían llegado

a una total carencia de significado que, a la postre, equivale a una especie de misterio insondable y bobo al mismo tiempo.

—Mi madre me preguntó:

—¿Ya terminó el interrogatorio? ¿No te interesa saber lo que sueño?

—Estoy satisfecho.

Otro largo silencio. Luego agregó, de manera inesperada:

—Tu madre es una mujer que vive sola, que sólo te tiene a ti y que será dichosa cuando vuelvas a vivir con ella.

Comprendí que estaba conmovida, por el hecho de referirse a ella en tercera persona. Pensé que debía decirle algunas palabras cariñosas, pero no las encontré. Por fortuna, Rita me ofreció en ese momento un pastel muy elaborado, que fingí admirar, diciendo: “¡Qué buen pastel!”.

—Era tu pastel predilecto.

Me serví, dándome cuenta de que Rita se mantenía lo más lejos posible de la mesa. No sé si lo hizo por aversión o por esa coquetería particular

que simula la aversión. Mi madre, sin tocar el pastel, me miró implacable y fijamente mientras yo comía mi rebanada. Luego le hizo un gesto a Rita, el cual no entendí. La muchacha salió para regresar poco después con una cubetita en la cual había una botella de champaña.

—Ahora beberemos, a tu salud, una copa de champaña.

Y Rita, con movimientos que denotaban una vieja costumbre, sacó de la cubetita la botella, le quitó el papel de estaño y la descorchó, con poco ruido y casi sin derramar espuma. Sirvió el champaña en las dos copas y salió deprisa, como si no quisiera molestar con su presencia.

Vime, así, con una copa de champaña en la mano, frente a mi madre que, también de pie, alzaba su copa. Sin saber qué decir, dije:

—Muchos días de éstos.

Mi madre se echó a reír:

—Soy yo la que debe decírtelo a ti. Se trata de tu fiesta, no de la mía.

Y tuve que agregar:

—La verdadera fiesta es la tuya: ya no pinto, volveré a estar contigo. Por lo tanto, muchos días de éstos —y, con mi copa en la mano, la choqué en la de ella, que fingió no haber oído lo que le acababa de decir. En cuanto hubo bebido, posó la copa en la mesa y dijo:

—No está suficientemente frío.

—¿Por qué? A mí me parece que está bien.

—Sí, pero le falta estar más tiempo en el hielo.

Cogió de nuevo la copa y bebió el resto.

Tocó el timbre y reapareció Rita. Mi madre también le dijo a ella que el champaña no estaba bastante frío, sin recibir ni, aparentemente, esperar alguna respuesta. Luego añadió que tomaríamos el café en el estudio. El almuerzo había terminado.

Salimos del comedor y nos dirigimos al estudio, que ocupaba todo un ángulo de la planta baja. Yo no iba de buen grado; es más, evitaba entrar en él, porque para mí era una especie de templo de una religión que ciertamente no era la mía. En tal estudio, sentada en un enorme sillón de cuero con adornos dorados, ante una gran mesa barroca de

encino tallado y un fondo de estantes con pocos libros y muchos cartapacios, mi madre se dedicaba, a solas o en compañía de sus hombres de confianza, a oficiar en los ritos del despacho de los negocios tan conmovedores para ella. Ese día la seguí, también malhumorado; y, ya en el estudio, le pregunté: “¿Por qué aquí? ¿No estaríamos mejor en la sala?”.

Creo que no me oyó. La vi acomodarse tras la mesa, indicándome con un gesto que me sentara delante de ella, en el sillón reservado a sus interlocutores durante las pláticas de negocios. Hurgó en un bolso, sacó una llave y, echándose un poco atrás, abrió un cajón, del que extrajo un cuaderno negro y angosto, parecido a un objeto de iglesia, o conectado de algún modo con la religión. Recordé que era el cuaderno en el que estaban anotadas todas nuestras propiedades. Mi madre cerró el cajón, puso el cuaderno sobre la mesa y me miró un momento, fijamente, con ojos más vítreos que nunca, y luego me dijo: “Hace poco me preguntaste si éramos ricos, y no te contesté porque estaba presente la camarera. Pero me agradó que me lo

preguntaras”. Luego agregó, pero ahora con voz razonable: “Voy a darte todas las informaciones que quieras, porque me gustaría que me ayudaras en la administración y me sustituyeras en varias diligencias. Al fin y al cabo, ya no pintas, y tendrás tiempo para hacerlo”.

Me estremecí de horror al oír estas últimas palabras: con cuánta serenidad y complacencia había pronunciado la frase “al fin y al cabo, ya no pintas”, sin darse cuenta de que para mí equivalía a decir: al fin y al cabo, ya no vives. Volví a preguntarle, pero ahora sin ninguna animosidad:

—Está bien; pero ¿somos o no somos ricos?

La vi callar por un momento, mirándome con extraña solemnidad. Luego, inclinándose un poco y bajando la voz, me dijo:

—Nosotros no somos ricos, Dino, sino muy ricos. Gracias a tu madre, tú eres ahora un hombre muy rico.

—¿Qué quiere decir “muy ricos”?

—Muy ricos quiere decir algo más que simplemente ricos.

—Pero ¿menos que riquísimos?

—Sí, menos que riquísimos.

Mi madre respondía ahora distraídamente. Se había puesto unos lentes de monja, sin arillos, con tirantes de oro, y hojeaba las páginas de su cuaderno negro.

—Por lo demás, las cifras podrán explicarte mejor... ¿dónde están?, ¿dónde están?, helas aquí... Decía que podrán explicarte mejor lo que quiere decir muy ricos.

Comprendí que estaba a punto de decirme cuáles eran las cifras de la suma total y, de repente, sentí una incoercible repugnancia:

—¡No, por favor, no quiero saber lo que significa ser muy ricos! Creo en tu palabra.

Mi madre alzó los ojos, se quitó los lentes y me miró.

—Pero debes saberlo: al menos para que me ayudes en la administración.

Yo estaba a punto de gritar, con violencia: “¡Pero si no quiero ayudarte en la administración!”, cuando entró Rita con la bandeja del café. Mi madre, al

verla, recuperó la compostura, como un cura que ve llegar a un descreído. Cerró de golpe el cuaderno y dijo: “Rita, sirva el café”.

Mientras Rita, a mi lado, servía el café en las tacitas, me pregunté cómo podría escapar a esta cosa insoportable: la explicación de lo que significaba ser muy ricos. Rita se hallaba ahora muy cerca de mí, rozándome una rodilla con su pierna, no sé si adrede. Luego se volvió hacia mí para darme la taza. Alcé el brazo, casi por instinto. La taza cayó sobre el platito y el café fue a dar, caliente y húmedo, a mis pantalones claros. Y exclamé, fingiendo consternación:

—¡Ay, mis pantalones!

—Pero, Rita, ¿por qué no pones más atención? —le reprochó mi madre, que no había visto ni entendido nada.

Me apresuré a decir:

—No es culpa de Rita, sino mía. Ya manché mis pantalones.

Rita dijo:

—No se preocupe, ni siquiera tenía azúcar; con un poco de agua puedo sacar esa mancha.

Esta solución no le gustó a mi madre, que protestó de inmediato con su voz más desagradable y, en tono autoritario, exclamó:

—¡Nada de eso! No se limpian las manchas encima de las personas. El señor Dino se quitará los pantalones para que usted los lave y los planche.

Miré a Rita, que estaba de pie junto a la mesa, con una expresión de paciencia servil, y ella preguntó con seriedad:

—¿El señor Dino se quitará ahora los pantalones, o debo esperarlos?

—El café mancha pronto, Dino —dijo mi madre—, es mejor que te los quites ya.

—Pero cómo voy a quitármelos aquí.

Rita miró hacia otro lado, quizá para esconder una sonrisa. Mi madre dijo:

—Ve a tu recámara, quítate los pantalones y se los das a Rita. Ponte la bata que está en el armario y regresa. Mientras tanto, prepararé unos papeles que quiero mostrarte.

Y salimos Rita y yo; ella me precedía, casi a la carrera, diciendo: “Me adelanto porque esa

recámara está siempre cerrada y quiero abrir las ventanas”. Yo la seguía, pensando con asombro en que todo se desarrollaba según las reglas nunca escritas de semejantes situaciones ancilares: la madre que proporciona al hijo el pretexto para apartarse con una camarera; ésta y el hijo se dirigen a la cama en la que caerán juntos, ambos fingiendo que toman en serio el pretexto proporcionado por la madre; la camarera, excitada y servilmente ambiciosa al mismo tiempo; el hijo, excitado y patronalmente humillado. Con tales reflexiones, llegué al primer piso y me dirigí a la recámara. Vi que Rita abría las persianas; luego se volvió hacia mí, con la cara roja por la carrera, el esfuerzo y, tal vez, por la turbación. Le dije secamente: “Espere un momento afuera, luego la llamo”.

En cuanto hubo salido, fui lentamente a la ventana y me asomé a mirar el jardín a la italiana. No tengo la costumbre de recordar el ayer, ni la de conmoverme en los lugares del pasado; pero ese día había decidido volver a vivir con mi madre, después de diez años de ausencia, y

tuve que confrontar mi presente estado de ánimo con el de diez años atrás. Entonces, al mirar los mismos bellos muebles estilo imperio y el diseño geométrico del jardín a la italiana, me di cuenta de que experimentaba no sé qué alivio escuálido al pensar que tampoco yo había cambiado. Sí, no había cambiado, y ahora regresaba a vivir con mi madre, para retomar las viejas costumbres de diez años antes. Podía ser que, poco a poco, volviera a pintar en el estudio que había al fondo del jardín, que tampoco se había trocado. Quizá era posible, como cuando me trasladé a la calle Margutta, que el regreso a la villa me devolviera la ilusión de la pintura, aunque fuera por poco tiempo: la vida, en el fondo, era precisamente este constante cambio de posición, como en una cama incómoda, en la que es imposible dormir sin cambiar de lado. No obstante, al ver que la cama no tenía sábanas y que el colchón estaba enrollado, cosa común en una recámara deshabitada, me di cuenta de que esta inmutabilidad de las cosas, y de mí mismo, no era tan positiva como me había parecido de primas

a primeras. Nada se había modificado, era verdad, pero volvería a hallarme ante la desesperación, que tampoco había cambiado y que, en aquellos tiempos, me había obligado a escapar de casa. Nada había cambiado y, sin embargo, puesto que el tiempo no pasa en vano, todo había empeorado, aun estando materialmente inmóvil. Así, mientras mi madre me esperaba con unos papeles en la mano, para explicarme lo que significaba ser ricos, Rita me esperaba a su vez tras la puerta, esperando que la llamase y me le echara encima: dos cosas muy lejanas entre sí, aparentemente, pero en realidad ligadas por un mecanismo secreto y riguroso. Yo conocía este mecanismo: siempre tuve la seguridad de su existencia, mas nunca lo había visto con tanta claridad como ahora, como uno puede ver en los escaparates de las compañías aéreas el corte transversal del motor de un aeroplano, con todos sus ensambles complicados. Era el mecanismo de la desesperación, el cual, si regresaba a vivir con mi madre, me habría hecho rebotar del dinero a la impotencia, de ésta al tedio, y de éste a Rita o a

cualquier otro envilecimiento de la misma clase. Lo mejor era volver al estudio de la calle Margutta, donde la desesperación se expresaba en el lienzo limpio, que jamás pintaría.

Oí con claridad unos impacientes y confidenciales rasguños en la puerta y, antes de percatarme bien de lo que estaba haciendo, vi que me había quitado ya el cinturón, los pantalones, arrojado al suelo el colchón y acostado en ese improvisado lecho. Le grité a Rita que podía entrar.

Entró de inmediato y, al verme acostado en dicho lecho, cerró la puerta. Todo mi cuerpo estaba inmóvil, salvo el lugar donde el deseo hacía fluir la sangre turbada: yo miraba tal parte, fijamente, con el mentón clavado en el pecho, como un cadáver tendido en el catafalco parece mirar el propio cuerpo, preparado y listo para ser llevado al cementerio. Mientras tanto, Rita se acercó a la cama y, de pie, parecía contemplarme a través de sus anteojos hipócritas como se contempla un objeto nunca visto y digno de estudio. Tendí entonces una mano, tomé la de ella —que dejaba colgar sobre la cadera— y

la jalé como se jala el freno de una bestia no recalcitrante pero tímida; sentí que todo su ser iba detrás de esa mano. Guié su mano hacia el centro de mi cuerpo y, en cuanto sentí que se cerraba, la solté. Ahora Rita estaba inmóvil, ligeramente inclinada, con un brazo extendido sobre mi pecho y un rubor encendido bajo los arillos negros de los anteojos. Luego dijo, extrañamente, con voz lenta y complacida: “Qué asco”. Yo me asombré, porque eran las mismas palabras que me habría dicho a mí mismo si hubiera querido expresar la sensación de repugnancia y de excitación que experimentaba en ese momento.

Exhalé un suspiro y, al fin, le pregunté, sin mirarla, en voz baja:

—¿Por qué viniste aquí? —Alzó los hombros, no dijo nada. Parecía incapaz de hablar—. ¿Para quitar la mancha? Pues bien, ve a quitarla. ¿Qué esperas?

Se sobresaltó, como si hubiese recibido un golpe en la cara; abrió un dedo, luego los otros, con reluctancia, y desapareció de mi vista. Debió salir también de la recámara, porque luego escuché el

ruido de la puerta, que se abría y se cerraba. En cuanto estuve seguro de que había salido, salté de la cama y abrí el armario. Como lo esperaba, al lado de la bata de seda que, según el consejo de mi madre, debía ponerme, hallábase colgado, en su bolsa de celofán, el único traje que no me llevara cuando me fui a vivir al estudio: un smoking. Cogí los pantalones y me los puse. Me quedaban bastante bien, quizá un poco más anchos, porque diez años antes estaba más gordo: la cocina de mi madre era más rica y nutritiva que la de las modestas *trattorias* que ahora frecuentaba. Me miré al espejo: con el saco marrón de lino y los pantalones negros parecía un mesero desocupado. Abrí la puerta, poco a poco: no había nadie; bajé de prisa las escaleras, recorrí el pasillo y, evitando las salas y salitas, crucé el vestíbulo y llegué al terraplén.

Los dos coches, el viejo y el nuevo, estaban ahí, uno junto al otro, delante de la villa. El cielo, nublado; los árboles y la villa se reflejaban vagamente en la límpida brillantez de la carrocería del coche nuevo; el viejo, en cambio, aparecía opaco,

con la misma opacidad del tedio que solía velar el mundo a mi alrededor. Arranqué una hoja de mi libreta y escribí: “Gracias. Prefiero conservar el coche viejo. Tu cariñosísimo hijo, Dino”, y la metí debajo del limpiaparabrisas, donde los agentes de tránsito suelen poner las infracciones. Abordé mi coche, encendí el motor y me alejé de allí.

CAPÍTULO II

En el mismo edificio donde yo vivía, en el corredor de la planta baja, tres puertas más allá de la mía, tenía su estudio un viejo pintor que se llamaba Balestrieri. Me lo encontraba a menudo; platicábamos un poco, pero no lo frecuentaba: como todos los hombres que sólo piensan en las mujeres, Balestrieri era de una extrema y casi insultante frialdad con las personas del mismo sexo, sin que importaran las condiciones ni la edad, puesto que siempre veía en los demás a posibles rivales. Balestrieri era un hombre chaparro, de hombros muy anchos y pies muy grandes, dos defectos que

no trataba de ocultar, dado que usaba enormes sacos deportivos, a cuadros, y anticuados zapatos, estrechos y siempre bien boleados. La cara de Balestrieri tenía mucho de máscara de carnaval o de sátiro pompeyano: cabellos blancos como la plata, cara colorada, cejas negras como el carbón, nariz prominente, boca grande, mentón afilado. La expresión de su cara tenía algo de tierno pero inquieto. Algunos pintores viejos, que lo conocían bien, me habían dicho que era un erotómano, y que comenzó a pintar en su juventud sólo para llevar mujeres a su estudio, con el pretexto de la pintura. Podía decirse que fue así que le quedó la costumbre de la pintura, que para él consistía únicamente en el desnudo femenino. Balestrieri, que era acomodado, no vivía de su trabajo, ni lo exponía nunca. En cierto modo, pintaba para sí mismo; sus amigos me dijeron que se encariñaba tanto con sus cuadros que, las raras veces que pensaba regalar uno, hacía una copia y la daba en lugar del original. En cuanto a la calidad, todos coincidían al decir que era pésima. Una o dos ve-

ces, por mera curiosidad, quise ver los cuadros de Balestrieri por la ventana que daba a su patio, y a través de los vidrios sólo pude ver algunos lienzos muy grandes, oscuros, en los que apenas se distinguían enormes desnudos femeninos, de formas excesivas y poses poco naturales.

Al estudio de Balestrieri llegaba un gran número de mujeres. Desde mi ventana, podía verlas cruzar el patio y desaparecer en la puerta que daba al corredor de la planta baja. Sabía que visitaban a Balestrieri porque en los otros dos estudios vivían dos pintores con sus familias y, en consecuencia, no eran modelos de ellos y tenían que dedicarse a la pintura abstracta. Las mujeres de Balestrieri eran el testimonio de la variedad en sus gustos: jóvenes y maduras, populares y señoras, muchachas y mujeres casadas, rubias y morenas, flacas y gordas, chaparras y altas. Se veía que Balestrieri, como todos los donjuanes poco refinados, no se andaba por las ramas: era un coleccionista al que le interesaba más la cantidad que la calidad. Raras veces tenía lo que suele llamarse una relación, o

sea contactos duraderos con una sola mujer; y, aun teniéndola, no interrumpía las otras aventuras menos importantes. Sobre todo en los primeros años que viví en la calle Margutta, la figura y la vida de Balestrieri me llenaban de curiosidad, y lo espí un poco. Incluso llegué a hacer una estadística de las mujeres que lo visitaban: hasta cinco distintas al mes, o sea una mujer nueva cada seis días, con una frecuencia de casi dos visitas al día. Cuando lo vi por primera vez, él tenía cincuenta y cinco años; en el tiempo de los acontecimientos que estoy narrando, tenía sesenta y cinco. Sin embargo, durante esos diez años no vi ningún cambio en sus costumbres: seguía viendo, más o menos, el mismo número de mujeres, como si el tiempo no pasara para él.

Mejor dicho, hubo un cambio, que nada tuvo que ver con la disminución de las visitas femeninas —como era de esperarse—, sino en un aumento. El erotismo de Balestrieri, que yo comparaba a menudo con un volcán en constante pero tranquila actividad, tuvo, alrededor de sus sesenta y tres

años, algo parecido a una fase de paroxismo. Me parecieron más numerosas las mujeres que iban a tocar a su puerta; además, me di cuenta de que eran muchachas cada vez más jóvenes: como todos los viciosos, Balestrieri, con el paso de los años, se inclinaba por las adolescentes. He hablado de una fase enajenada del erotismo; sería más exacto decir que se trató de una fijación, probablemente inconsciente, en una sola clase de mujer, que excluía a las demás clases. De modo que Balestrieri, sin darse cuenta, estaba dejando de ser el donjuán coleccionista que había sido y, por primera vez, se dedicaba o quería dedicarse a una sola clase de mujer. Aquellas numerosas muchachas, casi todas de la misma edad, no eran sino pruebas cada vez más logradas de una clase que se iba precisando insensiblemente; acercamientos a una figura ideal que, en cualquier momento, encarnaría. Y, en efecto, llegó el día en que cesó el flujo de adolescentes en el estudio de Balestrieri para dar lugar a una sola visitante que, evidentemente, las otras habían preparado, pues era el resumen de todas las demás.

Me puse a observarla con una cierta atención, porque pronto me di cuenta de que ella también me observaba. Vestida siempre como bailarina –según la moda del momento–, con una blusa ligera y una falda muy corta, que parecía sostener una crinolina, daba la impresión de ser una flor parada de cabeza, de corola oscilante, que caminaba sobre los pistilos. Su cara era redonda, de niña; pero de una niña crecida muy pronto e iniciada demasiado pronto en las experiencias femeninas. Era pálida, con una leve sombra bajo los pómulos, que acentuaba la delgadez del rostro enmarcado por una tupida cabellera, oscura y rizada. La boca pequeña, de forma y expresión infantil, hacía pensar en un capullo que se marchita precozmente en la rama, sin abrirse; me impresionaron particularmente dos leves arrugas en las comisuras de sus labios, por la intensa sensación de aridez que emanaba de ellas. Y lo mejor de ella: sus ojos grandes y oscuros, también infantiles, bajo una frente un poco abultada, tenían una mirada sin inocencia, indefiniblemente distante, indirecta y vaga.

Al contrario de las demás mujeres de Balestrieri, que caminaban deprisa hacia el estudio del viejo pintor con la cabeza inclinada, ella cruzaba el patio con una lentitud que parecía estudiada, a juzgar por el reflexivo y renuente movimiento de las caderas. No porque pareciera ir de mal grado al estudio de Balestrieri, sino porque al dirigirse allí buscaba alguna otra cosa que ella misma no habría sabido definir. Al cruzar el patio, casi siempre alzaba los ojos hacia mi estudio, y si yo era visible tras los vidrios, por tener mi caballete cerca de la ventana, acompañaba su mirada con una sonrisa. Durante algún tiempo no supe cómo interpretar esa sonrisa, tan leve, que me hacía dudar de su intención. Pero después, al verla de cerca en el corredor, ya no dudé de que dicha sonrisa no sólo iba dirigida a mí, sino que también tenía un significado muy preciso.

Esta muda invitación me inspiraba un sentimiento muy oscuro, que intentaré explicar. En primer lugar, no me atraen las aventuras; sobre todo si, como en este caso, la aventura me la sugiere y

me la impone la mujer, de modo que la insistencia de esa sonrisa casi me inspiraba un impulso a simular que no la había notado. En segundo lugar, la muchacha no me gustaba: sólo había amado a mujeres hechas y derechas. Ésta no tenía más de diecisiete años, y parecía tener quince, a causa de su cuerpo delgado y de su cara infantil. En fin, había un tercer motivo, más válido aunque menos claro y definible: la sensación de náusea que tenía cada vez que pensaba en acercarme a ella, en hablarle y, consecuencia inevitable, en hacer el amor con ella. Esta nauseabunda sensación no se debía a una repugnancia física y directa: la muchacha no me gustaba, es cierto, pero tampoco me repugnaba; se debía más bien a la representación de la experiencia a la cual tendría que llegar si aceptaba su invitación. Era, pensaba yo, la misma sensación de náusea aprensiva que, probablemente, experimentan todos aquellos que se encuentran en el umbral de una realidad oscura y desconocida; o a la simple realidad, acostumbrados como están a no afrontarla nunca. Una sensación de asco y

aprensión; cosa que me asombraba, en vista de que la muchacha, tan infantil e insignificante, no parecía justificarla de ninguna manera.

Pero no es fácil, en medio del tedio, pensar algo con ilación. Para mí, el tedio era semejante a una especie de niebla, en la cual mi pensamiento no dejaba de extraviarse, vislumbrando a intervalos algunos detalles de la realidad; como quien se halla en un nubarrón y atisba ora una esquina de la casa, ora la figura de un transeúnte, ora algún objeto, pero sólo por un instante, porque desaparecen al siguiente. En la niebla del tedio había atisbado a la muchacha y a Balestrieri, pero sin darles mucha importancia y, de algún modo, olvidándome continuamente de ellos. Pasaban semanas enteras sin que yo pensara en que existían los dos, a pesar de que se hallaban y se amaban a pocos pasos de mí. De vez en cuando me acordaba de ellos, con asombro, y me decía: “Mira nada más, siguen amándose”. Estaba tan acostumbrado a olvidarme de Balestrieri que, a la mañana siguiente, después de huir de la villa de mi madre, tras tomar el café y de vuelta a mi

estudio, noté que en la calle Margutta, precisamente ante mi portón, estaba parada una carroza fúnebre, negra y dorada, con los acostumbrados ángeles dorados y los caballos negros, pero aún vacía y sin flores, sin pensar que estuviera allí esperando a algún conocido mío. Rodeé la carroza, que me impedía el paso, y entré en el corredor. Debido a mi costumbre de caminar viendo hacia abajo, mi cabeza topó con el borde inferior del féretro que, en ese momento, cuatro hombres cargaban en sus hombros. Di un paso atrás, mientras los cuatro sepultureros me miraban con dureza. El féretro pasó ante mis narices, seguido sólo por dos personas: un mocetón de cara brutal, picada de viruelas, que vestía un traje azul marino, y una mujer que le daba el brazo, de la cual no pude ver nada por ir cubierta de velos de pies a cabeza. El mocetón me hizo pensar en Balestrieri, por su cara colorada y las cejas muy negras. En ese momento oí a la portera del edificio, que en voz baja hizo un comentario acerca de las muertes repentinas, mencionando el nombre del viejo pintor. Fue así que me enteré de la muerte

de Balestrieri –probablemente el día anterior–, de que la mujer vestida de luto era su mujer, de la cual se había separado muchos años antes, y de que el mocetón vestido de azul era su único hijo.

Como ya lo he dicho, el tedio me acosaba en esos días hasta el punto de olvidarme no sólo de la existencia de Balestrieri, sino también de la muchacha. Me di cuenta de que había estado esos dos últimos días en el estudio, ignorando que, tres puertas más allá, se sentía la muerte de Balestrieri; después, era velado y puesto en el féretro. Pensé que quizá alguien me había dicho algo acerca de la enfermedad del viejo pintor, pero yo, aun oyéndolo, no lo había escuchado, a causa de mi tedio; cosa que me ocurría a veces, cuando leía los titulares de los periódicos, pues un instante después los olvidaba, sin saber en lo más mínimo a qué se referían. Fue necesario el féretro y el doloroso golpe en la frente para que al fin recordara la existencia del pintor, precisamente cuando ya estaba muerto.

Por lo demás, la muerte de Balestrieri no fue tan simple como podía parecer a primera vista. Ese

mismo día, mediante las escandalizadas alusiones de la portera y los comentarios más explícitos de un grupo de amigos que encontré en el café, reconstruí el fin del viejo pintor. Parecía que Balestrieri había muerto en un momento muy particular: mientras hacía el amor con la muchacha que me había sonreído varias veces. Ese amor, pues, no había sido un amor normal, entendiendo por normal el acto que lleva a la procreación, sino una deformación o especialidad erótica; de modo que a Balestrieri lo había matado, por decirlo así, la manera con la cual lo había hecho. La portera no daba mayores informaciones; se limitaba a referirse al caso con gran indignación. En cambio, los amigos en el café abundaban en detalles, alegremente, como si hubiesen estado presentes en el estudio a la hora de su muerte; pero, como luego pude saber, se trataba de meras suposiciones. Lo único que se sabía de cierto era que Balestrieri se había sentido mal, y que había caído muerto ante los ojos de la muchacha. El hecho de que ella fuera su amante, de que él fuese hallado en la cama, semidesnudo, y que,

en fin, la muchacha saliera corriendo para llamar a la portera, en bata y sin nada más debajo, parecía confirmar la habladuría de una muerte inesperada, ocurrida en el gran momento de la voluptuosidad. Quienes no daban crédito a esta clase de muerte hacían notar que la muchacha estaba en bata porque era modelo y en ese momento posaba, y que, durante el verano, Balestrieri tenía la costumbre de andar en camiseta y calzoncillo de baño. Por otra parte, en favor de las habladurías, se repetía lo que dijera el médico en la cabecera del moribundo: “Si este hombre se hubiese dado cuenta de que a su edad no deben hacerse ciertas cosas, aún estaría vivo”. Otros afirmaban que el médico, después de revisar a Balestrieri, se había limitado a decirle a la muchacha: “Usted lo mató, señorita”, pero que luego aclaró: “Mejor dicho, usted lo ayudó a matarse”. Pero nadie sabía quién era ese galeno, ni dónde estaba; tal vez se trataba de un médico de guardia de alguna de las numerosas farmacias del barrio.

Ese mismo día, después de haber almorzado en una pequeña fonda de la calle Margutta, regresé al

estudio, donde encontré un paquete con una nota de mi madre, en la que me decía: “La próxima ocasión, en vez de escapar, despídete de mí”. El paquete contenía el saco del smoking y los pantalones claros, que la buena Rita había desmanchado y planchado. Arrojé al suelo todo eso, me eché sobre el diván y encendí un cigarrillo. Mi tedio era atroz, y me parecía extraño que los demás no se dieran cuenta de que me aburría; que no se percataran de que, para mí, ellos y el mundo entero no existían, y que continuaran, como mi madre, comportándose conmigo como si yo no fuera víctima del tedio. Mientras fumaba, poco a poco empecé a reflexionar en mi situación, que, evidentemente, empeoraba un poco cada día; y me pregunté al fin qué me quedaba por hacer ahora que había renunciado a la pintura, pero no a la ayuda económica que mi madre me otorgaba. Me daba cuenta de que había poco que hacer en el sentido de una acción que introdujera un cambio realmente sustancial; pero podía hacer lo que muchos hacen cuando se hallan en una situación insostenible: aceptarla y adaptarme. En

el fondo, yo era el retoño de una familia noble pero en decadencia, que se obstinaba en vivir con el fastuoso tren de vida de sus antepasados. El día que acepta la situación que le parece insostenible, que es la situación normal de una inmensa cantidad de personas, deja de sufrir y se entera de que todo aquello que parecía intolerable en cierto nivel no lo es en un nivel más bajo. A decir verdad, lo que me hacía sufrir no era tanto el tedio sino la idea de que yo pudiera o debiera no aburrirme. Es decir, yo también pertenecía a una familia muy noble y muy antigua que, en el pasado, nunca se había aburrido; que siempre había tenido relaciones directas y concretas con la realidad. Yo debía olvidarme de esta familia y aceptar, de una vez por todas, la condición en que me hallaba. Pero ¿era posible vivir sumido en el tedio, vivir sin ninguna relación con nada de la realidad, sin sufrir? Éste era el problema.

Piensa que piensa, me dio sueño y dormí profundamente, con una sensación más parecida al hundimiento que al hecho de dormir. Tuve un sueño muy claro: me veía de pie, junto al caballete, con

la paleta en una mano y el pincel en la otra. En el caballete está la misma tela blanca; al lado del caballete, cosa singular porque no hago cuadros figurativos desde hace muchos años, está una modelo. Es una joven mujer de rostro sabio, anteojuda, semejante a Rita, de cuerpo curiosamente plano y carente de volumen, en cuya blancura exangüe destacan, de manera fúnebre, las dos manchas gemelas de los senos, parecidas a dos monedas oscuras, y el triángulo negro del pubis. Se supone que estoy retratando a la modelo, porque mi mano, con el pincel en ristre, se mueve sobre la superficie invisible de la tela. Sigo pintando con cuidado, concentración y firmeza; el cuadro está saliendo bien, la modelo no respira, no se mueve; parecería realmente muerta si los anteojos no brillaran al moverse y no me sonriera con la sonrisa irónica que enarcan sus labios. Al fin, tras una larga sesión, el cuadro está terminado y doy unos pasos atrás, para mirarlo bien. Sorpresa: la tela está vacía, limpia, ningún desnudo femenino aparece dibujado o pintado; ciertamente trabajé

mucho en ella, pero no hay nada. Lleno de terror, agarro un tubo de pintura, lanzo un chorro en la paleta, mojo el pincel y, con furia, me pongo a pintar de nuevo. Pero nada, la tela sigue estando en blanco; la muchacha sonríe burlonamente al ver la inutilidad de mis esfuerzos, pero conservando la expresión hipócrita y sabia que le confieren los gruesos anteojos de carey. Una mano se posa en mi hombro: es Balestrieri en persona, que me sonríe paternalmente con su cara colorada, me quita de las manos paleta y pincel y se planta frente a la tela, dándome la espalda. Balestrieri es una camiseta sin brazos, un calzoncillo de baño, un atuendo que me recuerda a Picasso –en el cual descubro de pronto alguna semejanza–. Pinta, veo su nuca poblada de tupidos cabellos plateados, y pienso que est  pintando lo que yo no he logrado pincelar. El cuadro est  terminado, Balestrieri se ha ido, y yo estoy frente al cuadro. No s  si es bueno o malo, pero está pintado; la tela ya no est  vacía y blanca, como cuando yo acab  de pintar, sino cubierta de signos y colores. Una rabia inmensa me trastorna;

agarro el cuchillito que me sirve para raspar los colores y rasgo la tela con violencia metódica, de arriba hacia abajo, a fin de destruirla en toda su extensión. Pero qué horror: no he rasgado la tela, sino el cuerpo de la modelo, que ahora sangra por numerosas heridas verticales, que parten del pecho y bajan hasta las piernas. La sangre chorrea en las heridas, roja y abundante, formando arroyuelos secundarios; pero la muchacha sigue sonriendo, a pesar de que su cuerpo es ahora una tupida trama de heridas, y yo sigo rasgándola lleno de furia. Oigo un grito de angustia; me despierto.

Era un día nublado: en el estudio había una luz escasa, triste y gris. Salté del diván y, como si supiera lo que iba a hacer, me precipité hacia la puerta, la abrí y bajé al corredor. Estaba desierto, con las cuatro puertas cerradas; pero luego, mirando con atención, vi que la puerta de Balestrieri estaba entornada. Sin reflexionar, caminando de manera casi automática, me dirigí a esa puerta y entré.

Jamás había estado en el estudio del viejo pintor; pensé que sólo una gran curiosidad podía hacer

que lo visitara. Las cortinas estaban cerradas, el estudio estaba casi a oscuras; una lámpara con pantalla roja, montada sobre un pedestal de madera tallada –probablemente un objeto de iglesia–, alumbraba una mesa cubierta por un damasco púrpura. Gracias a la luz rojiza de dicha lámpara, me di cuenta de que el estudio de Balestrieri era muy diferente del mío. Era mucho más grande, con una escalera que llevaba a un pasillo que tenía dos pequeñas puertas. Además, mientras mi estudio tenía el aspecto de un verdadero estudio de pintor, someramente amueblado y desordenado, el del viejo pintor –cosa que noté de inmediato, con una oscura sensación de repugnancia– estaba amueblado como si fuera una anticuada sala burguesa, de cuarenta o cincuenta años antes. Nadie habría podido pensar que allí vivía un pintor, de no ser por los famosos desnudos colgados de las paredes, desde el piso hasta el techo, y por el caballete monumental con una tela inacabada, cerca de la ventana. Me impresionó mucho la melancolía de los muebles, casi todos de falso estilo renacentista. Las paredes

estaban tapizadas de damasco rojo; el piso estaba cubierto, aquí y allá, de numerosos tapetes persas, con diseños oscuros y abigarrados. Cerré la puerta, miré a mi alrededor, aspirando el intenso olor particular, fúnebre y casero al mismo tiempo, y me acerqué al caballete. La tela inacabada era un retrato de su jovencísima amante que la muerte le había impedido terminar. Al estar frente a la tela experimenté un sentimiento de incredulidad y desilusión. Balestrieri, en efecto, había abocetado al carbón una imagen que difícilmente podía parecerse a la muchacha de cuerpo esbelto y cara infantil que me había sonreído muchas veces. Era un típico desnudo excesivo, en una pose forzada, de rodillas juntas y manos entrelazadas en la nuca, para evidenciar el busto y las caderas, dos partes del cuerpo femenino que Balestrieri parecía preferir. Me sorprendió particularmente la amplitud de las caderas y la pesadez de los pechos, que yo no había visto en la modelo. En cambio, la cintura estrecha, los hombros y los brazos podían ser los de ella. Olvido significativo: Balestrieri no

había dibujado el rostro; de modo que cualquier identificación era imposible, al menos para mí.

Observé un buen rato la tela, pensando que Balestrieri era realmente un pésimo pintor, aun considerando la remota tradición naturalista, que imitaba de manera tan deficiente. Me puse a observar el estudio y las pinturas colgadas de las paredes. Sólo había desnudos femeninos, retratados casi siempre en poses forzadas, nada naturales. Lo primero que me pasó por la mente fue que Balestrieri, incluso siendo un pintor malísimo, era un artista muy cuidadoso, minucioso hasta la pedantería. Evidentemente, no confiaba en la inspiración, y trabajaba un poco como los maestros antiguos, con veladuras sucesivas, volviendo una y otra vez sobre ciertos detalles, hasta estar seguro de haber agotado todas las posibilidades. El resultado, ay de mí, era un naturalismo fotográfico, relamido, que vemos en los cuadros expuestos en las así llamadas muestras de arte y en las galerías más comerciales. Por otra parte, resultaba evidente que eran cuadros perfectos, de acuerdo con la asquerosa perfección

propia de la pornografía. Dicho de otra manera, el mundo de Balestrieri era un mundo coherente y concreto, sin hendiduras ni contaminaciones, aunque diera la impresión de una manía. Balestrieri se había sentido, hasta la muerte, requetebién en este mundo, sin dudar ni querer salir de él. Tal vez había sido una especie de loco, pero un loco cuya locura consistía en la ilusión de tener una relación con la realidad, un loco sabio, cosa que probaban sus telas. En cambio, me dije que yo era un sabio cuya sabiduría consistía en la profunda convicción de que tal relación era imposible; es decir, un sabio que se creía loco.

En medio de tales reflexiones vi, uno tras otro, todos los cuadros que colgaban de las paredes, sin poder hallar ninguno que tuviera las facciones de la muchacha con cara de niña. Pensé en la posibilidad de que Balestrieri no hubiese pintado nunca a su pequeña amante, y que le bastó con amarla; precisamente lo contrario a lo que uno podía suponer, en vista de su edad avanzada. Ya estaba a punto de marcharme, cuando un ruido que venía

de lo alto me hizo levantar los ojos. La muchacha de Balestrieri salía en ese momento de una de las puertecitas que daban al pasillo; empezó a bajar la escalera, despacio, sin darse cuenta de mi presencia, con una mano en la balaustrada y la otra en el pecho, sosteniendo un envoltorio.

Al llegar al final de la escalera, levantó por fin los ojos y pareció asustarse al verme delante de ella, junto a la mesa que había en el centro del estudio. Fue cosa de un instante. Y, casi de inmediato, su cara redonda se inundó de serenidad, como si el encuentro no fuese una sorpresa para ella, sino algo ya concertado, y me dijo, tímidamente:

—Vivo arriba del estudio. Tal vez me ha visto algunas veces. Entré a darle una ojeada a los cuadros. —Y, señalando el envoltorio, agregó:— Vine a recoger mis cosas, antes de que alquilen el estudio. Era su modelo, él me había dado la llave, y entré.

Noté que su voz carecía de cualquier acento que me permitiera saber dónde había nacido, o la clase social a la que pertenecía. Su voz era incolora y neutra, de una exactitud de tono que rayaba en la reticencia.

Sin saber qué más decir, le pregunté:

—¿Usted venía con frecuencia al estudio?

—Sí, casi todos los días.

—Pero ¿cuándo murió?

—Antier por la tarde.

—¿Usted estaba presente cuando él murió?

La vi mirarme un momento con sus grandes ojos oscuros, que en lugar de observar los objetos parecían reflejarlos sin verlos.

—Se sintió mal cuando posaba para él.

—¿La estaba pintando?

—Sí.

Yo exclamé con sorpresa:

—Pero ¿dónde está esa tela?

Señaló el caballete:

—Allí.

Me volví a apreciar por un instante la tela, luego la miré bien a ella. En la penumbra, que parecía absorber los contornos, su figura resultaba más esbelta e infantil, con su amplia faldita suspendida sobre las piernas delgadas y el pálido rostro invadido por sus ojos grandes y oscuros. Le pregunté, incrédulo:

—¿Usted posó para ese dibujo?

Ella, a su vez, parecía asombrada por mi duda:

—Sí. ¿Por qué? ¿No le gusta el modo en que me dibujó?

—No sé si me gusta o no; lo cierto es que no se le parece.

—Falta la cabeza, porque siempre la pintaba al final. ¿Cómo puede decir que no se me parece?

—Lo que quiero decir es que el cuerpo que hizo Balestrieri no se parece al suyo.

—¿Usted cree? Sin embargo, es el mío.

Yo sentía toda la futilidad y falsedad de esta discusión pseudoartística sobre un dibujo como aquél y, por añadidura, sobre una cuestión de semejanza. Y, avergonzado de una tácita complicidad que debía rechazar, le respondí vivazmente:

—No es posible, no puedo creerlo.

—¿Le parece? —dijo de nuevo—. Sin embargo, así estoy hecha.

Dejó el envoltorio sobre la mesa, se acercó al caballete y se puso a considerar un momento la tela; luego agregó:

—Tal vez haya alguna exageración, pero así es mi cuerpo.

Al verla junto al caballete recordé mi sueño de esa tarde, y le pregunté:

—¿Balestrieri le hizo únicamente ese dibujo, o le hizo otros retratos?

—Oh, no, me pintó muchas veces.

Levantó los ojos a las paredes y enumeró, indicando aquí y allá: “Ésa soy, y aquélla, luego ésa de arriba, y también aquélla”. Y agregó de manera conclusiva: “No se cansaba de pintarme. Me tenía posando horas y más horas”.

De repente, sentí ganas de hablar mal de Balestrieri; quizá para arrancarle algún acento un poco más personal y partícipe. Dije con crueldad:

—Tanto trabajo para obtener un resultado tan pobre.

—¿Por qué?

—Porque Balestrieri era un pésimo pintor, y hasta me atrevería a decir que no era pintor.

Pero no reaccionó como yo esperaba; sólo se limitó a decir:

—Yo no sé nada de pintura.

Insistí:

—A decir verdad, Balestrieri sólo era un hombre al que le gustaban mucho las mujeres.

Aprobó con convicción:

—Ah, eso sí.

Entretanto, había retomado su envoltorio y me miraba con aire interrogativo, como si dijera “Ahora debo irme. ¿Por qué no ves la manera de retenerme?”. Con una repentina dulzura en la voz, que me sorprendió mucho, le propuse:

—¿Por qué no vienes un momento a mi estudio?

La iluminó una ingenua y pronta esperanza:

—¿Quiere que pose para usted?

No supe qué decir. No había tenido la intención de mentirle, y ahora ella me proponía una ficción que me humillaba doblemente, porque era una ficción y porque era precisamente la última ficción a la que yo habría recurrido: la del pintor que invita a su estudio a una bella muchacha con el pretexto de pintarla; en pocas palabras, una ficción digna de Balestrieri. Le pregunté, un poco molesto:

—¿Balestrieri también la invitó a su estudio con el pretexto de pintarla?

Respondió con seriedad:

—No; yo lo buscaba para que me diera clases de dibujo. Empezó a pintarme mucho más tarde. —De modo que para ella la ficción del retrato no era una ficción, sino una cosa muy seria. Agregó:— Ahora no tengo nada que hacer. Si quiere, puedo posar para usted hasta la hora de la cena.

Me pregunté si debía decirle que era un pintor que ya no pintaba, y que, cuando lo hacía, no pintaba cuadros figurativos. Pensé que debía buscar otro pretexto para invitarla a mi estudio, puesto que parecía necesario tener otra excusa. Y le dije, de manera muy vaga:

—Está bien, vamos a mi estudio.

—A estas horas posaba siempre para Balestrieri —me informó, contenta y aliviada, mientras recogía su envoltorio—. Pintaba todos los días, de las cuatro a las siete.

—¿Y en la mañana?

—También por la mañana, de las diez a la una.

Nos dirigíamos hacia la puerta. Me daba cuenta de que ella veía por última vez el estudio en el que había pasado una buena parte de su vida, y yo esperaba, tal vez apiadado del viejo pintor que la había amado tanto, que ella dijera algo, o que al menos mirara hacia atrás. Pero se limitó a preguntarme, dando un vistazo a las paredes:

—Y ahora que murió, ¿qué van a hacer con los cuadros?

—Tal vez intenten venderlos. Pero luego, al ver que nadie los quiere, los meterán en algún sótano —respondí con crueldad.

—¿En un sótano?

—Sí; los botarán.

—Él tenía una mujer, de la que vivía separado. Ella se quedará con los cuadros.

—Razón de más para botarlos.

Fiel a su reticencia, no dijo nada. Ahora me precedía en el corredor; y así, vista por detrás, con el gran envoltorio entre los brazos y su paso que parecía involuntario y reluciente pero realmente sensual, casi daba la impresión de que simplemente se mu-

daba de casa. Sí; ella dejaba el estudio de Balestrieri para mudarse al mío: nada más. La alcancé y le abrí la puerta, diciéndole: “Como usted puede ver, mi estudio no se parece en nada al de Balestrieri”.

No respondió, como si no hallara ninguna diferencia entre mi estudio y el de su viejo amante. Simplemente se acercó a la mesa, puso allí su envoltorio y volteó hacia mí, preguntándome:

—¿Dónde está el baño?

—Allá, en esa puerta.

La vi dirigirse al baño. Yo fui al diván, para acomodar los cojines en los cuales había dormido esa tarde; recogí las numerosas colillas que había arrojado al piso. Mientras hacía estas cosas, pensaba en la muchacha, preguntándome si me gustaba y si tenía el deseo de hacer lo que ella esperaba, y me percaté de que no se me antojaba. Al fin me dije que sería mejor seguir interrogándola acerca de su relación con Balestrieri, cosa que llamaba mi atención, y que luego me desharía de ella.

Tan consciente estaba de mi tranquilidad que me olvidé del pretexto que la muchacha me había

ofrecido. Tan abstraído estaba que me asombró el hecho de verla aparecer en el umbral de la puerta. Estaba completamente desnuda, apretando contra su pecho una toalla y caminando sobre la punta de los pies. Al verla así, pensé que Balestrieri no había exagerado al pintarla con aquellas formas que habían suscitado mi incredulidad. Tenía, en efecto, un seno magnífico, pleno, firme y moreno, que parecía discordar con sus pechos, gráciles y escasos, propios de una adolescente. Su cintura era también la de una niña, increíblemente estrecha y flexible, pero en las caderas, compactas y fuertes, aparecía el carácter adulto que se veía en el seno. Caminaba adelantando el pecho y retrayendo el vientre, mirando con cierta codicia el caballete que estaba junto a la ventana. Al acercarse a la tela, preguntó sin volverse, con su voz seca y justa, carente de expresión: “¿Dónde me coloco?”.

Me pregunté si lo decía hipócritamente, pero tuve que convenir que lo dijo con sinceridad. Tomaba en serio su papel de modelo, aunque pudiera tener la sospecha de que aquello sólo era un pre-

texto para hacer otras cosas. Pero también pensé que en su mente podía existir una incapacidad para ligar una cosa con la otra, y que a esto se debía su sinceridad. Dije tranquilamente:

—No es necesario.

Volteó a verme, asombrada.

—¿Por qué?

—Discúlpeme —le expliqué—. Acepté con ligereza el pretexto de la pintura. En realidad, no pinto desde hace algún tiempo; y, cuando lo hacía, no necesitaba modelos. Lo siento.

Sin sentirse ofendida, dijo con un tono neutro:

—Pero si usted me dijo que quería que posara.

—Sí, es verdad; haga de cuenta que no lo dije.

Lentamente, con la actitud de quien no le da importancia a una cosa, cubrió sus hombros con la toalla. Luego se acercó al diván, tímida y desconfiada, como si yo la hubiera invitado a sentarse; lo hizo en un extremo, lejos de mí. Hubo un momento de silencio; luego me sonrió con sus labios infantiles, como solía hacerlo cuando me encontraba en el corredor.

Le dije, atolondrado:

—Ahora va a pensar mal de mí.

Respondió meneando negativamente la cabeza. Me miraba de manera inexpresiva, como si sus ojos fueran dos oscuros espejos que reflejaran la realidad sin entenderla y, tal vez, sin verla; yo me sentía muy atolondrado. Era evidente que no quería irse, que esperaba de mí la segunda parte del programa. Mientras yo buscaba un tema de conversación, recordé, naturalmente, a Balestrieri.

—¿Desde cuándo conocía a Balestrieri?

—Desde hace dos años.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Tengo diecisiete.

—Cuénteme cómo conoció a Balestrieri.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Pensé que debía decir algo más razonable, y agregué, con sinceridad: “Me interesa”.

Respondió lentamente:

—Lo conocí hace dos años, en la casa de una amiga mía.

—¿Quién es esta amiga?

—Una muchacha que se llama Elisa.

—¿Cuántos años tiene Elisa?

—Dos años más que yo.

—¿Qué hacía Balestrieri en casa de Elisa?

—Le daba clases de dibujo, como a mí.

—¿Cómo es Elisa?

Respondió someramente:

—Es rubia.

Me pareció recordar a una de las tantas muchachas que había visto desfilar en el patio. Le pregunté:

—¿Rubia, de ojos azules, cuello largo, cara ovalada, labios chicos y carnosos?

—Sí, es ella. ¿La conoce?

—No; pero la veía llegar algunas veces al estudio de Balestrieri, poco antes de que usted llegara. ¿Elisa tomaba las clases de dibujo en su casa o en el estudio?

—En su casa y en el estudio, dependiendo de los días.

—Usted no me ha dicho qué cosa sucedió el día que encontró a Balestrieri en casa de Elisa.

—No sucedió nada.

—Está bien, no sucedió nada. Pero Balestrieri también le dio clases de dibujo a usted. ¿Cómo sucedió? —Esta vez me miró, pero sin decir nada. Insistí:— ¿Me oyó?

Cuando se decidió a hablar, me preguntó:

—Pero ¿por qué quiere saber estas cosas?

—Digamos que me interesa.

Lo dije con plena conciencia de que mentía, pero también de que en el embuste subyacía un ribete de verdad.

Miró al aire, como una colegiala que se dispone a dar la lección a un maestro exigente, y dijo:

—Volví a verlo en casa de Elisa porque éramos amigas y la visitaba con frecuencia. Un día le pedí que me diera clases de dibujo, pero me dijo que no podía.

Yo pensaba que Balestrieri no perdía nunca la ocasión de abordar a cuanta mujer se le pusiera enfrente; y ahora resultaba que había rechazado el pretexto que la muchacha le ofreciera. Le pregunté:

—¿Por qué no quiso darle lecciones?

—No lo sé; quizá no lo deseaba.

—¿Estaba enamorado de Elisa?

—No lo creo.

—Entonces, ¿por qué no lo deseaba?

Respondió de manera definitiva:

—En un principio pensé que ella lo había disuadido; pero después me di cuenta de que no había nada de eso. No quería, eso es todo. Creí que le molestaba que yo fuera a su estudio, y le propuse que me diera las clases en mi casa, pero tampoco lo aceptó. En fin, no lo deseaba.

—Pero, ¿por qué le importaba tanto que Bales-trieri le diera las lecciones?

Dudó antes de responder. Su cara pálida se ruborizó, de manera desigual, en manchas sucesivas y leves.

—Me había enamorado de él, o creía estarlo.

—Y él no le hacía caso, ¿por qué?

—No lo sé. —Dudó otra vez; y luego, como si hubiese vencido la última renuencia, se entregó a un parloteo menos reticente, pero sin perder la

precisión:— Creo que yo no le gustaba, eso es todo. Así pasaron dos o tres meses; él me evitaba y yo sufría con eso. En ese tiempo estuve perdidamente enamorada de él. Finalmente, recurrí a un truco.

—¿Un truco?

—Sí. Un día que Elisa debía ir al estudio, la invité a comer, diciéndole que él había telefonado para advertirle que no fuera, porque iba a estar ocupado, y fui yo.

—¿Cómo reaccionó Balestrieri?

—En un principio quiso dejarme afuera. Luego fue más gentil.

—Y ese día hicieron el amor, ¿verdad? —Volvió a ruborizarse, de manera desigual, y dijo que sí con un movimiento de cabeza—. ¿Y Elisa?

—Ella jamás supo que fui en su lugar. Pero ella y Balestrieri se dejaron poco después.

—¿Sigue siendo amiga de Elisa?

—No; dejamos de vernos.

Otro silencio. Me daba cuenta de que le estaba haciendo un interrogatorio casi policiaco, al cual se sometía ella de buen grado; y me pregunté qué

era lo que yo quería saber realmente. Estaba claro que no me interesaban tanto los hechos como alguna cosa que estaba más allá de ellos, algo que constituía el fondo y la justificación. Pero ¿qué cosa era?

Le pregunté:

—¿Por qué se enamoró de Balestrieri?

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Quiero decir que por qué se enamoró precisamente de él, un hombre tan viejo, que podía ser el padre de su padre.

—No es necesario un motivo para enamorarse de una persona. Uno se enamora, y basta.

—Siempre hay un motivo en todas las cosas.

Me miraba y, extrañamente, ahora parecía estar más cerca en el diván en que estábamos sentados. ¿Era una ilusión óptica, debida al interrogatorio? Dijo al fin, a flor de labios, inclinándose un poco y mirándome fijamente:

—Sentía una gran atracción por él.

—¿Qué clase de atracción? —No dijo nada; se limitó a mirarme. Insistí:— ¿Qué clase de atracción?

—Bien, puedo decírselo. Balestrieri se parecía un poco a mi padre. Cuando yo era más joven, tenía una gran pasión por mi padre.

—¿Una pasión?

—Sí; lo soñaba en las noches.

—¿Se enamoró de Balestrieri porque se parecía a su padre?

—Sí, también por eso.

De nuevo el silencio. Y proseguí:

—Según usted, ¿por qué Balestrieri no quería acercársele en un principio?

—Ya se lo dije: no le gustaba.

—Decir que no le gustaba no explica nada. Hay muchos motivos por los cuales puede no gustar una persona.

—Eso es posible, pero no los conozco.

—Pero podría adivinarlos. ¿Cree que Balestrieri no le hacía caso porque usted era demasiado joven?

—No; no por eso.

—¿O porque sentía por usted lo mismo que usted sentía por él, y la consideraba como una hija?

—No lo creo. De haber sido así, me lo habría dicho.

Callé por un momento, meditando con intensidad. Empezaba a ver que la interrogaba acerca de Balestrieri para saber algo acerca de mí: yo también rechazaba hasta ahora sus avances, sospechando que se estaba enamorando de mí.

—¿No cree que Balestrieri tenía miedo de conocerla?

—¿Miedo?, ¿miedo por qué?

—Miedo de que sucediera lo que luego sucedió: enamorarse de usted. El amor infunde miedo algunas veces.

—A mí no me da miedo —agregó, en tono sibilino. Insistí:

—Usted no ha respondido todavía a mi pregunta: ¿Balestrieri la evitaba porque tenía miedo?

—No; no tenía miedo. Hasta recuerdo que una vez me dijo: “De no haber sido por aquel truco, no te habría hecho caso: no me gustabas”. —Hizo una pausa, luego continuó:— Esto es todo, es todo lo que sé.

Comprendí que no llegaría a ningún lado por ese camino, y le pregunté de manera cortante:

—Pero luego él se enamoró de usted, ¿verdad?

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

Se inclinó para mirarme. Ahora la tenía mucho más cerca. Ya no era una ilusión óptica: su rodilla tocaba la mía; dijo:

—No lo sé.

—¿Nunca le hablaba a usted de su amor?

—Sí, lo hacía.

—¿Qué le decía?

Mientras reflexionaba, se me acercó todavía más, y creí que se me echaría encima. Tal vez era solamente una impresión, porque ella, envuelta por la toalla, parecía un cucurucho vuelto hacia mí. Finalmente contestó:

—No recuerdo lo que me decía. Recuerdo lo que hacía. Lloraba, por ejemplo.

—¿Lloraba?

—Sí. De repente se cubría la cabeza con las manos y empezaba a llorar.

Pensé en Balestrieri –viejo pero robusto, de hombros anchos, piernas bien plantadas y una cara colorada, llena de vitalidad, de cabello blanco–, y quedé desconcertado.

—¿Por qué lloraba?

—Quién sabe.

—¿No le decía por qué lloraba?

—No; sólo decía que lloraba por mi causa.

—¿Acaso era celoso?

—No; no era celoso.

—¿Usted le daba motivo para que se pusiera celoso?

Me miró un momento en silencio, como si no hubiera entendido; luego contestó brevemente:

—No.

—¿Lloraba en silencio, sin decirle nada?

—No; siempre decía algo.

—Entonces, sí decía algo. ¿Qué cosas le decía?

—Por ejemplo, decía que no podía estar sin mí.

—Ah, entonces sí tenía un motivo por que llorar; tal vez deseaba dejarla, pero no podía.

—No –corrigió con pedantería–; simplemente decía que no podía estar sin mí. Nunca me dijo que

quería dejarme. Es más: una vez que quise dejarlo, intentó matarse.

Me sorprendía el hecho de que hablara sin cambiar nunca de tono, aun refiriéndose a cosas muy distintas. Le pregunté:

—¿Intentó matarse? ¿De qué modo?

—Tomando pastillas contra el insomnio. No recuerdo cómo se llaman.

—Somníferos.

—Sí, somníferos.

—¿Se puso muy mal?

—Se puso mal un par de días, pero luego se le pasó.

—¿Balestrieri padecía de insomnio?

—Sí; tomaba barbitúricos contra el insomnio. Había noches que sólo dormía una hora o dos.

—¿Por qué?

—¿Por qué no dormía? No lo sé.

—¿Por culpa suya?

—Decía que todo lo que le pasaba era por mi culpa.

—Pero ¿no decía algo más, no le explicaba por qué era usted la culpable?

—Sí. Ahora recuerdo que me decía que yo era su droga.

—Un lugar común, ¿no le parece?

—¿Qué quiere decir “un lugar común”?

—Una cosa poco original, una cosa que todos pueden decir. —Silencio prolongado. Luego le pregunté:— ¿Por qué era usted una droga para Balestrieri?

Me respondió con otra pregunta, despacio:

—¿Por qué me hace usted tantas preguntas?

Contesté con sinceridad:

—Porque en esta historia de usted y Balestrieri hay algo muy curioso.

—¿Qué?

—No lo sé. Por eso le hago tantas preguntas. Para saber por qué lo hago.

No sonrió. Me miró de nuevo con mucha atención, pero de manera inexpresiva, acercándoseme aún más. Sentí el olor cálido y sencillo de su cuerpo. Explicó:

—Me imagino que era una droga para él porque siempre me necesitaba. Él mismo me lo decía: “Antes, una dosis me bastaba; ahora ya no me basta”.

—¿En qué sentido tenía necesidad de usted?

—En todos los sentidos.

—¿Para hacer el amor?

Volvió a mirarme, pero sin decir nada; le repetí la pregunta. Luego respondió con exactitud:

—Sí, para hacer el amor.

—¿Lo hacían con mucha frecuencia?

—En un principio, dos o tres veces a la semana; luego, un día y otro no; después, una vez al día; más tarde, dos veces al día. Luego perdí la cuenta.

—¿Por qué?

—Era capaz de hacerlo en cualquier momento —ahora parecía más relajada—. Me hacía posar, pero al rato dejaba de pintar y me hacía el amor: todos los días.

—¿Nunca se saciaba?

—Se cansaba. Algunas veces se sentía mal. Pero nunca le bastaba.

—¿Y a usted le agradaba eso?

Dudó antes de responder:

—A una mujer siempre le agrada ver que la aman.

—¿Él la amaba realmente? ¿O sólo la necesitaba, por costumbre, por vicio, como una droga?

Respondió, casi acalorada:

—No; él me amaba de verdad.

—¿Cómo le demostraba su amor, por ejemplo?

—¿Cómo decirlo? Son cosas que se sienten.

—¿Nada más?

—Bueno, para poner un ejemplo, quería casarse conmigo.

—Pero él era casado, ¿no?

—Sí, pero me decía que iba a divorciarse.

—¿Y usted iba a aceptarlo?

—No.

—¿Por qué no lo aceptaría?

—No lo sé; no me agradaba esa idea.

—¿Usted no lo amaba?

—No; nunca lo amé. —Se detuvo, quizá por un escrúpulo; luego prosiguió:— Mejor dicho, lo quise en un principio, cuando lo conocí.

Silencio prolongado. Ahora estaba casi encima de mí, viéndome fijamente, y tan ladeada que me pareció que perdería el equilibrio. Pensé otra vez que era una especie de recipiente, una jarra esbelta, colmada de deseo, a punto de caer sobre mí y aplastarme. Le dije al fin:

—La he sometido a un interrogatorio muy intenso. ¿Está cansada?

Se apresuró a responderme:

—No; no estoy cansada... todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir con todo lo contrario?

—Que estoy contenta. —Después de hacer una larga pausa, agregó:— Me ha hecho pensar en tantas cosas que nunca pienso.

—¿Nunca piensa en Balestrieri?

—No.

—¿Ni siquiera hoy que se lo llevaron?

—No; ahora menos que en otros días.

—¿Por qué menos que en otros días? —Me miró sin decir nada. Le repetí:— ¿Por qué menos que en otros días?

Respondió al fin, con simplicidad:

—Porque hoy sólo he pensado en usted. Seguí un poco el funeral, de lejos; pero no resistí más y vine al estudio, casi corriendo. Tenía miedo de que cambiaran la cerradura.

—¿Y entonces?

—Entonces no hubiera tenido un pretexto para verlo.

Fingí no darle ningún peso a su declaración, y le dije:

—A pesar de todo, Balestrieri significaba algo para usted.

—Sí, desde luego.

—¿Qué?

Reflexionó por un momento, luego contestó:

—No lo sé. Ciertamente algo, pero como nunca lo he pensado, no sé qué cosa es.

—Piénselo ahora.

—No puedo pensarlo. No se puede pensar en alguien o en algo de primas a primeras. O se piensa naturalmente o no se piensa.

—¿Y en qué pensaría usted en este momento, naturalmente?

—En usted.

Guardé silencio; encendí un cigarrillo y le dije con toda premeditación:

—Bien, ahora puede sentirse tranquila porque ya terminó el interrogatorio; vayamos al punto. Mientras que Balestrieri no significaba gran cosa para usted, incluso nada, usted era una cosa muy

real y concreta para él. Alguien de quien no podía prescindir, según me ha dicho usted; alguien semejante a una droga, según las palabras de Balestrieri. ¿No es así?

—Sí.

—En otras palabras, usted era para Balestrieri no sólo una cosa muy real y concreta, sino la única realidad para él. Y por esto, cuando usted le dijo que lo iba a abandonar, él quiso matarse. Y lo intentó de verdad, porque si usted se hubiese ido habría perdido la única realidad que existía para él.

Ahora me miraba con gentil cortesía, pero sin ninguna convicción: del mismo modo que un niño mira a la madre que lo regaña antes de darle un dulce, y espera con paciencia a que termine el regaño, que no comprende, y sólo espera adueñarse del dulce.

Y dijo:

—Sí, es verdad. Ahora que lo pienso, recuerdo que me repetía muchas veces que yo era todo para él.

—¿Ya ve? A final de cuentas, Balestrieri, a pesar de ser un amante infeliz y un pésimo pintor, era en cierto modo alguien envidiable.

—¿Por qué?

—Porque podía decirle a alguien: “tú lo eres todo para mí”.

Volvió a quedarse callada, como incierta sobre el significado de mis palabras, pero deseosa de entenderlo: le interesaba el dulce, no el regaño.

Proseguí:

—Basta de hablar de Balestrieri, hablemos de nosotros.

Pareció alegrarse, pero siempre con su invisible y muy discreta manera de hacerlo; inclinó un poco más su cabeza, para mostrar atención y solicitud, sin olvidar hacerlo también con la cadera. Dije:

—Hace ya tres o cuatro meses que nos vemos en el corredor o en el patio y, cada vez que nos encontramos, usted me mira y me sonrío de manera significativa. ¿No es cierto? Si me equivoco, dígamelo. Tal vez he tenido una impresión falsa.

Se limitó a mirarme, como esperando solamente la conclusión. Y proseguí:

—En vista de que no responde, deduzco que no estoy equivocado. Es evidente lo que usted quiere

de mí. Perdone mi brutalidad: usted, desde hace varios meses, me ha dado a entender que está dispuesta a hacer conmigo lo que hacía con Balestrieri. Así lo he entendido. Si estoy equivocado, dígamelo.

Pero siguió callando, aunque su rostro expresara la tímida satisfacción de haber sido comprendida muy bien. Continuó:

—Balestrieri le decía que usted era todo para él. Y la palabra todo significaba, precisamente, todo. Por desgracia, yo estoy en el caso opuesto: usted lo era todo para Balestrieri, pero para mí, nada.

Me detuve a mirarla un momento: me asombraba su impassibilidad. Y ella, con modestia, bajando los ojos, me dijo:

—Apenas tenemos una media hora de conocidos.

Me apresuré a decirle:

—No quiero que me malinterprete. Es imposible que usted sea todo o algo para mí, en el sentido con que suele entenderse esta frase. En efecto, como usted misma lo ha dicho, apenas tenemos

una media hora de conocernos. No; se trata de una cosa muy distinta. Por favor, le ruego que trate de entenderme, aunque mis explicaciones no le interesen. Le pedí que viniera a mi estudio con el pretexto de pintarla, ¿no es así?

—Sí.

—Era un pretexto, una mentira. Aparte de que no pinto figuras humanas y objetos reconocibles desde hace mucho, le mentí porque no soy un pintor o no lo he sido desde hace algún tiempo. Y no lo soy porque no tengo nada que pintar, porque no tengo relaciones con nada que sea real.

Respondió, obstinada:

—No importa que no me haga un retrato.

Tuve que repetirle:

—Entiendo que usted no vea el nexo entre el hecho de que yo ya no pinte y la cosa que le interesa más. Sin embargo, existe. Escúcheme: le dije que usted no es nada para mí; pero, vuelvo a decírselo, no debe atribuirle a esta frase ningún significado sentimental. En otras palabras: usted se me ofrece como se ofrece cualquier objeto. Pongamos un

ejemplo material: ese vaso en la mesa no tiene unos ojos tan bellos como los suyos, tampoco su seno magnífico, ni sus caderas redondas; si aceptara su ofrecimiento, no me besaría, no me abrazaría; sin embargo, se ofrece igual que usted. Se ofrece sin pudor, sin reservas, sin malicia, exactamente como usted. Y debo rechazarlo porque, como usted, ese vaso en la mesa no es nada para mí. Puse el ejemplo del vaso, pero podría ser cualquier objeto, incluso cualquier cosa que no advierten nuestros sentidos.

—¿Por qué nada? —preguntó en voz baja, tímida, como defendiendo más al vaso que a sí misma. Respondí brevemente:

—Explicar esta cosa me llevaría muy lejos; además, sería inútil. Digamos que ese vaso no significa nada para mí porque no tengo ninguna relación con él, de ninguna clase.

Objetó, hablando ahora en favor de sí misma:

—Pero se crean relaciones, ¿no le parece? A cada momento se crean relaciones con personas que antes no conocíamos.

—¿Ve ese cuadro en el caballete?

—Sí.

—Es una tela limpia, no he pintado nada en ella. Es la única que puedo firmar. Mire. —Me levanté, fui hasta el caballete y, con un lápiz, puse mi firma en un ángulo de la tela. Ella me vio levantarme, ir hasta el caballete y regresar, pero no dijo nada. Volví a sentarme y le dije:— La única relación que puede haber entre una mujer y yo no significa nada, igual a la relación que ha habido hasta ahora entre usted y yo. No soy impotente, entendámonos; pero, en la práctica, es como si lo fuera. Así, haga de cuenta que lo soy.

Le hablé de manera cortante, para darle a entender que ya no había nada que decir. Pero al ver que seguía sentada allí, silenciosa e inmóvil, como si aún esperara alguna cosa, agregué, casi irritado:

—Si no siento nada por usted, si no tengo relación con usted, ¿cómo podría hacer el amor? Sería un acto mecánico, externo, totalmente inútil y aburrido. Por lo tanto...

Me interrumpí para mirarla de modo muy significativo, como diciéndole: “ahora tienes que irte”. Final-

mente, pareció entender y despacio, muy despacio, con disgusto, con renuencia y, quizá, con la sobreviviente esperanza de que yo la detuviera y la tomara entre mis brazos, empezó a incorporarse del diván, levantando poco a poco las caderas, con las piernas juntas y el busto erguido. Pero no la tomé entre mis brazos; y ella, puesta al fin de pie, me dijo humildemente:

—Perdóneme. Cuando usted necesite una modelo, puede telefonarme. Ahora le escribo el número de mi teléfono.

Fue hasta la mesa y, apretando la toalla contra su pecho, escribió algo en un pedazo de papel.

—Todavía no le he dicho mi nombre: me llamo Cecilia Rinaldi —dijo, al darme aquel trozo de papel—. Lo escribí aquí, con mi domicilio y mi número telefónico.

Fue hacia el baño, caminando de puntillas. Vista de espaldas, parecía llevar un traje de noche. Antes de desaparecer tras la puerta, la toalla resbaló de sus manos, y volví a ver, por un instante, el cuerpo que Balestrieri había pintado tantas veces, un cuerpo que, bajo la ropa, era inimaginable.

Lo extraño es que, en cuanto dejé de verla, empecé a pensar precisamente en Balestrieri. Recordé cómo el viejo pintor la había rechazado y evitado varios meses, con una especie de miedo o presentimiento casi animalesco de lo que iba a ser para él. Me preguntaba qué cosa habría sucedido si esa muchacha no hubiera ido a visitarlo en lugar de Elisa, si hubiera seguido evitándola. Probablemente Balestrieri seguiría vivo, puesto que no había duda de que la causa no muy indirecta de su muerte había sido su amor por la muchacha. Pero ¿por qué no la abandonó en el preciso momento en que se dio cuenta de que ella iba a ser su perdición? En otras palabras: ¿qué cosa llevó a Balestrieri a aceptar un destino funesto, del cual parecía estar muy consciente? Y, en fin, ¿era posible escapar al propio destino? Y si no, ¿de qué servía saber lo que hacía? ¿Era posible que no hubiese ninguna distinción entre un destino aceptado en estado de inconciencia y otro vivido con lúcida conciencia?

Al pensar en el primer intento de suicido de Balestrieri, causado por la decisión de Cecilia, que

deseaba dejarlo, el viejo pintor, al querer llevar hasta el fin su relación con ella, cometió, con toda lucidez, un segundo y definitivo suicidio. Así, en cierto modo, había ensayado el primer suicidio porque, por un momento, le había parecido que Cecilia, al dejarlo, no le permitiría cometer el segundo.

No salía de mi asombro al pensar en tales cosas; mejor dicho, de pensarlas no sólo por mera curiosidad ociosa, sino por un sentimiento desconcertante, de fascinante atracción, como si la historia de Balestrieri me concerniera y el destino del viejo pintor estuviese ligado al mío. Me daba cuenta de que, de no haber sido así, no le habría hecho tantas preguntas a Cecilia. Quizá le hubiera hecho el amor, sólo una vez, pero sin hacerle tantas preguntas. No le hice el amor, sino muchas preguntas, con una curiosidad insaciable, insatisfecha. La interrogué para saber por qué la interrogaba: parecía un juego de palabras, pero no lo era. Aprendí muchas cosas, pero mi insatisfacción era una prueba de que no había entendido lo que realmente deseaba saber.

Tan hundido estaba en estas reflexiones que no me di cuenta de que Cecilia había salido del baño y que ahora estaba de pie a un paso del diván. Me sobresalté cuando me dijo: “Me despido de usted”.

Me puse de pie, con fatiga, y estreché su mano, balbuciendo mecánicamente: “Hasta la vista”. Ella murmuró: “No se moleste en acompañarme”, y vi que de nuevo me contemplaban sus ojos grandes y oscuros. Recogió el envoltorio que estaba en la mesa y se encaminó hacia la puerta, con una lentitud que no parecía calculada, como si hubiera sentido que estaba ligada a mí por un vínculo fuerte y tenaz, que le impedía avanzar en la dirección opuesta. Me impresionó sobremanera la ondulación de su falda amplia y corta y el consecuente balanceo de su busto, parecido a un jinete sobre la montura. En esos dos movimientos, el ondulante de la falda y el bamboleante del busto, existía el reclamo de una coquetería consciente y, por esto mismo, muy poderoso e irresistible. La seguí con la mirada hasta que abrió la puerta y desapareció. Entonces encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana.

El patio hallábase desierto, con una luz mortecina, propia de una tarde calurosa y de la hora crepuscular. Al frente se veían las otras ventanas: dos de ellas estaban iluminadas; miré los setos de acanto, de un verde casi negro, que bordeaban los praditos, y el empedrado, de una blancura opaca y caliza. Los numerosos gatos hallábanse dispersos en el empedrado, en un orden misterioso, que no parecía casual: unos echados, con las patas dobladas bajo el cuerpo; otros sentados, con la cola en torno de las patas; otros deambulando lentamente, con el hocico a ras del suelo y la cola levantada; gatos albinegros, gatos grises, gatos totalmente blancos o totalmente negros, gatos barcinos, gatos leonados. Miré los gatos con atención, cosa que hacía muy a menudo, para pasar el tiempo. Cecilia apareció en el patio, con su gran envoltorio bajo el brazo. En cuanto hubo llegado bajo mi ventana, alzó los ojos hacia mí, pero esta vez sin sonreír. Alcé la mano para quitarme de la boca el cigarrillo pero, en lugar de eso, le hice un claro ademán de que regresara, indicándole mi puerta. Asintió con

un leve movimiento de cabeza y, sin modificar su paso lento, sin apresurarse, como quien se olvida de alguna cosa a sabiendas de que va a encontrarla, volvió sobre sus pasos. Corrí las cortinas y fui a sentarme en el diván.

CAPÍTULO III

A partir de entonces, Cecilia vino a visitarme al estudio; primero dos veces a la semana, luego un día sí y otro no y finalmente, después de un mes de conocernos, casi todos los días. Sus visitas siempre eran a la misma hora, siempre duraban lo mismo y siempre se desarrollaban de la misma manera. Si me pusiera a describir una, las describiría todas. Cecilia anunciaba su llegada con un solo timbrazo, tan breve que algunas veces dudaba de haberlo oído; pero esta incertidumbre significaba que era ella. Iba a abrirle, ella me echaba los brazos al cuello y nos besábamos. El beso es tal vez un

contacto simbólico, cuyo placer es más psicológico que sensual, y la psicología, como luego veremos, no era el fuerte de Cecilia; dicho de otra manera, ella no sabía besar, de modo que nuestra relación no era de las que se expresan con el ósculo. Lo cierto es que los labios de Cecilia eran inertes, fríos e informes, como los de una niña que, después de correr, aún jadeante, besa a su padre. Por otra parte, precisamente durante el beso, se revelaba la naturaleza doble de Cecilia, infantil y femenina al mismo tiempo. En efecto: mientras me ofrecía su boca, carente de brío y de abandono, que no se abría a la mía ni penetraba en ella, yo sentía que su cuerpo se pegaba al mío, en arco convexo, asestándome con el pubis un golpe duro y seco, en el cual parecía anunciarse la cualidad exigente e inarticulada de su amor. El primer beso duraba poco, debido a que yo no le encontraba el gusto y lo interrumpía casi de inmediato. Cecilia, entonces, se apartaba de mí, para poner el bolso y los guantes en la mesa; iba a la ventana a cerrar las cortinas, se desvestía —siempre del mismo modo

y en el mismo lugar— entre el diván y una silla, en la cual iba poniendo las prendas que se quitaba.

Conocí a Cecilia en el mes de junio, cuando portaba el atuendo veraniego que ya he descrito: una blusa holgada y una falda amplia y corta de bailarina. Al llegar el otoño, en cuanto empezó a hacer menos calor, se puso un suéter largo, de lana verde, y una falda negra, muy apretada, que le llegaba a las rodillas. Así, pues, alzaba los brazos para quitarse el suéter, que le cubría la cara por un momento; luego, con gesto gradual y enérgico —siempre el mismo—, arrojaba el suéter contra la silla. Quedaba desnuda hasta la cintura, porque, sin importarle nada el contacto áspero de la lana sobre la piel, no usaba camiseta. Decía, sin ninguna vanidad, como constatando un hecho irrefutable, que sus pechos se mantenían arriba sin ayuda de sostenes; pero siempre he pensado que era un calculado gesto de coquetería para mostrar, en toda su plenitud, su seno magnífico en el momento de quitarse el suéter. Por lo demás, la aparición del seno no abolía la inmadurez de ella: pleno y floreciente, ese seno parecía

no formar parte de su busto grácil. Esta impresión era todavía más clara cuando Cecilia se volteaba: no veía entonces sino una espalda esbelta, blanca y huesosa, de adolescente; y el seno que asomaba entre el brazo y el costado, bajo la axila, parecía estar hecho de una carne más cálida, más morena y adulta que el resto del cuerpo.

Después de quitarse el suéter, Cecilia giraba un poco sobre su cadera y, uniendo las manos sobre ésta, abría la cremallera. La falda caía, y ella, con gesto impaciente, parecido al que hacía cuando se quitaba el suéter, la aplastaba con los pies un par de veces antes de levantarla y ponerla en la silla. Ahora estaba enteramente desnuda; mejor dicho, aún tenía puestos lo que yo llamaría los arneses más íntimos: los ligueros, el velo triangular del *slip*, las medias en las piernas. Pero estos arneses estaban ya casi fuera de sitio, como si Cecilia, al desvestirse, los hubiera despojado de cualquier funcionalidad: el velo del *slip* muy arrugado, casi enrollado; a un ligüero le faltaban dos broches, y colgaba de manera oblicua; una de las medias

estaba en su sitio, pero la otra le colgaba debajo de la rodilla. Era un desorden mujerial y belicoso, que nada tenía que ver con la inocencia infantil e inexpresiva de su cara. Lo cierto es que en ella coexistían dos Cecilias: una niña y una mujer al mismo tiempo, y no sólo en lo tocante al cuerpo, sino también en la expresión y en los gestos.

Esta duplicidad se manifestaba especialmente entre la parte superior de su cuerpo y la inferior. Hay diferencias de peso que aparecen en la mirada aun antes de verificarlas con las manos. Un objeto de plomo, por ejemplo, se ve siempre más pesado que un objeto de las mismas dimensiones pero de un material más liviano. De la cintura para abajo, el cuerpo de Cecilia parecía tener la consistencia de las cosas hechas de una materia muy densa y pesada. Qué fuerte era, por ejemplo, la articulación de las piernas y de las ingles, comparada con la de los brazos y las axilas; su busto delicado contrastaba en gran medida con la vigorosa redondez de las caderas y de los muslos. De la cintura para arriba, adolescente; de la cintura para abajo, una

mujer. El cuerpo de Cecilia me recordaba un poco los monstruos decorativos en los frescos antiguos: una especie de esfinge o harpía, de busto impúber injertado en un vientre y dos piernas poderosas, con efecto grotesco.

Su manera de comportarse en el amor también reflejaba el contraste entre sus dos naturalezas: una infantil, la otra de hembra. Muchas veces he reflexionado sobre este asunto, y he llegado a pensar que Cecilia carecía de sentimientos y, tal vez, de verdadera sensualidad; sólo tenía un constante apetito sexual, del que no era muy consciente, pese a sufrir pasivamente la urgencia. Hallándose entre mis brazos, se ponía en la posición de un niño que, obediente, abre la boca para recibir la cuchara que la madre le pone: sólo que, en ella, la apertura era el sexo y el bocado se lo daba su amante. La poética y pueril fragilidad de su rostro redondo contrastaba con la dura y exigente avidez con la que ella bregaba, a fin de hacerme llegar al orgasmo y de gozar, a su vez, hasta el último espasmo. Durante el amplexo, los movimientos del vientre eran cada

vez más acelerados y poderosos, con la potencia y la regularidad de un mecanismo desencadenado, que no podía detenerse ya. Lánguidos en un principio, apenas perceptibles y como ociosos, al final parecían realmente los de un pistón que subía y bajaba con fuerza automática, infatigable. Pero su cara permanecía inerte, relajada, tranquila, sin curiosidad, sin pasión, más infantil que nunca, con los ojos cerrados y la pequeña boca entreabierta: sólo un leve rubor en las mejillas indicaba que Cecilia no dormía, sino que estaba despierta y presente en las propias sensaciones.

Esta especie de disociación del ánimo de Cecilia durante el amplexo se notaba sobre todo en los momentos en que, estremeciéndose de pronto, sin motivo aparente, olvidando su pasividad ávida y mecánica, correspondía a mis caricias. El amor que llamamos procreativo es siempre casto; pero casi nunca son castas las técnicas amatorias con las cuales los amantes procuran excitarse recíprocamente. La manera con la que Cecilia se unía a mi cuerpo era absolutamente casta,

por ser curiosamente automática e inconsciente. De pronto, en pleno abrazo, se sentaba para poner su boca sobre mi vientre, como si me lo carcomiera: este impulso tenía algo de sonámbulo, como si Cecilia lo hiciera durante un sueño, en una condición por entero inconsciente. Luego, después de desahogarse, después de agotar minuciosamente todas las posibilidades de la caricia, se arrojaba de nuevo entre mis brazos, con los ojos cerrados y la boca entreabierta: entonces, una vez más, tenía la extraña sensación de haber visto a una durmiente hacer cosas carentes de sentido, y que luego, sin despertarse, se volvía a dormir tranquilamente.

Después del orgasmo, que le sacudía varias veces el cuerpo, como una pequeña crisis epiléptica, pero sin turbar la inmovilidad apática del rostro, Cecilia yacía exhausta bajo mi cuerpo, con un brazo sobre la cabeza y el otro abandonado en el diván, con la cabeza reclinada sobre el hombro y las piernas abiertas, tal y como habían quedado después del amplexo. Casi inmediatamente después de salir de ella, Cecilia me sonreía por un instante,

y acaso era éste el momento más bello de nuestro amor. Esa sonrisa, tan dulce, en la que parecía refluir y apagarse la dulzura del deseo satisfecho, no contradecía su ambigüedad infantil: aun sonriéndome, Cecilia no me miraba; tampoco parecía verme: podría decirse que no me sonreía a mí, sino a sí misma, como agradecida consigo misma por haber sentido aquel placer, no por habérmelo dado. Esta sonrisa, por muy impersonal y solitaria que fuese, era la última fase del amplexo, de la comunicación y casi fusión de nuestros cuerpos. Luego nos sentábamos en el diván, separados uno del otro, y era necesario hablar.

En ese momento me daba cuenta de que, tras el apetito erótico, seguía siempre su indiferencia. Cuando digo indiferencia no me refiero necesariamente a la frialdad o al desapego. No; después de hacer el amor, su indolencia era simplemente una completa falta de relaciones, muy parecida a la que tanto me hacía sufrir y que yo llamaba tedio; sólo que, al contrario de mí, Cecilia no solamente no lo sufría en lo más mínimo, sino que no era consciente

de ello. Era como si ella hubiese nacido con ese desapego de las cosas que a mí me parecía la intolerable modificación de una condición originaria muy distinta: lo que a mí me parecía una especie de enfermedad, en ella era algo sano y normal.

Sin embargo, como he dicho, era necesario hablar. La intimidad reciente del amor físico suscitaba en mí el deseo de la intimidad de los afectos, que sólo podía obtenerse a través de la palabra. Intentaba conversar con ella; no obstante, en vista de que ella nunca empezaba una conversación y sólo se limitaba a responder a las preguntas, la interrogaba acerca de ella misma y de su vida. De tal modo supe que era hija única, que vivía en un apartamento en Prati, que vivía con sus padres, que el padre era comerciante, que había estudiado con las monjas, que tenía algunas amigas, que no tenía novio y otras cosas semejantes. Sólo informaciones someras, parecidas a las de cualquier muchacha de la edad y de las condiciones de Cecilia; pero fueron realmente las únicas que pude sacarle, y con mucho esfuerzo. No porque quisiera ocultarme

algo, sino porque parecía ignorar gran parte de las cosas que le preguntaba, o por ser incapaz de describirlas y definirlas con todo detalle. Podía decirse que nunca se había detenido a ver lo que había a su alrededor, que no se observaba a sí misma ni al propio mundo; de modo que, al preguntarle, la ponía un poco en la situación de quien debe responder sobre cosas y personas a las cuales nunca ha visto con atención. Hay un juego que consiste en mostrar a alguien, durante un minuto, una ilustración; luego se le pide que mencione todos los objetos representados en ella. En este juego, que pone a prueba la facultad de observación, Cecilia habría obtenido una calificación muy baja, porque parecía que jamás había visto ni observado nada de su propia vida, y hasta hubiera sido posible que, después de mirar dicha ilustración no un minuto, sino todo un año, no recordara muchas cosas. Por otra parte, sus informaciones no sólo eran esquemáticas, sino también imprecisas, como si ser hija única, el padre comerciante, la educación con las monjas y las amigas fueran para ella

datos no totalmente confirmados, como lo es todo aquello que nunca suscita nuestra curiosidad, aun estando al alcance de la mano y siendo fácilmente observables. Incluso respondiendo con exactitud, me dejaba igualmente con la duda, debido a su lenguaje frío, genérico y desleído, que parecía ser el fruto de una desatención invencible.

Finalmente, puesto que la familia y el ambiente de Cecilia no me interesaban mucho, recaía por fuerza en Balestrieri, por sentirlo, como ya lo he dicho, oscuramente ligado a mí y a mis relaciones con ella. Por lo demás, incluso hablando de Balestrieri, no se modificaba el laconismo de Cecilia; pero esto no me desalentaba, sino todo lo contrario. Su reticencia al hablar del viejo pintor me inspiraba un apasionado deseo de saber más, cada vez más. En realidad, al interrogarla sobre su pasado y sobre Balestrieri, como pronto me di cuenta, averiguaba sobre su futuro y el mío.

Mientras tanto, habían pasado ya dos meses desde la primera visita de Cecilia, y me asombraba de que Balestrieri hubiese podido nutrir una pasión tan

violenta; y que, en fin, ella hubiera podido representar ante sus ojos el papel de mujer fatal, dando a estas palabras todo el sentido de funesta predestinación que tendrían y que, normalmente, no tienen. Me costaba trabajo creerlo porque, dejando aparte sus notables capacidades amorosas, más o menos comunes en otras muchachas de su edad, Cecilia me parecía muy, pero muy superficial, insuficiente para suscitar una pasión tan destructiva como la de Baletrieri. La prueba de ello era su carácter, incapaz de sentir verdadero interés por nada, y su lenguaje descolorido y lacónico. Muchas veces he meditado sobre el carácter espiritual que se transparentaba en ese lenguaje, y he llegado a la conclusión de que sólo revelaba una gran simplicidad. Pero no la simplicidad del sentido común, que siempre tiene algo de franqueza, sino la simplicidad turbia, insuficiente y enigmática de la amputación psicológica, que es la reticencia, aunque sea inconsciente e involuntaria. Cecilia siempre daba la impresión no tanto de mentir cuanto de no ser capaz de decir la verdad; y no porque fuera mentirosa, sino porque

decir la verdad habría significado que tenía una relación con algo, y ella parecía no tener relaciones con nada. A tal punto que, cuando mentía (y se verá cuán capaz era de hacerlo), daba casi la impresión de que, si bien de manera negativa, Cecilia hablaba con algo de verdad, a causa de esa pizca de verdad que conlleva cualquier mentira.

¿Cómo pudo Balestrieri enamorarse tan perdidamente de ella? Mejor dicho: ¿qué sucedió entre ellos para que el carácter tan insignificante de Cecilia se convirtiera en un motivo de pasión? Yo sabía que es imposible emitir un juicio sobre los amores ajenos; pero, al final, yo había sustituido a Balestrieri en la vida de Cecilia: también había ingerido la droga de la que hablaba Balestrieri al referirse a Cecilia. No dejaba de asombrarme –pero con una sensación de desconfianza, y a pesar del peligro anunciado– cómo era posible que esa misma droga no me hiciera ningún efecto.

La interrogaba largo y tendido, a tientas, sin saber yo mismo qué cosa quería saber. He aquí un ejemplo de esas conversaciones:

—¿Balestrieri nunca te dijo por qué te amaba?

—¡Caray! ¡Y dale otra vez con Balestrieri!

—Perdóname, pero tengo que saber...

—¿Qué cosa?

—No sé qué. Algo concerniente a ti y a Balestrieri. Dime, pues, ¿alguna vez te dijo por qué te amaba?

—No; solamente me amaba, y ya.

—No me he explicado bien. El amor existe sin motivo, es verdad: se ama, y basta. Pero existen varios tipos de amor. Se ama sin tener un motivo preciso; pero se ama con tristeza o con alegría, con tranquilidad o con inquietud, con celos o con confianza; pero detrás hay siempre algún motivo. Balestrieri te amaba, sí, pero de modo maniático. Tú misma me lo has dado a entender. Eras un vicio para él, una droga, algo de lo que no podía prescindir: éstas han sido tus propias palabras. ¿Por qué esa manía?

—No lo sé.

—No eres una mujer que pueda inspirar una pasión de esta clase; al menos, así me lo parece.

—También a mí me lo parece.

Lo dijo con sinceridad, sin sombra de ironía, sin enojo.

—Ahora que te conozco mejor —continué—, si debo decirte todo lo que pienso, no entiendo en lo más mínimo la pasión de Balestrieri. No estoy desilusionado, estoy sorprendido. Después de lo que me dijiste acerca de tu relación con él, yo me imaginaba que eras una mujer terrible, de las que pueden arruinar a un hombre. Pero me pareces una muchacha muy normal. Estoy seguro de que serías una excelente esposa.

—¿Tú crees?

—Sí; me das esta impresión.

—En el fondo, yo también lo creo.

—Entonces, ¿a qué atribuyes su pasión, esa clase de pasión?

—No lo sé.

—Trata de pensarlo un momento.

—No lo sé, de veras. Se ve que él era así.

—¿Qué quieres decir?

—Que sólo podía amar de esa manera.

—No es cierto. En todo ese tiempo, cambiaba de mujeres a cada rato. Sólo contigo sucedió lo que sucedió.

Después de callar un buen rato, contestó con sinceridad:

—Te responderé cuando me hagas una pregunta precisa.

—¿Qué entiendes por una pregunta precisa?

—Sobre una cosa física, una cosa material. Siempre me preguntas sobre los sentimientos, sobre lo que la gente piensa o no piensa, y no sé qué responderte.

—¿Una cosa material? Muy bien. Dime: ¿Balestrieri sabía, según tú, que su relación contigo perjudicaba su salud?

—Sí; lo sabía.

—¿Qué decía?

—Decía: en cualquier momento de éstos, voy a reventar. Yo le decía entonces que tuviera cuidado, pero respondía que no le importaba.

—¿No le importaba?

—No —dijo. Luego, con aire muy vago y como rememorando con esfuerzo, agregó:— Ahora que

lo pienso, recuerdo que, una vez que estábamos haciendo el amor, me dijo: “sigue, sigue, sigue; querría que siguieras sin fijarte en mí, aunque proteste, aunque me sienta mal, aunque me mates, sí, aunque me mates”.

—¿Y tú?

—No le di importancia a sus palabras. Decía tantas cosas. Pero tú me has hecho pensar.

—¿Crees que te amaba porque lo estabas matando, porque eras un medio que le servía para matarse?

—No lo sé. Nunca lo he pensado.

De tal manera seguía acercándome a la verdad, o así lo suponía. Sin embargo, quedaba siempre insatisfecho. La idea de que Cecilia fuera una muchacha como tantas, y de que Balestrieri hubiese visto en ella lo que no era, resultaba muy tentadora pero reductiva; aunque también explicaba por qué yo, al contrario de Balestrieri, no lograba sentir por Cecilia algo más que una simple atracción física. Sin embargo, tampoco sabía el motivo por el cual esta explicación me dejaba insatisfecho. Como si al

explicar todo no explicara nada y, comoquiera que fuese, dejara sin solución el asunto de Cecilia, o sea el contraste entre su simplicidad y falta de interés y la pasión que había logrado suscitar.

Me daba cuenta de que empezaba a aburrirme de Cecilia, a sentirme otra vez en la condición de extrañeza y desapego en la que me hallaba poco antes de conocerla. Decir que me hastiaba de Cecilia podría inducir a pensar que no me divertía con ella, o que fuera aburrída. Pero, como lo he dicho en otra parte, no se trataba de tedio, en el sentido que suele dársele a esta palabra. En realidad, Cecilia no era letárgica; era yo el que se aburría, aun reconociendo que hubiera podido evitarlo si, por un milagro, lograra hacer más real mi relación con ella, en vez de permitir que se debilitara más con el pasar de los días.

Me percataba de este cambio en nuestra relación debido a que ahora consideraba el amor físico de una manera diferente: era el único posible entre los dos. En un principio, dicho amor fue una cosa muy natural, en cuanto que me parecía que la naturaleza

se superaba a sí misma en él, tornándose humana, y más que humana; ahora, en cambio, el amor físico me atosigaba por su falta de naturalidad, como si fuera una especie de acto *contra natura*, artificioso y absurdo. Caminar, sentarse, recostarse, subir y bajar parecían acciones necesarias, naturales; en cambio, acoplarse me parecía un forzamiento extravagante, para el cual no había sido hecho el cuerpo humano, y al cual no podía adaptarse sin esfuerzo y sin fatiga. Pensaba que todo se podía hacer con comodidad, gracia y armonía, todo, menos acoplarse. La conformación misma de los dos sexos —de difícil acceso el femenino; incapaz el masculino de dirigirse sin rodeos, de modo autónomo, como un brazo o una pierna, y atendido al movimiento de todo el cuerpo— me parecía indicativa de lo grotesco del connubio. Entre esta sensación de lo grotesco de la relación física y el carácter absurdo de Cecilia sólo había un paso, y muy corto. De modo que el tedio, como siempre, volvía a destruir mi relación con las cosas, y luego a las cosas mismas, vaciándolas de todo contenido. Ahora, mi tedio presentaba una no-

vedad: Cecilia, convertida en objeto absurdo a causa de una costumbre sexual que, por el momento, no deseaba interrumpir, no sólo me inspiraba frialdad e indiferencia, sino también crueldad.

Pero ella no era un vaso, sino una persona, aunque me aburriera de ella y dejara de existir para mí como cualquier otro objeto. Era igual que el vaso: cuando el tedio me lo presentaba como una cosa incomprensible y absurda, inspirándome un violento deseo de agarrarlo, lanzarlo al suelo y reducirlo a añicos, a fin de obtener una confirmación de su verdadera existencia mediante su destrucción, de la misma manera, y con mayor razón, cuando me aburría Cecilia sentía unas ganas inmensas de, si no destruirla, atormentarla y hacerla sufrir. Me parecía que atormentándola y haciéndola sufrir restablecería la relación interrumpida por el tedio; y poco importaba que lo consiguiera mediante la crueldad y no a través del amor.

Recuerdo muy bien cómo se manifestó por primera vez esta crueldad. Una tarde, después de desvestirse Cecilia, se estaba acercando al diván

donde yo la esperaba, acostado y también desnudo. Cecilia caminaba siempre de puntitas, con el pecho erguido y retraídas las caderas, con la expresión serena y solemne de quien se dispone a hacer una cosa muy conocida, realizada muchas veces y, sin embargo, siempre nueva, como cualquier otro rito. La vi llegar, pensando que no sólo no la deseaba (incluso sabiendo que, aunque de manera mecánica, pronto llegaría a un grado de excitación suficiente para unirme a ella), sino también que no lograba sentirla como alguna cosa que pudiera relacionarse conmigo. Mientras pensaba estas cosas, y ella apoyaba una rodilla en el diván, noté que las cortinas de la ventana estaban mal cerradas. La luz blanca de ese día de verano me disgustaba; además, al otro lado del patio había algunas ventanas, desde las cuales, si se quería, podía verse hacia el estudio. Y dije, como por casualidad: “Ve a cerrar las cortinas, por favor”.

“Ah, las cortinas”, dijo ella, obediente como siempre; me dio la espalda y se dirigió a la ventana, caminando de puntitas. Entonces, mientras

trasladaba por el estudio la extraña y significativa conformación de su cuerpo, mitad adolescente, mitad mujer, me inspiró por primera vez un impulso de crueldad. Era un impulso que me llevaba muy lejos, a los años de mi infancia, a la única ocasión de mi vida en que fui conscientemente cruel. En esos años tenía un gato romano, muy grande, que yo quería mucho, pero que me aburría algunas veces, sobre todo cuando agotaba los pocos juegos y pruebas de inteligencia de que era capaz el pobre animal. Al fin, el tedio me inspiró el siguiente juego. Ponía en un plato un montoncito de pescaditos crudos, que le gustaban mucho a mi gato, y luego colocaba el plato en un rincón de la estancia. Iba por el gato y, después de hacer que los oliera, lo llevaba al rincón opuesto, dejándolo en libertad. El gato salía corriendo en dirección del plato, con una expresión de dicha y de avidez en todo el cuerpo, desde la punta de la cola hasta la punta de la nariz; pero en cuanto él llegaba a la mitad de la estancia, yo lo agarraba por el cuello y lo devolvía al punto de partida. Varias veces repetí este juego, si así

puede llamársele, hasta que el gato se dio cuenta de que era víctima de una misteriosa revocación y, en consecuencia, modificó su actitud. En sus primeros lances, había estado violento, ávido y seguro de sí; luego fue más cauteloso: intentó gatear con el cuerpo totalmente pegado al piso, para escapar a mi vigilancia y, quizá, hacerse el invisible; al fin, el pobre micho se limitó a dar uno que otro paso hacia el plato: un ladino y triste intento ante la persistencia de mi voluntad cruel. Luego todo cambió: habló el gato. Lo que quiero decir es que, volviendo hacia mí la cabeza y mirándome a los ojos, emitió un largo y expresivo maullido, razonable y patético, que quería decir: “¿Por qué haces esto? ¿Por qué?”. El maullido fue tan elocuente y explícito que sentí vergüenza. Creo que hasta me ruboricé. Agarré al minino entre mis brazos, lo llevé yo mismo adonde estaba el plato y le permití que comiera sus pescaditos.

Ahora, al ver que Cecilia se acercaba dócilmente a la ventana, se me ocurrió repetir el juego cruel que le hiciera a mi gato. Ella se acercaba

al diván para satisfacer su apetito; también ella, como el gato, expresaba con todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, este apetito tan natural y legítimo. Jugaría con ella como jugué con el gato; pero esta vez estaría muy consciente del verdadero móvil del juego, que era la voluntad de restablecer, mediante la crueldad, la interrumpida relación con las cosas.

Mientras tanto, Cecilia había ido a la ventana y, luego de cerrar bien las cortinas, regresaba al diván. En su cara –que por un momento tuviera la expresión diligente de la criadita que hace lo que le dice el patrón, aun estando totalmente desnuda– veíase de nuevo el primitivo aire de ritual. Caminando de puntitas, eludió el caballete, se dirigió hacia el diván y se dispuso a acostarse. Pero la detuve, diciéndole: “Perdona, pero no puedo hacer el amor si hay una puerta abierta. Te ruego que cierres la puerta del baño”.

“Qué difícil eres”, murmuró. Sin embargo, dócil como siempre, volvió a atravesar el estudio. La vi alejarse en la sombra, bello fantasma de cabellera

rizada y oscura, de dorso grácil, huesoso y, bajo la cintura estrecha, las dos convexidades pálidas y oblongas de las nalgas. Cerró bien la puerta y volvió sobre sus pasos, fantasmagórica, en la sombra que agrandaba y oscurecía aún más sus ojos, sus senos y su vientre. Esta vez no la detuve cuando apoyaba la rodilla en el diván, sino en el momento en que deseaba tenderse a mi lado.

—Perdóname de nuevo. Hazme el favor de descolgar el teléfono. Ayer estuvo llamando justamente en el momento más bueno. No respondí, es cierto; pero ese timbre me destroza los nervios.

Me miró por un instante, luego dijo, en voz baja: “Y tres”. Sin hacer ningún gesto de reproche, se levantó y fue a descolgar el teléfono, que estaba sobre la mesa, en el centro del estudio. Por un instante, la vi de perfil, a contraluz. Se dirigió hacia el diván por tercera vez, con su expresión compungida y esperanzada. Esperé tenerla muy cerca de mí para decirle, con falsa ingenuidad:

—¡Pero qué distraído soy! Cecilia, mi amor, hazme otro favor: ve por los cigarrillos que están

en el alféizar de la ventana... Sabes que me gusta fumar después de hacer el amor.

No dijo nada; me miró con asombro, pero me obedeció por cuarta vez: fue a la ventana, cogió los cigarrillos y regresó, preparada y lista para entregarse.

—Aquí tienes tus cigarrillos —dijo, con alegre impaciencia, arrojándomelos a la cara y disponiéndose a caerme encima. Pero la detuve al vuelo:

—¿Y los cerillos?

“¡Caray!”. Nuevo viaje por el estudio, siempre de puntitas; nuevo regreso, pero ahora con la expresión ritual velada por una sombra de duda y mortificación. También me lanzó a la cara los cerillos pero, en lugar de acostarse en el diván, se quedó de pie, a cierta distancia, para decirme:

—Dime si aún quieres algo, aprovechando que estoy parada.

—Sí; necesito que vayas a la cocina para cerrar la llave del gas; tengo la impresión de que se quedó abierta.

—¿Y luego?

—Y luego... Luego hay otra cosa que quiero pedirte: ve a la puerta y desconecta el timbre. Alguien podría venir a molestarnos.

Esperaba que me obedeciera; en cambio, se sentó en una silla, tomándose una pierna entre los brazos, y así, encogida, con una actitud de aflicción y duda, me miró un rato en silencio. Le pregunté, asombrado:

—¿Por qué no haces lo que te pido?

Al fin respondió, precavidamente:

—¿Esas dos cosas o algunas más?

—Esas dos.

Exhaló un leve suspiro, volvió a peregrinar por el estudio, yendo primero a la cocina y luego a la puerta del apartamento. Cuando hubo regresado, noté que en su cara persistía la expresión de la espera y del deseo, y me pregunté si habría podido conservarla en caso de prolongar mi juego cruel. Pensé que éste era el amor, el único amor del cual ella era capaz, y yo estaba a punto de matarlo. En cuanto se hubo acostado a mi lado, no pude resistir el deseo de decirle:

—Lo siento mucho, pero tienes que levantarte otra vez. Necesito un cenicero; no me gusta arrojar la ceniza al piso.

Esta vez, hizo lo contrario de lo que hizo el gato en los distantes años de mi infancia. Él había hablado razonable, humana y aun cristianamente; el dolor que yo le causaba lo había elevado a la humanidad. Pero Cecilia, ante la misma crueldad, reaccionó con un gesto de humildad bestial, patético y mudo. En vez de hacer lo que le ordenaba, se acurrucó, ocultando su rostro entre mi hombro y la oreja, enlazándose a mí con brazos y piernas, en silencio, como lo hacen los animales que no pueden hablar, como rogándome que no siguiera atormentándola, fuera cual fuese el motivo y la satisfacción que yo encontraba en ello. Este abrazo humillado, triste y suplicante, tan instintivo y bestial como el maullido de mi gato, tan razonablemente humano, produjo el mismo efecto. Me avergoncé de mi crueldad, que buscaba en el sufrimiento ajeno la constatación de la realidad; y, sin insistir ya en mis peticiones absurdas, correspondí al abrazo. Sentí

de pronto su cuerpo, que parecía esperar sólo esa señal, apretándose al mío pero de manera distinta, no implorante ya, sino con avidez, asestándome con el pubis el acostumbrado golpe, duro e impaciente, para advertirme que estaba lista. Y pensé, con más alegría que tedio, que el yantar comenzaba.

Pero a partir de ese día me quedó el disgusto de la crueldad como síntoma significativo de mi falta de relaciones con Cecilia y, al mismo tiempo, el miedo de caer en crueldades mayores, más vergonzosas e irreparables. Aquello no había sido más que un primer amago. Sabía muy bien que, si el tedio y sus efectos perduraban en mi relación con Cecilia, pronto incurriría en el sadismo; puesto que precisamente a eso me llevaba la necesidad de establecer con ella una relación verdadera. El hecho de que el patético y bestial abrazo de Cecilia interrumpiera la crueldad no garantizaba un cambio de actitud. En realidad, había dejado de atormentarla no tanto por haber sentido piedad de ella y vergüenza de mi parte, sino porque, con aquel abrazo, ella había reconocido que sufría, cosa

que yo deseaba que reconociera, y así, mediante el espectáculo del sufrimiento, poder ahuyentar mi tedio. Al seguir tal camino, endureciéndose cada vez más mi sensibilidad, habría podido llegar al sadismo, a transformar el tedio en mecanismo vicioso. El tedio me infundía miedo, pero no espanto, porque tenía algo de neto y esencial. En cambio, el sadismo me repugnaba por su hipocresía (el sádico siempre pretende castigar a su víctima pero, en realidad, busca el goce mediante los sufrimientos que le inflige, so pretexto del castigo) y por la excitación que me procuraba, tanto más impura cuanto más casta era, o, al menos, pretendía serlo, hasta el momento en que, ya sin ninguna hipocresía, se desahogaba en la relación sexual, revelándose como una especie de droga.

Por fortuna, no soy cruel; ese primer episodio de crueldad fue también el último. Pensé que, antes de que fuera demasiado tarde, me convenía separarme de Cecilia. Me disgustaba hacerlo, no tanto por mí, dado que no pensaba en amarla, sino por ella, que parecía enamorada, pese su manera de

ser, tan silenciosa e inexpresiva. Sería difícil decir qué tanto no la quería y qué tanto me amaba ella. En cuanto a mí, el hecho de disponer de Cecilia, o sea de su cuerpo, cuando y cuanto yo quería, de todos los modos que se me antojaban, dándome la ilusión de poseerla a fondo y de tener con ella una relación completa, me había llevado a la conclusión de que no la amaba. Estaba convencido de que Cecilia me amaba porque siempre la hallaba tan complaciente, tan dúctil, tan dócil. Por una tan común vanidad masculina atribuía al amor esa complacencia; pero al menos debí sospechar de la clase inarticulada, y casi automática, de este amor. Pensaba que, mientras a mí me aliviaba la idea de poder separarme de ella, para Cecilia era un verdadero sufrimiento; posponía una y otra vez la separación, tratando de que para ella fuese lo menos ofensiva y dolorosa.

CAPÍTULO IV

Decidí separarme de Cecilia el mismo día en que ocurrió el episodio cruel que he relatado. Fue una decisión impulsiva, que tomé en cuanto ella se marchó. Dejé pasar dos semanas, buscando un pretexto decente para la separación. Nunca como en esos días el tedio me hizo sufrir tanto, el cual parecía encarnar en mi pequeña amante. Recuerdo que, apenas oía sonar el timbre, de modo breve y reticente, exhalaba un hondo suspiro de inquietud; todo lo que sucedía después de su entrada en el estudio parecía inmerso en una inercia opaca y obtusa, que no incitaba a la acostumbrada opera-

ción de desvestirse, de los besos, de las caricias y demás estímulos eróticos que ella prodigaba; tampoco a la conclusión de aquella especie de rito monótono que era nuestro amor, la acostumbrada contorsión epiléptica del orgasmo final. Lo cierto es que Cecilia, vestida o desnuda, tendida bajo mi cuerpo durante el amplexo o acostada a mi lado después del amor, a oscuras o a plena luz, parecía perder su consistencia de persona, o de objeto reconocible. Y puesto que no deseaba recurrir a la crueldad, que, sin duda, habría podido devolverle una efímera realidad a nuestra relación, miraba que no estaba lejos el día en que la trataría como a un objeto cualquiera, que ya es obsoleto, y que la dejaría sin tener que invocar una razón plausible, ni para ella ni para mí. Así, pues, era preciso hallar un pretexto antes de que fuera demasiado tarde.

En una de esas mañanas, fui a buscar a mi madre, que no había vuelto a ver desde el día de mi fuga. Abordé mi coche destartelado y me dirigí a la vía Appia. Poco después apareció la antigua calle pagana y cristiana a la vez, ocasionalmente

de moda entre la gente rica, con sus muros desbordantes de verdor, sus villas escondidas entre los árboles, los cipreses alineados en largas filas, los pinos solitarios y los escombros de ladrillo rojo, adornados de mármol blanco. Más adelante, entre dos pilastras, la avenida de grava bien rastrillada, el terraplén rodeado de laureles y carrascos, la villa baja y roja. Esta vez no vino a abrirme Rita, la camarera de cara anteojuda y socarrona, sino un mayordomo robusto y calvo, de pingüe cara de sacristán y saco a rayas, el cual, luego de llamarme “señor marqués”, me informó que la “señora marquesa” estaba en casa. Me sobresalté al oír el título nobiliario, nuevo para mí, y me encaminé hacia el estudio. Mi madre estaba sentada ante su escritorio, absorta, examinando unos cartapacios, con lentes en la punta de la nariz y una larga boquilla entre los dientes. Después del beso ritual en su mejilla flaca y seca, le dije:

—¿A qué se debe el título de marqués que me acaba de dar tu camarero? ¿De dónde ha salido este camarero? ¿Dónde está Rita?

Mi madre se quitó los lentes, me miró con sus ojos azules y vítreos, sin hablar. Después, con su voz tan desagradable, dijo:

—Tuve que despedir a Rita, porque es una mujerzuela.

—Pero ¿qué hizo?

—Se metió con todos los hombres, dentro y fuera de la casa, en un radio de varios kilómetros. Una ninfómana.

—Mira nada más, quién lo hubiera dicho. Tan sería que se veía.

Mi madre guardó silencio, como esperando que me serenara, antes de darme la noticia que deseaba comunicarme:

—En cuanto a lo del título, hace tiempo vino a verme un especialista en heráldica, para explicarme que nuestra familia pertenece a la nobleza y que somos marqueses. No se sabe por qué razón, hace un siglo, la familia de tu padre descuidó ese título. He mandado a hacer las investigaciones necesarias: muy pronto tendremos el derecho de ostentarlo. Me pareció que era una

lástima desaprovecharlo, dado que tenemos ese derecho. —Me quedé callado. Conocía de sobra el esnobismo de mi madre; ya no me asombraba. Luego me dijo, en tono de reproche:— No sé si te das cuenta de que, después de tu desaparición el día de tu cumpleaños, es la primera vez que vienes a ver a tu madre.

Le respondí, con voz contrita:

—Tienes razón. Pero no he tenido tiempo.

—¿Estás pintando otra vez? —preguntó.

Respondí:

—No te asustes; no he venido por otros motivos.

—No me asusta. Es más, preferiría que pintaras.

—¿Por qué?

—Así pensarías menos en las mujeres —dijo mi madre, de manera muy desagradable. Luego, mirándome fijamente a los ojos, agregó:— ¿Acaso crees que no se nota?

—¿Qué cosa?

No respondió directamente, pero dijo:

—¿No te has dado cuenta de que estás muy desmejorado?

Yo lo sabía. En esos dos meses había abusado de la relación sexual. Además, era consciente de que estaba afeado. Respondí:

—Es posible, pero me siento muy bien.

—Creo que te haría mucho bien descansar, andar al aire libre, practicar un deporte, respirar aire puro. ¿Por qué no te vas a la montaña, uno o dos meses?

—Se necesita dinero para ir a la montaña, y no lo tengo.

Cada vez que invocaba mi pobreza, que era voluntaria y, a decir verdad, ficticia, mi madre se indignaba, como si fuera algo incomprensible y, en el fondo, inmoral.

—Pero, Dino, nunca deberías decirlo.

—¿Por qué? Estamos a medio mes y creo que apenas me quedan cuarenta mil liras de mi mensualidad.

—Pero, Dino, te falta dinero porque no quieres tenerlo. Tú eres rico, Dino, muy rico, y de nada sirve que quieras pasar por pobre. Eres rico y, hagas lo que hagas, seguirás siendo rico.

Era exactamente lo mismo que yo pensaba. Y le dije, recalcando bien las sílabas:

—Si quieres que venga a visitarte, deja de recordarme que soy rico. ¿Entendiste?

—Pero ¿por qué?, si es la verdad.

—Sí; una verdad que me deprime.

—¿Por qué te deprime? Piensa en que mucha gente querría estar en tu lugar. Hijo mío, ¿por qué debe deprimirte algo que haría feliz a cualquier otra persona?

La voz de mi madre parecía estar realmente acongojada. Y luego, en un tono irritado y cansado, le dije:

—Hay quienes sienten repugnancia por las fresas, y que, cuando las comen, se llenan de manchas rojas. Pues bien, a mí me repugna el dinero. Me ruboriza la sola idea de tenerlo.

Hubo un momento de silencio. Luego mi madre prosiguió, en tono de buena voluntad:

—Está bien: eres pobre. Pero admite, al menos, que eres un pobre con una madre rica.

—¿Y entonces?

—Entonces tu madre te presta dinero para que vayas a la montaña; por ejemplo, a Cortina d'Ampezzo.

Estuve a punto de soltar el grito de indignación que siempre me inspiraban los consejos previsibles y convencionales de mi madre: el invierno en Cortina d'Ampezzo; el verano en el Lido y la primavera en la Riviera. Pero pensé, de repente y sin quererlo, que me estaba dando el pretexto que andaba buscando para separarme definitivamente de Cecilia. Haría que me diera una cantidad suficiente para pasar unos días en Cortina: con ese dinero le compraría un regalo a Cecilia y, al mismo tiempo, le anunciaría que debía acompañar a mi madre a la montaña. El regalo endulzaría la separación que, por lo demás, parecería provisional; pero más tarde le enviaría una carta de despedida. Dije entonces, en tono remisivo:

—Está bien: Cortina. Dame el dinero.

Desde luego, mi madre no esperaba una rendición tan rápida. Me miró, desconcertada; luego me preguntó:

—Pero ¿cuándo piensas irte?

—Muy pronto. Hoy estamos a quince; el dieciocho, por ejemplo.

—Hay que reservar el cuarto del hotel.

—Por telégrafo.

—¿Y cuánto tiempo vas a estar?

—Unos quince o veinte días.

Mi madre parecía arrepentida de su ofrecimiento; no tanto de haberlo hecho cuanto de no tener alguna contrapartida: tan fuerte era su gusto por la especulación, que aquél no cesaba ni en sus relaciones conmigo. Y en tono resuelto, lleno de mala voluntad, dijo:

—Te daré el dinero que necesitas; te lo he prometido y sostengo mi promesa.

—Está bien. Dámelo.

—Qué prisa. ¿Cuánto necesitas?

—Calcula veinte mil liras por día. Mientras tanto, dame doscientas mil liras.

—¿Veinte mil liras por día?

—De acuerdo con tus mismas palabras, ¿soy rico o no lo soy? No voy a ir a un hotel de primera

categoría. Veinte mil liras por día son apenas suficientes para pagar un hotel modesto.

—No las tengo aquí —dijo mi madre, decidiéndose a oponer un larvado rechazo a mi petición—. No tengo aquí tanto dinero.

—Está bien —dije, levantándome—. Vamos a tu recámara.

—Tampoco lo tengo en mi recámara. Hice un pago esta misma mañana.

—Dame un cheque. Siempre tienes aquí la chequera.

Al oír mi propuesta razonable, cambió extrañamente de idea:

—No; mejor te lo doy en efectivo, porque ayer se me acabaron los cheques. Subamos.

Se levantó y la seguí, preguntándome por qué había cambiado súbitamente de idea. Lo supe muy pronto. Mientras subíamos las escaleras, mi madre me dijo, sin voltearse:

—Te daré un adelanto: cien mil liras. El resto te lo daré mañana. No te doy más porque es todo lo que tengo.

El cambio de idea se debía a que, de haberme dado un cheque, habría tenido que darme la cantidad entera, y prefería darme menos, aunque fuera en efectivo, aduciendo que era lo único que tenía. ¿A qué se debía su avaricia inesperada? Probablemente a que no deseaba perder el control sobre mí y, al mismo tiempo, obtener algo a cambio del dinero. No dije nada; seguí subiendo. Su recámara era muy vasta y cómoda, de estilo moderno, totalmente entonada en gris y blanco, tan llena de cortinajes y tapetes que daba la impresión, un poco sofocante, de que no había un solo palmo en el piso y en las paredes que no estuviese cubierto de tela. En la penumbra, que nos convertía en una especie de cómplices culpables reflejados en los espejos, mi madre se dirigió a la puerta del baño y la abrió. Yo me quedé donde estaba. Mi madre dijo:

—¿Qué haces allí? Ven, yo no tengo secretos para ti.

Le dije:

—No los tienes porque sabes que no me interesa tu dinero. Si me interesara, me ocultarías muchos, muchos.

—Tonterías. Eres mi hijo, ¿no? —contestó.

La seguí al baño: era muy espacioso, con el derroche de amplitud que puede verse en las casas de los millonarios, que cuidan tanto su cuerpo. Entre la tina de baño y el lavabo había no menos de cuatro metros de pavimento de mármol; entre el lavabo y la taza del escusado, otros tantos de pared cubierta de azulejos. Mi madre se acercó a la pared e hizo girar, de izquierda a derecha, una de las argollas que sostenía una toalla; luego tiró de ella. Cuatro azulejos blancos se abrieron, dejando al descubierto la superficie gris de una caja de caudales.

—Vamos a ver —dijo mi madre—, ábrela tú, que conoces la combinación.

Ella me había enseñado cuál era la combinación, la misma que me aprendí a regañadientes, tal vez porque tenía buena memoria; pero me repugnaba abrirla, sobre todo cuando mi madre estaba presente. Era una repugnancia parecida a la que se siente cuando se participa en los ritos de una religión en la que no se cree. Le dije:

—¿Para qué? Ábrela tú.

—Quería ver si te acordabas —respondió mi madre, casi alegre. Con su blanca mano, cuajada de anillos aparatosos, hizo girar rápidamente el mecanismo y la abrió. En ese nicho alcancé a ver, vagamente, algunos rollos de acciones industriales y ciertos sobres blancos, otros amarillos. Mi madre, pasando en un instante de la alegría a la desconfianza, me clavó una mirada muy seria. Bajé los ojos, avergonzado: flotando en el agua del inodoro había un copo de algodón. Extendí una mano, jalé la palanca y cambié el agua. Al levantar de nuevo los ojos, vi que mi madre ya había sacado de la caja de caudales un sobre blanco, muy abultado, y ahora acomodaba los azulejos. Al dirigirse a su recámara, me dijo:

—Hoy te daré cincuenta mil liras. Ahora recuerdo que las otras cincuenta mil son para pagarle a un proveedor.

Y así redujo, una vez más, la suma que le pedí. Yo deseaba regalarle a Cecilia algo con un valor de doscientas mil liras; me había resignado a

aceptar cien mil, pero cincuenta mil me parecían realmente poco para atenuar nuestra separación.

Protesté con firmeza:

—Necesito cien mil liras ahora mismo. Luego le pagas al proveedor.

—No; no puedo.

Mi madre abrió un cajón antiguo y, dándome la espalda, dejó un sobre encima de la cubierta de mármol. Sin moverme del centro de la recámara, le dije:

—En ese sobre hay de seguro más de cincuenta mil, tal vez más de trescientas mil. En aquél hay, por lo menos, medio millón. ¿Por qué me sales con tantos cuentos?

Sin volverse, respondió:

—No; en este sobre sólo hay cien mil.

—Déjame verlas.

Bruscamente, con gesto inesperado, se volvió a mirarme, pero escondiendo a sus espaldas el dinero y, en un tono que parecía conmovido, me dijo:

—Pero, Dino, ¿por qué no quieres vivir otra vez con tu madre? Si estuvieras aquí, tendrías todo el dinero que desees.

Ésta era la contrapartida que mi madre quería; y poco importaba que, en vez de ponerme ante un dilema, como lo haría con un deudor insolvente, me presentara su propuesta en forma de invocación patética. Pregunté a mi vez:

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Date cuenta de que sólo vienes a pedirme dinero. Hace dos meses que no te veía.

—Ya te dije que he estado muy ocupado.

—Si estuvieras aquí, podrías hacer lo que se te antojara. No quiero interferir en tu vida.

—Bueno, dame el dinero y ya no hablemos de eso.

—Podrías ir y venir, llegar tarde en la noche, recibir a quien tú quieras, ver a todas las mujeres que quieras.

—Yo no necesito ver a nadie.

—La otra vez te escapaste porque tuviste la impresión de que te impediría tener una relación con Rita. Te equivocas: puedo permitirte todo, siempre y cuando respetes la forma.

Me quedé realmente azorado. Eso quería decir que mi madre algo había observado entre Rita y

yo y que, obviamente, no había dicho nada porque esperaba que un enredo amoroso entre la muchacha y yo hubiera podido reforzar mis vínculos con la villa y, por lo tanto, también con ella. Pero ¿cuándo se dio cuenta? ¿Durante el almuerzo? ¿O más tarde? Sentí una especie de culpabilidad familiar, como cuando era un muchacho y mi madre tenía el derecho a regañarme; pero logré superarla pensando que, después de todo, mi atracción por Rita fue originada por la desesperación que me provocaban todas las visitas que le hacía a mi madre. Mirándola a los ojos, con mucho resentimiento, le dije:

—No, no escapé por causa de Rita; me escapé por tu causa.

—¿Por mi causa? ¡Pero si hasta fingí que no miraba cómo la manoseabas durante el almuerzo!

La frase, pero más aún el tono, me enfurecieron.

—Sí, por causa tuya la manoseé, como tú dices.

—¿Y por qué? ¿Qué tengo que ver yo con eso? Ahora resulta que por mi causa molestas a las criadas.

—La manoseé porque me estabas pisando el pie.

—Pero, ¿cuándo...?

—Cuando me recomendabas que no hablara de tus intereses delante de la servidumbre.

Ahora estaba muy cerca de ella, y le dije en su cara:

—Y sábelo de una vez por todas: todas las necesidades que he hecho en mi vida las he hecho por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

Empecé a gritar de pronto, preso de una furia terrible.

—He pasado años enteros de mi adolescencia soñando en ser un ladrón, un delincuente, a fin de no ser lo que tú querías que yo fuera. Y dale gracias al cielo de que no lo sea sólo por falta de ocasiones. Y todo esto por vivir aquí, en esta casa.

En esta situación, el tono de mi voz parecía haber asustado realmente a mi madre, quien, mientras se trataba sólo de palabras, acostumbraba guardarlas como una intrépida cajera. Vi su cara asustada, cómo meneaba la cabeza, de izquierda a derecha,

con un movimiento de espanto, mientras balbuceaba: “Bien: en vista de todo esto, lo mejor es que no vuelvas a esta casa”.

Me calmé de pronto.

—No; volveré, pero no me pidas que la quiera.

—¿Qué tiene de odioso esta casa? ¿No es como todas las demás?

—Puedes decir que es más bonita y cómoda que tantas otras.

—¿Y entonces?

La aliviaba el hecho de que ya no la atacara de modo directo. Le respondí con una pregunta:

—¿Por qué mi padre no quería estar en casa?

—A tu padre le gustaba viajar.

—¿No sería más exacto decir que viajaba porque no le agradaba estar aquí?

—Tu padre era tu padre, tú eres tú.

No era la primera vez que surgía este tipo de discusiones entre nosotros. Podía gritar y ofenderla, pero siempre me detenía ante la verdad: esa casa me repugnaba por ser la casa de una persona rica. Por otra parte, podía decirse que mi madre me

empujaba a decir esta verdad, provocándome y casi desafiándome; pero, en realidad, no deseaba que la revelase, y siempre llegaba el momento en que se echaba atrás y desviaba la conversación.

Lo mismo sucedía ahora. Cuando estaba a punto de decírselo, agregó nerviosamente:

—Di más bien que quieres vivir por tu cuenta, para estar más libre. Te equivocas; pero no importa. Ten tus cien mil liras. —Me tendió el dinero, a medias; en cuanto alargué la mano, lo retiró, al constatar que no le estaba dando nada a cambio, y añadió:— A propósito... al menos, quédate a almorzar.

—No puedo.

—Invité a unas personas. También estarán el ministro Troilo y su mujer. Es un hombre simpático, inteligente, enérgico.

—¿Un ministro? ¡Qué horror! Vamos, dame el dinero.

Esta vez me lo dio con un gesto casi rabioso, reticente, como si hubiera querido quitármelo en el mismo momento que me lo diera.

—Entonces ven a almorzar mañana. Sólo estaremos tú y yo. Mañana te daré el resto del dinero. Siempre y cuando vayas a Cortina.

—¿Por qué? ¿Lo dudas?

—Contigo jamás se puede estar segura de nada.

Mi madre parecía estar bastante satisfecha. Me di cuenta de ello cuando me precedía en las escaleras, manteniendo en alto la cabeza y apoyando la mano en la balaustrada de latón. Pensé que acaso se debía a que una vez más había logrado evitar la mayor explicación entre nosotros, esa explicación que ningún rico quiere dar nunca porque, en caso de darla, ya no podría gozar en paz de su riqueza. Tanta era su satisfacción que, olvidando mi reciente rechazo, al llegar a la puerta me preguntó:

—¿Por qué no esperas a que llegue el ministro? Tomas un aperitivo con él y luego te vas. Es un hombre influyente, que siempre puede ser útil.

Le respondí suspirando:

—No para mí; además, tengo prisa.

Ella no insistió; abrió la puerta y miró el terraplén; luego, metiendo las manos bajo las

axilas, temblando a causa del húmedo viento otoñal, me dijo:

—Si sigue lloviendo de este modo, puedo decirle adiós a mis pobres flores —y se puso a ver el cielo nublado.

“Adiós, mamá”, le dije mientras me inclinaba para darle el seco beso ritual en su mejilla reseca. Corrí hacia mi coche: acababa de ver que, al fondo de la avenida, estaba entrando un automóvil, y quería evitar a toda costa un encuentro con los invitados de mi madre. Me puse al volante en el preciso momento en que el otro coche entraba en el terraplén. Mi madre estaba en el umbral, con la actitud de quien se dispone a recibir invitados de postín. Mientras encendía el motor, pude ver a un chofer uniformado, que bajaba del automóvil para abrir una portezuela, quitándose la gorra y haciendo una caravana; pero no tuve tiempo de ver a quién pertenecía el pie calzado con un zapato negro de hombre, que salía del coche en busca del suelo.

Faltaba poco para la una; recorrí de nuevo la vía Appia y llegué a la Plaza de España poco antes

de que cerraran las tiendas. Sabía dónde iba a comprar el regalo para Cecilia; entré a una tienda de bolsas y sombrillas en la calle Condotti. Estaba llena de compradoras elegantes que, en cuanto me hubieron visto, se apartaron como por obra de magia. Luego, mientras escogía un bolso de cocodrilo, me vi de pronto en un espejo y pude darme cuenta del porqué del asombro de las clientas. Tenía el aspecto de un vagabundo, pero de un vagabundo ligeramente inquietante: cabeza calva, rodeada de cabellos rubios y rizos demasiado largos; una sombra de barba colorada en las mejillas; un suéter gris oscuro, que dejaba ver la camisa, sin corbata, y unos pantalones deformados, de color verde olivo. Para colmo, muy alto, demasiado alto para el techo bajísimo de la tienda; con la frente que parecía una visera sobre los ojos de un azul celeste, inyectados de sangre; nariz corta y boca prominente: en fin, un chango. Al verme así, pensé que mi madre debía de quererme mucho como para invitarme a almorzar, vestido como estaba, en compañía del ministro y de los otros invitados. Pero también pensé que

ella, tan sensible a todo lo que tuviera que ver con “la forma”, pensó que, después de todo, yo estaba vestido de pintor, con una especie de uniforme que indicaba mi lugar, nada deshonroso, en una sociedad como la suya, en la cual estaba permitido el suéter de artista y el saco cruzado del ministro. En esto pensaba cuando oí la voz de la empleada, que me entregaba el bolso. Pagué, cogí el paquete y me marché.

Era la una. La cita era a las cinco. Lo curioso del caso era que nunca me hubiera dado cuenta de que esperaba a Cecilia sin plena conciencia de esperarla, cuando sabía que nuestra relación continuaría; pero ahora, después de decidir que debía separarme de ella, la espera me asustaba. Hice, pues, las cosas que podía hacer antes de las cinco con toda la lentitud posible, a fin de dejar pasar el tiempo y olvidar mi pena: comí en una *trattoria* del barrio, fingiendo que saboreaba los platillos y que meditaba entre un bocado y el otro; fui a una cafetería y, después de tomar mi café, me entretuve oyendo unas canciones del *juke-box*;

tomé un segundo café en otra cafetería y, sentado en un banquillo, leí un periódico de cabo a rabo; ya en la calle, me detuve a conversar, unos veinte minutos, con un joven pintor del cual no sabía su nombre, simulando que me interesaba su larga diatriba sobre los premios y las exposiciones. Pero sólo logré pasar dos de las cuatro horas que faltaban para mi cita. Con el corazón angustiado, al fin regresé al estudio.

Encontré allí, filtrada por la cortina blanca, una luz suave, limpia y exacta, que conocía perfectamente; la luz en que el tedio, o sea la falta de relación entre yo mismo y las cosas, asumía un aspecto normal, pero no menos angustioso. Cogí una silla y me senté frente a la tela que todavía blanqueaba sobre el caballete, y pensé: “Yo estoy aquí, ellos allá”. Ellos eran los objetos que me rodeaban: la tela en el caballete, la mesa redonda, el biombo en el rincón, a la izquierda, que ocultaba la cama, la estufa de terracota con el tubo empotrado en el techo, las sillas llenas de papeles, el estante y los libros. Me repetía que ellos estaban allá y yo

aquí, que entre ellos y yo no había nada, realmente nada, del mismo modo que, tal vez, no hay nada en los espacios siderales, entre una estrella y otra, a millones de años luz.

Repetía, una y otra vez: “Yo estoy aquí, ellos allá”; luego me acordé de Cecilia, que, el día anterior, recostada en el diván, con la cabeza vuelta hacia atrás y con los ojos cerrados, el vientre extendido hacia adelante, se ofrecía de la manera más explícita y literal, precisamente como un objeto sin ninguna voluntad, salvo la de ser poseído; también recordé que, al ir hacia ella, pensaba: “Ella está allí, yo estoy acá”, sintiendo que entre ella y yo no había nada, y que debía atravesar y llenar esa nada con el movimiento de mi cuerpo, que se lanzaba sobre el suyo. Al acordarme del esfuerzo que había hecho para abrazarla y tomarla, como si hubiera roto una barrera, me percaté de que mi decisión de dejarla era, en realidad, la confirmación, digamos, oficial, de una condición preexistente. Sí; ese día dejaría a Cecilia; pero la verdad era que la había abandonado mucho antes.

Cansado de estas reflexiones, empecé a dormir; me levanté de la silla y fui a recostarme en el diván. Tanto era mi deseo de dormir que, al hacerlo, tuve la sensación de que me desplomaba con los puños y los dientes apretados, ovillado en mí mismo, en un espacio infinito; y que, mientras más duraba la caída, mayor era el peso de mi cuerpo. Desperté de improviso, con un sabor a hierro en la boca, como si estuviera mordiendo una barra metálica. El estudio se hallaba casi a oscuras; en la penumbra gris, los objetos eran casi negros. Salté del diván y encendí la luz. La noche ya estaba en la ventana. Miré el despertador que estaba sobre la mesa y vi que ya eran las seis pasadas: Cecilia debía llegar a las cinco.

No era necesario forzar la imaginación para entender que su retraso no era casual y que, en fin, era muy probable que no llegara. Pero esto no era algo normal, algo que pudiera aceptarse con tranquilidad. Por una de sus incontables contradicciones, aun pareciendo incapaz de esos sentimientos que impiden hacer sufrir a las personas que nos aman,

Cecilia era muy puntual, como si me amara realmente; y, cuando tenía que llegar tarde por algún motivo, procuraba avisarme a tiempo. Por lo tanto, ese retraso era atípico y resultaba excusable de una sola manera: podía habersele presentado un acontecimiento más importante que nuestra cita; tan importante que le había impedido acudir, aun sin avisarme que no llegaría.

Mi primera reflexión fue ésta: “¿No estás contento? Querías deshacerte de ella, y ella no ha venido. Mucho mejor, ¿no te parece?”. Pero era una reflexión sarcástica, porque al punto sentí, asombrado, que el retraso de Cecilia no sólo no me agradaba, sino que también me trastornaba.

Volví a sentarme en el diván, y reflexioné. ¿Por qué me turbaba el retraso de Cecilia? Comprendí que, hasta ahora, ella no había significado gran cosa para mí; pero también que su demora la convertía en algo más. Por otra parte, este algo más se me escapaba dolorosamente en el mismo momento que adquiría cierta consistencia, porque, a fin de cuentas, Cecilia no había llegado. Cecilia

parecía estar ausente aun estando entre mis brazos; en cambio, ahora que no estaba en el estudio, y sabiendo que no vendría, la sentía muy presente, de una manera oscura y amarga.

Intenté pensar con más claridad, aunque supiera que era una cosa difícil, porque estaba sufriendo. Cecilia no llegaba, ni se tomaba la molestia de avisarme; no me amaba o, al menos, no lo suficiente para ser puntual y advertirme que no llegaría, es decir, muy poco. Y de pronto, lleno de asombro, recordé que durante los dos meses de nuestra relación nunca me dijo que me amaba, ni yo se lo pregunté. Es cierto que el hecho de entregarse y de sentir placer conmigo equivalía a una declaración de amor. Pero también podía ser que no significara nada.

Por lo demás, en cuanto a la entrega de su cuerpo, parecía que ella no le daba mucha importancia. Son cosas que se sienten: Cecilia me había dado su cuerpo con la misma indiferencia, bárbara e ingenua, con la cual un salvaje le regala a un rapaz explorador el amuleto de piedras preciosas que lle-

va al cuello. En fin, era como si ella nunca hubiese tenido cortejadores que le enseñaran cuánto puede ser deseable el cuerpo de una mujer. Es cierto que Balestrieri la había adorado y había muerto a causa de esta adoración; pero Cecilia parecía asombrarse todavía de eso, como si le pareciera algo totalmente injustificado.

De pronto sentí una especie de punzada en el corazón, que estremeció todo mi cuerpo. La punzada me la dio este pensamiento: “Puedo pensar lo que yo quiera: lo cierto es que no ha venido”, el cual me infundió una sensación casi física de la vanidad de cualquier reflexión ante la realidad de la ausencia. Miré mi reloj y vi que llevaba media hora despierto. Cecilia no llegaría. Se me acabaron las ganas de demostrarme a mí mismo que su ausencia me dejaba indiferente.

Pensé que quizá se sentía mal; era el único motivo que pudiera explicar su conducta sin inducirme a sospechar de ella. Dejé el diván y fui hacia el teléfono. Entonces, con la sensación de hacer un descubrimiento, recordé que nunca le había

telefoneado a Cecilia, ni una sola vez. Ella me telefoneaba todos los días; yo no le telefoneaba porque nunca había sentido esa necesidad. Me pareció significativa mi falta de curiosidad. No la había sentido, del mismo modo que nunca había querido establecer una relación con ella. Así, pues, nuestra relación era casi nula; el tedio la había mermado con facilidad, y yo, al fin, había decidido romperla. Marqué su número; el teléfono sonó muchas veces, en un silencio misterioso. Luego pensé que ese silencio era misterioso porque Cecilia estaba en el fondo de ese silencio: puesto que no había acudido a la cita, se convertía en algo misterioso para mí, como una bestia refugiada en su madriguera. Sin embargo, a pesar de ser misterioso, ese silencio no era totalmente negativo. De manera azarosa, semejante al jugador que aún espera resarcirse de sus pérdidas, esperaba oír al fin la voz de Cecilia al otro lado de la línea. Ocurrió entonces algo extraño: el sonido se interrumpió, alguien descolgó el aparato, pero sin responder, y sólo pude oír una respiración afanosa, casi un susurro. Dije: “¿Bue-

no? ¿Bueno?”, y repetí varias veces: “¿Quién es?”, hasta que, finalmente, colgaron el aparato. Volví a marcar el número, furioso; descolgaron el receptor, se oyó de nuevo aquella respiración, y colgaron. La tercera vez, el teléfono llamó muchas veces, pero nadie lo descolgó.

Dejé el teléfono y volví a sentarme en el diván. Estuve un buen rato sin pensar en nada, atónito. La única cosa que tenía muy clara era ésta: precisamente el día en que decidiera anunciarle a Cecilia el final de nuestra relación, ella, por quién sabe qué motivo, faltaba por primera vez a la cita, provocando con ello, aunque de manera provisional, la separación que iba a proponerle. Experimenté la desagradable sensación de quien, al bajar unas escaleras en medio de la oscuridad, en vez de encontrar un peldaño encuentra el rellano, y pierde el equilibrio.

Muy preocupado, me levanté y me dirigí mecánicamente a la puerta; la abrí y miré al fondo del corredor, con la esperanza de ver a Cecilia. Giré hacia la parte opuesta; mi mirada se detuvo en la

última puerta, que era la del estudio de Balestrieri. Pensé que también él, quién sabe cuántas veces, se había asomado a ver si llegaba Cecilia. Estaba enterado de que aún no lo habían vuelto a alquilar; alguien había dicho que la viuda pensaba arrendarlo. Cecilia había dejado la llave del estudio del viejo pintor sobre mi mesa, el día de nuestro primer encuentro. Ella no me la pidió, y la guardé en el fondo de un cajón, como presintiendo que alguna vez la necesitaría. Sentí el deseo de dar una ojeada al lugar donde a Balestrieri lo había atormentado la duda que ahora me acongojaba.

Cogí la llave y, dejando entornada la puerta —en caso de que Cecilia llegara—, me dirigí al estudio de Balestrieri. Después de encender las velas falsas del lampadario central, el estudio me pareció más tétrico que nunca, con sus falsos muebles antiguos y sus damascos rojos. Me acerqué a la mesa, caminando sobre el grueso tapete, respirando con disgusto el aire encerrado, polvoriento y maloliente. Era una mesa maciza, de estilo renacentista, con la superficie brillante pero velada ya por el polvo

de dos meses de abandono; el teléfono se hallaba al lado de los directorios y de un recibo verde, ya pagado. Pensé que la viuda realmente tenía la intención de cambiarse allí, dado que seguía pagando el teléfono. Vi una agenda de cubierta jaspeada; me puse a hojearla. La caligrafía de Balestrieri, gruesa y tosca, me hizo pensar en sus hombros tan anchos y en sus pies demasiado grandes. Me impresionó el gran número de nombres de mujeres, sin apellidos, en casi todas las páginas. Paola, María, Milly, Inés, Daniela, Laura, Sofía, Giovanna, etcétera, etcétera. Conociendo las costumbres de Balestrieri, pensé que eran los nombres de las complacientes muchachas que lo visitaban a menudo, antes de su gran amor por Cecilia. Seguí hojeándola; llegué a la letra C. Aparecía allí el nombre de Cecilia, seguido por el mismo número de teléfono que yo marcara poco antes. Miré fijamente ese nombre, tratando de adivinar cuál habría sido su sentimiento al escribirlo por primera vez, y cuáles en las ocasiones sucesivas. Lo más probable era que después no necesitara ver la agenda para hablarle,

por saber de memoria su número. Era posible que, cada vez que veía la letra C en el borde de la agenda, recordara la primera vez que había escrito el nombre y el número telefónico de Cecilia. Empezó a sonar el teléfono.

Dudé un poco, luego descolgué el aparato. Tuve la extraña sensación de que yo era Balestrieri y de que oía la voz de Cecilia. Esta sensación se vio confirmada de inmediato: estaba oyendo la voz tan conocida, que preguntaba: “¿Eres tú, Mauro?”. Balestrieri ahora se llamaba Mauro. Sentí que se me helaba el corazón, invadido por una especie de angustia y náusea. De modo que Cecilia no me telefoneaba a mí, sino a Balestrieri, a un hombre que estaba muerto y del que sabía que estaba muerto.

Esto duró sólo un instante. En voz muy baja, respondí: “No; soy Dino”. La otra voz perdió al punto toda semejanza con la de Cecilia, como si dicha semejanza hubiera sido meramente obra de mi ansiedad, y exclamó en un tono confundido:

—Oh, disculpe. ¿No hablo a la casa del señor Balestrieri?

—Sí.

—¿No está el señor Balestrieri? Estuve cuatro meses fuera de Roma y quería saludarlo. Usted es amigo suyo, ¿no?

—Sí, soy un amigo. ¿Quién es usted?

—Soy Milly —respondió la joven en tono patético y esperanzado, como dando a entender su intimidad con el viejo pintor.

—Señorita Milly, el señor Balestrieri... se fue de viaje.

—¿Se fue de viaje? ¿No sabe cuándo regresa?

—No.

—Está bien. Cuando lo vea, dígame que le telefoneó Milly.

Colgué el auricular. Durante un rato permanecí inmóvil, pensando en la oscura y desagradable sensación causada por el telefonema. Hacía frío en el estudio, un frío que me calaba los huesos. Un frío particular, impuro y fúnebre, como de tumba que también fuera una alcoba, o de alcoba que asimismo fuera una tumba. Me había sentado para contestar el teléfono, trastornado por la turbación al

creer que escuchaba la voz de Cecilia. Me levanté, y salí al corredor.

De nuevo en mi estudio, miré el reloj y, dado que no esperaba a nadie más, supuse que lo observaba para ver cuántas horas faltaban para que Cecilia me hablara por teléfono a la mañana siguiente. Era la primera vez que pensaba en una cosa semejante, y comprendí que, de ahora en adelante, dicho pensamiento se repetiría con mucha frecuencia.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, sin dejar de pensar en la frustrada visita de Cecilia, me convencí, o intenté convencerme, de que su ausencia se debía a motivos que nada tenían que ver con nuestras relaciones. Aún deseaba deshacerme de Cecilia, pero de la Cecilia enamorada, o que imaginaba enamorada de mí, no de la Cecilia que ya no me amaba y faltaba a las citas. Y no por esa particular clase de amor que suele llamarse amor por despecho, que nos hace amar a quien no nos ama y olvidar a quien nos ama, sino porque la Cecilia que me amaba era aburrida, irreal, mientras que la Cecilia que no me

amaba parecía adquirir ante mis ojos una traza de realidad, precisamente porque no me amaba. Sin embargo, prefería pensar en que me amaba y que no debía cambiar mi decisión de dejarla, porque, como ya lo he dicho, la idea de que no me aburriera ya, de que se volviera algo real, me inspiraba una especie de temor, como ante una prueba que no estaba en grado de afrontar. Pero, entretanto, existía un problema, pequeño pero angustioso: ¿debía telefonearle yo, o esperar a que ella lo hiciera? Cecilia estaba acostumbrada a telefonarme todas las mañanas, siempre a las diez, para saludarme y confirmar la cita de la tarde. Podía, pues, esperar ese día su telefonema; pero también temía que no lo hiciera y tuviese que hacerlo yo, a fin de no estar todo el día con aquella incertidumbre. Por otra parte, hasta en el asunto del teléfono los términos de mi problema se repetían idénticos: deseaba que ella me hablara primero, para seguir considerándola inexistente, por disponible; si yo le hablara primero, tendría que pensar en ella como algo real, algo problemático y huidizo.

A las tres de la tarde, yo seguía hundido en semejantes reflexiones. El teléfono sonó al fin, dulce, quejumbroso, irónico, como diciéndome que no importaba lo que yo pudiera pensar, sino su sonido. Descolgué el auricular, oí la voz de Cecilia:

—Vaya, al fin. ¿Dónde estabas?

Respondí en voz muy baja:

—Estaba en el estudio, pero no oí el teléfono.

Hubo un momento de silencio, luego dijo:

—No te hablé por teléfono esta mañana porque está descompuesto. Nos vemos hoy, a la hora de siempre.

Y exclamé, con cierta tirria:

—¿Por qué no viniste ayer?

Esperaba una respuesta, sincera o mentirosa, pero precisa. En cambio, oí estas palabras desconcertantes:

—Porque no pude.

—¿Por qué no pudiste?

—Porque tenía algo que hacer.

—Está bien —dije con rabia, reconociendo en estas respuestas su capacidad de evitar, al mismo

tiempo, la verdad y la mentira—. Entonces, nos vemos dentro de un rato.

—Sí, dentro de un rato. Chao.

Me di cuenta de que el hecho de que me hablara primero no era el alivio que yo esperaba. Me había hablado primero pero, con su reticencia, seguía siendo tan huidiza y misteriosa como siempre. El hecho de hablarme, que hubiese debido significar dependencia, disponibilidad y anulación, carecía de significado. Aún tenía que deshacerme de ella.

Mientras tanto, era preciso vivir, pasar las dos horas que me separaban todavía de su aparición en el estudio. A fin de dar una idea de mi impaciencia, debo confesar que, al no encontrar qué hacer, hasta se me ocurrió volver a la pintura, después de dos meses de no pintar nada. Me dije que, si lograba llenar de algún modo la tela que seguía campeando en el caballete, tendría otra razón para separarme de Cecilia. Estaba seguro de que sólo la pintura podría colmar en mi vida el vacío que dejaría el fin de nuestra relación, pero me bastó mirar la tela para percatarme de que no

sería capaz de pintar, de trazar ninguna línea. Lo cierto es que en ese momento no tenía más que una relación –y problemática– con un objeto, que era mi relación con Cecilia, que deseaba truncar. ¿Qué diablos habría podido pintar en esa tela que, en mi primer encuentro con Cecilia, había firmado, para subrayar que la pintura había terminado para mí? Para consolarme, me puse a releer un texto de Kandinsky, en el que habla de la tela vacía: “La tela vacía. Vacía, silenciosa e indiferente, pero sólo en apariencia: en realidad, llena de tensiones, de mil voces queditas, grávida de espera. Un poco asustada, porque puede ser tratada con violencia. Pero dócil. Hace con gusto lo que se le pide, sólo implora la gracia. Puede llevar a todo, pero no soportar todo. La tela vacía es maravillosa, más bella que muchos cuadros”, etcétera, etcétera. Lancé el libro al suelo y salí, casi corriendo, del estudio.

Sabía adónde iba; no con plena conciencia, sino con un olfato parecido al de un perro de caza que sigue un olor por un bosque o un matorral. Dejé la calle Margutta, luego la del Babuino, y me dirigí

a la Plaza de España, caminando deprisa entre la gente, chocando con ella, como si me urgiera llegar a una cita. Después de caminar unos cien metros, vi a Cecilia. También iba deprisa, como quien quiere llegar a tiempo a una cita. En un principio, quise alcanzarla; pero luego aminoré el paso y la seguí: en ese momento, de repente, me di cuenta de que nunca me había parecido tan real sino, precisamente, cuando mayor era mi intención de separarme de ella. Quería disfrutar de esta realidad y, al mismo tiempo, entender la razón por la cual la percibía hasta ahora. La miré atentamente, y me pareció que era la primera vez que la veía en mi vida, en un aire parecido al del primer día de la creación. Los detalles de su persona parecían, por no sé qué milagro, más visibles que de costumbre; es decir, visibles en sí mismos, a pesar de haberlos visto y observado tantas veces: la masa oscura y rizada de su cabello, más parecida al salvaje vellón de su pubis que a una cabellera peinada; la graciosa línea del cuello, que sólo podía adivinar; el movimiento del suéter verde,

largo, lento y peloso, con los pechos erguidos y expuestos a la lana cruda; la falda negra, apretada y corta, en la cual se estampaban de manera evidente las redondeces de las caderas. En fin, todo su cuerpo parecía atraer o, mejor dicho, absorber mis miradas con la misma avidez que una tierra árida absorbe la lluvia. Pero, además de todas estas apariencias que se destacaban ante mis ojos, por vez primera me di cuenta de que yo era capaz de percibir una realidad, ¿cómo decirlo?, de segundo grado: que le confería un alma a las cosas tan relevantes y vivas. Entendí a qué se debía esta realidad: en cada parte de ese cuerpo en movimiento había algo parecido a una fuerza inconsciente e involuntaria, que parecía llevarla hacia adelante, como si fuera una sonámbula que caminara con los ojos cerrados y con la mente oscurecida. Esa fuerza le daba realidad y, en consecuencia, me la robaba. Al llegar a la Plaza de España, Cecilia se dirigió hacia la escalinata. Me detuve un momento y, saltando con la mirada hacia el lugar adonde parecía dirigirse, vi la figura de un hombre que, en

efecto, parecía esperar a alguien; estaba al lado del parasol de un florista. Era un joven alto, de aspecto vigoroso, con dos detalles que noté de inmediato: hombros muy amplios, que hacían pensar en una complexión atlética, y el cabello de un rubio falso, oxigenado. Mientras tanto, Cecilia había recorrido el empedrado de la plaza y, sin apresurar el paso, se acercaba ya a dicho joven, moviendo las caderas con ritmo irresistible y provocador. Llegó hasta donde estaba él, y creo que se saludaron de mano. Entonces, de prisa, me dirigí adonde estaban ellos. Cecilia había subido a la primera grada de la escalinata; sin embargo, parecía ser más baja que él.

Me detuve muy cerca de ellos. Me di cuenta de que ella no me había visto; me paré a un paso de ella, pero siguió sin verme. Subí a la primera grada; caminé en torno suyo, casi rozándola, pero seguía sin verme: hablaba y reía gozosamente con el hombre de cabello oxigenado. Por sólo un instante, sus grandes ojos oscuros se posaron en mí; pero tampoco esta vez, aunque pareciera imposible, me reconoció, y tuve que admitir que no me había visto.

Yo registraba estas cosas sin pensar en nada, y no cavilaba en ellas porque sufría. Finalmente, me oculté detrás del parasol, dos o tres pasos más allá.

El joven del cabello oxigenado tomó del brazo a Cecilia, con elocuente ternura, y se acercó con ella al parasol. Y el joven, sin soltar el brazo de ella, escogió un ramillete de violetas y se lo regaló. Cecilia llevó el ramillete a su nariz, el joven le pagó al florista y luego, sin soltar el brazo de ella, subieron la escalinata, hacia Trinità dei Monti. Hasta ese momento me di cuenta de que el joven llevaba puesto un abrigo corto.

Los vi desaparecer al final de la escalinata. Yo permanecí abajo, mirando hacia la escalinata. No me dejaban en paz una pena muy aguda y el impotente furor por sentir esa pena. Estaba seguro de que, mientras siguiera sufriendo, no podría separarme de Cecilia. Pero también sabía que con ella sólo era posible aburrirme y sufrir: hasta ese momento, me había aburrido y deseaba dejarla; ahora sufría y me daba cuenta de que no podría dejarla hasta que me aburriera de nuevo.

Estas reflexiones –y otras semejantes, seguramente– fueron muy densas y absorbentes porque, de pronto, me vi en el estudio: sin estar consciente de ello, envuelto en mis pensamientos, parecidos a una niebla, había vuelto a la calle Margutta y ahora estaba sentado en el diván. El despertador marcaba las cuatro y media; en treinta minutos llegaría Cecilia. No tenía nada que hacer, sólo esperarla. Esa media hora me pareció interminable, como si el tiempo se hubiese detenido y esperara que le diera un empujón para proseguir su marcha. En realidad, era yo el que estaba detenido en un pensamiento del que no me podía zafar.

Lo que más me enojaba era que, aun sin amar a Cecilia, las circunstancias me obligaran a experimentar sentimientos que eran propios del amor. Yo hubiera debido liberarme de esas circunstancias, como un buey que quiere liberarse del yugo que pesa en su cuello; pero sentía que ellas me aferraban más aún y me obligaban a comportarme como el enamorado que todavía no está convencido de su amor.

Me decía, por ejemplo: “Cecilia y su amigo están ahora en algún rincón apartado de la Villa Borghese, y hace con él lo que tantas veces ha hecho conmigo; lo besa mal con sus labios pueriles, pero le asesta el acostumbrado golpe, duro y ganoso, de su pubis”. Pero pensaba enseguida: “¿Por qué pienso en esas cosas y sufro con ellas? Porque los vi juntos. Pero ¿el solo hecho de haberlos visto juntos basta para sentir celos y sufrir?”.

Lo extraño fue que, en el mismo momento en que formulaba estas ideas, la figura de una Cecilia, de quien yo sospechaba, apareció ante mis ojos como un ser real, vivo y misterioso, precisamente real por misterioso; pero ahora que dudaba de su traición volvía a ser irreal y aburrida como antes. Y, como antes, pensé que debía deshacerme de ella a toda costa; pero temía no ser capaz de eso, y confirmaba mi decisión con el recuerdo de la crueldad a la cual la sometiera en uno de nuestros últimos encuentros, con el propósito de no recaer en el tedio.

Cecilia fue puntual. A las cinco oí el timbrazo de costumbre, breve, íntimo y reticente, tan parecido

a ella. Fui a abrirle, pensando: “En cuanto la vea, le diré que voy a ir a la montaña; y así, aunque me arrepienta después, habré hecho algo que no podré anular”. Preveía que Cecilia, como siempre, me echaría los brazos al cuello, con su acostumbrado gesto, mecánico y pasional; pero esta vez tomaría sus manos para bajárselas, evitando el abrazo y diciendo: “Antes que nada, debo hablarte”.

Pero sucedió lo contrario de lo que había previsto, y que, en el fondo, debí prever. Al abrir la puerta, Cecilia no me echó los brazos al cuello; siguió de frente, haciendo un gesto para mantenerme alejado, y me dijo: “Antes que nada, debo decirte una cosa”.

Me di cuenta de que eran casi las mismas palabras que planeaba decirle, y pensé que ella deseaba comunicarme una decisión parecida a la mía: que iba a dejarme. Mientras tanto, se había sentado en el diván. Me senté junto a ella y, en voz alta y con rabia, le dije: “No; antes que nada, dame un beso”.

Obediente, se inclinó un poco y me dio un rápido beso tronado. Retirándose un poco, me dijo:

—Debo decirte que, de ahora en adelante, no podremos vernos todos los días, sino sólo dos veces a la semana.

—¿Y por qué?

—Cálmate, no te enojés —dijo antes de responder.

Se lo había dicho, en efecto, en voz alta y de mal modo; pero lo que más me enojó fue que me hiciera esa observación.

—Estoy tranquilo, no estoy enojado. Sólo quiero saber por qué me lo dices.

—En mi casa empiezan a rezongar porque te veo todos los días.

—¿No les dijiste que tomas lecciones de dibujo?

—Sí, pero dos veces a la semana. Para los otros días tengo que inventar muchas excusas, y ellos empiezan a sospechar.

—No es cierto, tu familia no rezonga. No rezongaban cuando venías a ver todos los días a Balestrieri.

—Balestrieri tenía sesenta y cinco años, no treinta y cinco, como tú. No sospechaban de él. Además, lo conocían.

—Entonces, preséntamelos.

—Te los presentaré. Mientras tanto, sólo nos veremos dos veces a la semana.

Nos quedamos en silencio. Ahora descubría que no sólo no deseaba separarme de ella, sino que no soportaría verla solamente dos días a la semana. Lo comprendí de pronto. Estaba dispuesto a aceptar la reducción de nuestros encuentros, pero sólo después de estar matemáticamente seguro de que ella no me mentía, de que sus padres estaban realmente molestos. La sola idea de que eso no fuera cierto me provocaba angustia; temía que se me escapara en el momento mismo en que, gracias a la mentira, volvíase para mí real y deseable. Le apreté una mano.

—Tú no quieres verme ya, dime la verdad.

Respondió de inmediato:

—No es por eso. Te dije que de ahora en adelante sólo nos veremos dos veces a la semana. Eso es todo.

Su voz era perfectamente neutra, a igual distancia entre la verdad y la mentira: algo que había observado muchas veces. Cecilia hablaba utili-

zando siempre el mismo tono, sin la más mínima participación del sentimiento. Tal participación existía sólo en la relación sexual, y sólo en ella. Pero debía estar absolutamente seguro de que no me mentía: aún quería separarme de ella, pero la mentira me lo impedía. Insistí:

—En realidad, tú quieres que nos separemos; pero te falta valor para decírmelo. Hoy dices dos veces a la semana; el día de mañana dirás dos veces al mes, y luego, al fin, dirás la verdad.

—¿Cuál verdad?

Estuve a punto de decirle: “Que tienes otro hombre”. Pero me contuve. El nexo entre su decisión de disminuir las visitas y el encuentro con el joven en la Plaza de España era muy evidente, y me humillaba aceptarlo. Le dije, con brusquedad:

—Está bien. Que sea como tú quieres: sólo nos veremos dos veces a la semana. Ahora cambiemos de tema.

—Pero ¿qué tienes? ¿Por qué estás tan sombrío?

—Cambiemos de tema. ¿Sabes que hoy pasé muy cerca de ti y ni siquiera me viste?

—¿Dónde?

—En la Plaza de España, junto a la escalinata.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las cuatro.

La miré fijamente: su rostro conservaba la expresión infantil de siempre, sin inmutarse para nada.

—Ah, sí; estaba con un actor que se llama Luciani.

Su voz no revelaba nada de particular: inexpressiva, neutra, más allá de la inocencia y de la culpa. Como por casualidad, le pregunté:

—¿Por qué anda con el cabello oxigenado?

—Porque hizo el papel de un hombre rubio.

—A juzgar por el modo en que caminaban, parecía que son muy íntimos.

—¿De qué modo? —preguntó, con curiosidad sincera.

Sentí que las palabras no eran suficientes para pintar la ternura con la cual el actor la había tomado del brazo.

—Levántate.

—¿Para qué?

—Levántate.

Obedeció. La tomé por el brazo y la obligué a caminar un poco por el estudio, del mismo modo que lo había hecho el actor.

—Así, de este modo —y la solté.

Volvió a sentarse en el diván y me miró por un momento; luego dijo:

—Siempre lo hace así.

Pensé que era una frase insignificante. Le pregunté:

—¿Hace mucho que conoces a ese Luciani?

—Desde hace un par de meses.

—¿Lo ves seguido?

—De vez en cuando.

Se puso de pie para quitarse el suéter. Le pregunté:

—¿Hoy tenías una cita con él?

—Sí; a él le gustaría que trabajara en el cine, y nos citamos para hablar de eso.

La miré de pies a cabeza: se estaba quitando el suéter y mostraba las axilas blancas con unos

cuantos pelos oscuros, pero el busto aún estaba cubierto. Luego, dándole un fuerte tirón, se lo quitó por entero, dejando a la vista los senos de una mujer, pero conservando aún algo de grácil y de inmaduro. Pensé que se desnudaba con el propósito de interrumpir un interrogatorio embarazoso. Le pregunté:

—¿Vas a trabajar en el cine?

—Todavía no lo sé.

—¿Y a dónde fueron luego?

—Fuimos al Pincio, a tomar un café.

Se había sentado de nuevo en el diván, desnuda hasta la cintura, para responderme mejor. Alisaba las mangas del suéter. Le dije:

—Los vi subir hacia Trinità dei Monti. ¿Ese actor vive en la vía Sixtina?

—No; vive en Parioli, en la vía Arquímedes.

—Y después del café, ¿qué hicieron?

—Paseamos por la Villa Borghese hasta hace poco, cuando lo dejé para venir a verte.

Me di cuenta de que la miraba con deseo; comprendí que la deseaba no porque estuviese

desnuda, sino porque me mentía. Pareció notarlo en mi modo de mirarla, y agregó, con simplicidad:

—¿Quieres que hagamos el amor?

El hecho de que me propusiera hacer el amor para ocultar su mentira me puso furioso. Estaba seguro de que sólo un amante podía tomar del brazo a una mujer como lo había hecho Luciani. Pero evité mencionar el nombre del actor. Grité:

—¡No! ¡No quiero hacer el amor, quiero saber la verdad!

—Pero ¿cuál verdad?

—La verdad, cualquiera que sea.

—No te entiendo.

—Ayer no viniste y no se te ocurrió avisarme que no vendrías. Ahora quieres disminuir tus visitas. Quiero saber la verdad; quiero saber qué hay detrás de todo esto.

—Ya te lo dije: mis padres están molestos.

Y otra vez estuve a punto de decirle: “No es verdad, la verdad es que haces el amor con Luciani”. Pero, en el fondo, estaba consciente de que jamás lo diría, por ningún motivo. Guardé silencio, con

los ojos clavados en el suelo. Sentí una mano en mi mejilla:

—¿Te disgusta mucho no verme todos los días?

—Sí.

—Pues bien, hagamos de cuenta que no lo he dicho. Seguiremos como siempre. Pero con más cuidado. Nos veremos a diferentes horas, según los días. Voy a telefonearte todas las mañanas, para decirte en qué horas podemos vernos. ¿Estás de acuerdo?

Así, de manera repentina y misteriosa, Cecilia renunciaba a disminuir las visitas. Estaba tan sorprendido que me olvidé de cualquier idea malévola. Era evidente que, a pesar de sus precoces experiencias, Cecilia era una muchacha muy joven, temerosa de sus padres; que el miedo le había sugerido disminuir la frecuencia de nuestros encuentros, y que, ante mi tristeza y mis sospechas, cambiaba su decisión para tenerme contento. De tal modo, no me traicionaba, ni mentía; era solamente una muchacha sencilla y sin misterios, dividida entre el miedo a sus padres y el apego al amante. Me

pareció raro no haberlo pensado antes y, de pronto, el modo con que el actor la había tomado del brazo se convirtió en un detalle sin importancia: tal vez hacía lo mismo con todas las mujeres, sin que le importara la relación que tenía con ellas. Pero estas reflexiones sólo duraron un instante, porque luego surgió un hecho nuevo: no sólo no estaba contento de que Cecilia hubiera renunciado a disminuir las visitas, sino que también, semejante a una nube muy pequeña, pero decididamente oscura, en un cielo muy claro, ya veía reaparecer el viejo tedio en nuestro horizonte:

—Gracias. Pero, si quieres, podremos vernos, qué sé yo, cuatro veces a la semana, en vez de siete.

—No; no importa, ya encontraré alguna excusa.

Había vuelto a la silla en que dejara el suéter, para seguir desvistiéndose. La vi llevando las manos a la cremallera de la falda, que estaba a uno de los lados; me pregunté si los gestos activos y graciosos que provocaban la caída gradual de las prendas y la progresiva develación del cuerpo me parecían, ahora que estaba seguro de que no

me traicionaba, aburridos y absurdos como en el pasado; y, después de un momento de atención, tuve que convencerme de que era precisamente así. Como por un milagro al revés, un milagro que, en lugar de introducir algo mágico en la realidad, se lo sustraía, Cecilia, que me había parecido tan deseable mientras sospechaba que me ponía los cuernos, ahora volvía a ser un objeto insignificante, sólo presente en la percepción más superficial de mis sentidos, pero no por esto más real. Pensé que ella “estaba toda ahí”, en el acto de bajarse la cremallera, sin ribetes de autonomía y de misterio, toda ahí, inexistente; poseída antes de que cualquier relación sexual confirmara superflua-mente esa posesión del sentimiento; poseída ya, y, por lo tanto, aburrida. Recuerdo que, mientras pensaba estas cosas, yo también me desvestía, mirando una y otra vez mi sexo, temeroso de que no lograra la erección a causa de tales reflexiones. Pero lo estuvo, y nunca, como en esos momentos, me admiró tanto la fuerza de la natura que, por decirlo así, me hacía desear sin verdadero deseo.

Ya desnudo, me tendí en el diván, boca arriba, como se tiende un enfermo en la camilla del médico, con la sensación de someterme a una prueba desagradable y muy lejana del amor.

Entonces ocurrió algo imprevisto. Cecilia, como siempre, se dirigió de puntitas hacia la cortina, para cerrarla; pero luego, como quien corre alegremente al encuentro del mar, se lanzó sobre mí, pesada y violentamente, con un inarticulado grito de triunfo. Luego, montándose sobre mi pecho y poniendo las manos sobre mis hombros, exclamó:

—Di la verdad, confíésalo. Hace poco creías que te traicionaba con Luciani.

Miré su cara excitada, roja de placer, entre sus cabellos ondulados y ligeros, que nunca había visto tan vivos. Y ahora estuve seguro de todo lo contrario: sí, Cecilia me había mentado; sí, me traicionaba con el actor. Lo confesaba, al menos, con su voz ingenua y triunfante, parecida a la de una niña que ha embromado a un compañero y le grita: “¡Di la verdad, caíste!”.

Volví a verla, más real y deseable que nunca, con su vientre de mujer y sus senos de adolescente; con sus caderas compactas y fuertes. Me daba cuenta de que me parecía más real y deseable porque huía de mí a través de la mentira y la traición. Invasado por un furor ansioso y vengativo, le jalé los cabellos con tanta fuerza que la hice gemir, y luego, colocándola debajo de mi cuerpo, me lancé sobre ella. Por lo general, la posesión física sólo era la repetición de una precedente posesión mental, que confirmaba el tedio que me la convertía en algo irreal y absurdo. Pero esta vez la posesión parecía confirmar mi incapacidad de poseerla realmente: por mucho que la maltratara, la mordiera y la penetrase, no poseía a Cecilia porque ella estaba en otra parte, quién sabe dónde. Volví a caer, exhausto y todavía rabioso, saliendo de su sexo como de una herida inútil; ella estaba ahora a mi lado, con los ojos cerrados, con la quietud que da la satisfacción del apetito carnal, pero alcancé a ver en su rostro una expresión irónica: la de la realidad, la que

escapaba de mí en el preciso momento en que creía que era dueño de ella.

La miraba intensamente. Debió sentir mi mirada, porque abrió los ojos para mirarme también, y me dijo:

—Hoy resultó muy bien.

—¿No siempre resulta bien?

—No; siempre es distinto. Hay días en que no es tan bueno. Hoy estuvo muy bien.

—¿Por qué estuvo bien?

—Son cosas que no se explican. Pero una mujer siente cuando todo está bien y cuando no lo está. ¿Sabes cuántas veces me vine?

—Cuántas...

Alzó la mano con tres dedos y dijo: “Tres”. Luego cerró los ojos, acercándose más a mí y, al hacer esto, reapareció su expresión irónica. Pensé que la había poseído plenamente, a fondo, sin ribetes de autonomía y de misterio. Pero no podía tener conciencia de eso, ni gozar con ello. Y a pesar de la plenitud de la relación física, volvió con mayor fuerza la sensación de la incapacidad

de la posesión. Me hubiera gustado preguntarle: “¿Estuvo mejor conmigo que con Luciani?”, pero no me dieron ganas de pronunciar el nombre del actor. En cambio, le pregunté, sin saber bien por qué: “¿Es verdad que Balestrieri murió entre tus brazos, mientras hacían el amor?”.

La vi arrugar fugazmente el entrecejo, sin abrir los ojos, como si un mosquito en vuelo le rozara el rostro. Luego murmuró:

—¿Para qué quieres saberlo?

—Dime si es verdad.

Siguió con los ojos cerrados; creí que hablaba con una sonámbula. Respondió:

—No precisamente así. Se sintió mal cuando hacíamos el amor; pero murió poco después, cuando habíamos dejado de hacerlo.

—No dices la verdad.

—¿Por qué no habría de decírla? Me dio mucho miedo. Creí que estaba muerto; pero, por suerte, se recuperó y pudo llegar hasta la cama.

—Entonces ¿no estaban en la cama?

—No.

—¿Dónde estaban?

—Cuántas cosas quieres saber.

—¿Dónde estaban?

—En la escalera.

—¿En la escalera?

—Sí. Le daban ganas de hacer el amor a cada momento. Lo habíamos hecho antes en el cuartito, en el segundo piso, y estábamos bajando al estudio, porque quería pintar. Yo iba adelante de él cuando, de pronto, le dieron ganas de hacerlo otra vez, y lo hicimos en los escalones. ¿Quieres saber una cosa?

—¿Qué?

—Después de sentirse mal, lo ayudé a subir al cuartito y a acostarse en la cama, donde se quedó un rato, inmóvil, con los ojos cerrados. Luego empezó a recuperarse, poco a poco, y quería, nada más figúrate, hacerlo por tercera vez. Tenía ya cara de muerto; yo estaba muy asustada. Renunció a hacerlo, pero de mala gana, muy enojado. A veces pienso que ese enojo fue lo que lo mató.

Pensé que Balestrieri quiso matarse de ese modo. Imaginé a los dos, en ese momento, se-

parándose; al viejo pintor que, aferrándose a la balaustrada con las dos manos, subía un escalón tras otro, con gran fatiga, hasta caer tendido en la cama; luego me pareció ver a esa especie de cadáver que, de pronto, se sentaba para abrazar a Cecilia. Siguiendo el hilo de mis reflexiones, le pregunté:

—¿Traicionabas a Balestrieri?

Volví a ver su gesto de fastidio, como provocado por un mosquito importuno; y comprendí que, en realidad, le había preguntado: “¿Me traicionas?”. Ella pareció entender el verdadero sentido de la pregunta, porque se limitó a murmurar:

—Otra vez con lo mismo.

Insistí:

—Dímelo, por favor: ¿lo traicionabas?

Al fin respondió:

—¿Por qué quieres saberlo? Sí, de vez en cuando lo traicionaba; era muy tedioso.

Me quedé sin aliento.

—¿Tedioso? ¿Qué quieres decir con tedioso?

—Tedioso.

—¿Qué significa para ti tedioso?

—Tedioso significa tedioso.

—¿Cómo?

—Tedioso.

Pensé que Cecilia me traicionaba porque yo era tedioso, en la misma medida que ella era inexistente para mí. Pero entre nosotros había una diferencia: yo sabía qué era el tedio por haberlo sufrido durante toda la vida; para ella, en cambio, el tedio no era más que un oscuro impulso para llevar a otro lado el movimiento provocador e irresistible de las caderas relucientes. La miré de nuevo: estaba tendida, con las piernas abiertas, tal y como la había dejado después del amplexo, sin pudor, pero confiada en que yo consideraría su abandono como una demostración de naturalidad e intimidad. Y entonces, mirándola así, tuve la masculina ilusión de ver en la posesión física la única posesión real. Sí, pensé, Cecilia estaba alejándose de mí; si la tomara de nuevo, quizá lograría anular esta vez la sensación de no poseerla. Era preciso poseerla total y definitivamente. Me eché sobre ella, le rocé los labios con un beso. Sin abrir los ojos, me dijo:

—No puedo quedarme mucho.

—Espera un poco.

Volví a tomarla. Ella no abrió los ojos, pero acomodó su cuerpo para facilitar el acostumbrado amplexo voraz: otra prueba de que ella estaba en otra parte, de que aquello no tenía ningún valor para ella ni para mí. En cuanto terminamos de hacerlo, Cecilia abrió los ojos y dijo: “Tengo que irme”. Se levantó y se fue casi corriendo al baño.

Al quedarme solo, caí en una especie de reflexión vacía. Reflexionaba precisamente en el sentido que se le da literalmente a la palabra; es decir, me contemplaba a mí mismo en el oscuro espejo de mi conciencia, inerte y desnudo en el diván; veía el caballete y la tela en blanco, la ventana, el estudio y todas las cosas que contenía. Un pensamiento preciso se insinuó en este mundo objetivo y muerto: después del segundo amplexo, Cecilia resultaba más huidiza, más real. De modo que si, por un milagro, hubiese sido capaz de tomarla no dos veces seguidas, sino doscientas, al final me habría hallado tan insatisfecho como la

primera vez. En fin, mientras más la tomaba, la poseía menos porque, al tomarla, derrochaba la energía que era necesaria para poseerla en serio, en un modo que no lograba imaginar; al menos, no por el momento.

Oí que Cecilia abría la puerta del baño y, entonces, alzándome sobre los codos, le dije:

—Mira dentro del armario: hay un regalo para ti.

La oí exclamar: “¿Para mí?”, con un acento que no expresaba ninguna sorpresa ni alegría. Abrió el armario; oí que desenvolvía el bolso, pero no vi nada, porque yo estaba mirando el techo. Poco después sentí que sus labios rozaban los míos con su acostumbrado beso infantil y seco, y murmuró: “Gracias”. Al fin me levanté, y Cecilia, ya vestida, se hallaba junto a la mesa central, sacando del viejo bolso sus objetos personales, para ponerlos en el nuevo. Me acosté de nuevo, boca arriba.

CAPÍTULO VI

Me parece que he insistido en dar a entender que Cecilia no era locuaz, que su actitud natural era la del silencio; y que ella, aun hablando, parecía guardar silencio, debido a la brevedad e impersonalidad de su lenguaje. Parecía que en su boca las palabras perdían todo significado real, reduciéndose a sonidos abstractos, semejantes a palabras de un idioma extranjero y desconocido para mí. La falta de cualquier acento dialectal o de cualquier inflexión social, la total ausencia de lugares comunes reveladores, la reducción de la plática a constataciones simples de hechos incontrovertibles, como la de decir “hoy hace

calor”, confirmaban esta idea de abstracción. Por ejemplo, yo le preguntaba qué había hecho la noche del día anterior; ella respondía: “Estuve cenando en casa, luego salí con mi mamá para ir al cine”. Yo notaba que las palabras “casa”, “cenando”, “mamá” y “cine”, que en otra boca habrían significado lo que suelen significar, y, por consecuencia, según el modo de pronunciarlas, me habrían hecho saber si se me mentía o si se me decía la verdad, pronunciadas por Cecilia sólo parecían sonidos abstractos, detrás de los cuales era imposible adivinar cuánto había de verdad o de mentira. Me he preguntado a menudo el motivo por el cual Cecilia daba la impresión de callar aunque hablara. Y siempre me he dicho que ella no tenía más expresión que la del sexo, la cual era indescifrable, original y poderosa; vocalmente no expresaba mucho, ni siquiera al hablar de las cosas del sexo; y hasta hubiérase dicho que su boca era un orificio falso, sin profundidad ni resonancia, que no estaba conectada con nada interior. Después de hacer el amor, mientras la miraba tendida en el diván, todavía con las piernas abiertas, varias veces

me puse a comparar la hendidura horizontal de la boca con la vertical del sexo; y notaba, asombrado, que la segunda era mucho más expresiva que la primera, incluso en el plano psicológico, del mismo modo que los rasgos faciales revelan el carácter de la persona.

Por otra parte, tenía que saber lo que ocultaba una frase como “Estuve cenando en casa, luego salí con mi mamá para ir al cine”. Quería saber si estas palabras contenían realmente una cena, una casa, una madre y un cine, y no una cita con el actor de cabello oxigenado. En ese mismo momento quise conocer todo lo referente a Cecilia, de la cual, hasta entonces, no me interesaba saber gran cosa, creyendo que podía saberlo todo a través de la relación sexual. En primer lugar, su familia. Cecilia me había comentado someramente que era hija única, que vivía con su padre y su madre, que no contaban con todo porque el padre estaba enfermo y no trabajaba. Yo me había contentado con esas informaciones, casi agradecido de que no me dijera más, porque lo más importante para mí era tenerla todos los días en el

estudio para hacer el amor. Pero desde el mismo momento en que sospeché que me traicionaba, y de que tal sospecha se transformaba en algo real y deseable, tuve la curiosidad de saber algo más acerca de su vida familiar, con la esperanza de que, al saber más de ella, nuestra relación se profundizara. Empecé a interrogarla, como lo había hecho al querer enterarme de sus relaciones con Balestrieri.

He aquí un ejemplo de nuestra conversación:

—¿Está enfermo tu padre?

—Sí.

—¿De qué está enfermo?

—Está enfermo de cáncer.

—¿Qué dicen los médicos?

—Dicen que está enfermo de cáncer.

—No; quiero decir si piensan que puede curarse.

—No; dicen que no puede curarse.

—Entonces, ¿va a morir pronto?

—Sí; dicen que va a morir pronto.

—¿Te disgusta?

—¿Qué?

—Que tu padre muera.

—Sí.

—¿Y lo dices así?

—¿Cómo debo decirlo?

—Pero ¿tú quieres bien a tu padre?

—Sí.

—Bien, sigamos adelante: ¿cómo es tu madre?

—¿Qué quieres saber?

—Si es bajita, alta, bella, fea, morena, rubia.

—Es una mujer como todas.

—Pero ¿qué aspecto tiene?

—No tiene ningún aspecto.

—¿Cómo que no tiene ningún aspecto?

—Quiero decir que no tiene un aspecto particular. Es como las demás.

—¿Quieres bien a tu mamá?

—Sí.

—¿Más, o menos que a tu padre?

—De manera distinta.

—¿De qué manera?

—No lo sé. Distinta.

—¿Tu madre quiere bien a tu padre?

—Creo que sí.

—¿Por qué? ¿No estás segura?

—Marchan de acuerdo; imagino que se quieren bien.

—¿Qué hace tu padre en el día?

—Nada.

—¿Qué quieres decir con nada?

—Nada quiere decir que nada.

—Se dice así por decir algo; pero luego resulta que siempre se hacen varias cosas. Si tu padre no trabaja, ¿qué hace?

—No hace nada.

—¿Nada?

—Bueno, no sabría decírtelo: se ha de sentar en una silla para oír la radio. Todos los días pasea un poco: nada más.

—Ya te entendí. Ustedes viven en un apartamento, ¿en Prati?

—Sí.

—¿Cuántas recámaras tienen?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Nunca las he contado.

—¿El apartamento es chico, grande?

—Más o menos.

—¿Cómo?

—Mediano.

—Descríbelo.

—No hay nada que describir: es un apartamento como hay tantos.

—Pero no ha de estar vacío el apartamento.

¿Tienen muebles?

—Sí; hay sillas, camas, roperos.

—¿Con qué clase de muebles?

—Con muebles como todos los muebles.

—Pongamos por ejemplo la sala. ¿Tienen sala?

—Sí.

—¿Qué muebles tiene?

—Los muebles de siempre: sillas, mesitas, sillones y sofá, como en todas las salas.

—¿De qué estilo son los muebles?

—No lo sé.

—¿De qué color son?

—No tienen color.

—¿Qué quieres decir con que no tienen color?

—Quiero decir que no tienen color, que son dorados.

—Ya entendí; pero el dorado también es un color. ¿Y te gusta tu casa?

—No sé si me gusta. Estoy muy poco allí.

Era posible continuar en este mismo tono, al infinito. Pero me parece que he dado un buen ejemplo de lo que he llamado la abstracción de Cecilia. Al llegar a este punto, alguien pensará que Cecilia pasaba por estúpida o, comoquiera que sea, carente de personalidad. Pero no era así. Y la prueba estaba en el hecho de que jamás la oí decir estupideces. En cuanto a la personalidad, ella estaba ausente en sus discursos; de modo que si uno quisiera referirlos sin acompañarlos con la descripción del rostro y del cuerpo de Cecilia, hubiera sido como leer un libreto de ópera sin música o un guion sin las imágenes de la pantalla. He querido transcribir un ejemplo de conversación con ella para dar una idea de su lenguaje débil y esquemático, puesto que ella misma ignoraba las cosas que yo le preguntaba, en la misma medida

o mucho menos que yo. Vivía con sus padres en un apartamento de Prati y había sido amante de Balestrieri; pero no se había detenido a mirar las personas y las cosas de su vida; nunca las había visto ni observado en realidad. Era, en fin, una extraña para sí misma y para el mundo en que vivía; ni más ni menos que quienes no la conocían a ella y a su mundo.

Sea como fuere, la sospecha de que ella me traicionaba me indujo a querer confirmar sus informaciones tan vagas, al menos para anular aquella parte misteriosa que estaba fuera de la relación amorosa. No tardó en llegar el día en que le pedí que me presentara a su familia. Me asombró un poco el hecho de ver que mi solicitud le pareciera muy natural, pese a los “rezongos” invocados para justificar su intención de disminuir nuestros encuentros. Dijo:

—Ya lo había pensado yo: mi mamá pregunta seguido por ti.

—¿También les presentaste a Balestrieri?

—Sí.

—¿Tus padres sabían que eras amante de él?

—No.

—Si lo hubiesen sabido, ¿qué habrían hecho?

—No lo sé.

—¿Balestrieri iba seguido a tu casa?

—Sí.

—¿Qué hacía allí?

—Nada. Iba a comer o a tomar el café, y luego nos íbamos a su estudio.

—¿Alguna vez hiciste el amor con él en tu casa?

—Él siempre quería hacerlo, pero yo no; me daba miedo que mis padres se enteraran.

—Pero ¿por qué deseaba hacerlo precisamente en tu casa?

—No lo sé, pero le gustaba.

—En fin, ¿lo hicieron o no?

—Sí; algunas veces.

—¿Dónde?

—No me acuerdo.

—Intenta recordar.

—Ah, sí, una vez lo hicimos en la cocina.

—¿En la cocina?

—Sí. Mi mamá había salido a comprar algo, y yo tenía que atender la estufa.

—¿No podían ir a una recámara, en vista de que estaban solos?

—Balestrieri tenía que hacer el amor cuando le venía en gana; le gustaba hacerlo en lugares extraños.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Cómo lo hicieron en la cocina?

—Parados.

Pocos días después, Cecilia me dijo que estaba invitado a comer en su casa. Esa mañana sustituí el suéter y los pantalones de pana por un traje oscuro, camisa blanca y una corbata poco llamativa, como suelen vestir los profesores, y, alrededor de la una, me dirigí al domicilio de Cecilia. A decir verdad, lo hacía no sólo con gran curiosidad, sino también con cierto temor, debido a que todo descubrimiento que hacía o creía hacer acerca de Cecilia se volvía de inmediato un hecho de sensualidad, como si al descubrir los aspectos

de su vida la descubriera a ella materialmente, es decir, como si la desnudara.

No me costó trabajo encontrar la calle, una tranquila y pálida calle derecha, flanqueada por plátanos ya desnudos, con tiendas alineadas en las plantas bajas de vecindades amarillas y grises. El portón del edificio de Cecilia daba a un amplio patio, en el que había algunas palmas plantadas en medio de unos prados miserables, cuyos ramajes amarillentos se elevaban hasta los tendedores con ropa puesta a secar. Había varias escaleras marcadas con letras, de la A a la F; la escalera con la letra E llevaba al apartamento de Cecilia. Un cartelito que decía “Suspendido por reparación” colgaba de la reja del viejo elevador; subí a pie muchas rampas de escalera, casi en penumbras, escrutando en cada piso las placas de las puertas. Interior uno, interior dos, interior tres, interior cuatro, interior cinco y seis, interior siete, ocho y nueve, interior diez, once y doce: ésta era la escalera del decimotercer alojamiento, en el quinto piso, la escalera que Cecilia subía y bajaba una y otra vez para

ir a verme. Toqué el timbre. ¿Qué habría podido saber acerca de esta escalera, si se lo preguntara a Cecilia? Nada, o menos que nada. Me respondería tautológicamente: “Una escalera es una escalera”, y nada más. Sin embargo, ella dejaba en tal escalera una parte de su vida; y esa luz gris, esos escalones de mármol blanco, esos ladrillos rojos de los rellanos y la madera oscura de las puertas debían permanecer en su memoria, como permanecen en la memoria de los más afortunados los paisajes risueños donde pasaron los años de la infancia y de la adolescencia. En esto pensaba cuando oí, detrás de la puerta, un paso ligero sobre los ladrillos flojos de un viejo pavimento. La puerta se abrió: Cecilia estaba en el umbral. Vestía el suéter de siempre, verde y peloso; el gran cuello triangular dejaba ver el nacimiento de sus senos; en la falda negra, corta y estrecha, el vientre se imprimía en pliegues hondos y concéntricos. En cuanto la hube saludado, dio un paso hacia adelante, cosa que me asombró, porque pensé que quería besarme. Pero sólo me dijo, en voz baja: “Acuérdate de que hoy es día de lección, y de

que, después de comer, nos vamos al estudio”. Me extrañó mucho su solicitud, tanto que suscitó mis sospechas. Pensé que se servía de nuestro encuentro para ocultar alguna cita.

La antesala estaba amueblada como las antiguas pensiones familiares en los balnearios: sillas y mesa de mimbre, una planta en un rincón, en el otro, una estatua de yeso que representaba a una mujer desnuda. Pero las sillas y la mesa eran viejas y destartaladas; a la estatua le faltaba una mano y todas las concavidades hallábanse empolvadas; y la planta, un ficus, tenía sólo dos hojas en la punta de un tallo muy largo. Noté que las paredes eran blancas, pero con una capita de polvo en todas partes, un polvo viejo y pegajoso, que en ciertos rincones del techo parecía condensarse en pequeñas y tupidas telarañas. Pensé que era una casa de la cual, con razón o sin ella, cualquier muchacha se avergonzaría de mostrársela al amante; cualquier muchacha, pero no Cecilia. Ella me precedía en un largo corredor vacío; abrió una puerta y me hizo una seña para que la siguiera.

Vi una gran estancia rectangular, con cuatro ventanas veladas por cortinas amarillas, todas en la misma pared. La estancia estaba dividida por dos escalones y un arco; en la parte más grande se hallaba la sala, donde estaban los muebles que ella definiera como sin color, o sea dorados. En realidad, eran muebles Luis XV, imitaciones que estuvieron de moda cuarenta años antes, dispuestos en grupos espectrales alrededor de mesitas redondas y lamparitas con pantallas adornadas con perlititas. Al primer vistazo me di cuenta de las costras blancas en el estuco dorado, de la mugre en los brazos floreados, de las manchas de humedad de los tapicitos con temas galantes. Pero la decadencia de la casa se revelaba no tanto en el aspecto del mobiliario desgastado, cuanto en algunos detalles casi increíbles, que parecían indicar un descuido viejo e injustificado: por ejemplo, una larga tira de papel tapiz, con un diseño de ramilletes y canastitas, colgaba a media pared, dejando al descubierto el caliche del muro; una de las cortinas estaba casi desgarrada; para colmo, en un rincón

del techo desentonaba un gran hoyo negro. ¿Por qué los padres de Cecilia no pegaban, por lo menos, la tira de papel tapiz; por qué no reparaban el hoyo en el techo? ¿De modo que para Cecilia esta casa era una casa, la sala era una sala, los muebles eran unos muebles? ¿Cómo era posible que ella viviera en un apartamento tan escuálido, tan singular, sin enterarse de ello? Pensaba en estas cosas mientras la seguía en la parte más pequeña de la estancia, al otro lado del arco, que era el comedor, también de estilo renacentista, con muebles macizos y oscuros, muy semejantes a los que había visto en el estudio de Balestrieri. Por el vano de una ventana llegaban las notas saltarinas de una cancioncita de radio. Quizá porque el silencio de la casa tenía algo de helado, al oír las notas musicales me di cuenta de que, aun estando a principios de diciembre, estaba apagada la calefacción. Cecilia dijo:

—Papá, te presento a mi profesor de dibujo.

El padre de Cecilia, con mucho esfuerzo, se levantó del sillón en que estaba sentado oyendo la radio; me tendió la mano, sin hablar, indicándome

al mismo tiempo su garganta, para advertirme que era áfono, debido a su enfermedad. Recordé el extraño susurro o respiración que había oído en el teléfono, pensando que él había intentado responder a mi llamada. Vi cómo se dejaba caer en el viejo sillón de cuero, renegrido y gastado, y cómo se inclinaba para bajar el volumen del radio. De seguro había sido lo que suele llamarse un hombre guapo, pero de una belleza más bien vulgar, propia de ciertas fisonomías demasiado simétricas. Sin embargo, nada quedaba de aquella belleza. La enfermedad le había trastornado la cara, hinchándola aquí, demacrándola allá, enrojeciéndola allí, blanqueándola acullá. Pensé que la muerte estaba ya en sus cabellos negros, aplastados y exánimes, que parecían estar untados por un sudor malsano en las sienes y en la frente; asimismo en el color violáceo de los labios y, sobre todo, en los ojos redondos, que parecían asustados. Sus ojos parecían decir cosas que la boca, aun pudiendo hablar, habría callado; y, más que al mutismo provocado por la enfermedad, hacían pensar en una impotencia forzada,

semejante a la de una persona atada y amordazada, ante un peligro mortal. Cecilia le había pedido que no se levantara; luego me pidió que tomara asiento y acompañara al padre, porque ella debía ir a la cocina: hablaba en voz alta, tratando al padre como a un objeto inanimado, del cual podía disponerse como uno quisiera. Me senté, pues, frente al enfermo y, sin saber qué más decir, elogí el talento artístico de Cecilia. El padre me escuchaba sin dejar de parpadear, como si en vez de hablarle de la hija le dirigiera graves amenazas. Él hablaba también o, mejor dicho, intentaba hacerlo, de la misma manera que lo hiciera al contestar el teléfono; pero los sonidos que salían de su boca, más sopladados que articulados, eran incomprensibles. De repente, sin ningún miramiento y con la mala educación de los sanos que tratan con enfermos, le dije que iba a lavarme las manos y salí de la sala.

Lo que me impulsó a salir fue la misma curiosidad que me obligara a pedirle a Cecilia que me presentara a sus padres. Ya en el corredor, abrí, al azar, la primera de las cuatro puertas alineadas.

Hallé un cuartito de una pobreza helada: la luz, fría y tenue, llegaba del patio, a través de los vidrios de la ventana sin cortinas. Una cama de hierro barnizado de negro, con la bendita rama de olivo atada a un barrote; una colcha roja bien estirada sobre un colchón delgado; dos sillas llamadas de cocina, con asiento de paja amarilla y un ropero de madera sin pulir eran todo el mobiliario. De inmediato supe que ese cuarto, casi vacío, era el cuarto de Cecilia; lo supe por el olor que había en el aire, un olor femenino, un poco amargo y salvaje, que me recordaba su cabello y su piel. Abrí el ropero, para estar seguro de ello. En efecto, ahí estaban, colgadas en sus ganchos, las pocas prendas de vestir que formaban el guardarropa de Cecilia: la faldita de bailarina, usada en el verano, cuando la conocí; un traje de dos piezas, de lana gris, que portaba en los días fríos; un abrigo negro, que se ponía por la noche, y un vestido negro, de los llamados de medianoche. En un estante se hallaba un envoltorio de papel blanco: el bolso que le regalara el día en que pensaba separarme de ella.

Cerré el ropero y vi en rededor, tratando de definir la sensación que me inspiraba el cuarto, y llegué a esta conclusión: era una estancia escuálida y desnuda, pero de una escualidez y de una desnudez naturales y casi ferinas, que pueden verse en los barrancos y grutas habitadas por bestias salvajes. Para decirlo pronto, una desnudez no tanto de casa pobre, sino de madriguera.

Salí sin hacer ruido; luego abrí la siguiente puerta. Hallé una oscuridad casi completa, en la cual alcancé a vislumbrar los contornos de una gran cama matrimonial; el olor a encierro era más fuerte que en el cuarto de Cecilia, más pesado y menos sano, y supuse que era el cuarto de los padres de ella. Cerré la puerta y me dirigí a la tercera.

Era el excusado, más parecido a un corredor que a un cuarto de baño, con una ventana con persianas cerradas en el lado opuesto de la puerta. Adosados a la misma pared estaban la tina de baño, el bidé, el lavabo y la taza. La tina era anticuada, con manchas de óxido en el esmalte amarillento y opaco; el lavabo tenía muchas grietas oscuras; el

bidé mostraba una pátina gris y grasosa. En fin, mi mirada fue brincando, con un disgusto cada vez mayor, hacia los asquerosos instrumentos de limpieza, hasta que vi, en el borde interno de la taza, algo fresco, oscuro y brillante, que, evidentemente, había resistido al flujo insuficiente del agua. Me acerqué al lavabo, tomé un pedacito de jabón que quedaba en la jabonera y me lavé las manos. Mientras me las lavaba, recordé todas las preguntas que le había hecho a Cecilia acerca de su casa, y las respuestas que oí, tan esquemáticas y abstractas, que confirmaban mi primera suposición: Cecilia no supo decirme nada sobre su casa porque nunca la había visto en realidad. La puerta se abrió y entró Cecilia.

Dijo: “Ah, estás aquí”, sin mostrar ningún asombro de que no estuviera en la sala acompañando al padre, como me lo había recomendado. Pasó a mis espaldas, fue directamente a la taza, se alzó la falda con ambas manos y orinó. Entonces, viéndola sentada con las dos piernas dobladas y abiertas, con el busto inclinado y la cara vuelta hacia

mí, mirándome con sus bellísimos ojos oscuros e inexpresivos, con una inocencia comparable a la de los animales cuando hacen sus necesidades, ignaros del hombre que los observa, volvió a mi mente la idea de la madriguera, la misma que tuve al estar en su cuarto. Sí, me dije, ese apartamento oprimía el corazón al pensar que lo habitaban humanos; pero sabiendo ya que ahí moraba un animal salvaje, pequeño y gracioso, una zorra, una nutria, una marta, parecía algo normal y aceptable. Cecilia terminó de orinar. La vi transportar las nalgas desnudas al bidé, acurrucarse y lavarse bien con una sola mano. Luego se levantó y, despatarrada, se pasó con fuerza una toalla entre las piernas. Estirándose hacia abajo la falda, dijo al fin:

—Apártate un poco, para que me peine.

Me hice a un lado; cogió de una repisa un cepillo chimuelo y un peine al que le faltaban muchos dientes, y empezó a peinarse con energía. Le dije:

—Tu padre está realmente muy enfermo; temo que los médicos tengan la razón.

—¿Sobre qué?

—Que muera pronto.

—Sí, lo sé.

—¿Qué harán?

—¿Quienes?

—Ustedes, cuando él muera.

—¿A qué te refieres?

—¿De qué van a vivir?

Respondió al punto, pasándose un bilé sobre los labios:

—Como lo hemos hecho hasta hoy.

—¿Cómo?

—Tenemos una tienda. Vivimos de ella.

—¿Una tienda? No me lo habías dicho.

—Porque no me lo preguntaste.

—¿Qué venden en esa tienda?

—Sombrillas, maletas, bolsos, peletería.

—¿Quién la atiende?

—Mi madre y mi tía.

—¿Les va bien con la tienda?

Acabó de pintarse los labios; luego respondió, de manera concluyente:

—No; no muy bien.

Le pasé un brazo en torno a la cintura, apretándola con mi vientre. Me lanzó una mirada rápida, no sé si de sorpresa o de reproche; luego cogió un lápiz negro, para retocarse las cejas. Le pregunté:

—¿Nunca piensas en la muerte?

La apreté todavía más contra mi cuerpo, y empezó a mover las caderas de un lado a otro, lentamente.

—No; no pienso nunca en eso.

—¿Ni cuando ves a tu padre tan enfermo?

—No.

—Sin embargo, cualquiera en tu lugar lo pensaría.

—Yo estoy bien. ¿Para qué pensar en la muerte?

—Pero también existen los demás.

—Eso dicen.

—¿Por qué? ¿Acaso no estás segura?

—No, lo dije sólo por decir.

—¿Crees que tu padre piensa en la muerte?

—Él sí.

—¿Sabe que morirá pronto?

—No; no lo sabe.

—¿Tú jamás piensas que se está muriendo?

—Mientras esté vivo, por muy enfermo que esté, no voy a pensar en su muerte. Ya lo pensaré cuando se muera. Ahora sólo pienso en que está enfermo.

Me aparté de ella bruscamente, diciendo:

—¿Sabes de qué tengo ganas?

—Sí, ya me di cuenta.

Al acabar de retocarse las cejas, dejó el lápiz en la repisa y me empujó hacia la puerta, diciendo:

—Vámonos, creo que ya regresó mi mamá.

Había regresado, en efecto. En cuanto estuvimos en el corredor, una voz tintineante —parecida a un carillón de ciertos negocios, que suenan cada vez que se abre o se cierra la puerta— empezó a gritar: “Cecilia, Cecilia”.

Y Cecilia se dirigió al lugar de donde provenía la voz. Yo la seguí. La puerta de la cocina estaba abierta, y la madre, aún con el abrigo y el sombrero puestos, removía con un cucharón el contenido de una olla. La cocina, oscura y ahumada, tenía una forma insólita, triangular: la estufa se hallaba en el lado más largo, bajo la campana; en la punta del triángulo había una ventana, estrecha y alta, que

era más bien media ventana, a causa de algunos trapos tendidos a secar. Era una cocina desordenada y sucia, con el piso lleno de cáscaras; la mesa de mármol estaba cubierta de envoltorios y papeles, y, junto a la ventana, en el fregadero, había grandes pilas de platos sucios, colocados al aventón. La madre de Cecilia dijo, sin voltearse:

—Los platos; hay que lavar los platos.

Cecilia respondió:

—Esta noche los lavaré todos; los de hoy y los de ayer.

—Y también los de antier—dijo la madre—. A este paso, nos quedaremos sin platos. Esta mañana lavé los del desayuno; pero los de la cena los lavarás tú, porque debo ir a la tienda.

—Mamá, te presento a Dino.

—Perdóneme, profesor, perdóneme. Me da gusto conocerlo.

El carillón de la señora siguió campanilleando las palabras “mucho gusto” y “perdóneme” mientras me estrechaba la mano. Era una mujer de baja estatura, de rostro menudo y ajado, en el que parecía haber

estallado, fuera de tiempo, una juventud ruidosa. Los ojos, negros y sencillos, bordeados de arrugas muy delgadas, resplandecían con una luz imprudente; una tez rojiza, no sé si natural o artificiosa, reavivaba las mejillas flojas; la boca, muy ancha y pintada, se abría en una sonrisa brillante. Se parecía a Cecilia; sobre todo en la puerilidad de la frente abultada y en la cara redonda. Con su voz poco agraciada, gritó:

—Yo no sabía que estaba aquí el profesor. Cecilia, acompáñalo a la sala; yo me encargo de la cocina.

Ya en el corredor, le dije a Cecilia:

—Me presentaste a tu padre como profesor de dibujo, y a tu madre como Dino. ¿No sabes cómo me apellido?

Me respondió, distraídamente:

—No me lo vas a creer, pero aún no me lo aprendo. Te conozco con el nombre de Dino y nunca he pensado en preguntarte cómo te apellidas. A propósito, ¿cuál es tu apellido?

—Si aún no lo sabes, es mejor seguir así. Te lo diré en otra ocasión.

De pronto, me consideré como alguien innumerable, tal vez porque Cecilia prefería no conocer mi nombre completo.

—Como tú quieras.

Entramos en la sala, y le pregunté a Cecilia:

—Te pareces mucho a tu madre, en lo físico.

¿Qué carácter tiene?

—¿A qué te refieres?

—A su manera de ser. ¿Es buena o mala, tranquila o nerviosa, generosa o mezquina?

—No lo sé, nunca lo he pensado. Como cualquiera. Para mí es mi madre, y con eso me basta.

—¿Y él? —le pregunté, señalando al padre, que seguía sentado junto al radio—. ¿Qué carácter tiene, según tú?

Esta vez no respondió nada, y se limitó a levantar los hombros, como si hubiese escuchado una pregunta carente de sentido. Presa de una terrible irritación, la tomé por un brazo y le pregunté al oído:

—¿Qué es ese hoyo negro que hay en el techo?

Alzó los ojos para ver el hoyo, como si lo hiciera por primera vez.

—Es un hoyo, algo que está allí.

—Ah, entonces puedes verlo.

—¿Y por qué no debería verlo?

—Entonces, ¿por qué no puedes ver el carácter de tu padre y de tu madre?

—El hoyo puede verse, el carácter no se ve. Mi padre y mi madre son personas muy comunes, eso es todo.

Estábamos cerca del padre, que oía el radio, sin moverse. Me senté en una sillita, frente a él, y le dije casi gritando:

—¿Cómo se siente hoy?

Dio un salto en el sillón y se me quedó mirando, asustado. Luego dijo algo que no entendí. “Dice que no es necesario que grites, que no está sordo”, explicó Cecilia, quien, al parecer, entendía perfectamente los gorgoteos del padre.

Tenía razón: no sé por cuál motivo había pensado que, puesto que era casi mudo, también debía ser sordo. Le dije:

—Perdóneme. Le pregunté que cómo se sentía hoy.

Señaló las ventanas y dijo algo que Cecilia tradujo así: “Hay siroco, y cuando sopla el siroco se siente mal”.

Pregunté:

—¿Por qué no va a la tienda? Se distraería, ¿no le parece?

Lo vi hacer un gesto de renuncia humilde, y contestó de manera detallada, indicando su garganta y la cara. Cecilia dijo:

—Dice que él está muy cambiado, y que no va para no impresionar a los clientes, para perjudicar la venta. Dice que irá en cuanto se sienta mejor.

—¿Lo están curando?

Habló de nuevo y la hija tradujo:

—Le están aplicando radiaciones. Espera curarse en un año.

Esta vez miré a Cecilia para ver qué efecto le hacían las patéticas ilusiones del padre; pero, como siempre, nada dejaban traslucir sus ojos inexpressivos. Pensé que ella no sólo no se daba cuenta de que el padre se estaba muriendo, sino que, contrariamente a lo que me había dicho, tampoco

se percataba de su enfermedad. O tal vez fuera consciente de ello, pero como era consciente del hoyo que había en el techo de la sala: el hoyo era un hoyo y la enfermedad de su padre una enfermedad. La voz de la madre campanilleó a nuestras espaldas: “Ya está todo listo, pueden pasar al comedor”.

Fuimos a sentarnos a la mesa, y la madre, disculpándose por no tener una doméstica, nos llevó la sopera colmada de pasta. Al mirar la madeja de los espaguetis rojos y grasosos en la sopera de porcelana me pareció que ese platillo se parecía mucho a la casa, es decir, también tenía algo de viejo y descuidado. Comí con repugnancia aquella pasta mala, usando un tenedor de mango de hueso percutido, envidiando de todo corazón a los tres comensales, sobre todo a Cecilia, que la devoraban con mucho apetito. La señora me sirvió un vino que, al primer sorbo, me pareció ácido; pedí agua fresca, y me llenó otro vaso con agua mineral, que estaba tibia y sin gas. El disgusto que me provocaba la comida sólo era superado por la conversación que la madre se obstinaba en tener conmigo. Obviamen-

te, ella había llegado pronto a la conclusión de que, después de hablar del tiempo, los espectáculos y otras cosas parecidas, el único tema que podíamos tener en común era Balestrieri, por haber sido mi predecesor en las clases de dibujo de Cecilia. A la mitad del almuerzo, después de comer la mala pasta y de mordisquear una rebanada de carne chamuscada, con una guarnición de verduras cocidas y sazonadas con un aceite de pésima calidad, la madre me agredió con su voz campanilleante:

—Profesor, usted conoció al profesor Balestrieri, ¿no es verdad?

Miré a Cecilia antes de responderle. Ella me miró a su vez, pero con una mirada muy vaga, como si no me mirara. Respondí secamente:

—Lo conocí un poco, en efecto.

—Un hombre tan bueno, tan simpático, tan inteligente. Un artista. No puede usted imaginarse la impresión que me causó su muerte.

—Eh, sí —dije al azar—, y no era tan viejo.

—Sólo tenía sesenta y cinco años, y parecía de cincuenta. Sólo llevábamos dos años de conocerlo,

pero se hubiera dicho que lo conocía desde siempre. Ya era como de la familia. ¡Cuánto quería a Cecilia! ¡Decía que la quería como a una hija!

—Debió decir que como a una nieta —la corregí con toda seriedad.

—Sí, como a una nieta —aprobó la madre mecánicamente—. Ni siquiera aceptaba que se le pagaran las lecciones. Decía: “El arte no se paga”. Lo que es muy cierto.

—Tal vez —observé con malicia— usted quiere sugerir que también debo darle gratis mis lecciones a Cecilia.

—No; sólo quería decir que Balestrieri quería muy bien a Cecilia. Usted es diferente. Él se moría por Cecilia.

Estuve a punto de decir: “Y murió por ella”. Pero sólo dije:

—¿Lo veían con frecuencia?

—¿Con frecuencia? Casi todos los días. Era parte de la casa. En la mesa siempre había un lugar para él. Pero no piense que era indiscreto, todo lo contrario.

—¿Es decir?

—Sabía granjearse. Colaboraba con los gastos, compraba esto y aquello. Además, mandaba pasteles, vinos, flores. Decía: “Yo no tengo familia, ustedes son mi familia. Considérenme como a un pariente”. Pobrecito, estaba separado de la mujer y vivía solo.

Cecilia intervino:

—Profesor, deme su plato; también ustedes.

Apiló los cuatro platos y salió del comedor. En cuanto Cecilia se retiró, el padre, que durante el elogio fúnebre se limitara a ver todo con ojos aterrados e implorantes, se volvió hacia mí, queriendo hablar. Me incliné un poco; el enfermo abrió la boca y dijo algo con fuerza, algo que no entendí. La madre se levantó y, sin decir nada, se dirigió al bufé; tomó una libreta y un lápiz, que dejó cerca del marido, diciéndole: “El profesor no te entiende, escribe”.

Pero el padre los tiró al suelo con un gesto violento. La madre dijo:

—Nosotros le entendemos, pero los extraños casi nunca. Le hemos dicho que escriba, pero se

niega a hacerlo. Dice que no es mudo. Y no lo es; pero si los demás no le entienden, sería mejor que escribiera, ¿no cree usted?

El padre le lanzó una mirada furibunda a la mujer, y siguió hablándome. Ella empezó a decir, con voz triste y resignada: “Dice que Balestrieri le parecía antipático”.

La señora meneó negativamente la cabeza, sinceramente apenada, y agregó:

—¡No sé qué podía hacerle de malo el pobre de Balestrieri!

El padre dijo no sé qué, con energía. La madre tradujo: “Dice que Balestrieri quería ser el mandamás en la casa”.

El marido la miraba con ojos angustiados. De pronto, con el énfasis desesperado de un mudo que no logra darse a entender, abrió la boca para soplarme en plena cara sus incomprensibles sonidos. Cecilia estaba entrando en ese preciso instante, y me miraba. La madre dijo:

—Mi marido dice cosas absurdas. ¿Entendió lo que dijo?

—No.

Tuve la impresión de que la madre dudaba por un momento, luego dijo: “Dice que Balestrieri me hacía la corte”. La madre pronunció estas palabras con preocupación, ora mirándome a mí, ora al marido, con una mirada en la que parecían mezclarse la tristeza, el ruego y el reproche. Al verlo a él, me di cuenta de que la mirada de la señora había surtido efecto. Parecía humillado, mortificado, como un perro que acaba de recibir una patada. La madre dijo, tratando de serenarse:

—A Balestrieri le gustaba decirme algunos piropos, pero sólo con la intención de bromear un poco y hacerse el galante. Pero nada más. Eso era todo. No, profesor —siguió diciendo ella, como si el marido no estuviera allí o hubiese sido un objeto inanimado—, mi marido es muy bueno, pero nunca deja de imaginarse cosas. ¿No ve qué ojos tiene? Son ideas que le pasan por la cabeza todo el santo día. Piensa, piensa y acaba por decir cosas muy absurdas.

Vi al esposo, que ahora callaba, amargado y mohíno, sin dejar de mover los ojos y de hacer

bolitas con las migajas del pan. En ese momento pasó por mi mente una interpretación plausible, que podía explicar su repentina y aparente calma. Él sospechaba que había habido algo más entre Balestrieri y Cecilia; o, por lo menos, que el viejo pintor había nutrido por Cecilia un sentimiento no precisamente paternal. Era la acusación que le había gritado en plena cara a su mujer, quien, de inmediato, había cambiado la página, diciendo que el marido era muy celoso y que por ello imaginaba que Balestrieri le hacía la corte.

Quedaba por saber por qué la madre había querido ocultarme el verdadero significado de las palabras del marido. ¿Para no referir una acusación que le parecía falsa e inconveniente? ¿Porque tenía, como suele decirse, cola que le pisaran, y sacaba ventaja de la generosidad de Balestrieri, aun sin darse cuenta de que Cecilia y Balestrieri eran amantes? ¿O porque, en fin, era consciente de la relación de la hija con el viejo pintor y por eso aceptaba regalos y favores? Pronto me di cuenta de que estas tres hipótesis eran igualmente factibles,

a pesar de ser diferentes y de distinta gravedad. Pensando en estas cosas, yo miraba a Cecilia; y pude constatar otra vez que, en el fondo, a ella no le importaba en lo más mínimo todo lo que yo iba descubriendo en mi visita; y que, en el peor de los casos, ni aunque la madre hubiese sabido de dicha relación, y estuviera de acuerdo con ella para sacar ventajas materiales, podría yo saber a ciencia cierta nada definitivo acerca de Cecilia. Ella estaba en esa familia del mismo modo que una sonámbula entre los muebles de su propia casa: excluida de toda conciencia.

La comida terminó de manera inesperada. Después de que comimos una pequeña manzana roja y verde, el padre se levantó de pronto y, arrastrando con lentitud las piernas tambaleantes, con unos pantalones muy anchos, salió del comedor, para volver de inmediato con un abrigo muy amplio, la cara medio escondida bajo el ala de un sombrero que no parecía suyo. Se despidió de mí agitando una mano; luego señaló una ventana, en la que aún había un poco de sol. “Dice que va a dar su

paseo”, explicó la madre, quien, levantándose a su vez, agregó: “y es preciso que vaya con él. Damos una vuelta, lo acompaño hasta el cine y lo dejo ahí, porque la tienda abre a las cuatro. ¡Ay, profesor! Un hombre en tales condiciones es un calvario”. Dijo algunas otras cosas acerca del marido, que, mientras tanto, la esperaba en el umbral, como un espantapájaros. Se despidió de mí y le encargó a Cecilia que cerrara bien la puerta cuando saliéramos. La puerta se cerró y quedamos en silencio.

Seguíamos en nuestros lugares, a cierta distancia, ante la mesa en desorden. Poco después, dije:

—¿Y estos son tus padres, los que, según tú, se disgustan porque nos vemos todos los días?

Se levantó para empezar a limpiar la mesa. No dijo nada. Era su manera de responder a las preguntas embarazosas. Insistí:

—¿Cómo puedo creer en lo que me dijiste?

—¿Qué tienen de especial mi padre y mi madre?

—Nada de especial. Más bien algo muy común.

—¿Qué quieres decir?

—Son padres que nada tienen de severos.

—Sin embargo, es verdad: se enojan porque nos vemos muy seguido.

—Tal vez tu padre, tu madre no.

—¿Por qué mi madre no?

—Porque tu madre sabía lo de Balestrieri. Si no se enojó con él, ¿por qué va a enojarse conmigo?

—Ya te he dicho que no sabe nada.

—Si no sabe nada, ¿por qué cambió las palabras de tu padre?

—Pero ¿cuándo?

—¿Acaso crees que no me di cuenta? Tu padre dijo que Balestrieri no le gustaba porque te hacía la corte; tu madre, en cambio, quiso hacerme creer que Balestrieri la cortejaba a ella. ¿No es así?

Dudó por un instante, luego dijo a regañadientes:

—Sí.

—Entonces, si es verdad que tu madre no sabía nada de tu relación con Balestrieri, ¿qué necesidad había de hacerme creer que él la cortejaba a ella?

Respondió sencillamente:

—Porque era cierto.

—¿Cómo que era cierto?

—Yo le dije a Balestrieri que le hiciera la corte a mi mamá. Lo hice para que no se diera cuenta de que estaba enamorado de mí.

—Muy justo, y muy ingenioso. ¿Y tu madre tomó en serio a Balestrieri?

—Desde luego.

—Pero tu padre no lo creyó, ¿o sí?

—No, él no.

—¿Por qué?

—Porque una vez nos vio.

—¿Qué vio?

—Vio que me besaba.

—¿Se lo dijo a tu madre?

—Sí, se lo dijo; pero mi madre no le creyó, porque Balestrieri le hacía la corte a ella, y le dijo a papá que había inventado eso porque estaba celoso.

—¿Y Balestrieri siguió viniendo a tu casa?

—Sí, siguió viniendo; pero luego tuvimos más cuidado. Y tanto que mi papá llegó a creer que había visto mal. Pero siguió odiando a Balestrieri. Se salía en cuanto lo veía llegar.

La mesa estaba ya limpia. Cecilia reacomodaba las sillas. Al acercarse a mí, la tomé por un brazo e hice que se sentara en mis rodillas. Le pregunté:

—¿Nos vamos al estudio?

Dudó un poco, luego me dijo:

—Van a hablarme por teléfono.

—¿Y qué?

—De esa llamada depende que pueda ir o no.

—¿Quién va a telefonearte?

Me miró por un momento, con expresión indefinible, y luego dijo:

—Debe telefonearme un productor cinematográfico para fijar una cita. Si la cita es dentro de poco, hoy no podremos vernos.

Sabía que era un embuste. Me di cuenta por el tono de la voz, exageradamente natural, la misma que se emplea cuando mentimos. Le dije:

—¿Por qué no dices la verdad? Esperas que te hable el actor.

—¿Cuál actor?

—Luciani.

—Lo vi ayer —respondió de manera inesperada, diciendo una mentira para tapan otra—. Ayer fuimos juntos a ver a un productor: ¿acaso crees que nos vemos todos los días?

—¿También ayer fueron a ver a un productor?

—Es el mismo. Luciani me lo presentó. El productor me dijo que no podía recibirme ayer, pero que hoy me hablaría por teléfono.

Noté que todo era admisible, que quizá era cierto, al menos en los detalles, porque Cecilia, cuando se veía obligada a mentir, formaba el edificio de la mentira con los materiales de la verdad. Insistí:

—Di que Luciani es el que te va a hablar. ¿Qué te cuesta admitirlo?

—Nada me cuesta, pero no es verdad.

—Entonces, deja que yo conteste.

—Si eso es lo que quieres, hazlo.

Su mansedumbre me hizo pensar que podía haber un acuerdo entre ella y Luciani, como sucede a menudo entre los amantes: si ella contestaba, él se manifestaría; si contestaba otra persona, diría que era el productor. Dije con amargura:

—No; no necesito ninguna prueba. Sólo querría que comprendieras una cosa, sólo una.

—¿Cuál?

—No quiero que tú me ames, quiero que me digas la verdad. Prefiero que me digas que hoy vas a ver a Luciani, si es que vas a verlo, en lugar de decirme que no lo verás sólo por darme gusto.

Nos miramos. Luego me acarició una mejilla con un gesto casi tierno, y dijo:

—La verdad es que hoy no veré a Luciani. ¿Preferirías que diga tu verdad, o sea que voy a verlo?

De tal modo, sin quererlo, daba a entender que la verdad y la mentira eran para ella la misma cosa, y que, en el fondo, no había ni verdad ni mentira. Sonó el teléfono al fondo del corredor. Cecilia exclamó, levantándose al punto de mis rodillas: “¡El teléfono!”, y salió del comedor. La seguí.

El teléfono estaba al fondo del corredor, sobre una repisa. La vi descolgar el auricular, llevarlo al oído y decir de inmediato: “Buenas tardes”. Me acerqué a ella, con el propósito de oír la conversación, pero me dio la espalda. La conversación continuaba; respondía

con monosílabos o con sus insignificantes palabras de siempre, y estuve seguro de que del otro lado de la línea hablaba el actor, de que ella y él planeaban un encuentro, de que me traicionaba. Pero también me di cuenta de que deseaba mucho a la mujer que me mentía y que, al querer huir de mí, se volvía real; pensé poseerla allí mismo, en el corredor, mientras hablaba con el amante. Estaba muy cerca de ella, como poco antes en el baño; y ella, desde un principio, había movido una y otra vez sus nalgas contra mi vientre; entendí que ella no sólo no se habría opuesto a un amplexo tan incómodo, sino que lo favorecería para resarcirme, con una entrega falsa, de la entrega verdadera de sí misma a aquel que le hablaba por teléfono. Empecé a empujar, lleno de rabia y de deseo, recordando que Balestrieri la había tomado en la cocina, del mismo modo y, seguramente, con el mismo sentimiento. Me aparté con brusquedad; Cecilia se dio cuenta de ello y me lanzó una mirada interrogante; siguió hablando, pero con la mano que tenía libre estrechaba la mía. Dejé que lo hiciera y me apoyé en la pared, detrás de ella, cabizbajo. Cecilia dijo

al fin: “Muy bien, hasta dentro de un rato”. Colgó el auricular y se quedó pensando, sin soltarme la mano.

—Lo siento —agregó luego, volviéndose hacia mí—, pero hoy no puedo ir al estudio. El productor me espera en media hora.

—Está bien; ya me voy.

—Espera, ven conmigo.

Me precedía en el corredor, dirigiéndose a su cuarto. Entramos y cerró bien la puerta.

—¿Quieres que hagamos el amor aquí? Pero debemos hacerlo rápido, no tengo mucho tiempo.

Ante tal propuesta, tan amable y tan cínica, se reavivó mi deseo, que no parecía saciarse, porque yo deseaba no sólo su cuerpo, siempre dispuesto y dócil, sino a ella entera. Sin embargo, le dije:

—No; ni siquiera hablemos de eso. No me gustan las cosas hechas a la carrera.

—No lo hagamos a la carrera. Sólo que después tengo que irme de inmediato.

—No; no soy como Balestrieri. No me interesa hacer el amor en tu casa.

—¿Qué tiene que ver en esto Balestrieri?

—A propósito de Balestrieri: dime una cosa.

—¿Cuál?

—Aquella vez que lo hicieron en la cocina, ¿tuvieron antes una discusión, algún disgusto?

—¿Cómo voy a acordarme? Sucedió hace mucho tiempo.

—Trata de acordarte.

—Uf, creo que hubo alguna discusión. Balestrieri era muy latoso, siempre quería saberlo todo.

—¿Todo?

—Sí, todo: a quién veía, a dónde iba, qué hacía.

—¿Esa vez discutieron por eso?

—Creo que sí.

—¿Y cómo terminó?

—Como siempre.

—¿Cómo?

—Con que yo, en cierto punto, no le respondí nada, y entonces quiso hacer el amor.

Yo exclamé:

—¡Exactamente como yo!

—No; tú eres lo contrario, no quieres hacer el amor. Vamos, anda, hagamos el amor.

Me miraba de modo tentador, como si se sintiera en deuda y quisiera pagarme a toda costa, para que yo dejara de pensar. Me hubiera gustado decirle: “No quiero hacer el amor porque no quiero hacer las mismas cosas que hacía Balestrieri”. Pero le dije, dándole un beso en el cuello:

—Lo haremos mañana, en el estudio, con toda calma.

Meneó negativamente la cabeza, con cierto disgusto; luego fue al ropero, sacó el bolso del paquete y me lo mostró:

—¿Ya viste? —dijo sonriendo—, voy a llevármelo.

Salimos del apartamento. Cecilia bajaba la escalera delante de mí; yo la seguía, pensativo. Me dije que había hecho un esfuerzo casi sobrehumano para no tomarla en el corredor, a pesar de mi furioso deseo; que había evitado, al menos en esa ocasión, hacer lo que había hecho Balestrieri; que esto no era más que un mínimo episodio de una pasión que, en su desarrollo más general, tendía a parecerse a la pasión del viejo pintor. Yo podía, gracias a una mayor conciencia, actuar mejor que

Balestrieri en situaciones particulares; sin embargo, parecía que no podía detenerme en el mismo camino que él había recorrido hasta el fondo. Al llegar al zaguán, le dije:

—Hasta la vista.

Estas palabras la asombraron.

—Pero ¿cómo? ¿No vas a acompañarme?

—¿A dónde?

—Ya te lo dije, a casa del productor.

—Está bien, vamos.

No hablé durante todo el trayecto. En el fondo, lo que me exasperaba no era tanto el hecho de que la acompañara a ver a su amante, sino que se comportara sin malicia ni crueldad, de manera tan distraída, porque le molestaba abordar los autobuses repletos, y yo estaba allí, a la mano, con el coche. Me di cuenta de que sufría más a causa de esta insensibilidad disociada y pueril que de cualquier perversidad complacida.

Al fin detuve el coche frente al portón de la casa cinematográfica; vi a Cecilia mientras desaparecía en la oscuridad del zaguán, con su acostumbrado

balanceo de caderas. Evidentemente, era cierta la cita con el productor; pero podía ser que el actor la estuviera esperando en las oficinas, para ir a casa de él después de hablar con el productor. En ambos casos, me sería fácil saber la verdad entrando al edificio o esperando a que saliera. Pero no quise hacerlo: aún me hallaba en ese punto de los celos en que un sobreviviente sentido de dignidad impide espiar a quien provoca nuestros celos. Sin embargo, estaba consciente de que sólo posponía la vigilancia. La próxima vez, pensé, ya no podría resistir las circunstancias que iban obligándome a espiar a Cecilia.

CAPÍTULO VII

Las cosas que estoy por relatar tal vez den una idea de una crisis de celos muy común; en efecto, si mi conducta de esos días hubiera sido observada por un espectador poco perspicaz, le habría parecido la del celoso perfecto. Pero no era así. El celoso sufre por un excesivo sentido de propiedad, siempre sospecha que otro quiere adueñarse de su mujer, y la obsesión de esta sospecha le inspira imaginaciones extravagantes, que pueden llevarlo a cometer delitos. En cambio, yo sufría de amar a Cecilia (puesto que ya se trataba de amar); y la espiaba a fin de percatarme de que me traicionaba, pero

no para castigarla ni para impedirle que siguiera traicionándose, sino para liberarme del amor que le tenía. El celoso tiende, quiéralo o no, a remachar la propia servidumbre; yo, por el contrario, a zafarme de dicha servidumbre y, para alcanzar este fin, no veía otro medio que el de destruir la autonomía y el misterio de Cecilia, reduciéndola, mediante un conocimiento más exacto de su traición, a algo conocido, común, insignificante.

En primer lugar, pensé en servirme del teléfono. He dicho que Cecilia me telefoneaba todas las mañanas, a eso de las diez. En un principio lo hacía sólo para saludarme. Pero, ahora que sus visitas escaseaban (su promesa de verme todos los días, como en los primeros tiempos, resultó inconsistente), el teléfono se volvió un elemento esencial de nuestras relaciones. De manera oscuramente irregular, el teléfono servía para fijar la hora de nuestras citas. Noté que sus telefonemas ya no eran a las diez de la mañana, sino a las doce. Ella justificó el cambio aduciendo que su teléfono ya era dúplex, y que el otro abonado lo usaba mucho en las mañanas. Pero

yo estaba convencido de que la razón era otra: no me telefoneaba a esa hora porque aún no había hablado con el actor, que, como todos los actores, dormía hasta muy tarde. Y como aún no le hablaba, ignoraba en qué momento podría verme en el estudio.

El nombre del actor no aparecía en el directorio telefónico, pero pude conseguir, en una casa cinematográfica en la que había trabajado, su número. Con él en la mano, pude verificar que tal sospecha era fundada: primero le hablaba a Cecilia, hacia las once y tres cuartos, y oía que el teléfono estaba ocupado; de inmediato marcaba el número del actor, y veía que él también estaba hablando. Esperaba cinco o diez minutos y repetía la operación: ambos teléfonos estaban libres, y colgaba. Un minuto después, con una puntualidad que me llenaba de tristeza, mi teléfono sonaba. Y Cecilia, calmada y precisa como una secretaria, según el caso, decía que nos veríamos a equis hora, o que no le era posible ir al estudio.

El teléfono también me servía para vigilar las entradas y las salidas de Cecilia. Telefoneaba metó-

dicamente (si es posible hablar de método a propósito de los frenéticos ataques de celos) a diversas horas del día: no contestaba nadie o contestaba la madre, que no había ido a la tienda. Entonces platicaba con la madre, a la que le encantaba charlar; y así, mediante las conferencias con ella, acababa enterándome de lo que me urgía saber. Desde luego, las informaciones de la madre provenían casi siempre de Cecilia, que le mentía a ella y a mí, y sólo aquello que le convenía decir; pero yo podía descifrarlas bien, cotejando lo que le decía a la madre con lo que me decía a mí. De tal manera supe que Cecilia, consuetudinaria como todas las personas carentes de imaginación, había justificado en su casa sus relaciones con el actor del mismo modo en que lo había hecho al tratarse de Balestrieri y de mí: decía que frecuentaba al actor porque le había prometido conseguirle un papel en el cine; del mismo modo que, en el pasado, había dicho que nos veía a Balestrieri y a mí porque le dábamos lecciones de dibujo. Pero las lecciones no duran más de una hora o dos; en cambio, las relaciones de trabajo pueden ocupar

todo el día. Descubrí que Cecilia, con el pretexto del cine, veía al actor diariamente, dos y hasta tres veces por día. Algunas veces lo veía en la mañana, sobre todo si había buen tiempo, para pasear por la ciudad y tomar un aperitivo; lo veía en las tardes, probablemente para hacer el amor; y lo veía en las noches, para cenar o ir al cine. A la madre le alarmaba un poco esta sedicente actividad cinematográfica, pero también le halagaba. Tomándome como confidente, ora me preguntaba con ansiedad si no era peligroso el ambiente del cine, notoriamente muy libre, por no decir licencioso, y que pudiera corromper a Cecilia; ora me preguntaba con igual ansiedad si creía que la hija tenía madera para convertirse en una estrella. Hablaba con ingenuidad, pero a mí, al otro lado de la línea, me daba la impresión de que estaba enterada de todo, del actor y de mí, y que se divertía atormentándome con crueldad refinada. Sin embargo, yo sabía muy bien que la crueldad sólo estaba en las circunstancias.

De tal manera, entre las ilusiones de la madre y las mentiras de Cecilia, el teléfono no me ga-

rantizaba nada, ni me proporcionaba las pruebas irrefutables para librarme de mi pequeña amante y del amor que le tenía. Indirecto y abstracto por naturaleza, el teléfono me parecía el símbolo mismo de mi circunstancia: un medio de comunicación que impedía comunicarme; un instrumento de control que no permitía saber nada a ciencia cierta; un aparato mecánico de uso fácil, pero siempre infiel y caprichoso.

Por otra parte, el teléfono parecía hecho adrede para conformar el carácter inasible de Cecilia. Desde luego, el pequeño aparato no era culpable de que ella tardara tanto en hablarme, ni de que me mintiera o desilusionara. Pero, puesto que todo esto sucedía a través del teléfono, llegué a odiar a ese objeto inocente. Ya no podía telefonar sin sentir una gran repugnancia ni podía oír su timbre sin sentir angustia. En el primer caso, temía no encontrarla, cosa que casi siempre ocurría; en el segundo, de oír sus mentiras, que era como si no la hubiera encontrado. Lo peor de todo era que el teléfono confirmaba la inmaterialidad de Cecilia,

porque sustituía la persona física con una de sus partes y, por añadidura, la más abstracta: su voz. Y, aunque dicha voz no mintiera, seguía siendo para mí una cosa ambigua y huidiza, pues eran sólo resonancias. Sobre todo la voz de Cecilia, tan obsesivamente inexpressiva.

Esto me llevó a espiarla directamente; fue el cansancio. Me la pasaba todo el día mirando el teléfono, esperando la hora en que me hablaba o en la que podía hablarle con la esperanza de encontrarla. Además, estaban las llamadas sin respuesta, las que respondía en susurros el padre o las que tomaba la madre —aburridas e irritantes—, que de nada servían para saber lo que hacía Cecilia. Todos estos datos telefónicos, cada vez más complicados y ansiosos, acababan por anular cualquier alivio que pudiera obtener con los telefonemas. Me sucedía lo mismo que a los hambreados, cuyo apetito parece continuar después de haber comido: cuando al fin podía hablar con ella, no dejaba de sentirme ansioso, lleno tan sólo de rabia. El resultado de todo esto era una especie de frenesí sexual, durante el

cual premeditaba la manera de hacer que Cecilia confesara su traición; no obstante, en cuanto aparecía ella en el quicio del estudio, olvidaba mis propósitos de frialdad, la arrojaba sobre el diván y la tomaba, sin siquiera esperar a que se desnudara, sin darle tiempo de respirar, como ella decía con una pizca de complacencia infantil. Era la ilusión masculina de alcanzar la posesión de un solo golpe, sin hablar, únicamente con la relación física, lo que me obligaba a semejante prisa. Pero después de hacer el amor, viendo que Cecilia era más inasible que nunca, me persuadía de mi error pensando que, si deseaba poseerla de veras, no debía gastar mis fuerzas en un acto que de la pertenencia sólo tenía las apariencias.

Un pequeño incidente hizo que me decidiera a espiarla. Me atrevo a relatarlo porque tuvo mucho que ver con mi estado de ánimo en esos días. Una mañana, después de la acostumbrada vigilancia de aquellos dos teléfonos, ocupados al mismo tiempo, Cecilia me llamó, y le pregunté a quemarropa:

—¿Con quién estabas hablando? El teléfono estuvo ocupado unos veinte minutos, por lo menos.

Respondió de inmediato, con perfecta naturalidad:

—Estaba hablando con Gianna.

Gianna era una amiga de Cecilia, de la que, casualmente, conocía el apellido y el domicilio. Me despedí pronto de Cecilia y busqué de inmediato el número de Gianna. Exasperado, pensé que esta vez pondría a Cecilia con la espalda contra el muro. Marqué el número de Gianna, y una voz de mujer, quizá de la madre, me respondió. Le dije:

—Con la señorita Gianna, por favor.

—Salió.

—¿Hace mucho?

—Como una hora. ¿Quién la busca?

Colgué el aparato y marqué de nuevo el número de Cecilia. En cuanto oí su voz, grité:

—¡Me mentiste!

—¿A qué te refieres?

—Hace un minuto me dijiste que habías hablado con ella. Acabo de telefonarle y me dijeron que salió hace una hora.

—Gianna me habló estando en la calle, desde un teléfono público.

Me quedé sin aliento. Mi cansancio ya no me dejaba pensar con orden y lucidez; había querido ponerle una trampa a Cecilia, de la cual era muy fácil salir. Le dije, casi asombrado:

—Perdóname, no lo pensé. Hace tiempo que ya no entiendo nada.

—Así me lo parece.

Este incidente, aunque mínimo, me convenció de que no podía confiar ya en mi mente, cansada y confusa; de que debía espiarla con mis propios ojos. En un principio, me pareció la cosa más fácil del mundo mas, en cuanto quise ponerla en práctica, vi que no era así. Se me ocurrió hablarle a Cecilia desde un teléfono público, el más cercano a su edificio; y, después de asegurarme de que ella estaba en casa, me pararía frente a su portón, para esperar a que saliera, alrededor de las tres. Ciertos indicios me decían que ella iba a la casa del actor a esa hora: la seguiría hasta la entrada de la casa de Luciani, y la detendría cuando saliera de allí. Desde luego,

no podía excluirse que incluso en ese momento ella encontrara el modo de mentirme, o que, cosa muy probable, admitiera sólo una parte de la verdad, precisamente esa parte inocente que nunca falta en una acción culpable. Yo contaba con la sorpresa y la flagrantia para desbaratar su disimulo y obligarla a confesar. Estaba convencido de que, al obtener su confesión, Cecilia quedaría devaluada y de que mi liberación llegaría por sí misma.

Observé que la calle del edificio de Cecilia desembocaba, dos edificios más adelante, en una calle transversal, y que en la esquina había una cafetería. Una de esas tardes, estacioné el coche frente a la cafetería, conseguí unas monedas y marqué el número de Cecilia. Mientras sonaba el teléfono, me di cuenta de que no tenía ningún pretexto para hablarle. Esa mañana nos habíamos hablado, y quedamos en que nos veríamos al día siguiente. ¿Qué podía decirle? Pensé en pedirle que nos viéramos en el estudio ese mismo día, yendo en contra de lo acordado; pero también se me ocurrió que, si ella aceptaba, renunciaría para siempre a espiarla.

El teléfono sonó un rato; al fin oí su voz, neutra e incolora:

—¿Eres tú? Dime.

—Ya lo pensé bien, quiero verte hoy.

—Hoy no puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no.

—¿Hoy también vas a ver al productor?

Guardó silencio, esperando que yo colgara. Yo también esperé, dándole tiempo para que me dijera alguna frase cariñosa, como suelen hacerlo las mujeres cuando se sienten culpables. Pero Cecilia no tenía imaginación y sólo decía lo indispensable. Después de un rato muy largo, dijo:

—Hasta mañana. Chao.

Salí de la cafetería, abordé el coche y fui a pararme dos edificios más adelante, frente al portón de Cecilia. Era la primera vez que espiaba a alguien. Y, como ya lo he dicho, pensaba que era una cosa muy fácil: dejando aparte a quienes lo hacían por razones de su oficio, como agentes de policía o detectives, ¿no lo hacían también las mujerzuelas

a través de las persianas, o los pillos, gandules y vagos de toda clase en los ojos de las cerraduras, y no sólo para pasar el tiempo? Pero en cuanto empecé a hacerlo yo, descubrí un hecho muy simple, que no había previsto: una cosa es espiar por oficio, como los agentes; o por simple curiosidad ociosa, como las mujerzuelas y los tunantes, y otra muy distinta es hacerlo con un fin que nos concierne directamente, y éste era mi caso. Antes de cumplirse diez minutos de espera, me di cuenta de que era preferible quedarme en el estudio para analizar mejor mis sospechas, en lugar de estar sufriendo en la calle. Allí no sólo sospechaba de ella, sino que también se sumaba a mis sospechas la humillación del espionaje. Si al menos hubiese sabido a qué hora iba a salir, podría estar más o menos tranquilo hasta un minuto antes de verla aparecer en la puerta del edificio. Y dado que ignoraba cuándo llegaría ese momento, cada instante de espera resultaba para mí un tormento muy doloroso. La espera, desilusionante a cada segundo, en vez de subdividirse en varios retrasos fácilmente justificables (el acostumbrado retraso que se conce-

de a todas las mujeres, debido al maquillaje, a una llamada telefónica, a una visita, etcétera, etcétera), no hacía más que prolongarse, vacía y tensa, como una sola nota, agudísima, que no dejaba de subir, o como un dolor cada vez más intenso.

Esperé los primeros diez minutos con cierta calma, por estar seguro de que nunca salía antes de las tres. Pasaron esos diez minutos y no vi que Cecilia apareciera; le concedí otros diez. Al ver que éstos habían transcurrido también, decidí esperar otros diez, sin poder imaginar el motivo por el cual tardaba tanto en salir. Estos últimos minutos transcurrieron más lentos que los primeros treinta, en cuanto que ya no estaba dispuesto a seguir esperando, pero con la esperanza de verla aparecer al cuarto o quinto minuto. Pero Cecilia no apareció, y, por quinta vez, me hallé ante un tiempo vacío, que me repugnaba como le puede repugnar a un agorafóbico una plaza muy vasta y desierta. Sin embargo, seguía aguardando con una esperanza casi mística, diciéndome que esta vez tenía que aparecer. Pero no lo hizo, y tuve que

resignarme a esperar otros diez minutos, pensando que esperaría una hora, porque una hora es lo más que se puede esperar a alguien. Pero, naturalmente (digo “naturalmente” porque ya sentía que la aparición de Cecilia iba a ser algo sobrenatural, como un milagro), ella tampoco apareció esta vez, y me dispuse, por séptima ocasión, a esperar otros diez minutos, justificándome con la idea sutil y arbitraria de que, siendo una hora lo máximo que se puede esperar, debía concederle a ella diez minutos más allá de la hora, al menos por gentileza. Al llegar a este punto, me di cuenta de que mi mente ya no hilaba bien, que se rehusaba a acompañarme en mi espera. Sólo estaba conmigo mismo, es decir con mi angustia, que en ese momento era mi único modo de existencia; y las únicas cosas que contaban en ese momento eran el reloj en la mano y el portón ante mis ojos. Miraba el reloj, a intervalos de unos tres minutos, y el portón, el mayor tiempo posible, temeroso de que Cecilia saliera con la rapidez del relámpago y se desvaneciera mientras yo bajaba los ojos para ver el reloj. La impaciencia me hacía

creer que habían pasado los tres minutos, pero sólo había transcurrido uno; y que el esfuerzo empleado en mirar el portón se volvía insoportable, como se vuelve insoportable cualquier tensión muscular muy prolongada. Miraba una y otra vez el reloj, asombrado de ver que los minutos de aquella espera parecían infinitamente más lentos que cualquier otro minuto en toda mi vida. Sentía un inmenso deseo de apartar los ojos de aquel portón, cuyo umbral parecía desierto sólo porque yo lo miraba, como si aquellas piedras, aquellos ladrillos y aquel revoque fueran conscientes de mi espera y, malignamente, me negaran la aparición de Cecilia.

Por lo tanto, esperé diez minutos después de la hora; luego otros diez, porque sabía que a las cuatro y veinte la madre de Cecilia salía para ir a su negocio, que estaba cerca de su casa y siempre lo abría a las cuatro y media. Y Cecilia, algunas veces, salía de casa poco después de la madre. De pronto, a las cuatro y quince, sin reflexionar, encendí el motor, metí la primera y me alejé de allí. Pero no llegué muy lejos, porque me detuve en la cafetería de la

esquina, para telefonar. “Creo que salió”, dijo la madre. “Yo estaba en la cocina, no la he visto. Pudo haber salido hace cinco minutos o hace media hora”. Salí de la cafetería a toda carrera, encendí el motor del coche y me puse a inspeccionar esa calle y las adyacentes, hasta llegar a la parada en que Cecilia abordaba el autobús, pero no la vi. Era evidente que la madre se había equivocado: Cecilia no había salido cinco minutos o media hora antes, sino un minuto o poco más, precisamente cuando fui a hablarle por teléfono; a menos que, al llegar a media escalera, hubiera regresado a su casa por un motivo que yo no podía imaginar. Pero ya no tenía ganas de hacer más llamadas telefónicas. Decidí espiar frente a la casa de Luciani. El actor vivía en Parioli, en la vía Arquímedes, una calle estrecha y tortuosa que rodea la colina entre dos hileras de casas modernas. Días antes había observado la calle, no para espiar, sino sólo para ver el lugar al que Cecilia iba con tanta frecuencia; y me parecía recordar que enfrente de la casa del actor había un bar, desde el cual sería fácil vigilarla. Estacioné el

coche, entré en el bar y vi que tras la vitrina, llena de botellas y de confites, se veía perfectamente el portón de la casa de Luciani.

Me senté a una mesita, pedí un café y me puse a espiar, cosa que ya odiaba con toda el alma. El portón de Luciani, enmarcado en mármol negro, sobresalía en la fachada blanca, como un anuncio de funeraria en una página de periódico. Sólo que una botella, expuesta en la vitrina, ocultaba una buena parte del portón, y podía ser que Cecilia, aprovechando esa parte que ocultaba la botella, pudiera escabullirse sin que yo me diera cuenta. Recorrí un poco la silla, pero ya no vi nada del portón, porque una caja de bizcochos ingleses lo tapaba por entero. Me pregunté si podría extender la mano para recorrer la botella: no podía hacerlo sin despertar alguna sospecha del dueño. Al fin decidí deshacerme de aquel estorbo, comprándolo. Era posible que el dueño tuviese otra botella en la bodega y no me diera la que estaba en la vitrina, pero no había otro medio de lograr lo que deseaba. Le dije al dueño:

—Quiero esa botella.

Me atendió al punto. Era un hombre joven, de aspecto brutal, flaco y muy pálido, con un detalle notorio: un labio leporino mal disimulado por el bigote. Me preguntó, con voz ronca y confidencial:

—¿La botella de whisky canadiense?

—Sí, ésa.

Cogió con cuidado la botella que estaba en la vitrina y, cuando hizo un gesto como para sustituirla con otra que estaba al lado, le dije al punto, de modo imperativo:

—Enséñemela.

Me la mostró, con cara de sorpresa, y fingí examinarla largamente, con la esperanza de que olvidara el sitio vacío en la vitrina. Por fortuna, en ese momento entró un cliente; el dueño me dejó para ir a atender tras la barra. Poco después me llevó el café, pero no repuso la botella en la vitrina. Respiré, aliviado, y me puse a observar el portón ahora visible.

Calculé que Cecilia había tomado el autobús porque no le sobraba el dinero y nunca se apresu-

raba a llegar puntualmente a las citas y, por otra parte, de su casa a Parioli se hacían unos veinte minutos. Desde luego, todo esto en caso de que ella hubiese salido un minuto antes de mi telefonema y de que fuera a casa de Luciani. Decidí, al menos provisionalmente, que estas dos suposiciones eran exactas, y no aparté un solo instante los ojos del portón durante veinte minutos. Después de transcurridos éstos, esperé con paciencia otros diez ante el siguiente dilema: Cecilia había llegado antes que yo, en taxi (cosa que no era improbable, dado que tuve que detenerme en tres semáforos), o no llegaba todavía. ¿Qué debía hacer? ¿Esperar a que saliera o irme? Tan seguro estaba de que ese día iba a ver a Luciani que decidí esperar. Pensé que, si Cecilia había llegado cinco minutos antes que yo, me quedaban treinta y cinco minutos menos de espera.

Pero, como negándome aun este humilde consuelo, apareció ante mis ojos una figura de hombre con un abrigo verde. Me pareció ver algo ya conocido en su espalda y, cuando se movió para cruzar la

calle, lo reconocí definitivamente por sus hombros anchos y, sobre todo, por los cabellos de un rubio falso, demasiado claro: era el actor. Lo vi entrar y desaparecer en el portón.

Ahora la espera empezaba en realidad. Cecilia había llegado antes que Luciani y lo esperaba en el apartamento o todavía no llegaba; pero yo, para saberlo a ciencia cierta, aún debía esperar quién sabe cuánto tiempo. Mis treinta minutos de espionaje transcurrieron en vano.

Me percaté de que, si la espera frente al edificio de Cecilia había sido dolorosa, la de estar frente a la casa de Luciani era cien veces peor. En efecto: al aguardar por Cecilia afuera de su casa yo esperaba a que terminara de comer, de vestirse o de charlar con la madre acerca de cosas inocentes; pero al esperarla fuera de la casa de Luciani yo también estaba esperando a que terminara de hacer el amor. Una hora antes había sufrido una espera informe y vacía, que mi imaginación no logró llenar; pero, ahora que estaba seguro del motivo por el cual ella estaba en casa de Luciani, sufría una espera que

tenía la forma y el ritmo del amplexo sexual. Ahora, cada vez que miraba el reloj, podía calcular lo que estaba sucediendo en el apartamento del actor: “En este momento Cecilia se quita el suéter, pasándolo por su cabeza. En este momento se acerca a la cama y se acuesta, desnuda. En este momento tiene el primer orgasmo y, después de dos o tres contracciones violentas del vientre, echa hacia atrás la cabeza y se abandona, exhausta”. Desde luego, estas imaginaciones renovaban en mí la sensación de no poseer, de no haber poseído nunca a Cecilia, dado que hasta entonces me había ilusionado con poseer sólo su cuerpo, ese cuerpo que ahora estaba entre los brazos de Luciani.

Por otra parte, la sensación de la inasibilidad de Cecilia surgía también del hecho de no estar realmente seguro de que ella estuviera allí. Después de todo, podía ser que ese día, por equis motivo, no se hubieran visto. En tal caso, mis imaginaciones eran las del celoso vulgar que, ante el más pequeño de los indicios, construye todo un castillo de hipótesis. Sin embargo, esto no quería decir que Cecilia no

me traicionara; sólo quería decir que ese día no me traicionaba.

Pensé en telefonarle a Luciani; podía ser que, por algún ruido, me diera cuenta de la presencia de ella. Por fortuna, el teléfono del bar se hallaba cerca de la puerta; de modo que podría hacerlo sin dejar de ver el portón. Marqué el número y, al oír la voz de Luciani, introduje la moneda. Mi cálculo no andaba muy errado: mientras el actor repetía “¿Bueno, bueno?”, pude oír con claridad las notas de unailable, lo cual deprimió mi corazón, porque a Cecilia le gustaba hacer el amor acompañada de música. Y el actor, después de repetir por tercera vez “¿Bueno?”, sólo dijo: “¡Tarado!”, y colgó. Si el sonido de la música habíame sugerido la amplitud, la disposición y el aspecto de la estancia, en la injuria dicha, ocasionada por la irritación, pude advertir no sólo la vanidad masculina, sino también la escena: él, desnudo, junto a la mesita del teléfono, luciendo su pecho fuerte y sus hombros anchos, llenos de pelos; con el vientre musculoso y su sexo aún en estado de erección; con la espalda

y las piernas atléticas, redundantes; ella, desnuda, lánguidamente tendida en la cama, contemplando los miembros del amante. Colgué el aparato y fui a sentarme detrás de la vitrina.

Esperé otros veinte minutos, tras los cuales tuve otra prueba de la presencia de Cecilia en casa de Luciani. Sonó el teléfono del bar, lo descolgó el dueño y, luego de escuchar con atención, dijo, con imbécil tono marcial: “Siempre a sus órdenes, señor Luciani”. Poco después, vi al mesero del bar, un mocetón de cara colorada, que salía llevando una bandeja, en la cual alcancé a ver una botella de cerveza, unos emparedados envueltos en servilletas y un gran vaso lleno de jugo de naranja. Recordé que a Cecilia le gustaba apagar la sed con tres o cuatro naranjas exprimidas. Seguí con la mirada al mesero, que entró en el edificio para salir, un minuto después, con la bandeja vacía. El dueño del bar le preguntó al muchacho, en tono sardónico: “¿Qué tienes? ¿Qué viste? Te veo medio asustado. Ya te lo he dicho mil veces: lo que veas en las casas no te concierne. ¡Enjuaga esos vasos!”. Y yo,

de repente, como impulsado por un resorte muy poderoso, con el mismo impulso muscular que me había hecho abandonar la vigilancia frente a la casa de Cecilia, dejé dinero en la mesa, cogí mi botella de whisky y salí del bar. Estaba consciente de que, al irme, después de esperar tanto tiempo, echaba por la borda todos los esfuerzos y los sufrimientos de esa tarde; pero al menos estaba seguro de que esa jornada no esperaba más. Poco después, me puse a pensar en que, tal vez, sólo quería retrasar el momento en que, ya totalmente seguro de la traición de Cecilia, pudiera sentir que la poseía en cuanto que podía juzgarla y, en consecuencia, me liberaba de ella por no amarla ya. Comoquiera que fuese, posponía la prueba de su deslealtad, y con ella la devaluación de Cecilia, su reducción de criatura misteriosa a pequeña e insignificante adúltera.

He querido describir con todo detalle el primer día que espí a Cecilia porque los siguientes fueron idénticos, y es mejor pasarlos por alto. La única diferencia fue que en el primer día yo aún era capaz de actuar con cierto método; en los siguientes hice

las cosas al azar, de manera cada vez más estúpida. Para espiar de manera eficiente, debí tener el frío desapego técnico del policía, o sólo la curiosidad del indiscreto. En cambio, yo la espiaba con el ánimo angustiado del amante, y poco importaba que yo fuera un amante que no pretendía conservar a la mujer, sino librarme de ella.

¡Cuántas horas pasé sentado en mi coche, frente al edificio de Cecilia! ¡Cuántas horas en el bar, sentado ante aquella vitrina! Para dar una idea de la torpeza de mis celos, sólo diré que, después de una semana de constantes desplazamientos, descubrí por casualidad que el edificio de Cecilia tenía dos salidas: una, en la calle donde solía espiarla; la otra, en una calle paralela, más importante, donde pasaban los autobuses y era más fácil tomar un taxi. Naturalmente, ella salía por esta última, por ser más conveniente. Dicho descubrimiento me pareció significativo. Tan atontado estaba que tardé una semana para darme cuenta de algo que cualquier otro habría pensado desde un principio: al ver el segundo portón del edificio de Cecilia,

creí que mi vigilancia, reducida ahora a la casa del actor, sería mucho más fácil. Pero me equivoqué de nuevo. Parecía que, entre todos los minutos del día, yo siempre acababa por escoger aquellos que no figuraban en el reloj pulsera de Cecilia. El tiempo de Cecilia y su amante no era el mío. El de ellos era el del amor tranquilo, regular y seguro; el mío era el rabioso y desigual de los celos. Con toda probabilidad, podía ser que yo llegara al bar cuando ella se encontraba ya en casa del actor, y de que me fuera cuando ella seguía estando allí. Lo cierto es que no lograba superar la repugnancia que me provocaba el espionaje, tan desilusionante y envilecedor. Esta repugnancia me ponía indolente cuando debía ir al bar, e impaciente cuando mi espera se acercaba al fin.

Nunca, durante todo el tiempo de espiarla, la vi entrar o salir de la casa de Luciani. Me parecía algo increíble, algo que tenía trazas de sobrenatural. Hasta llegué a pensar que Cecilia ya era invisible. Y lo era, al menos para mí; con la invisibilidad propia de las cosas que, aun siendo

evidentes para los sentidos, siempre escapan a la mente. La cualidad inasible de Cecilia quedaba confirmada, además de mi fallida vigilancia, por la inutilidad de mis pesquisas acerca de su relación con Luciani. Aun sabiendo que no podía atacarla de frente —porque pronto me desarmaría con sus embustes y se volvería aún más inasible—, algunas veces intentaba hacerla hablar acerca del actor, genéricamente, para ver si a través de sus respuestas dejaba traslucir un sentimiento que fuera más allá de la amistad. Pongo un ejemplo de esos interrogatorios:

—¿Ahora ves a Luciani con mucha frecuencia?

—Sí, lo veo algunas veces.

—Ahora lo conoces mejor.

—Bueno, sí, lo conozco un poco.

—Entonces dime qué piensas de él.

—¿Qué pienso de él?

—Sí, qué piensas de él. ¿Cómo lo juzgas?

—No lo juzgo. ¿Por qué voy a juzgarlo?

—No; quiero decir ¿qué idea tienes de él?, ¿qué te parece?

—Es simpático.

—¿Nada más?

—¿Qué quieres decir con nada más?

—¿Solamente simpático?

—Sí, me parece simpático, solamente simpático.

—¿Y sales con él porque es simpático, solamente simpático?

—Sí.

—Yo soy simpático, tú eres simpática, tu padre es simpático... es como decir casi nada.

—¿Y qué más hay que decir?

—Defectos, cualidades, malo, bueno, inteligente, estúpido, avaro, generoso u otras cosas por el estilo.

Esta vez respondió a mi pregunta con un silencio que nada tenía de hostil ni de ofendido; pensé que era el silencio de un animal. Insistí:

—¿No quieres hablar de eso?

—No; no tengo nada que decir. Tú quieres saber cómo es él, y no puedo decirte nada porque nunca lo he pensado, porque no lo sé. Sólo sé que con él me siento a gusto.

—Me han dicho que es un pésimo actor.

—Puede serlo, no entiendo de esas cosas.

—¿De dónde es Luciani?

—No lo sé.

—¿Qué edad tiene?

—Nunca le he preguntado.

—¿Es más viejo o más joven que yo?

—Tal vez más joven.

—Desde luego, unos diez años menos que yo, por lo menos. Dime: ¿tiene padre, madre, hermanos, hermanas, en fin, una familia?

—No hemos hablado de eso.

—¿De qué hablan cuando están juntos?

—De muchas cosas.

—¿De cuáles, por ejemplo?

—¿Cómo voy a recordarlas? Hablamos, eso es todo.

—Yo me acuerdo muy bien de todas nuestras conversaciones.

—En cambio, yo no recuerdo nada.

—En fin, si tuvieras que describir a Luciani, si no pudieras evitarlo, ¿cómo lo describirías?

Dudó un poco, luego respondió sencillamente:

—Como nadie puede obligarme a hacerlo, no tengo por qué describirlo.

—Entonces, lo haré yo: es alto, atlético, de hombros anchos, ojos negros y cabello rubio, con manos y pies pequeños, expresión de fatuo.

—¿Qué quiere decir fatuo?

—Quiere decir vanidoso.

Calló por un momento, luego observó:

—Es cierto que tiene las manos y los pies pequeños. Ahora lo recuerdo porque me lo dices.

—De no habértelo dicho, ¿no lo recordarías?

—Yo no miro a las personas como lo haces tú, con tantos detalles. Sólo veo si son simpáticas o no, y con eso me basta.

Al llegar a este punto, me pregunté qué pensaba Cecilia de mí. Estuve a punto de preguntarle: “¿Qué piensas de mí?”, pero no lo hice, temeroso de que me respondiera que no pensaba en nada. Sin embargo, días después, le pregunté:

—¿Qué piensas de mí?

Respondió de manera inesperada:

—Oh, tantas cosas.

Sintiéndome muy animado, insistí:

—¿De veras? ¿Cuáles?

—No sabría decirlo, muchas.

—Al menos dime una.

Pareció reflexionar, con escrúpulo; luego dijo:

—Tal vez no recuerdo ninguna porque quieres saberlo en este mismo momento.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que en este momento me parece que no pienso en nada.

—¿En nada, absolutamente en nada?

—En nada.

—Pero si hace poco me decías que pensabas en muchas cosas.

—Sí, lo dije, pero creo que estaba equivocada.

—¿No te da pena no pensar nada, absolutamente nada, acerca del hombre con el que haces el amor?

De tal manera, Cecilia era no sólo inaferrable: también convertía en inasequible todo aquello que le concernía, como ciertos personajes de las

fábulas, que son invisibles y vuelven invisibles todas las cosas que tocan.

No obstante, la poseía, mejor dicho la tomaba, dos o tres veces por semana. Cualquier otro, ante la creciente insuficiencia de la relación física, habría buscado la explicación de esta sed que aumentaba en la misma medida en que era satisfecha. Pero yo estaba ya en un camino fatal y errado; me encarnizaba en buscar en la relación física, a sabiendas de que era ilusoria, la posesión real que tanto necesitaba. Al arrojarme al cuerpo complaciente de Cecilia, durante aquellas dos horas de su presencia falsa, parecía desquitarme de su ausencia de otros días; tal vez buscaba en su docilidad inalterable un motivo de tedio y, por lo tanto, de liberación. Pero el cuerpo de Cecilia no era Cecilia y lo que ella era no lograba saberlo. En cuanto a su docilidad, ya no me inspiraba ningún tedio, sino sólo una desconfianza profunda, como si fuera una trampa de la naturaleza en la que había metido la pata y de la cual no lograba escapar.

Sea como fuere, no recuerdo haberla amado tanto como en esos días en que la espiaba, sospechando

de su traición. Me lanzaba a ella como un enemigo que quería despedazarla, un querido enemigo que, ambiguamente, me incitaba a hacerlo, que casi nunca quedaba satisfecho con un solo amplexo. La sensación de no poseerla realmente me asaltaba con mayor violencia en los momentos en que, ya vestida, se despedía de mí y se encaminaba a la puerta, como si su partida me revelara, de repente, de manera enteramente física, su inmutable capacidad de sustraerse a mí, de rehuirme. Entonces iba tras ella, la agarraba de los cabellos y la aventaba contra el diván, sin hacer caso de sus protestas —nunca demasiado enérgicas—, y la tomaba otra vez, así como estaba, vestida, con los zapatos puestos y el bolso al brazo, siempre con la ilusoria idea de cancelar su autonomía. Naturalmente, en cuanto terminaba la cópula, me daba cuenta de que seguía sin poseerla. Pero ya era demasiado tarde: Cecilia se marchaba y al día siguiente todo recomenzaría: la vigilancia inútil, la posesión imposible, la desilusión final.

Luego de más de un mes de vano espionaje y de un fútil frenesí sexual, pude entender lo que

debí adivinar desde el primer día: la vigilancia no es cosa que pueda hacer alguien directamente interesado en la conclusión de la vigilancia y que, si en verdad deseaba llegar a algo, debía solicitar el servicio de quien lo hiciera por deber profesional, o sea una agencia de investigaciones privadas. Y fue la misma Cecilia quien me dio la idea. Mientras yo la vigilaba, nunca dejaba de pensar en Balestrieri. El viejo pintor, del cual me ocupé muy poco mientras estaba vivo, ahora era para mí un objeto de atracción horrorosa e incomprensible. En realidad, pensaba algunas veces, Balestrieri se había vuelto para mí lo que un espejo es para un enfermo: un testimonio irrefragable de los progresos de la enfermedad. Sospeché que estaba haciendo algunas cosas que él había hecho. Y, en aquellos días en que la espiaba, tuve la tentación de preguntarle a Cecilia si también el viejo pintor había sido víctima de la misma debilidad. Ambos estábamos en el coche, dirigiéndonos a su casa. Al llegar a la calle en la que tantas veces había esperado verla en el portón, paré el coche y le pregunté a quemarropa:

—¿Balestrieri te espiaba?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te seguía, te esperaba, te espiaba?

—Sí.

—No me lo habías dicho.

—Porque no me lo preguntaste.

—¿De qué modo te vigilaba?

—Se paraba en el patio y esperaba a que saliera.

De modo que, pensé, Balestrieri era más inteligente que yo, y descubrió la doble salida. Le pregunté:

—¿Y luego?

—Luego me seguía.

—¿Lo hacía con frecuencia?

—Durante algún tiempo, todos los días.

—¿A qué hora llegaba al patio?

—Dependiendo. En ciertas ocasiones, cuando sabía que iba a salir temprano, llegaba a las ocho.

—¿Y cómo lo sabías?

—Lo veía desde la ventana de mi cuarto.

—¿Qué hacía en el patio?

—Paseaba, fingía leer el periódico o se ponía a dibujar en un cuaderno.

—Pero ¿cómo le hacía para que no lo vieras cuando salías?

—Se escondía tras el portón o detrás de un árbol.

—¿Y luego?

—Luego me seguía.

Me quedé callado: me pareció ver al viejo pintor, chaparro y robusto, de hombros anchos y pies grandes, de cara colorada y cabellos plateados, que, alzando el cuello del impermeable y bajando el ala del sombrero, perseguía a la muchachita de dieciséis años, a lo largo del patio y de las calles. Y experimenté, de rebote, la intensa sensación de vergüenza al pensar que, en esos días, yo hacía exactamente lo mismo. Insistí:

—¿Te dabas cuenta de que te seguía?

—A veces sí, a veces no.

—¿Qué hacías cuando te dabas cuenta?

—Nada: seguía mi camino, como si nada pasara. Una vez me volteé a verlo, fui a su encuentro y nos metimos en un café.

—¿Qué te dijo en el café?

—Nada. Se puso a llorar.

Callé durante un buen rato. Y Cecilia, que detestaba los interrogatorios, se dispuso a bajar del coche. Pero la detuve:

—Espera. ¿Lo traicionabas en el tiempo que él te espiaba?

Respondió, casi divertida por la coincidencia:

—No, para nada. Tuve a alguien más unos meses después.

—¿Te vigilaba sin motivo, injustamente?

—Sí.

—Y cuando tuviste a otro, como tú dices, ¿dejó de seguirte?

—No, porque no estaba seguro de que no lo traicionaba.

—¿De qué modo?

—Hizo que me siguieran.

—¿Quién te seguía?

Respondió, pero como dudosa:

—Alguien de una de esas agencias de investigaciones, un agente. Pero le dijeron que yo no tenía a nadie más.

—Pero ¿cómo te enteraste de que te seguía un detective?

—Me lo dijo él. Me obligó a leer un informe de muchas páginas, que le costó un dineral.

—¿Estaba contento?

—Feliz.

Después de callar por un momento, le pregunté:

—¿Lo traicionaste después de que la agencia le demostró que no lo traicionabas?

—Sí, un mes después; pero no lo hice adrede: sucedió.

—¿Él lo supo?

Dudó un poco, luego dijo:

—Creo que lo sospechaba, pero nunca estuvo realmente seguro.

—¿Por qué?

—Me vio dos o tres veces con el mismo muchacho, y volvió a seguirme por su cuenta, sin la agencia. Pero menos que antes, porque eso lo cansaba mucho. Luego murió.

—¿Por qué no lo hizo mediante la agencia?

Reflexionó; luego dijo:

—De haberlo hecho así, se habría dado cuenta de todo. Pero ya no confiaba en la agencia. Me dijo que yo lo había traicionado siempre y que la agencia no había sabido descubrir la verdad.

Después de esta conversación, pensé más seguido en recurrir a la agencia, al igual que Balestrieri. Y me sucedió algo extraño: en un principio, evitaba hacer ciertas cosas porque Balestrieri las había hecho; ahora, en cambio, me sentía inclinado a recurrir a la agencia precisamente porque Balestrieri lo había hecho. Era como si ya me encontrara en la misma cuesta en que Balestrieri se había desbarrancado; como si me hubiese decidido a hacer apuesta todo lo que él había hecho a regañadientes y en un grado de inconciencia rayano en la manía, sólo que yo, en cambio, quería hacerlo de manera deliberada y consciente.

Uno de esos días acudí a la Agencia Halcón, situada en un sombrío edificio de la vía Nazionale, muy solemne por fuera, adornado y lleno de columnas, de estatuas y placas en latín, muy escuálido y oscuro por dentro. Subí al cuarto piso en un elevador destartalado y maloliente, recorrí un pasillo

tenebroso hasta llegar a la claridad de una puerta de vidrios opacos, en la que destacaba el nombre de la agencia y la representación de un pájaro pequeño, simbólico, parecido a un halcón. La puerta vidriera se abrió tintineando; entré a una antesala casi vacía, con unas cuantas sillas de mimbre. Dos hombres salían en ese momento de la oficina, ajustándose los cinturones de los impermeables y poniéndose el sombrero. Por el modo de vestir, supuse que serían dos detectives, a los cuales se les confiaría la vigilancia de Cecilia. La puerta había quedado abierta; me asomé: al fondo de un cuarto muy grande, detrás de un escritorio, leyendo un periódico, hallábase un hombre moreno y calvo, flaco, con sienes aplastadas, nariz grande y mejillas demacradas. Pregunté por el director. Me respondió con autoridad presurosa, como si quisiera calmarme:

—Yo soy el director. Le ruego que se siente.

Entré; él se puso de pie y me tendió la mano.

—Soy el mayor Mosconi.

Me senté, me puse a observar por un momento su cara enteca, el raído traje negro, la corbata retor-

cida y las viejas manchas de tinta en la superficie del escritorio. Me pregunté qué tenía que ver todo aquello con Cecilia y conmigo, y me respondí: nada. Sin embargo, dije:

—Deseo que vigilen a una persona.

El mayor respondió con voz rápida y avispada:

—Estamos aquí para eso. ¿Se trata de un hombre o de una mujer?

—De una mujer.

—¿Es su esposa?

—No; no soy casado. Se trata de una persona a la cual le tengo un particular afecto.

—¿Una investigación prematrimonial?

—Podemos llamarla así.

El mayor hizo un gesto para indicar que no insistiría, que no era necesario decir algo más. Luego preguntó:

—¿Por qué motivo desea que vigilemos a esta persona?

Me le quedé viendo. Ese hombre, que era el director de una agencia llamada Halcón, tenía una cara que contradecía por completo ese nombre

avizor. Sus ojos hundidos, pequeños y apagados, nada tenían que ver con los de un halcón, sino con los de un pinzón ciego. Dije, casi complacido:

—Tengo fundados motivos para creer que esta persona me traiciona.

Era evidente que el mayor no deseaba llegar pronto al meollo de la cuestión, que era muy simple, más por afirmar el decoro de la oficina que por no haber entendido de qué se trataba. Preguntó:

—¿Esta persona es casada?

—No; soltera.

—¿Usted es casado?

—Ya le dije que no.

—Perdone usted, se me olvidó. De modo que usted tiene la impresión de que esta señorita... se trata de una señorita, ¿no?

Respondí de inmediato, con impaciencia:

—Evidentemente.

—Perdone, no me expliqué bien. Quería saber si se trata de una señorita de buena familia, o de una mujer que vive por su cuenta y lleva una vida independiente.

—De una señorita de buena familia.

Lo confirmó, empleando un tono misterioso:

—Habría podido jurarlo.

—¿Por qué habría podido jurarlo?

—Porque son las más problemáticas. Muchachas muy jóvenes, de dieciocho, veinte años. ¿Conque usted tiene la impresión de que lo traiciona?

—Sí.

—El motivo de siempre. Perdone usted, pero noventa por ciento de quienes se presentan aquí dicen la misma cosa. Por desgracia, en setenta por ciento de los casos las sospechas resultan fundadas.

—Si las sospechas son fundadas, ¿por qué vienen a su agencia?

—Para tener la certeza matemática.

—¿Ustedes pueden darme esa certeza?

El mayor meneó la cabeza, compasivo:

—Mire, usted quizá piense que cualquiera puede llevar a cabo ciertas investigaciones, pero no es así. Entre las indagaciones de un investigador improvisado y las nuestras hay la misma diferencia que entre los análisis de un diletante carente de medios

y de seriedad y los de un laboratorio científico. Si usted quisiera saber algo más acerca de cierta enfermedad, ¿le encargaría los análisis a cualquier charlatán o a un laboratorio científico, acreditado, reconocido, serio, avalado por la ley? Elegiría el laboratorio, desde luego. La Agencia Halcón es el laboratorio serio, acreditado y reconocido por la ley —y me mostró un diploma que estaba colgado en una pared—, y que es capaz de procurarle, de manera científica, la certeza que usted anda buscando.

—En otras palabras —pregunté para ganar tiempo—, ¿ustedes pueden descubrir la verdad?

—Siempre. Sólo en muy raros casos no lo conseguimos. Nuestros agentes son muy confiables, todos ellos excarabineros y exagentes de seguridad pública; y es prácticamente imposible que no resuelvan un caso.

—¿Cuánto dura la vigilancia?

El mayor puso una cara muy oficial: colocó en su lugar un lápiz, que ya estaba en su lugar; se llevó la mano a la barbilla y me miró con sus pequeños ojos negros y apagados:

—Podría decirle que dos o tres semanas; podría decirle que un poco más, pero no quiero robarle su dinero: en una semana lo sabremos todo. Cuando una mujer ama a un hombre, no lo ve una vez a la semana. Lo ve todos los días, incluso varias veces al día. Ahora bien, si demostramos que la vigilada ve todos los días a un hombre, incluso varias veces al día, el cliente tendrá todas las pruebas que necesita. Si el cliente no queda convencido, podemos hacer indagaciones suplementarias para llegar más a fondo.

—¿Qué quiere decir con llegar más a fondo?

—Perdone, pero son cosas que no pueden decirse por adelantado. Es preciso conocer el caso. Pero esté tranquilo, con una semana bastará. El suyo, no se ofenda, es un caso muy común.

—¿Por qué común?

—Es muy sencillo. Usted no puede imaginar las complicaciones a las que nos enfrentamos algunas veces. Como le dije, una semana será suficiente.

—Está bien —dije, y callé por un momento. Pensaba que el mayor estaba convencido de que, gracias a sus investigaciones científicas, daría con

la verdad; pero también pensaba que la verdad del mayor no era la mía. Al fin le pregunté:— ¿Cuáles son las condiciones de pago?

—Diez mil liras al día. Y un suplemento si la persona que hay que vigilar anda en coche, porque, en este caso, los agentes tendrán que andar también en coche.

Le dije, meditabundo:

—No tiene coche, anda a pie.

—Entonces, diez mil liras al día.

—¿Cuándo pueden comenzar?

—Mañana mismo. Usted me da los datos, yo los estudio y mañana muy temprano empieza la vigilancia.

Me levanté.

—Empezaremos la siguiente semana, porque esa persona está fuera de Roma.

—Como usted lo ordene —dijo el mayor, poniéndose también de pie—. Si usted tiene alguna duda a causa del precio, infórmese y verá que las demás agencias no van a cobrarle menos.

Le contesté que no era cuestión de dinero y que volvería en una semana, y me fui.

Regresé mecánicamente al estudio y me dispuse a esperar a Cecilia, porque ése era uno de los dos o tres días de la semana en que nos veíamos. En esos últimos días me aquejaba el insomnio, debido a la angustia que me inspiraban mis relaciones con ella. Me dormía de inmediato pero, después de una hora de estar durmiendo, despertaba sobresaltado, como si alguien me estuviera zarandeando. Y entonces, invariablemente, comenzaba a pensar en ella, y no reconciliaba el sueño hasta la madrugada; aún dormía un poco, pero luego volvía a despertarme. Durante el día me quedaba dormido de pronto, en cualquier lugar, vencido por el cansancio, con un sueño pesado, que podía durar dos o tres horas. Tal escenario me pasó ese mismo día. En el estudio había una luz lenitiva, amarilla y cálida. Me recosté en el diván y me puse a mirar la tela blanca colocada en el caballete. Pensé que la tela estaba vacía porque no lograba ser dueño de ninguna realidad, de la misma manera en que mi mente estaba vacía en lo tocante a Cecilia, que yo no podía poseer. Y la relación física, que me daba

la ilusión de poseerla, equivalía a la pintura pornográfica de Balestrieri, que no era una verdadera posesión, del mismo modo que aquella no era una verdadera pintura. Tanto con Cecilia como con el arte, oscilaba entre el tedio y la manía sexual, entre la mala pintura y la pintura inexistente. Y ahora había recurrido a la Agencia Halcón para despejar mis dudas acerca de Cecilia; pero era como si, para pintar, hubiese leído un tratado científico sobre la naturaleza y la composición de la materia. Pensaba que la tela estaba vacía porque Cecilia era huidiza; que mi mente estaba vacía porque la realidad era huidiza. Realidad y Cecilia eran dos palabras que resonaban en mi cabeza cada vez con menos fuerza; evocaban dos operaciones diferentes, pero ligadas por un vínculo indudable. Me parecía que el vínculo era el afán de poseer y que las dos operaciones naufragaban en la imposibilidad de la posesión. Pensando en estas dos cosas, me dormí.

Pero desperté de pronto. El estudio estaba casi a oscuras y, en cuanto encendí la lámpara, pensé que había dormido casi una hora: eran las cinco y

media, y yo había vuelto de la agencia alrededor de las cuatro y media. Ese sueño breve, pero profundo, me había reposado: me sentía insólitamente lúcido y, como cuando me aprestaba a pintar en otro tiempo, lleno de consciente y exacta energía creativa. Alcé los ojos hacia la tela y, casi sin quererlo, pensé que era una lástima haber dejado de pintar: era el estado de ánimo necesario para hacerlo. Pero en ese mismo instante, casi de manera automática, me levanté del diván y me precipité fuera del estudio. Estaba seguro de que Cecilia se hallaba en la casa del actor, y deseaba sorprenderla en el momento en que saliera de allí para venir a verme.

Hasta entonces había vigilado a Cecilia todos los días, salvo aquellos en que nos encontrábamos, pensando, quién sabe por qué motivo, que ella no hacía el amor conmigo y con Luciani en una misma tarde. Cecilia me había dicho por teléfono esa mañana que no podía verme antes de la seis, y comprendí por qué la cita era para esa hora: quería ver antes a Luciani. En anteriores ocasiones, yo no sabía a qué hora iba a verlo ni a qué hora lo dejaba;

pero esta vez, al menos, podía calcular la hora en que lo dejaría. Me asombré de no haber pensado antes en esa cosa tan sencilla y tan acorde a la psicología inocentemente cruel de Cecilia. Para ella era muy natural pasar de los brazos del actor a los míos en sólo una media hora; de entregarse a mí con el mismo abandono con el cual se entregara a él; de mezclar en el mismo vientre, con bestial avidez, el semen de los dos. ¿Por qué no lo había pensado antes?

En quince minutos llegué a la casa del actor, y encontré un lugar libre para el coche, casi enfrente de su portón. No valía la pena esperarla en el bar porque, según mis cálculos, ella saldría dentro de cinco minutos cuando mucho. Encendí un cigarrillo, sin despegar la mirada de las persianas encendidas en la planta baja. Eran las de Luciani, y era probable que en ese momento Cecilia estuviera vistiéndose deprisa, diciéndole al actor la misma mentira que me decía a mí: “Tengo que irme, mi mamá me espera”. Yo era presa de una sensación de náusea, parecida a la que me provocaba la

superficie blanca de la tela cada vez que deseaba pintar: de aquel portón enmarcado en mármol negro pronto brotaría algo que yo deseaba ignorar y conocer al mismo tiempo, algo que yo anhelaba y me asqueaba al mismo tiempo: Cecilia, que era la realidad. Sabía que lo mejor era permanecer en el coche hasta verla aparecer en el umbral, pese a las ganas que tenía de largarme de allí. A la luz de este contradictorio y doble sentimiento, entendí una vez más que lo que me había hecho abandonar mi vigilancia en los pasados días no era una rebelión de la dignidad, sino la repugnancia que me provocaba verla como realmente era, la repugnancia que me provocaba la realidad.

A los cinco minutos, como lo previera, aparecieron juntos en el umbral. Salían cogidos de la mano y, me pareció, un poco atolondrados. Observé que Cecilia le estrechaba la mano de un modo particular, entrelazando sus dedos a los de él, como repitiendo el reciente entrelazamiento de los cuerpos. Sin soltarse de la mano, caminaron cuesta abajo.

Todo es previsible, menos lo que puede inspirarnos lo que prevemos. Podemos prever que una serpiente salga debajo de una piedra; pero es difícil saber la intensidad del miedo que tendremos al ver el reptil. Yo había imaginado mil veces la salida de Cecilia de la casa del actor, sola o en compañía de él; pero no había previsto los sentimientos que experimentaría al ver realmente a Cecilia saliendo de aquel portón enmarcado de mármol negro, en la calle y de la mano de Luciani. Al verlos juntos en aquel umbral, como si fueran a estarlo por toda una eternidad, experimenté una sensación abominable: sentí que iba a desmayarme. Sufría horriblemente y, al mismo tiempo, me asombraba de sufrir hasta tal punto, de un modo tan nuevo, después de haberme preparado para ello y de tantas previsiones. La imagen de los dos se imprimía en mi memoria de manera indeleble; sentía un dolor quemante, como si la imagen fuese un hierro candente sobre una carne sensible, que se rebelaba a la impronta.

He dicho que el sufrimiento era comparable al desmayo. En realidad, todo mi cuerpo estaba como

desmayado, salvo en la parte donde suele concentrarse toda la vitalidad, y ésta se manifestaba en exceso. Lo que me hacía sufrir era precisamente ese desmayo general, excepto en aquel punto acerbo. Mientras tanto, encendí el motor, mecánicamente, y, despacio, muy despacio, fui tras Cecilia y Luciani.

Ellos iban caminando lentamente, cogidos de la mano, en silencio pero felices. Luego, al llegar a una barbería, Luciani se detuvo, se despidió de ella besándole la mano, y entró. Cecilia prosiguió su camino. La seguí un buen trecho en el automóvil, a cierta distancia, sin quitarle los ojos de encima. Miraba el movimiento de sus caderas bajo la falda corta y ajustada; un movimiento perezoso y torpón, pero fuerte, que reforzaba mi deseo, como si aún no estuviera seguro de su traición. Estaba claro que, si realmente quería dejar de desearla, debía obligarla a confesar la verdad, la única verdad que la definiría por entero ante mis ojos. Entretanto, Cecilia había llegado a la parada del autobús. Miré el reloj: faltaban diez minutos para nuestra cita. Puntual como siempre, ella había calculado muy

bien su tiempo: en un cuarto de hora, cuando mucho, el autobús la dejaría en la Piazza del Popolo, a pocos pasos de mi estudio. Alrededor de las seis, estaría entre mis brazos.

Detuve bruscamente el coche junto a ella, cuando ella hurgaba en su bolso; abrí la portezuela y le dije con voz normal: “¿Quieres subir?”. Ella alzó los ojos, me vio, quiso decir algo, pero renunció, y abordó el coche sin decir nada. Metí la primera y, mientras arrancaba, le pregunté:

—¿Qué hacías por estos rumbos?

—Vine a ver al productor —respondió.

—¿No me dijiste que tiene su oficina en la vía Montebello?

—Aquí tiene su apartamento privado.

La miré de reojo. Los dos estábamos nerviosos, pero pude advertir que esa respuesta era impropia en una persona tan poco expresiva como ella. Lo capté al verle una leve contracción de las cejas, cosa que siempre hacía al sentirse acorralada o perpleja. Decidí agredirla con violencia racional, como en un interrogatorio policiaco.

—¿Cómo se llama este productor?, pronto, cuál es su nombre y su apellido.

—Se llama Mario Meloni.

—Dónde vive, pronto, dime el número del portón, el piso, el número del apartamento.

—Vive aquí, en Arquímedes —respondió con voz arrastrada, como una alumna interrogada por el maestro—, en el número treinta y seis, tercer piso.

Era el número de la casa de Luciani, pero no el piso ni el número de su apartamento. Cecilia mentía por precaución, temerosa de que yo la hubiese visto salir de allí. Pero ¿cómo explicaría la presencia del actor a su lado? Quise oír su justificación:

—Acabo de verte salir del número treinta y seis, pero no sola; estabas con Luciani.

—También estuvo en el apartamento del productor. Salimos juntos.

—¿Haciendo qué?

—Quería hablarnos de un trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Una película.

—¿Cómo se llamará la película?

—No lo dijo.

—¿Dónde los recibió Meloni?

—En la sala.

—Describeme la sala, pronto, empezando por los muebles y su colocación.

No ignoraba que Cecilia no veía las cosas ni los lugares en que se hallaba. Si ella me hubiera hecho una descripción de la sala con todo detalle, habría sido una prueba más de que mentía. Pero no tomé en cuenta su pereza abstracta, y dijo de modo cortante:

—Es una sala como cualquier otra.

Desconcertado y casi asombrado, insistí:

—¿Cómo?

—Es una sala con sillones, divanes, mesitas, sillas.

Con esas mismas palabras me había descrito la sala de su casa. Le pregunté:

—¿De qué color eran los sillones y los divanes?

—No me di cuenta.

—¿De qué color era el calzón de Luciani? Al menos eso habrás visto.

—Ya sabía que empezarías con insinuaciones.

Mientras tanto, habíamos llegado a la vía Margutta. Metí el coche en el patio, me detuve, salté hacia fuera y, fiel a mi programa de intimidación sistemática, la cogí por un brazo y la saqué con violencia.

—Ahora veremos.

—¿Qué veremos?

—Si dices la verdad.

Sostuve con fuerza su delgado brazo de niña y nos dirigimos al estudio; yo iba un poco a la zaga, dándole empellones para que tropezara y hacerla caer. Dijo: “Pero qué malas maneras. ¿Se puede saber qué te pasa?”. Sin embargo, no parecía sorprendida, ni enojada, ni atemorizada. Metí la llave en la cerradura, abrí la puerta de una patada, encendí la luz y la aventé contra el diván. Ella se quedó boca abajo, mientras yo hojeaba rabiosamente el directorio telefónico, por calles. Al encontrar la dirección que buscaba, clavé el dedo en la página y se la restregué en la cara, diciendo:

—¡Mira, mira, en el número treinta y seis de Arquímedes no vive ningún Meloni!

—No tiene el número en el directorio.

—¿Por qué?

—Porque no quiere que lo molesten.

—Pero en el número treinta y seis sí está Luciani.

—No es posible, no está en el directorio.

—No en el de nombres, sí en el de calles, ¡míralo, míralo!

Lo vio melindrosamente, pero no dijo nada.

—Qué buena combinación —comenté, en tono sarcástico—, Meloni y Luciani viven en la misma casa.

—Sí, Luciani vive en la planta baja; Meloni, en el tercer piso.

—Muy bien: ahora salimos y vamos juntos a la casa de Meloni.

Siguió un largo silencio. Cecilia me contemplaba con ojos tan bellos y poéticos que parecían no ver nada.

—Vamos, muévete —le ordené.

La vi ruborizarse de pronto, con un rubor disparejo en las mejillas y en el cuello; al fin dijo:

—Sí, es verdad.

—¿Qué es verdad?

—Que Luciani y yo nos vemos.

Desde tiempo atrás había previsto esa confesión; pero entre preverla con la mente y escucharla realmente con los oídos había una gran diferencia: volví a tener la misma sensación de asco que cuando la miré salir al lado de Luciani. Balbuceé de manera estúpida:

—¿Qué quieres decir con que se ven? Eso ya lo sabía.

—Que hacemos el amor.

—¿Y lo dices así?

—¿Cómo quieres que lo diga?

Pensé que ella tenía razón: no me amaba, me traicionaba, y su tono, tan económico y descolorido, era el indicado. No obstante, sentía la insaciable necesidad de encerrarla en su confesión como en una jaula de vergüenza, de la que no pudiera escapar:

—¿Por qué lo hiciste?

Seria y escrupulosa, pareció reflexionar antes de responder. Luego dijo, sencillamente:

—Porque me gustaba.

—Pero, ¿no te das cuenta de que no debías hacerlo?

—¿Por qué no debía hacerlo?

—Porque no se traiciona a un hombre al cual se quiere bien, y tú me has dicho varias veces que me quieres bien.

—Sí, te quiero bien; pero también quiero bien a Luciani.

—Eres una de esas mujeres que se entregan a todos; ayer a un pintor, hoy a un actor, mañana tal vez a un electricista. —Me miró, pero sin decir nada. Insistí:— Eres una cualquiera, una que no vale nada.

Pero siguió callando. Y yo ¿por qué insistía tanto? Porque me hubiera gustado convencerme a mí mismo de que, después de su confesión, se había devaluado y anulado ante mis ojos, pero sentía que no era así. Era necesario considerar dicha devaluación. Muchas mujeres habían caído de mi consideración y de mi sentimiento sólo por alguna frase, algún gesto, alguna actitud; con

mayor razón Cecilia, que me había traicionado vulgarmente.

—¿Te das cuenta de que uno es lo que hace, de que lo que has hecho te convierte en algo distinto de lo que eras? —concluí, con rabia.

Hubiera querido que preguntara: “¿Qué era, qué soy ahora?”. Le habría respondido: “Eras una buena muchacha, ahora eres una puta”. Su pregunta habría indicado una necesidad de ser estimada y considerada. Pero mi esperanza estaba mal fundada: Cecilia no abrió la boca, y entendí que aquel silencio era la única respuesta que podía esperar de ella. Su silencio quería decir que mentir y traicionar eran para ella palabras carentes de sentido, y no porque no las entendiera, sino porque en su vida no había nada que pudieran designar. Sentí que se me escapaba de nuevo y, sujetándola por los brazos, grité:

—¿Por qué no hablas?, di algo, ¿por qué no respondes?

Respondió con sinceridad:

—No tengo nada que decir.

Ya fuera de mis casillas, le grité:

—Yo sí tengo algo que decirte: ¡eres una pinche puta! —Me miró, pero sin decir nada. La zarandeeé otra vez:— ¡Te he dicho puta y ni así protestas!

Se levantó y dijo:

—Dino, tengo que irme.

Entre otras muchas cosas que no había previsto estaba la de que se fuera pronto. Asaltado por una inquietud imprevista, le pregunté:

—¿A dónde vas?

—Me voy. Es mejor que dejemos de vernos.

—Pero ¿por qué? Espera un momento. Debemos hablar.

—¿De qué sirve hablar? Al fin y al cabo, nunca andamos de acuerdo. Nuestros caracteres son muy distintos.

Cecilia escapaba otra vez de mí de doble manera. La primera, devaluando la propia confesión: según ella, entre los dos sólo había una diversidad de caracteres, como si traicionar sólo fuese una cuestión de temperamento individual y no de norma moral; la segunda, dejándome antes de

que yo la dejara. Con rápido salto de lo moral a lo físico, me asaltaron las ganas de tomarla en ese mismo instante, pensando que, gozando de ella por la fuerza, podría resarcirme de mi fracaso de poseerla psicológicamente. La agarré por la cintura, casi al vuelo, mientras se dirigía a la puerta, y le dije al oído:

—Pero hagamos el amor por última vez.

—No, no, no —dijo, zafándose de mis manos—, esto se acabó.

—Ven acá.

—No; déjame.

Luchaba con tenacidad, pero sin animadversión, como rehusándose a hacerlo únicamente porque yo no sabía ofrecerle mi amor de un modo más eficaz. En sus ojos inciertos e inmóviles miré, incluso, un reclamo ambiguo; y en su cuerpo, debajo de la cintura, una docilidad que no advertía en la parte superior, infantil y grácil. Pero seguía luchando. Al fin logré que se sentara en el diván, y lo hizo echándose un poco atrás, pero fuera del alcance de mis labios. Tuve una idea o, mejor dicho, un impulso. Esa

mañana había sacado de un cajón veinte mil liras, en dos billetes de diez, que tenía en un bolsillo. La atraje con violencia y, cuando mi beso se perdía en su cuello, dejé los dos billetes en una de sus manos. Pude ver muy bien que ella bajaba los ojos para darle una ojeada al inusual objeto que sentía en la palma de la mano; la mano se cerró, su cuerpo se rendía y cerró los párpados, como si quisiera dormir, porque ése era el modo de decirme que aceptaba mi amor y que se disponía a disfrutarlo.

La tomé sin darle tiempo a desvestirse, con una violencia y una rabia mayor que la acostumbrada, pareciéndome que su cuerpo era una especie de gimnasio en el que mi vigor y mi resistencia debían competir con los del actor. La tomé en silencio pero, en el momento del orgasmo, le dije en su cara:

—¡Putá!

No estoy seguro, pero me pareció ver que una sonrisa muy leve pasaba por sus labios, no sé si por el placer que experimentaba o por la injuria recibida.

Poco después, yaciendo junto a ella, que dormitaba, por enésima ocasión pensé que la posesión

física seguía sin darme la satisfacción que necesitaba. La sonrisa ambigua, huidiza, tal vez irónica, confirmaba la inanidad de la relación sexual. La había visto apretar los billetes, y, durante el apretón, puesto que se cubría la cara con el brazo, dichos billetes estuvieron todo el tiempo ante mis ojos. Me dije que, tras los fallidos intentos de posesión, el dinero podía ser la trampa en la cual encerrarla. Se me rehusó hasta el momento en que puse el dinero en su mano; de modo que, a final de cuentas, era venal. Ahora se trataba de demostrar que lo era realmente, de reducir el misterio de su autonomía a una cuestión de ganancia.

Cecilia durmió junto a mí, el mismo tiempo y del modo de costumbre; luego se despertó y me dio un beso en la mejilla con la misma ternura para, finalmente, ponerse de pie, dispuesta a alisarse el vestido arrugado. Los dos billetes, doblados en cuatro, estaban ahora en el suelo, adonde habían ido a parar en el momento del orgasmo. Cecilia los recogió, abrió el bolso y, con mucho cuidado, los guardó en su billetera. Luego le pregunté:

—¿Todavía quieres que sigamos viéndonos?

No pareció entender la alusión contenida en el “todavía”, y respondió con indiferencia:

—Como tú quieras. Si quieres que sigamos, estoy de acuerdo. Pero si quieres que nos dejemos, dejémonos.

Yo estaba estupefacto. El dinero, que había recibido y aceptado, servía para una sola vez; en su perezosa imaginación no existía la perspectiva alentadora de ganar algo más en el futuro, de la misma manera. Le pregunté:

—Si sigues estando conmigo, ¿por qué lo harías?

—Porque te quiero bien.

—Si te pidiera que dejaras a Luciani, ¿lo harías?

—Ah, eso no.

Estaba herido por la resolución de ese rechazo.

—Pudiste responderme con menos vivacidad.

—Perdóname.

—De modo que, de ahora en adelante, ¿debo compartirte con Luciani?

Pareció animarse, como si al fin hubiese tocado un punto sensible.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te enojas? Vendré a verte como siempre, nada va a cambiar.

Me dije una y otra vez: “Nada va a cambiar”. Pensaba que, al menos para Cecilia, ésa era la verdad, mientras ella me miraba, curiosamente, casi apesadumbrada.

Me dijo al fin:

—¿Sabes que no me gustaría dejarte?

Me lastimaba la indudable sinceridad de estas palabras. Le pregunté:

—¿Te disgustaría realmente?

—Sí, me he acostumbrado a ti.

—Pero también te disgustaría dejar a Luciani, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿También te acostumbraste a él?

—De diferente manera.

Guardé silencio. ¿Qué diferencia podía haber, puesto que Cecilia nos pedía la misma cosa, más allá de la relación física? Le dije:

—De modo que te gustaría tenernos a los dos.

La vi admitirlo en un silencio misterioso, lleno de avidez proterva, infantil. Luego dijo:

—¿Qué culpa tengo yo de que me sienta bien con los dos? Cada uno de ustedes me da algo distinto.

Sentía la tentación de preguntarle: “Yo te doy dinero, y Luciani, amor, ¿no es cierto?”, pero me contuve, comprendiendo que aún era muy pronto para hacerle tal pregunta. Me sobraba tiempo para ir al fondo de la novedosa venalidad. El hecho de haber aceptado dinero una vez podía ser algo insignificante. Le dije al fin, con una mezcla de rabia y cansancio:

—Está bien, nos tendrás a los dos, hagamos la prueba. Tú misma verás que es imposible querer bien a dos hombres al mismo tiempo.

—Y yo te digo que eso es muy posible —y acto seguido, feliz de haber resuelto el problema, se inclinó para darme un beso en la mejilla y se encaminó hacia la puerta, diciéndome que me telefonaría a la mañana siguiente.

Volví la cara a la pared y cerré los ojos.

CAPÍTULO VIII

Ahora debía demostrarme a mí mismo que Cecilia era venal. Recordé todas las veces que les había pagado a las prostitutas, y me dije que si Cecilia era realmente venal terminaría sintiendo por ella lo mismo que sentía por aquellas mujeres: una sensación de hastío y una reducción de la persona que recibía ese objeto inanimado, una devaluación completa, debida precisamente a ese trato mercenario. Del tedio que esto me provocaría a la liberación de mi amor por ella sólo había un paso. Era ciertamente un humillante modo de poseer, tanto para el poseído como para el poseedor;

y hubiera preferido otra clase de posesión, que me permitiera separarme de Cecilia como de algo ya muy conocido, pero sin desprecio. Tenía que aplacar mi angustia a toda costa. Sí, prefería a la Cecilia mercenaria que a la misteriosa, puesto que, sabiéndola mercenaria, podía darme la ilusoria posesión que el misterio me negaba.

Me acostumbré a dejar en la mano de Cecilia, sin decir nada, una suma de dinero, que iba de las cinco a las treinta mil liras, pensando que, de tal modo, la Cecilia inasible y misteriosa se vería reemplazada por una Cecilia cariñosa y carente de misterio. Pero no vi esta transmutación. Sucedió todo lo contrario: ella era más fuerte que yo y, en lugar de que el dinero cambiara el carácter de Cecilia, ella fue la que cambió el carácter del dinero.

En cuanto dejaba los billetes en su mano, ella los apretaba en su puño, pero como si no los hubiese recibido ni aceptado. Hubiérase dicho que la mano que los daba y la mano que los aceptaba pertenecían a mundos muy distintos. Luego, mientras la abrazaba, Cecilia dejaba caer al suelo los

billetes, cerca del diván, ajados, donde yo podía verlos mientras hacíamos el amor, como símbolo de una posesión que yo imaginaba satisfactoria y completa. Después del sexo, Cecilia tenía la costumbre de correr hacia el baño, de puntitas, desnuda; ahora, antes de hacer eso, se inclinaba a recoger rápidamente los billetes, con la punta de los dedos, y los arrojaba a la mesa. Después, ya vestida, se acercaba a la mesa, cogía los billetes, los guardaba en la billetera y los metía en el bolso. A ella le gustaba hacer las cosas siempre de la misma manera, casi ritualmente. Este detalle acerca del dinero se insertó en el acostumbrado rito del amor con mucha naturalidad y hasta con cierta gracia, sin ninguno de los significados meretrices que yo había imaginado.

En los primeros tiempos le daba entre las cinco y las treinta mil liras, con la intención de ver cómo reaccionaba ella. Pensaba que si ella me hubiese preguntado: “La última vez me diste veinte mil liras, y ahora me das sólo cinco mil, ¿por qué?”, yo habría tenido un motivo de más para considerarla

venal. Pero parecía que ella no se daba cuenta de que los billetes fueran chicos o grandes, verdes o rojos, como si el gesto de pagarle no hubiese tenido un significado particular y preciso, y que habría podido seguir haciéndolo o no, sin que por eso se alterara nuestra relación. Quise ver lo que sucedería si dejaba de darle dinero. No me lo confesaba con toda sinceridad pero, en vista de que estaba casi convencido de que aquellos billetes que dejaba furtivamente en la mano de Cecilia constituían ya la única justificación en nuestro trato, temía perderla en el momento mismo en que esperaba autoconvencerme de que nada tenía que perder.

Y fue así que uno de esos días no puse ningún billete en su mano. Me asombró mucho ver que Cecilia no diera ninguna señal de disgusto y de que no hubiera ningún cambio en nuestro rito amoroso. En sus dedos, que esperaban mi mano, ahora vacía, no sentí ninguna sensación que delatara sorpresa o desencanto; era el mismo apretón con que ella, después de recibir el dinero, me decía que estaba lista para entregarse. Ese día hicimos el amor

como siempre, como si ya le hubiera pagado, y se marchó sin decir absolutamente nada acerca de esa novedad. Repetí la cosa dos o tres veces; pero Cecilia, tan infantil e impenetrable como siempre, parecía no darse cuenta de nada. Yo estaba frente a tres hipótesis: o Cecilia era venal, pero con la fina superioridad de no mostrarlo; o bien era distraída, pero con una distracción totalmente misteriosa, inaferrable como siempre, a pesar del dinero; o era completamente desinteresada, y en este caso se sustraía por entero a mi posesión. Le di una y mil vueltas a este problema; finalmente, me dispuse a ponerla de espaldas contra el muro. Uno de esos días le puse dos billetes de diez mil en la mano, y le dije al punto:

—Mira, te estoy dando veinte mil liras.

—Ya lo vi.

—Es la primera vez que lo hago después de una semana sin darte nada. ¿Viste también esto?

—Desde luego.

—¿No te disgustó?

—Pensé que no tenías dinero.

Al llegar a este punto, debo decir que Cecilia, debido a su falta de curiosidad, nunca me había preguntado nada acerca de mi familia, y, por lo tanto, ignoraba que yo era rico. Me veía como yo era: un pintor con un suéter y un pantalón de pana, un estudio descuidado y un coche decrepito. En consecuencia, debía responder como ella lo esperaba:

—Es cierto, no lo tenía. Pero ¿no te disgustaba dejar de recibirlo?

Respondió ambiguamente:

—A todos nos puede faltar el dinero en cualquier momento.

—Suponiendo que ya no pudiera darte dinero, ¿qué harías?

—Ya me lo diste, ¿para qué pensar en el futuro?

Sabía que ésta era una de las respuestas básicas de Cecilia: pasado y futuro no existían para ella; sólo le interesaba el presente más inmediato y, por añadidura, el momento fugitivo. Insistí:

—Pongamos por caso que ya no te diera nada: ¿seguirías viéndome?

Después de mirarme un rato, respondió:

—¿Acaso no nos veíamos cuando no me dabas nada?

La frase era perfecta. Pero el tono dubitativo, incierto, interrogativo, como si no estuviera segura de lo que iba a decir, permitía suponer que, en el caso de que realmente dejara de pagarle, ella podría reconsiderar las bases de nuestro amor. Pero tampoco esto era seguro. En realidad, Cecilia ignoraba lo que habría hecho si hubiera dejado de pagarle; y esto por la buena razón de que, por estar tan apegada al presente y a su falta de imaginación, no podía prever cómo reaccionaría ante mis penurias financieras; y, sobre todo, en qué medida estaría dispuesta a hacer el amor conmigo, si menos o más, o nada en absoluto. Y le dije:

—Oye, quiero proponerte algo. En lugar de darte ora cinco, ora diez, ora veinte o treinta mil liras, como hasta la fecha, podemos fijar una cantidad mensual. ¿Qué te parece?

Protestó de inmediato, como alguien al que se le propone sustituir una costumbre, absurda pero poética, por algo más razonable y prosaico:

—No, no; sigamos como hasta la fecha. Dame lo que quieras y cuando quieras, sin ninguna regla. De tal modo, al menos siempre será una sorpresa.

Así, fallaba una vez más al querer empujar a Cecilia a la trampa de la venalidad y, en suma, a despojarla de su cualidad de criatura inasible y misteriosa, a fin de convertirla en una mujer mercenaria, común y aburrida. En realidad, pensaba que el dinero que se da a las prostitutas tiene un carácter posesivo no sólo para el que lo da, pues quien lo recibe también lo considera como una compensación por muy precisas prestaciones. En otros términos, el amante de la prostituta sabe que, si no paga, la mujer lo rechazará; por su parte, la mujer sabe que, si no acepta, la paga tendrá que entregarse gratis. Pero era consciente de que Cecilia se me entregaba por motivos que nada tenían que ver con el dinero, y de que, por su parte, parecía ignorar que el dinero, una vez aceptado, la obligaba a entregarse. De esta ignorancia suya tuve una prueba días después, cuando, después de poner en su mano los habituales billetes, me rechazó de

la siguiente manera: “Oye, hoy no tengo ganas de hacerlo; estemos como hermano y hermana”. Palabras que no dejaban traslucir ninguna especie de cálculo, sino sólo una ingenua indiferencia. Sin embargo, los guardó de inmediato en su billetera. Y así, ese mismo dinero que, mientras estaba en mi bolsillo, podía parecerme el símbolo de la posesión, en cuanto pasaba a su billetera se convertía en símbolo de la imposibilidad de esa misma posesión.

Por otra parte, el hecho de saber que cada vez que me visitara ella recibiría dinero no modificó el carácter eventual, inesperado y problemático de sus visitas. Cecilia siguió visitándome dos o tres veces por semana, exactamente igual que cuando no le daba nada. Además, por el tono inseguro y los titubeos en su voz, cada vez que fijábamos una cita, me daba cuenta de que nuestros encuentros dependían, igual que antes, de necesidades y ocasiones desinteresadas y misteriosas, que nada tenían que ver con el dinero.

El primer efecto de este afán de poseer a Cecilia mediante la venalidad fue que, para hacerle frente a

los gastos a que me obligaba mi experimento, tuve que ver a mi madre con mayor frecuencia, a quien antes le pedía estrictamente lo necesario para vivir. Estaba arrepentido de despreciar tanto su dinero; me daba cuenta de que había acostumbrado a mi madre a un desinterés que me urgía borrar lo antes posible, si no deseaba que Cecilia me considerara, si no avaro, sí parsimonioso. Había querido ser pobre sin prever que Cecilia me habría hecho desear la riqueza, y ya era demasiado tarde para cambiar las ideas que mi madre tenía acerca de mí, sobre todo porque tales ideas iban de acuerdo con su vocación por el ahorro. No obstante, sabía que mi madre estaba dispuesta a darme mucho más de lo que me daba hasta entonces, aun a sabiendas de que no lo haría sin recibir una recompensa. La idea tenaz de mi madre consistía en que regresara a vivir con ella; yo sabía que el dinero que me había ofrecido en otros tiempos, el cual me iba proporcionando ahora en cantidades cada vez mayores, no tenía otro fin que el de tenerme cerca para imponer su voluntad. A fin de evitar nuestro choque inevitable, empecé a visitarla

con mayor frecuencia, a ser cariñoso con ella, para compensar su generosidad. Entonces, al ver que no sólo no me negaba el dinero, sino que me estimulaba a pedirle más, comprendí que entre ella y yo había, en el fondo, casi la misma relación que entre Cecilia y yo: también mi madre pretendía adueñarse de mí por medio del dinero. Pero la semejanza no pasaba de ahí, porque yo no me parecía a Cecilia y, sobre todo, mi madre no se parecía a mí. En efecto, aquel mismo dinero –al que Cecilia y yo no le dábamos ninguna importancia, cada quien por diferentes motivos– no parecía ser realmente dinero sino una parte de la relación amorosa entre mi madre y yo, precisamente porque mi madre no era ni podía ser algo más que dinero. En otras palabras, mi madre me quería, desde luego; pero no estaba dispuesta a dármele sin recibir nada a cambio, sólo por el amor que me tenía; es decir, a hacer la única cosa que pudiera quitarle al dinero mismo su significado habitual. Pude confirmar esta diferencia el día en que le pedí una suma más grande, con un pretexto desafortunado, como luego se verá. Ocurrió después

de un almuerzo; mi madre estaba acostada en su recámara, con un brazo sobre la cara y las piernas colgantes; yo estaba sentado en una silla, cerca de la cama, preguntándole ciertas cosas acerca de mi padre, uno de los pocos temas comunes entre nosotros, que no dejaba de interesarme. Mi madre me respondía cada vez más brevemente, porque estaba a punto de dormitar. De pronto, sin preparación alguna, le dije:

—A propósito, óyeme, necesito trescientas mil liras.

La vi apartar lentamente el brazo hasta dejar al descubierto uno de sus ojos, con el que se me quedó mirando un rato. Luego, con un dejo de disgusto en su voz adormilada, me dijo:

—Te di cincuenta mil el sábado y hoy es martes. ¿Qué haces con tanto dinero?

Le contesté, siguiendo el plan premeditado:

—No es más que el primer abono de una suma que debo gastar. He decidido poner un poco de orden en el estudio, que se halla en condiciones vergonzantes.

—¿A cuánto asciende el total?

—A tres veces más, por lo menos. Además del aplanado, debo cambiar completamente el baño, poner cortinas nuevas, cambiar el piso y otras cosas por el estilo.

Me parecía un buen plan. A decir verdad, el estudio necesita un remozamiento; era un buen pretexto para birlarle a mi mamá un millón o un millón y medio. Por otra parte, sabía que mi madre, a causa de la tirria que le tenía al estudio, nunca pondría pie en la vía Margutta, para ver cómo se gastaba el dinero.

Esperé su respuesta, muy confiado. Mi madre estaba inmóvil, creí que se había dormido. Pero al fin, debajo del brazo que le cubría la cara, me llegó su voz, que nada tenía de dormida:

—Esta vez no te daré ese dinero.

—¿Por qué?

—Porque no veo qué necesidad hay de regalarle un millón de liras al dueño de esa casa, cuando tienes la posibilidad de vivir en una villa de la vía Appia.

Vi hacia dónde quería llegar; me di cuenta de que el pretexto elegido para sacarle dinero era el único que debí evitar, pero ya era demasiado tarde. Sin embargo, fingiendo sorpresa, exclamé:

—Eso es algo muy distinto.

—Me diste a entender que tenías la intención de volver a casa —dijo mi madre con voz lenta, dura y monótona—, y yo, como te habrás dado cuenta, tuve la discreción de darte el tiempo necesario para que lo decidieras. Pero ahora me pides dinero para arreglar el estudio, y por ello deduzco que no quieres cumplir tu promesa.

Respondí, algo irritado:

—Yo no te prometí nada. Por el contrario, nunca te he ocultado mi repugnancia a vivir contigo.

—Entonces, caro Dino, no te asombres de que no quiera darte el dinero que me pides.

Dos días antes le había dado a Cecilia las últimas treinta mil liras que tenía, y esa misma tarde íbamos a encontrarnos. Naturalmente, podía no darle nada, como en otras ocasiones; pero sentí que ya no era capaz de hacerlo. Y no tanto porque al darle

dinero me pareciera que realmente la poseía, sino por la razón opuesta; el dinero agregaba ahora a la inasequible laya de Cecilia un nuevo aspecto, que la confirmaba y complicaba: el aspecto del desinterés. Y en vista de que no se dejaba poseer por medio pecuniario, ahora me sentía irresistiblemente impulsado a dárselo, del mismo modo que, al no lograr poseerla mediante el acto sexual, me sentía impulsado a repetirlo una y otra vez. En realidad, tanto el dinero como la cópula me daban la efímera ilusión de que la poseía; ya no podía prescindir de ello, aun a sabiendas de que, al pasar ese momento, regresaría la consabida desilusión. Miré a mi madre, que yacía con el brazo sobre la cara. Luego pensé en Cecilia, en el preciso momento en que ella cerraba la mano sobre mi dinero y abría la boca esperando mi beso, y me sentí capaz de cometer un delito a fin de obtener el dinero que necesitaba. Llamó mi atención la mano que mi madre tenía sobre los ojos; en cada uno de sus flacos dedos llevaba gruesos anillos con piedras preciosas; bastaría con sacar uno de ellos para darle dinero a Cecilia durante algunos meses.

Luego, no sé cómo, recordé la actitud favorable de mi madre, pero interesada, el día en que le hice la corte a Rita, la camarera, y cambié mi plan. Me levanté de la silla y fui a sentarme al borde de la cama y, con calculada dulzura, le dije: “Mamá, quiero ser sincero contigo. El dinero que te he pedido no es para arreglar el estudio. Lo necesito por otro motivo”.

—¿Qué motivo?

—Lo mejor sería que me lo dieras sin hacer tantas preguntas. Cuesta trabajo decir ciertas cosas.

—Una madre tiene el derecho de saber de qué manera su hijo gasta el dinero.

—Un hijo de dieciséis años, tal vez; pero no un hijo de treinta y cinco.

—La madre es la madre, a cualquier edad.

—De acuerdo. El dinero es para una mujer.

Y miré a mi madre. Seguía inmóvil: creí que dormitaba; pero luego oí su voz:

—Una mujerzuela, sin duda.

—Pero mamá, si se tratara de una mujerzuela, ¿crees que te pediría trescientas mil liras?

—Una mujer decente no acepta dinero.

—¿Y si esta mujer lo necesita de veras?

—Ten cuidado, Dino. Sobran las mujeres que, con tal de sacar dinero, son capaces de inventar toda una novela.

—No se trata de una novela, se trata de cosas de primera necesidad: comida, alquiler, ropa.

—En fin, ¿tienes que mantenerla por completo?

—No; sólo se trata de ayudarla un poco, durante algún tiempo.

—Una harapienta —dijo mi madre—. Preferiría que fuera una mujer casada, Dino; que tuvieras una relación con una señora de tu mundo, que no te pidiese nada y no fuera una carga para ti.

Respondí sin ironía:

—En mi mundo no existe esa clase de señoras.

—Dino, mi mundo es tu mundo. Además, ten cuidado con ciertas enfermedades; ahora abundan las aventureras.

—Si no me han enfermado hasta la fecha, nunca me enfermarán.

—¿Acaso sabes con quién puede andar cuando tú no estás? Ten cuidado, Dino, nunca me cansaré

de repetírtelo. No creo que ignores que es preciso tomar ciertas precauciones.

—¿Ahora quieres decirme lo que debo hacer cuando haga el amor?

—No; sólo quiero ponerte en guardia; después de todo eres mi hijo y me interesa tu salud.

—En fin, mamá: ¿vas a darme ese dinero?

Mi madre apartó de su cara la mano y me dijo:

—¿Y quién es esta mujer?

Respondí con una frase al estilo de Cecilia:

—Esta mujer es una mujer.

—¿Ya ves?, quieres el dinero pero no confías en mí.

—No es que no confíe en ti. ¿Qué puede importarte que se llame María, Paola o Clara?

—No te pregunté cómo se llama: quiero saber si es una señorita o una señora, si trabaja o estudia, si no hace nada, qué edad tiene, cómo es.

—Cuántas cosas quieres saber a cambio de trescientas mil miserables liritas.

—No te olvides de que, si tuviéramos que hacer cuentas y sumáramos lo que te he dado última-

mente, se multiplicarían no sé cuántas veces las trescientas mil liritas que tú desprecias.

—Ah, las has contado.

—Desde luego.

—Mamá, no tengo ganas de discutir contigo, al menos por ahora; sólo dime, ¿vas a dármelo, sí o no?

Mi madre se me quedó viendo un buen rato. No dudaba de que yo estuviera muy desesperado y resuelto a no consentirle que siguiera apretándome el cuello. Al fin dijo, fingiendo un bostezo:

—Está bien. Ten la llave, ve al baño y abre la caja, ya sabes la clave; hay un sobre rojo, dámelo.

Me dirigí al baño, tiré de la placa de azulejos y abrí la caja fuerte. Sobre una pila de títulos y acciones estaba un sobre anaranjado. Lo cogí, lo sopesé: a juzgar por el peso, debía de contener medio millón de liras en billetes de diez mil. Regresé y le di el sobre a mi madre, que, aún adormilada, se había sentado en la orilla de la cama. Abrió el sobre y sacó, con la punta de los dedos, uno, dos, tres, cuatro, cinco billetes de diez mil:

—Por el momento, te doy esto.

Exclamé:

—Pero si en el sobre hay unas quinientas mil liras, por lo menos.

—Tal vez más. Pero es todo lo que puedo darte en este momento. Ahora guarda otra vez el sobre, cierra la caja y devuélveme la llave. Estoy muy agotada y quiero descansar.

Hice lo que me ordenó. Al guardar el sobre en la caja fuerte, me maravilló que mi madre me tuviera tanta confianza, ella, que era tan desconfiada. Si yo lo hubiese querido, habría podido coger más dinero. Mi madre confiaba en mí porque le había inspirado confianza desde mis primeros años, debido al desinterés y desprecio que yo siempre sintiera por el dinero, con un desinterés ostentoso pero sincero. Comprendí que mi madre no había cambiado a este respecto, pero yo sí, porque ahora me sentía capaz de robar dinero para pagarle a Cecilia; y presentía que, si ella no me daba lo suficiente, acabaría por robarlo realmente. Sí, yo había cambiado; pero mi madre lo ignoraba y seguía confiando en mí como siempre. Cerré la

caja fuerte, hice girar la placa de azulejos y volví a la recámara. Mi madre había vuelto a acostarse, con un brazo sobre los ojos.

Me incliné, le puse la llave en una mano, sus dedos no la sujetaron y la llave cayó sobre la almohada. Con mis labios rocé su demacrada mejilla pintada, diciéndole: “Adiós, mamá”. Ella respondió con un leve gemido: ahora dormía de verdad. Salí de puntitas.

Pensé en dividir aquellas cincuenta mil liras: veinte mil para mí y treinta mil para Cecilia, a fin de poder probar mi idea acerca de la venalidad. Pero, como ya lo he dicho, Cecilia me rehuía en la misma medida que le pagaba: mientras más la solventaba, menos me pertenecía. Por otra parte, a la angustia de no poder poseerla se agregaba la angustia de sospechar que ella se dejaba poseer por mi rival. Me atormentaba cada vez más la idea de que Luciani lograra poseer en serio a Cecilia mediante el simple acto sexual, cosa que, según yo, era insuficiente. Temía que el actor, menos intelectual y más instintivo que yo,

hubiera tenido éxito donde yo había fracasado. Y pensando en que la posesión no dependiera tanto del acto sexual como del efecto del acto mismo, no me cansaba de interrogar a Cecilia acerca de su relación con Luciani. He aquí un ejemplo de aquellos interrogatorios:

—¿Viste ayer a Luciani?

—Sí.

—¿Sólo lo viste, o también hicieron el amor?

—Ya sabes que cuando digo que lo vi también quiero decir que hice el amor.

—¿Lo hacen seguido?

—Según los días.

—¿Te gusta hacerlo más con él que conmigo?

—Es diferente.

—¿Cómo diferente?

—Diferente.

—Pero ¿en qué consiste la diferencia?

—Él es más gentil que tú.

—¿Te gusta que sea gentil?

—Es su manera de ser.

—Pero ¿te gusta o no te gusta?

—Si no me gustara no estaría con él.

—¿Hay otras diferencias entre los dos?

—Sí. Él habla mientras hacemos el amor.

—¿Qué te dice?

—Las cosas que se dicen cuando se quiere bien.

—También yo te las he dicho algunas veces.

—No; tú no dices nada. La única vez que hablaste me dijiste “puta”.

—¿Te molestó?

—No; no me molestó.

—Pero prefieres lo que te dice él.

—Cuando estoy con él me gustan las cosas que me dice; cuando estoy contigo me gusta tu silencio.

—Pero ¿qué es lo que sientes cuando él te toma?

—Son cosas que no se pueden explicar.

—¿Sientes más con él que conmigo?

—No lo sé.

—¿Cómo no vas a saberlo?

—Nunca he pensado en eso.

—Entonces, piénsalo ahora.

—Bueno. Siento que él me ama.

—¿Y eso te gusta?

—A todas las mujeres les gusta sentirse amadas.

—Por lo tanto, ¿este sentimiento es más fuerte con él que conmigo?

—También siento que me amas.

—¿Y te gusta?

—Claro que me gusta.

—¿Igual que con Luciani?

—Son dos cosas diferentes.

—Ya entendí. Ahora dime: si por algún motivo ya no pudieras ver a Luciani, ¿lo extrañarías?

—Si eso no ha sucedido, ¿cómo voy a saberlo?

—¿Y si sucediera?

—Entonces ya vería. Creo que sí.

—¿Y si ya no pudieras verme?

—No lo sé, porque todavía no ha sucedido.

—Imagínatelo.

—Cuando te dije que debíamos dejarnos, recuerdo que eso me disgustó.

—¿Mucho?

—Esas cosas no pueden medirse. Me disgustaba.

—En fin, ¿me quieres más a mí que a él?

—Son dos cosas distintas.

O bien, después de considerar que no lograba saber gran cosa acerca de sus sentimientos durante el amor físico, dirigía mi indagación por una vía más inocente:

—¿Saliste ayer por la noche con Luciani?

—Sí, fuimos a cenar juntos.

—¿A dónde?

—A una *trattoria* de Trastevere.

—Conmigo nunca has querido salir por la noche.

—Porque me faltan excusas. Las lecciones de dibujo son durante el día. Con Luciani siempre puedo decir que quiere presentarme a un productor.

—¿Acaso crees que tus padres se opondrían? Ya me conocen.

—Mi mamá no se opondría, pero mi papá sí. Se siente muy mal y no quiero contrariarlo.

—Bien, pasemos a otra cosa. Quedamos en que fueron a un restaurante de Trastevere.

—Sí.

—¿De qué hablaron?

—De muchas cosas.

—¿Quién habló más, tú o él?

—Sabes que a mí me gusta más escuchar.

—¿De qué habló?

—No me acuerdo.

—Trata de recordarlo, eso sucedió apenas ayer en la noche.

—Pero mi memoria es muy mala, ya lo sabes. Ya no me acuerdo de lo que me dijiste hace cinco minutos.

—Vayamos por partes: ¿cómo era el restaurante?

—Era una *trattoria*, como cualquier otra.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿Era grande o pequeña, con poca o mucha gente, con una o más estancias, elegante o rústica?

—No puedo decírtelo porque no la vi bien.

—Mientras ustedes hablaban, ¿se acariciaban las manos sobre la mesa?

—Sí, ¿cómo lo adivinaste?

—¿Te gustó que te acariciara la mano?

—Sí.

—¿Mucho o poco?

—No sé cuánto, pero me gustaba.

—¿Se tocaban las rodillas debajo de la mesa?

—No, porque estábamos sentados uno al lado del otro.

—Además de acariciarte la mano, ¿te acarició otras partes?

—Sí; me acarició la cara y me besó el cuello.

—No te acuerdas de qué hablaron, pero de las caricias sí.

—Las recuerdo porque yo no quería.

—¿Estaban peleando?

—No; pero él insiste en que yo haga cosas que no quiero hacer.

—¿Por ejemplo?

—Si te lo digo te enojas.

—Habla, no voy a enojarme.

—Quería que pusiera mi mano en... ya sabes dónde. ¿Entiendes?

—Entiendo. ¿Y lo hiciste?

—Lo hice, pero sólo un momento, porque no podía comer con una sola mano. Pero ¿qué tienes?

—Nada. ¿Te gustó mientras lo hacías?

—Me gustó porque le gustaba a él.

—Y si yo, pongamos por caso, te pidiera que hicieras lo mismo, ¿también te gustaría que me gustara?

—Creo que sí. Se hacen tantas cosas con gusto porque se sabe que al otro le gusta.

—¿A quién? ¿A cualquiera?

—Dije al otro pensando en ti y en Luciani.

—Ah, entiendo. Y luego ¿qué pasó?

—Comimos, bebimos. En una *trattoria* se come y se bebe, ¿o no?

—¿Qué comieron?

—No me acuerdo, nunca miro lo que como. Lo de siempre.

—¿Nada más?

—Luciani llamó a un conjunto y nos cantaron unas canciones napolitanas.

—¿Cuáles?

—No me acuerdo.

—¿Te gustan las cancioncillas napolitanas?

—Creo que sí.

—¿Te gustan o no te gustan?

—Depende. En una *trattoria*, sí. Si me las cantaran mientras duermo, no.

—¿Qué hicieron después?

—Nada más.

—Apuesto a que Luciani te compró una rosa con el tallo envuelto en papel de plata, de esas que venden las muchachas en los restaurantes.

—Ah, es cierto. ¿Cómo lo sabes?

—Yo sé muchas cosas. Sé que la oliste, ¿no es cierto?

—Es lo que se hace cuando se recibe una flor, ¿no?

—¿Te agradó que Luciani te diera esa flor?

—Sí.

—¿A dónde fueron después de cenar?

—Al cine.

—¿Cómo se llama la película que vieron?

—No lo sé.

—¿Qué actores trabajaban?

—Quién sabe, no me sé sus nombres.

—Por lo menos, dime qué sucedía en esa película.

—Creo que era una película norteamericana, con mucha gente a caballo, disparando.

—Un *western*. ¿Vieron la película cogidos de la mano?

—Sí.

—¿Se besaron?

—Sí.

—¿Hicieron el amor?

—Sí.

—¿Cómo! ¿Lo hicieron en el cine?

—Estábamos sentados al fondo, detrás de una columna, y el cine estaba casi vacío.

—¿Y cómo lo hicieron?

—Me senté sobre sus piernas.

—¿Te gustó?

—No. Estaba asustada. Además, no me gusta hacerlo en lugares públicos.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque tenía ganas.

—Entonces, te gustó.

—No; tenía ganas pero no me gustó.

—¿Qué más hicieron ayer?

—Fuimos a un centro nocturno.

—¿A cuál?

—No sé cómo se llama. Atrás de la vía Veneto.

—¿Cómo era?

—Estaba lleno de gente.

—Quise decir que cómo era el salón, cómo estaba decorado.

—No me fijé.

—¿Bailaron?

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí.

—¿Bailaron muy apretados?

—No.

—¿Por qué no?

—Bailamos unas piezas que hay que bailar separados.

—¿Y luego?

—Nada más. Alrededor de las tres me llevó a mi casa.

—¿Tiene coche?

—Tenía, pero lo vendió.

—Eso quiere decir que no tiene mucho dinero.

—Ahora no, porque no tiene trabajo.

—¿Le das dinero algunas veces?

—Sí, a veces.

—¿De mi dinero?

—Sí, de lo que me das.

—¿Quieres decir que no es para tus gastos?

—Algunas veces me compro algo, pero casi siempre lo gasto con él.

—Ayer en la noche, ¿pagaste tú o él?

—Él pagó el cine, lo demás lo pagué yo.

—¿Tú pagaste casi todo?

—Otras veces paga él.

—¿Cómo le das el dinero?

—En la *trattoria* se lo di bajo la mesa. En el centro nocturno, él lo tomó de mi bolso.

—¿Te llevó a tu casa en taxi?

—Sí.

—¿Subieron juntos las escaleras?

—Sí.

—¿Hicieron el amor en las escaleras?

—Sí, un poco, estando ya en mi piso.

—¿Qué quieres decir con un poco?

—Sin ir hasta el fondo.

—¿Te gustó?

—Más que en el cine, porque tenía menos miedo.

—¿Y luego?

—Nos despedimos.

—Y te fuiste a la cama.

—Sí.

—¿En qué pensabas antes de dormirte?

—En ti.

—¿En mí?

—Sí, pensé en ti hasta quedarme dormida.

—¿Qué pensaste?

—No me acuerdo; sólo sé que pensaba.

A fin de confirmar la sensación de inasequibilidad que Cecilia me inspiraba, voy a relatar un hecho en el que intervine en esos días. Cuando estaba seguro de que Cecilia no iría a encontrarme, visitaba con cierta frecuencia el estudio de Bales-trieri, el cual se hallaba en las mismas condiciones desde el día de la muerte del viejo pintor. La viuda no quería alquilarlo o, lo más probable, aún no

había encontrado a un nuevo inquilino. Entraba en el estudio gracias a la llave que Balestrieri le diera a Cecilia, la misma que yo le había robado, y me ponía a pasear entre aquellos muebles cubiertos de polvo, en medio de un olor a cosas viejas y sucias, en busca de algo que ni yo mismo sabía. Al demorarme en aquel ambiente tan vasto, lleno de muebles negruzcos y de tapices colorados, que habían visto los amores de Cecilia y del viejo pintor, era presa de una sensación fúnebre, como si en lugar de hallarme en el estudio de Balestrieri estuviese en el mío, ya muerto, pero en forma de fantasma que volvía al lugar de mis amores. Esta lóbrega sensación, provocada por la repugnante semejanza de la relación entre Cecilia y yo y la de Cecilia con Balestrieri, me convencía de que, en cierto modo, yo también estaba muerto, y de una manera más definitiva que la del viejo pintor, que al menos nunca había tenido dudas acerca de su arte y había pintado, por así decirlo, hasta el último aliento. Yo, en cambio –pensaba, al mirar los enormes desnudos de Cecilia que cubrían los

muros hasta el techo—, ya estaba muerto para la pintura antes de conocer a Cecilia; y, si llegara a morir, como Balestrieri, a causa de Cecilia, sólo podría confirmar mi fracaso en la vida y en el arte. No dejaba de sentir que había un nexo entre la crisis de mi pintura y la relación con Cecilia: entre la imposibilidad de pintar la tela en el caballete y la de poseer a Cecilia sobre los cojines del diván, del mismo modo que había existido un nexo entre la execrable calidad de la pintura de Balestrieri y el carácter de su relación con Cecilia. Era un nexo amenazador y oscuro, parecido al mundo esqueleto que un viajero extraviado encuentra en el desierto.

Una tarde en que observaba los asquerosos desnudos de Balestrieri, como se perciben los signos de un idioma indescifrable, alcancé a ver que alguien abría un poco más la puerta, para asomarse, y vi una cara de mujer. Al percatarse de que ahí estaba yo, entró para ir a mi encuentro. La reconocí casi de inmediato: era la viuda de Balestrieri, que el día del funeral llevaba el rostro cubierto por un velo negro, de esos que se aprecian

en las procesiones de los pueblos, y que después vi casualmente. Era una mujer alta y robusta, que había sido hermosa y que ahora, a los cincuenta años, aún conservaba algo de los colores de la juventud, pero como destemplados y disueltos en la carne ya floja: la brillante blancura de la piel, el negror de los ojos un poco bovinos, el rojo encendido de los labios turgentes, de cereza madura. Había sido modelo en su juventud; acaso la única mujer, antes de Cecilia, que Balestrieri había amado: en efecto, se casó y vivió con ella veinte años. Nativa de un pueblo del Lacio, famoso por proporcionar muchas modelos a los pintores romanos, conservaba intactas su rusticidad y su sencillez originarias.

Noté que no parecía sorprendida ni descontenta de verme en el estudio del marido. Se presentó, con voz cálida y baja, como cualquier campesina:

—Soy la señora Balestrieri.

Me apresuré a disculparme:

—Perdone usted, vi abierta la puerta y entré a darle una ojeada a los cuadros.

Respondió, solícita:

—Por caridad, profesor; usted puede entrar todas las veces que quiera. Sé que mi marido era muy amigo suyo.

No me atreví a contradecirla. Ahora me miraba, sonriendo, con una sonrisa indulgente y cariñosa, la cual me pareció extraña.

Me dijo:

—Fui a buscarlo a su estudio, profesor, porque quiero decirle algo que puede interesarle. Al ver que usted no estaba en su estudio y que no había cerrado la puerta, pensé que estaría aquí.

—¿Por qué pensó que estaba aquí?

—Porque sé que usted tiene una llave del estudio de mi marido.

—¿Quién se lo dijo?

—La portera, profesor.

—¿Desea hablar conmigo?

—Sí. Vine a buscarlo hace unos días, pero no lo encontré —me dijo, con toda tranquilidad. Luego, cambiando de tema, con torpe y rústica desenvoltura, agregó—: ¿Le gustan estos cuadros, eh, profesor?

Respondí, incómodo:

—Su marido era un pintor con muchas cualidades.

—Son bellos, ¿o no? —y empezó a pasear por el estudio, mirando las pinturas colgadas de las paredes—. ¿Sabe usted, profesor, que todos fueron hechos con una sola modelo? —Me quedé callado. Ella prosiguió poco después, con el mismo tono rústico, alusivo e irónico:— Qué bella muchacha, eh, profesor; mire qué pecho, qué piernas, qué hombros, qué caderas. Realmente, lo que se dice una bella muchacha, profesor.

Con la intención de cambiar el discurso, le pregunté:

—¿Alguna vez la pintó a usted su marido?

—Muchas veces, a su debido tiempo. Pero yo no estoy aquí. Cuando nos separamos, mi marido descolgó todos los cuadros que había pintado de mí y me los envió a la casa. Los tengo todos. Pero yo no era tan bella como esta muchacha. Mi belleza era clásica, como la de una estatua. En cambio, ésta es una belleza moderna, medio de niña, medio

de mujer, como gustan ahora. —Luego de exhalar un suspiro, agregó:— Sí, es una bella muchacha. Lástima que sea más bella que buena.

Le pregunté de inmediato, fingiendo ingenuidad:

—¿Usted la conoce?

—Que si la conozco... ¿Cómo no voy a conocerla? Si mi pobre marido murió por culpa de ella.

—Eso han dicho.

—Sí, ya sé todo lo que han dicho —me corrigió, con dignidad—. Las porquerías de siempre. Tal vez pueda ser cierto, como podría suceder con cualquier otra mujer. Ay, no quería decir esto. Quiero decir que murió de un infarto que le provocó esa muchacha.

—¿De qué modo?

—Con su maldad.

—¿Es tan mala esa muchacha?

Respondió de manera razonable:

—No precisamente mala. Ya se sabe que las mujeres son buenas o malas según amen o no. Con mi marido fue mala en todos los casos. Puede ser que con usted sea buena.

Finalmente se aclaraban sus palabras oscuras y alusivas. Ella no dudaba de que Cecilia era mi amante. Fingiendo asombro, le pregunté:

—¿Por qué?

Alzó una mano, me dio unas palmadas en el hombro y, con gesto de compasión campesina, me dijo:

—Pobre de usted, profesor; pobre de usted. —Después de alejarse un poco, me indicó un cuadro que estaba en la pared, y me preguntó, de pronto:— ¿Le gusta este cuadro, profesor?

Me acerqué a mirarlo. Era un cuadro singular, pintado con cierta idea de la composición, muy distinto de los demás, en los que Cecilia aparecía en diferentes poses, pero siempre desnuda. En éste se veía, sobre el acostumbrado fondo sucio y bituminoso, una Cecilia desnuda y embestida por una luz espectral, montando una oscura forma humana, a gatas. Era uno de sus cuadros más feos: para dar una idea del triunfo de Cecilia, a Balestrieri no se le ocurrió algo mejor que representarla alzando una mano victoriosa, mientras que, con la otra, le

apretaba el cogote al informe calibán que le servía de cabalgadura. Respondí, de manera cortante:

—Sí, no está mal.

—¿Sabe usted quién es el hombre que está en cuatro patas? —preguntó la viuda acercándose más al cuadro, que miraba con atención vengativa—. No se entiende porque no se le ve bien la cara, pero yo sí lo sé. Es él, mi marido. ¿Cree usted que se pintó así, en son de broma, para dar a entender que ella le sorbía la sesera? En lo más mínimo. Lo hacía en serio.

—¿Qué es lo que hacía?

—Él se ponía en cuatro patas, ella lo montaba y se ponían a saltar por todo el estudio. Como chiquillos que juegan al caballo. En cualquier momento, él reparaba y ella caía al suelo con las piernas abiertas. Un día los vi yo, con estos ojos, a través de la ventana. ¡Se divertían de lo lindo! —Siguió mirando el cuadro, en silencio. Luego agregó:— Si le gusta ese cuadro, se lo vendo.

Jamás imaginé que pudiera hacerme tal propuesta, y no supe qué decir en ese momento. Pero

era evidente que la viuda, sabedora de mi pasión por Cecilia, quería especular con eso. Me sentí avergonzado, con la vergüenza que debe de sentir un adicto que cree que nadie conoce su vicio, y que, de pronto, alguien le ofrece por la calle un paquete de fotografías obscenas referentes a su adicción.

Le pregunté, irritado:

—¿Para qué rayos compraría ese cuadro?

La viuda contestó serenamente:

—Se lo digo por si le interesa. Dentro de poco voy a llevarme los cuadros porque ya tengo quien alquile el estudio, y el nuevo inquilino no los quiere. Dice que son demasiado atrevidos. Por eso pensé que a usted le gustaría conservar uno como recuerdo.

—Pero ¿recuerdo de qué? ¿De quién? ¿De su marido? Si apenas nos conocíamos.

—Profesor, profesor, es mejor entendernos —hizo otro gesto de compasión ladina, palmeándome el hombro y meneando la cabeza—. ¿Por qué no es sincero conmigo, si ya tengo canas? —y me indicó su cabello negro corvino, peinado con raya en medio

y chongo en la nuca, donde podían verse algunos cabellos blancos—. Bien podría ser la madre de esa muchacha. ¿Por qué no es sincero conmigo?

Me senté sobre la mesa, donde estaba el teléfono, y le pedí que se sentara. Luego, fingiendo sinceridad, le dije, amenazante:

—Señora Balestrieri, le ruego que me diga claramente lo que tenga que decirme. Usted no ha dejado de aludir a cosas que no entiendo. Quiero que sea más explícita.

Un poco intimidada, adoptó un tono lamentoso, de campesina:

—Mi marido, por desgracia, me dejó en muy malas condiciones económicas. Yo pensaba que usted, como pintor, podía entender mejor los cuadros de mi marido, que podía comprar uno por lo menos. He querido venderlos pero nadie los entiende.

—Yo no tengo dinero —le dije—. Sólo soy un pintor, un pintor que, por añadidura, ya no pinta.

Ahora estaba sinceramente asombrada.

—Qué raro, a mí me han dicho que su madre es muy rica.

—Mi madre, sí; pero yo no.

—Entonces, hagamos de cuenta que no lo dije, profesor.

—Un momento, señora —insistí—. Hace un momento usted quería decir algo más. ¿Por qué quiere que compre ese cuadro? ¿Como recuerdo? ¿Recuerdo de qué?

Me miró, abriendo desmesuradamente sus bellos ojos negros:

—De esa modelo.

—¿Y por qué?

—Usted sabe bien el porqué.

—No la entiendo, señora Balestrieri.

—Pero, profesor, ¿acaso no sabe lo que todos andan diciendo, que esa muchacha es su amante?

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo, profesor... empezando por la portera.

Fingí que estaba desconcertado. Luego dije, lenta pero firmemente:

—Ah, por eso. Pero usted se equivoca. Esa muchacha no me interesa en absoluto.

Y soltó la carcajada, con franca indulgencia.

—Ja, ja, profesor, ja, ja, profesor...

Pero la interrumpí, alzando la voz de manera convencional:

—¡Si se lo digo yo, es que es así!

Se retrajo de nuevo, como un caracol. Pero no tardó en sacar otra vez la cabeza, para observar:

—Se lo creo, profesor, se lo creo. Bueno... ¿Sabe lo que pienso? Que es lo mejor para usted.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije: esa muchacha es bella pero mala.

—¿En qué sentido?

Suspiró.

—Mi marido habría podido decírselo mejor que yo. Pero mi marido está muerto. Yo no sé nada preciso, desde luego. Sólo sé una cosa: mi marido tenía un apartamento de cinco estancias, cerca de la Piazza Bologna, que valía unos buenos millones. Cuando él murió, supimos que lo había vendido, pero no encontramos nada de ese dinero. Sólo hallamos una libreta en la que mi marido, que era

muy ordenado, anotaba los gastos. En casi todas las páginas estaba escrito: “para Cecilia”.

—¿Quiere decir que esa muchacha explotaba a su marido?

—Exactamente, profesor. —Suspiró de nuevo y, en voz baja y rabiosa, agregó:— Esa muchacha es una mosca muerta, profesor. Falsa, sin corazón, muy interesada. Para colmo, lo traicionaba. Recibía el dinero para dárselo a otro.

Exclamé:

—¿Le daba a otro ese dinero?

—Desde luego: se lo daba a un muerto de hambre, al que veía todas las noches, después de haber estado con mi marido todo el día.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un saxofonista, que todas las noches tocaba en un centro nocturno. Juntos gastaban el dinero de mi marido. Hasta se compró un coche, el saxofonista.

—¿Tanto dinero le daba su marido a esa muchacha?

—Millones, profesor. Todo ese dinero está anotado en la libreta de gastos. ¿Sabe una cosa,

profesor? Aunque estuviéramos separados, mi marido y yo quedamos como amigos. En las ocasiones en que iba a verme, siempre me hablaba de esa muchacha. Era una cosa más fuerte que él, algo que no podía evitar, y me agarró como confidente. Y, ¿sabe una cosa?, se echaba a llorar, él, que había tenido tantas mujeres, un hombre con tanta experiencia, tan inteligente.

Recordé lo que Cecilia me había platicado acerca de los llantos de Balestrieri.

—¿Su marido lloraba con frecuencia?

—¡Qué va! Vivimos juntos muchos años y nunca vi que derramara una lágrima. Lloraba porque esa muchacha lo había sumido en la desesperación. ¿Sabe qué decía? Que esa muchacha sería su muerte. Sí, ya lo presentía.

—¿Cómo se llama el saxofonista al que Cecilia esa muchacha le daba dinero?

La viuda comprendió que aquello me interesaba y quiso darme a entender que no se le había escapado mi yerro. Se enderezó con dignidad, para decirme:

—Puede llamarla por su nombre, profesor; llámela Cecilia. Ese saxofonista se llama Tony Proietti. Toca en el Canarino, un centro nocturno que está cerca de la vía Veneto. Bueno, tengo que irme, profesor, discúlpeme. En caso de que los cuadros le interesen, puede encontrarme en mi casa. Estoy en el directorio telefónico: Assunta Balestrieri. Podría comprar alguno para su señora madre, profesor. ¿Se queda, o sale conmigo?

Salimos juntos y, después de despedirme de ella, fui a recostarme en el diván, sumido en profundas reflexiones. Se multiplicaban las pruebas de la venalidad de Cecilia; pero, extrañamente, no eran concluyentes. En cuanto parecía que estaba demostrada dicha deshonestidad, se perfilaba de inmediato algo que la desmentía: según la viuda, el dinero que Balestrieri le daba a Cecilia iba a parar luego a las manos de su amante, Tony Proietti. Y debía de ser cierto, como podía demostrarlo la pobreza del guardarropa de Cecilia y el hecho de que ella no tuviese ninguna joya. Si no se lo daba a Proietti, ¿a dónde iba a parar el dinero de Balestrieri?

Al día siguiente de la visita de la viuda, en cuanto Cecilia hubo llegado al estudio, le pregunté a quemarropa:

—¿Quién es Tony Proietti?

Respondió al punto:

—Un saxofonista que toca en el Canarino.

—Sí; pero ¿qué tiene que ver contigo?

—Fue mi novio.

—¿Eran novios?

—Sí.

—¿Y luego?

—Luego ¿qué?

—¿Qué sucedió luego?

Respondió con disgusto:

—Me dejó.

—¿Por qué?

—Le gustaba otra.

—¿Balestrieri sabía que eran novios?

—Claro que lo sabía. Yo era novia de Tony desde los catorce años, un año antes de conocer a Balestrieri.

Yo estaba estupefacto. Murmuré:

—Pero tú me dijiste que Balestrieri no sabía nada y que era muy celoso, razón por la cual acudió a una agencia de investigaciones privadas.

Respondió sencillamente:

—Balestrieri no estaba celoso de Tony, porque él había llegado después, y le dije que Tony era mi novio. Se puso celoso al pensar que yo lo traicionaba con otro.

—¿Había otro?

—Sí; pero fue una cosa que duró muy poco.

—¿Al mismo tiempo que Tony?

—No; poco después de que me dejó Tony.

—¿Tony sabía lo de Balestrieri?

—¡Qué cosas dices! Me habría matado.

—¿Quién fue el primero?

—¿El primero?

—Sí, el primero con el que hiciste el amor.

—Tony.

—¿Cuántos años tenías?

—Ya te lo dije, catorce años.

—¿Sigues viendo a Tony?

—Nos encontramos algunas veces, nos saludamos.

—Dime otra cosa: ¿Balestrieri te daba dinero? Se me quedó mirando; luego, respondió con su renuencia de siempre:

—Sí, me lo daba.

—¿Mucho o poco?

—Dependiendo.

—¿Dependiendo de qué?

Después de una pausa, dijo:

—Yo no quería, pero él me forzaba a tomarlo.

—¿Cómo?

—Sí, por la fuerza. Él sabía que Tony no tenía ni una lira, y por la noche, cuando Tony y yo salíamos juntos, ni siquiera podíamos ir al cine. Balestrieri me obligaba a recibir su dinero, para que yo se lo diera a Tony.

—¿Él te acostumbró a darle dinero a Tony?

—Sí.

—¿Cómo sucedió la primera vez?

—Le dije que, como no teníamos dinero, pasábamos la noche caminando por las calles. Balestrieri me puso en la mano un billete de diez liras, diciéndome: “toma esto, vayan al cine”.

—¿Y tú qué dijiste?

—Le dije que no, pero me obligó a tomarlo, diciéndome que si no lo tomaba le diría a Tony que yo me acostaba con él, y tuve que aceptar su dinero.

—¿Siguió dándote dinero?

—Sí.

—¿Llegó a darte cantidades grandes?

—Sí, cuando supo que Tony y yo íbamos a casarnos. Me obligó a comprar con su dinero todos los muebles para el apartamento.

—¿Dónde terminaron esos muebles?

—Los tiene Tony en su casa; se los dejé.

—¿Y el coche?

—¿Qué coche?

—¿Balestrieri no pagó también el coche de Tony?

—Sí, también lo pagó él, un coche compacto.

¿Quién te lo dijo?

—La viuda de Balestrieri.

—Ah, ésa.

—¿La conoces?

—Sí. Fue a mi casa, a pedirme que le regresara el dinero.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad. Que su marido me había obligado a recibir ese dinero; que ya no lo tenía porque se lo había dado todo a Tony, como su marido quería.

—¿Durante cuánto tiempo te dio dinero?

—Casi dos años.

—¿Cómo justificabas el dinero que le dabas a Tony?

—Le decía que contaba con un tío rico, que me quería bien.

—Después de que dejaste a Tony, ¿Balestrieri siguió dándote dinero?

—Sí, algunas veces, cuando yo se lo pedía.

—Y cuando apareció el otro, del que sospechaba Balestrieri, ¿también le dabas dinero?

—A él no, porque no lo necesitaba. Era hijo de un industrial.

—¿También te dejó?

—No, lo dejé yo porque ya no lo quería.

—¿A quién querías?

—A ti. ¿No te acuerdas de cómo te miraba cuando nos veíamos en el corredor? Pues bien, entonces lo dejé.

—¿Balestrieri se dio cuenta de que me querías bien?

—No.

—¿Alguna vez le hablaste de mí a Balestrieri?

—Sí, una vez. No te tragaba.

—¿Qué decía de mí?

—Que eras un presumido.

—¿Presumido?

—Sí; odiaba tu pintura. Pensaba que no sabías pintar.

Gracias a esta plática pude convencerme de que mi tentativa de demostrarme a mí mismo que Cecilia era venal resultó un fracaso completo: Cecilia no era venal y su persona no podía reducirse únicamente a la utilidad. Quedaba claro que Balestrieri había querido afirmar la superioridad propia sobre Tony, manteniendo al saxofonista por medio de Cecilia, sin que éste se diera cuenta; y que Cecilia, por su parte, se había prestado a la maniobra de Balestrieri sin participar en ella y sin comprenderla por entero. Con él, al igual que conmigo, Cecilia había logrado mantener separados, gracias a su instinto, los mundos del dinero y del amor. Balestrieri y yo

habríamos podido afirmar que le dábamos dinero; pero ella habría podido afirmar y demostrar que no le habíamos pagado. Mi comportamiento con Cecilia se asemejaba cada vez más al de Balestrieri, pero con una diferencia: él había llegado más lejos que yo. En compensación, mi demencia era mayor que la suya, porque él no había contado con un predecesor que le sirviera de espejo y lo hiciera detenerse a tiempo. Yo, en cambio, lo tenía a él para advertirme a cada paso del riesgo que corría; pese a todo, yo cometía sus mismos errores y, por decirlo de algún modo, me complacía en cometerlos.

CAPÍTULO IX

Mientras tanto, Cecilia seguía viendo a Luciani todos los días, incluso aquellos en que nosotros concurríamos; de modo que su inasibilidad, después de haber sido durante mucho tiempo una hipótesis, era ya una certidumbre, algo semejante a un carácter fijo con el cual debía contar y adaptarme a él. En efecto, sentía que mi amor por ella, originado por la incapacidad de poseerla, después de haber oscilado violentamente entre el tedio y la pena, ahora iba asumiendo el aspecto de una especie de vicio en cuatro etapas sucesivas: tentativa de posesión diferente de la sexual; fracaso de

la tentativa; rabiosa e inane recaída en la relación sexual; fracaso de ésta y, por lo tanto, a empezar de nuevo. La única cosa que no podía aceptar en todo esto era el hecho de tener que compartir en paz con Luciani los favores de Cecilia. Recuerdo que, del mismo modo que Balestrieri no se ponía celoso de Tony Proietti por tener la ilusión de que Cecilia lo traicionaba con el viejo pintor, yo intentaba consolarme diciéndome que, mientras yo sabía que Cecilia hacía el amor con el comediante, éste ignoraba que Cecilia hacía el amor conmigo. En otras palabras, frente a Luciani yo me hallaba en la situación del amante frente al marido engañado; y ningún amante estuvo nunca más celoso del marido, porque saber significa, en ciertos casos, poseer, y no saber significa no poseer. Era un consuelo miserable, pero me ayudaba a pasar el tiempo con cálculos de este género: yo sabía de Luciani pero Luciani no sabía de mí; por lo tanto, Cecilia lo traicionaba conmigo y no a mí con él. Por otra parte, él había llegado después de mí, y, en consecuencia, Cecilia me había traicionado

con él y no a él conmigo. En fin, estaba el dinero, como en el caso de Balestrieri; yo le daba dinero a ella, cosa que no sólo no hacía Luciani, sino que se lo quedaba o lo gastaba con ella: yo le pagaba a ella, cosa que no hacía él, y, en cierto modo, ella lo traicionaba conmigo. Sin embargo, no podía descartarse que anduviera con Luciani por amor y conmigo por el dinero. Pero Cecilia no le daba gran importancia a la riqueza, y podía ser que el dinero, entre ella y yo, tuviera un valor sentimental, y, puesto que el actor no se lo daba, podía ser que ella lo traicionara conmigo. Imaginaba estas y mil cosas más por el estilo.

Pero, después de estas cavilaciones, quedaba el inalterable y desnudo hecho de que Cecilia hacía el amor con Luciani, y de que, mientras siguiera haciéndolo, yo jamás podría poseerla de modo completo. Si al menos Cecilia me hubiera hecho olvidar la posesión incompleta. Pero, confiada en haber resuelto el problema de la simultánea presencia de dos hombres en su vida, no sólo me hablaba libre y casualmente de sus relaciones con el actor, sino

que también mencionaba detalles que el amor de Luciani dejaba en su cuerpo. Por lo demás, no se notaba ninguna complacencia ni crueldad en su voz cuando contestaba a ciertas preguntas que le hacía: “Fue Luciani, que me mordió”; o bien: “Esta mancha blanca en el vestido me la hizo Luciani, porque hicimos el amor sin quitarnos la ropa”. Y lo decía con la serenidad de quien encuentra más fácil y cómodo decir la verdad en vez de inventar mentiras. Tan convencida estaba Cecilia de que ya no sufría yo por esa coparticipación amorosa que llegó a fijar, por teléfono, varias citas con Luciani, y luego a pedirme que la acompañara a la casa de él. Y uno de esos días, mientras la llevaba en el coche hasta la vía Arquímedes, donde Luciani la esperaba, tuvo la ocurrencia de decirme: “Me gustaría mucho que tú y Luciani se conocieran y se hicieran amigos”. No dije nada, pero pensé que un mundo hecho a imagen y semejanza de Cecilia sería uno muy distinto de aquel en que vivíamos, carente de límites y contornos, informal, casual e irreal, en el que todas las mujeres pertenecían

a todos los hombres y ninguna mujer debía tener sólo un hombre.

Pero yo sufría. Y poco a poco, a través del sufrimiento, al fin se abrió paso una idea extrema, que nunca se me había ocurrido: quizá la única manera de liberarme de Cecilia, de poseerla de verdad y de aburrirme de ella, era desposarla. No había logrado aburrirme de Cecilia teniéndola como amante, y ahora estaba casi seguro de lograrlo si me casaba con ella. La idea del matrimonio me atraía cada vez más, con una perspectiva totalmente distinta a la de quien se dispone a casarse y acaricia el sueño de un amor infinito; a mí, en cambio, me sonreía el sueño del fin del amor. Imaginaba que, una vez casada, Cecilia se convertiría en una mujer cualquiera, llena de ocupaciones caseras y sociales, satisfecha y sin misterio; que “se asentaría”, como se dice en el lenguaje familiar. Era posible que su presente inasequibilidad no fuese más que la expresión de un deseo matrimonial; tal vez Cecilia buscaba instintivamente entre sus amantes a un marido para calmarse y estar tranquila. Pensaba

contraer nupcias con ella con todas las pompas religiosas y burguesas, y, una vez casada, hacerle un gran número de hijos que, también ellos, ayudarían a definirla y a encerrarla en la imagen nada enigmática de la maternidad.

No faltará quien piense que esta idea de emplear el matrimonio, luego de fracasar la relación física y el dinero, era inadecuada y absurda. Como quemar la propia casa para encender un cigarrillo. Pero, como ya lo he dicho, yo estaba desligado de toda sociedad y, sobre todo, de la que formaba parte mi madre. En esta carencia total de raíces y de responsabilidades, en este absoluto vacío del tedio, el matrimonio era para mí algo muerto e insignificante, que, de este modo, podía servir para algo.

Naturalmente, yo contaba con irme a vivir a la villa de la vía Appia, en compañía de mi mujer y de mi madre. El matrimonio, la villa, mi madre y la sociedad en que vivía mi madre eran partes de la máquina diabólica en la que Cecilia entraría como demonio enigmático y hermoso para convertirse en una señora burguesa de lo más común.

Por otra parte, la idea del matrimonio me había llegado, de modo espontáneo, como el medio más seguro para truncar las relaciones entre Cecilia y Luciani. Pensaba que ella lo dejaría de buen grado en cuanto aceptara casarse conmigo. Pero también era cierto que, si Cecilia se convertía en mi mujer, no me importaría mucho que ella siguiera siendo amante de Luciani, de otro o de nadie.

Al llegar a este punto, debo decir que, además de la perspectiva de liberarme de mi amor por ella, la solución conyugal me daba casi la esperanza de volver a pintar en cuanto ella viviera en casa de mi madre y cesara de anublar mi horizonte. Imaginaba a Cecilia atareada con los niños y la vida mundana; yo me veía en el estudio del fondo del jardín, feliz de dedicarme otra vez a mi querida, casta y muy intelectual pintura. Nada de los inmundos y calenturientos desnudos de Balestrieri. Pensaba que pintaría los cuadros más abstractos en toda la historia de la pintura abstracta. Finalmente, dejaría plantada a Cecilia en casa de mi madre, llena de críos, para volver a vivir solo en la vía Margutta.

Se dirá que todo esto era una contradicción, en vista de lo que había sido y había hecho hasta entonces; y que, por otra parte, éstos no eran los términos de mi problema. En efecto: amar a Cecilia y pintar no eran dos hechos dependientes uno del otro, sino equivalentes y autónomos. Mi amor por Cecilia no me impedía pintar: yo era impotente para pintar en la misma medida que era impotente para poseer a Cecilia, y el hecho de deshacerme de tal amor no quería decir que yo estuviera en grado de retomar la pintura.

Además, siempre había odiado la casa de mi madre, la sociedad de mi madre y el dinero de mi madre; me había ido a vivir a la vía Margutta porque sentía que en la vía Appia me era imposible pintar. Y ahora pensaba en volver a vivir en casa de mi madre, precisamente en esa casa y en ese mundo que aborrecía. Para explicar todo esto, sólo se me ocurre decir que la contradicción constituye el fondo móvil e imprevisible del ánimo humano. En realidad, estaba desesperado; y me parecía que aun esta especie de suicidio, el hecho de regresar

a casa de mi madre, era preferible en mi situación, siempre y cuando pudiera liberarme de Cecilia.

Empezaba el verano, y uno de esos días le dije por teléfono a Cecilia que, en lugar de vernos en el estudio, podíamos dar un paseo en el coche, fuera de Roma. Sabía que a ella le gustaba el campo. Me pareció extraño el tono caluroso con que aceptó mi propuesta:

—Me encantaría —dijo, y luego agregó de modo inesperado—, hoy podemos estar juntos todo el día, porque estaré libre hasta la noche.

—¿Qué pasa? —le pregunté sarcásticamente—, ¿tu severísimo padre te permite salir conmigo?

Respondió con franqueza, extrañada de que le recordara la mentira que me había dicho para ocultar su relación con Luciani:

—No es eso. Luciani no va a poder verme esta noche, y pensé que te gustaría estar conmigo todo el día.

—Dile a Luciani que agradezco mucho su generosidad.

—Otra vez... ¿ya ves cómo eres? No es cierto que te guste que te diga la verdad.

—Está bien, paso por ti a las once, para que desayunemos juntos.

—A las once no puedo porque voy a desayunar con Luciani.

—Ya me parecía extraño que no lo vieras un día.

—Nos vemos en el estudio, cerca de las tres.

Cecilia llegó puntualmente, como era su costumbre. Lucía un vestido nuevo, verde, de dos piezas, y le dije que le sentaba bien. Respondió al punto, con una grata premura, que me extrañó sobremanera:

—Lo compré con tu dinero; también éstos —dijo, indicando los zapatos—, y éstas —agregó, extendiendo las piernas para mostrarme las medias—; en fin —concluyó—, gracias a tu dinero vengo bien vestida por dentro y por fuera.

Mientras salíamos del patio, le pregunté:

—¿Por qué me dices eso?

—Porque una vez me dijiste que te gustaba que te lo dijera.

—Es cierto. Pero me gustaría mucho más saber que eres mía por dentro.

—¿Por dentro, dónde?

—Por dentro.

Se echó a reír, con su risa casi pueril, que dejaba al descubierto sus agudos dientes caninos:

—Por dentro no soy de nadie. Dentro están los pulmones, el corazón, los intestinos, el hígado. ¿Qué harías con ellos?

Estaba contenta, y se lo dije.

—Estoy contenta porque estoy contigo —comentó.

—Gracias, eres muy amable.

Atravesé la Piazza del Popolo, crucé el Tevere, recorrí toda la calle de Cola di Rienzo y, después de rodear los muros del Vaticano, di vuelta en la vía Aurelia, con rumbo a Frigene. Cecilia iba a mi lado, con el cuello erguido, con su tupida mata de cabellos ondulados y las manos en el regazo. La veía de vez en cuando, de reojo, reconociendo una vez más aquellas características que, de manera enigmática, me la hacían tan deseable y huidiza: su rostro de niña, contradicho por las arruguitas en las comisuras de los labios; la gracilidad de los hombros, que desmentía el relieve pesado de

los senos; la delgadez flexible de la cintura, sin correspondencia alguna con la redondez de las caderas y de los muslos. Y el regazo, las manos grandes y feas, de una blancura sucia, pero atractivas y hasta bellas, si es posible decir que es bella una cosa fea. Jamás me había gustado tanto, de un modo semejante a ella, es decir, irritante y evasiva. Estando ya fuera de Roma, pensé que no resistiría el deseo hasta la seis, que era la hora fijada para regresar al estudio. Disponía de diez horas; por lo tanto, podía hacer el amor dos veces: en el campo, inmediatamente, y luego en la noche, después de cenar.

El camino subía y bajaba entre colinas sin árboles, cubiertas de hierba tupida y lujuriosa, de un verde casi azul: la hierba que las lluvias abundantes, caídas en los últimos dos meses, habían hecho crecer en el terreno ensopado de agua. Pero el cielo seguía sin despejarse: nubes negras, que parecían incapaces de alzarse debido a la gran cantidad de agua que llevaban, permanecían suspendidas en estratos inmóviles sobre aquel verdor

todavía primaveral. Sin dejar de conducir el coche a gran velocidad, buscaba el lugar adecuado que, ora estaba muy cerca de la carretera, ora demasiado descubierto, ora no muy lejos de un caserío. Seguí adelante por algunos kilómetros, sin hablar, cargándome de toda la fuerza y casi la cólera de mi deseo. Al ver la primera brecha, di vuelta. Cecilia me preguntó:

—¿No íbamos al mar?

Le respondí:

—Ahora vamos a un lugar apartado, para hacer el amor; luego iremos al mar.

No dijo nada. Aceleré al máximo el coche, en el camino vecinal, blanco y pedregoso. Después de un kilómetro de tumbos sobre la brecha blanca y pedregosa, el paisaje empezó a cambiar. Dejamos atrás las colinas herbosas y sin árboles; ahora estábamos en un llano donde pacían caballos y ovejas, el cual terminaba en un bosque. Era lo que andaba buscando. Al llegar a una cerca, paré el coche y le dije a Cecilia:

—Bajemos.

Luego de obedecer, se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Prefiero que vayas adelante —le dije, sin razón alguna.

Lo hizo, sin objetar nada; y, después de empujar un cancel rústico, se encaminó por un sendero, mejor dicho, por unas huellas dejadas sobre la hierba alta y tupida. Fue entonces que me di cuenta de por qué le había pedido que me precediera: quería mirar el movimiento poderoso y renuente de sus caderas. Yo sabía que ese movimiento no era más que el reclamo sexual de la hembra de cualquier especie. Si la hubiese precedido, habría podido tener la ilusión de que la guiaba. De modo que, al hacer que caminara delante de mí, yo habría podido confirmar que ese movimiento no iba dirigido a mí, sino a ella, que esperaba disfrutar del placer en algún sitio del bosque, placer que yo le daría, es verdad, pero del cual yo sólo sería el instrumento.

Caminamos en silencio, entre la hierba tupida. Sobre nuestras cabezas, la nublazón parecía deshilarse en jirones de niebla baja y henchida,

semejante a un vientre grávido. El aire era húmedo, caliente y rumoroso. Miraba las caderas de Cecilia, que, mientras nos acercábamos al bosque, parecían aumentar la fuerza y la monotonía de su movimiento, como una máquina que encuentra su ritmo normal; yo pensaba que entre el movimiento que adoptaba al caminar y el adoptado durante el amplexo no había ninguna diferencia: Cecilia siempre estaba lista para la relación sexual, como un coche con el tanque lleno de combustible. Debió de sentir mis miradas, porque, volviéndose de pronto, me preguntó:

—¿Qué tienes, por qué no hablas?

—Te estoy deseando mucho, no tengo ganas de hablar.

—¿Siempre me deseas?

—¿Te disgusta?

—No; sólo preguntaba.

Caminamos todavía un buen trecho. Poco después, la vegetación era mucho más rala; empezamos a caminar entre los árboles, hasta entrar en pleno bosque. Encontramos una barranquita llena

de árboles, arbustos y matorrales en el terreno accidentado. Buscaba un lugar para tendernos. Al fin encontré un pequeño calvero musgoso y rodeado de helechos y de retamas. Estaba a punto de indicárselo a Cecilia, cuando ella me dijo con toda tranquilidad:

—Ah, se me olvidaba decirte que hoy no puedo hacer el amor.

Tuve la sensación de haber metido el pie en una trampa. Le pregunté:

—¿Por qué?

—No estoy bien.

—Estás mintiendo.

No dijo nada y siguió caminando entre los helechos y las retamas, con su paso lento y fuerte; y luego, después de subir a un pequeño promontorio, se dio vuelta, se agachó y, agarrando los bordes de la falda, tiró de ellos hasta el vientre. Aparecieron los muslos envainados en la seda y, en el punto más bajo del vientre, donde el *slip* transparente dejaba ver la mancha oscura del pubis, se veía la blanca opacidad de un tampón de algodón.

—¿Me crees ahora?

—Sí, es cierto; tú siempre dices la verdad —respondí con rabia.

Se bajó la falda, en silencio; luego me preguntó:

—¿Por qué lo dices? Durante los demás días nunca te he dicho que no.

Sentí que perdía la razón. El deseo frustrado se aunaba a mi obsesión de no ser capaz de poseerla, como si la molestia de ese día sólo fuera una de las tantas imposibilidades de una situación siempre igual. Le dije:

—Te deseo mucho, y tú, viniendo conmigo y haciéndome creer que estabas de acuerdo, aumentaste mi deseo. ¿Por qué no me dijiste que estabas mal?

Mirándome con indiferencia, como un negociante que, en vez de ofrecer un artículo agotado, ofrece otro distinto y de menos valor, me dijo:

—Pero si vamos a estar juntos todo el día.

—Yo quería hacer el amor.

—Lo haremos otro día, tal vez mañana.

—Pero yo quiero hacerlo hoy, ahora mismo.

—Pareces un niño.

Me quedé callado. Cecilia caminaba ahora con la cabeza gacha, por entre los matorrales, como buscando algo. Luego se inclinó y, después de cortar un tallo de hierba, lo puso entre sus dientes. Y dije, rabioso:

—Por eso querías que pasáramos el día juntos. Al fin y al cabo, no podías hacer el amor con Luciani.

—Si él me lo hubiera pedido, también le habría dicho que no.

—Pero Luciani te tuvo ayer, y yo hace tres días. —Seguía precediéndome entre los matorrales, errabunda, con el tallo de hierba entre los dientes. Le pregunté, de pronto, sumamente disgustado:—
¿A dónde vas, qué quieres hacer?

—Lo que tú quieras.

—Sabes ya lo que quiero.

—Ya te dije que no es posible.

—Si no se puede hacerlo, no veo qué otra cosa podamos hacer.

—¿Por qué no volvemos a la ciudad y vamos al cine?

—No.

—¿No quieres ir al mar?

—No.

—¿Quieres que vayamos a la parte de los castillos?

—No.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Ya te lo dije: quiero tomarte.

—Y yo ya te dije que no.

—Entonces, regresemos al coche.

—¿A dónde vamos?

—No lo sé: vámonos.

Volvimos al coche. Esta vez yo precedía a Cecilia, pero como sin saber a dónde iba. Al contrario de ella, que parecía saber siempre a dónde se dirigía; si no con la mente, al menos con el cuerpo.

Ya en el coche, sin siquiera esperar a que Cecilia terminara de cerrar bien la portezuela, partí a gran velocidad. Mi furor crecía cada vez más, como un fuego que hallaba siempre un nuevo alimento para

sus llamas. Este furor me inspiraba continuas y obsesivas ilusiones, como si, no habiendo podido tenerla, la buscara obstinada y estúpidamente en todos lados, en cuanto me lo permitía la más remota de las semejanzas. Las partes peladas y las partes herbosas de un llano me hacían pensar en su vientre; ciertas lomas eran sus senos; algunos accidentes del terreno me recordaban el perfil de su cara y sus cabellos. Y cuando veía que el camino se insinuaba entre dos largas colinas redondeadas, me parecía ver las piernas abiertas de Cecilia, tendida boca arriba, y que entre las dos colinas estaba la hendedura de su sexo, y que el coche corría hacia aquella hendedura. Luego, de improviso, cuando me parecía que estaba a punto de entrar allí, con todo y coche, en la gigantesca Cecilia hecha de tierra, la perspectiva cambiaba y, en lugar de dos colinas veía otras más, aunque sólo se trataba de un paisaje cualquiera. Por otra parte, como he dicho, no sabía a dónde ir; me parecía andar en busca de algo que, por más que corriera, seguiría siendo inalcanzable. Este algo estaba siempre adelante, lejos

de mí, en un conjunto de árboles, en una colina, en un valle, en un puente, y tenía que correr de nuevo hacia nuevas metas ficticias. Mientras tanto, presa de un delirio furibundo, obtuso e impotente, siempre me quedaba la precisa sensación de que Cecilia estaba ahí, a mi lado, cercana e inasible al mismo tiempo.

No sé cuánto corrí, a troche y moche, de un camino a otro, por brechas, sin seguir un rumbo preciso, recorriendo kilómetros y kilómetros, a orillas del mar o entre boscajes. Tal vez más de una hora. De repente, en no sé qué camino, frente a una planicie delimitada por hileras de álamos, paré bruscamente el coche y me volví hacia Cecilia:

—Debo proponerte algo.

—¿Qué?

No lo pensé durante toda aquella carrera, pero lo había pensado en los días anteriores, incluso esa misma mañana, antes de ver a Cecilia. Y, como si fuera la cosa más natural del mundo, le dije:

—Quiero que seas mi mujer.

Vi que me miró sin asombro, con serena confianza:

—¿Quieres que nos casemos?

—Sí.

—¿Por qué me lo dices ahora?

—Llevo tiempo pensándolo, y ha llegado el momento. —Se me quedó mirando, mientras yo experimentaba la vertiginosa sensación de quien, después de haber dudado mucho, se arroja de cabeza al vacío. Aferré sus manos y le dije de corrido:— Serás mi mujer, viviremos en casa de mi madre. Tal vez no sabes que soy rico.

—¿Eres rico?

—Sí; bueno, la rica es ella, y una vez que vivamos con ella, en su villa de la vía Appia, su riqueza será mía, nuestra. —Guardó silencio. Proseguí:— Nos casaremos en toda forma, con toda la solemnidad posible. Matrimonio eclesiástico, regalos, confites, flores, banquete, recibimientos y tantas otras cosas por el estilo. Inmediatamente después, haremos nuestro viaje de bodas al norte, a Escandinavia; o al sur, a Egipto. Cuando regresemos, tu vida cambiará completamente. Serás una señora de la sociedad romana, de las que se ven en la vía Veneto o en la Plaza de España.

Pero ella seguía callando.

Con rabia creciente, apretándole las manos, agregué:

—Tendremos hijos, porque quiero tener hijos. Lo tienes todo para hacer no sé cuántos. Te haré dos, cuatro, seis, ocho, los que tú quieras. —Su silencio me inquietaba. Le pregunté:— ¿En qué piensas?

Al fin se decidió a contestar, y me dijo lentamente:

—No puedo decírtelo de primas a primeras. Tengo que pensarlo.

—Piénsalo. ¿Me lo dirás mañana, pasado mañana? Como quieras. Mientras tanto —agregué de pronto—, vayamos a casa de mi madre, para presentarte como mi novia.

Me había pasado por la mente que ella dudaba acerca de las afirmaciones sobre la riqueza de mi madre, y que quería verlo con sus propios ojos. Por otra parte, el hecho de presentarla como mi novia ayudaría a comprometerla y, en cierto modo, obligarla a aceptar mi propuesta.

Me preguntó:

—¿Por qué en su casa? Puedes presentármela cualquier otro día.

—No; es mejor que sea hoy, para que la conozcas y sepas de qué se trata.

—Tú quieres presentarme como si fuera tu novia, cosa que yo no soy todavía.

—¿Qué importa? Si luego no nos casamos, le diré a mi madre que te arrepentiste.

—Hoy mismo te daré mi respuesta —dijo de pronto, de manera extraña, como si ya hubiese tomado la decisión que debía anunciarme poco después—. Esta noche.

—¿Por qué esta noche? ¿Por qué no ahora mismo?

—No; esta noche.

Nada dije; quité el freno de mano, encendí el motor y partimos. La deseaba tanto que el matrimonio que le acababa de ofrecer me parecía un precio inadecuado no sólo para la eternidad del amor, sino también para un simple y fugitivo amplexo. Con tal de poseerla una vez más, pero de veras, no sólo me habría casado con ella, sino que habría hecho un

pacto con el diablo a costa de mi alma. Se dirá que ésta es sólo una frase y, además, de corte romántico. Sin embargo, en aquellos momentos, la condenación no era para mí una simple frase sino un hecho real, que habría podido suceder no en el otro mundo, en el que no creía, sino en éste, en el que tenía que vivir. Sé que podrá parecer extraño, pero la posibilidad de esta condenación me daba una lejana esperanza de liberación, de la liberación que esperaba alcanzar el día en que lograra poseer a Cecilia.

La tarde declinaba; los cipreses y los pinos de la vía Appia, negros como la tinta, se perfilaban sobre el fondo de una larga franja roja, parecida a la fisura de un incendio en los escombros de las nubes. Remonté con lentitud la estrecha vía romana, aminorando la marcha donde el pavimento antiguo afloraba en el asfalto, mirando las ruinas, los canceles, los coches estacionados en las orillas herbosas del camino. Meditaba en la propuesta matrimonial hecha poco antes, dándome cuenta de que había recurrido al matrimonio con excesiva desenvoltura, como a cualquier otro medio, uno de

tantos, para alcanzar un fin que no sólo le resultaba extraño, sino que también se negaba. Sentí el temor de haber dejado al descubierto mi estado de ánimo y mis intenciones, de no haber sido convincente, de haberle dejado a Cecilia la disgustosa sensación de que deseaba desposarla para deshacerme de ella. Después de todo, pensé, podía ser que Cecilia abrigara en su corazón la idea conyugal; pero yo, al proponerle que fuera mi mujer de manera tan expeditiva, quizá había ofendido ese ideal. Al fin le dije:

—Es mejor que te tomes tu tiempo para responderme. El matrimonio no es una cosa que se hace a la ligera. —Y, puesto que ella seguía guardando silencio, proseguí:— Casarse significa unirse para toda la vida. Yo, al menos, así lo veo. Por eso quiero que nos casemos por la iglesia.

Me preguntó:

—¿Por qué quieres que sea por la iglesia?

Le respondí, con complacencia:

—Porque con el matrimonio eclesiástico estaremos unidos realmente, sin posibilidad de separarnos nunca más.

Ella dijo:

—Pero tú no crees en esas cosas.

—Lo haría por ti.

—Tampoco yo creo en esas cosas.

—¿No crees en eso? Me contaste que estuviste con las monjas hasta los doce años.

—Eso nada tiene que ver. No creía en eso ni cuando estuve con ellas.

—¿En qué creías?

Reflexionó por unos instantes y luego respondió, con escrúpulo exacto y seco:

—En nada. No creía en eso como resultado de haberlo pensado. No lo creía porque nunca pensaba en eso. Y tampoco ahora me pongo a pensar en eso. Pienso en muchas cosas, menos en la religión. Si uno no piensa en una cosa, quiere decir que esa cosa no existe para uno. No es que me guste o no la religión, porque para mí no existe.

Aminoré la marcha del automóvil, para ir a vuelta de rueda.

—Ahora no piensas en ella, pero no puedes excluir que un día necesites hacerlo.

Después de reflexionar un poco, me dijo:

—No lo creo. Si no lo hice cuando vivía con las monjas, donde a diario se hablaba de la religión, ¿por qué debería hacerlo fuera del convento, donde hay tantas cosas en qué pensar? ¿Sabes en qué pensaba mientras decía las oraciones?

—¿En qué?

—En el reloj.

—¿Por qué en el reloj?

—Había un reloj de péndulo, lo miraba y, mientras decía las oraciones, contaba los segundos, los minutos.

—¿Tanto te aburría rezar?

—Sí.

—¿Por qué?

—Existen muchas cosas, también muy aburridas, pero que al menos sirven de algo. Para mí, la oración no sirve para nada.

—Quién lo sabe. Acaso un día te servirá.

—No lo creo. No puedo imaginar el día en que tenga necesidad de la religión. Está de más.

—¿De más?

—Sí. ¿Cómo decirlo? Si existe, las cosas están de cierto modo; si no existe, las cosas siguen estando igual. Nada cambia: por lo tanto, está de más.

—Lo mismo podría decirse de tantas cosas en este mundo.

—¿Cuáles?

—Bueno... el arte, por ejemplo. Según tú, las cosas estarían del mismo modo aunque el arte no existiera.

—Pero el arte divierte a quien lo hace. Bales-trieri se divertía. Tú te diviertes. En cambio, la religión es tediosa. En el convento siempre tuve la impresión de que las monjas se aburrían, como se aburren los sacerdotes y todos los que se dedican a la religión. La gente se aburre en las iglesias. Míralos mientras están en la iglesia, y verás que no hay uno solo que no se aburra mortalmente.

Era la primera vez que Cecilia me hablaba del tedio, y no pude menos que preguntarle, lleno de curiosidad:

—Pero ¿tú te aburres?

—Sí; algunas veces.

—¿Qué sientes cuando te acosa el tedio?

—Siento el tedio.

—¿Qué es el tedio para ti?

—¿Cómo voy a explicártelo? El tedio es el tedio.

Hubiera querido decirle: “El tedio es la interrupción de toda relación. Quiero casarme para aburrirme de ti, para no sufrir más y hacer que ya no existas para mí, del mismo modo que no existen para ti la religión y tantas otras cosas”, pero no tuve el valor de decírselo. Por lo demás, ella interrumpió nuestro coloquio al alzar una mano para acariciarme la mejilla:

—Vamos a casa de tu mamá, para que no se nos haga tarde.

—De acuerdo —le dije.

Pero no pude menos de preguntarme cuál era la razón del repentino deseo de ir a casa de mi madre, si poco antes parecía repugnarle la sola idea de hacer esa visita. Luego de cavilar un poco, me pareció que, con tal proposición, Cecilia deseaba sustraerse a una conversación que le disgustaba. En cambio, yo lo hacía constantemente, y creí que

su obstinada reticencia se derivaba precisamente de la antipatía que le causaba mi estilo de conversación. Siempre lista para darse en la relación física, en cualquier momento y en cualquier condición, Cecilia era, en cambio, una ostra cada vez que la plática recaía sobre ella, una ostra de valvas más tenaces y cerradas mientras más esfuerzos se hacían para abrirlas. Por lo general, ella procuraba interrumpir este tipo de plática con propuestas de hacer el amor: tomaba mi mano, la llevaba a su vientre y cerraba los ojos. Me ofrecía el cuerpo para ocultar todo lo demás. Pero ese día no podíamos hacer el amor y, con tal de no seguir hablando de ella misma, me propuso lo que tenía al alcance de la mano: la antipática visita a mi madre.

Seguí conduciendo y pensando en estas cosas; luego le pregunté:

—¿Balestrieri no te preguntaba nada acerca de ti?

—No; nunca.

—¿De qué te hablaba?

—De él.

—¿Qué te decía?

—Decía que me amaba.

—¿Y luego?

—Nada más. Sólo hablaba de sí mismo, de lo que sentía por mí. Ya sabrás, las cosas que siempre dicen los hombres cuando están enamorados.

No pude menos que pensar que, al fin, había encontrado una diferencia entre Balestrieri y yo: yo siempre quería que Cecilia me hablara de ella misma. Balestrieri, por el contrario, como todos los erotómanos, siempre hablaba de sí mismo. Pensé que él nunca la había amado de verdad. Le pregunté:

—¿Y te gustaba que te hablara de sí mismo?

—Un poco, cuando decía que me amaba; pero como siempre decía las mismas cosas, dejaba de oírlo.

—¿Hubieras preferido que te hablara de ti?

—No.

—¿No te agrada que se hable de ti?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Te molesta que te haga tantas preguntas?

—Sí.

Me quedé frío al oír este monosílabo tan cortante.

—¿Me odias cuando te hablo de ti misma?

—No; no te odio, pero no veo la hora en que dejes de hacerlo.

—¿Qué sientes cuando te hago tantas preguntas?

Reflexionó un poco, luego dijo:

—Siento ganas de no responderte.

—¿De quedarte callada?

—Sí, o de decirte algo que no es cierto, sólo para darte gusto. —Calló por un momento, y luego continuó, con repentina locuacidad—: Nada más figúrate que, cuando estaba en el convento y debía confesarme, inventaba pecados que no había cometido, sólo para no hablar de mí misma. El cura se ponía contento, diciéndome que debía arrepentirme y rezarle a la Virgen y a San José; yo siempre le decía que sí, aunque nunca hiciera nada de lo que me pedía, porque no había hecho nada malo y no tenía de qué arrepentirme.

Pensé que aquel cura indiscreto había querido hacer, en el fondo, la misma cosa que yo intentara tantas veces: aferrar a Cecilia, imputarle un pecado, someterla a juicio. Le pregunté, alarmado:

—¿Eso quiere decir que me inventas cosas que nunca has hecho?

Respondió vagamente:

—Sí; algunas veces las invento.

—¿Qué quieres decir? ¿Que me has mentido? ¿Cuándo?

—No lo recuerdo en este momento.

—Trata de recordarlo.

—No lo recuerdo.

—Por ejemplo: ¿me mientes cuando hablamos acerca de tu relación con Balestrieri?

—Te juro que no lo recuerdo.

—¿De manera que todo lo que me has dicho sobre tu pasado es pura mentira?

—No, eso no. Te he mentado sólo cuando era necesario.

—¿Cuándo, por ejemplo?

—No me acuerdo: cuando era necesario.

—¿Y cuándo te parece necesario decir mentiras?

—¿Cómo debo decírtelo? Es necesario cuando es necesario.

—Bien; ahora vamos a casa de mi madre. Te presento como mi novia y en un mes, cuando mucho, nos casamos.

Proseguimos nuestro camino y, un poco más adelante, apareció el consabido cancel con dos pilastras adornadas con antiguallas romanas. Cosa rara, estaba abierto y con las lámparas encendidas sobre las pilastras. En ese momento, tres o cuatro coches hacían fila para entrar.

Le dije, muy contrariado:

—Tengo miedo de que mi madre tenga una recepción, como suele decirse; que esté ofreciendo un coctel. ¿Qué hacemos?

—Lo que tú quieras.

Consideré que, después de todo, para el fin que me había propuesto, aquella recepción podía ser útil: Cecilia podría darse una idea del mundo al que entraría en cuanto nos casáramos. Y, si ella

era ambiciosa, tal idea podía ser muy favorable. Sin pensarlo más, le dije:

—Entramos, te presento a mi madre, bebas alguna cosa, ves la casa y luego nos vamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Recorrí la avenida detrás de los otros coches, y me detuve, no sin dificultad, en el terraplén ya casi lleno. Cecilia bajó, yo la seguí. Se dirigió a la puerta de la villa, levantando ambas manos para quitarse del cuello la cabellera y dejarla sobre los hombros, algo que siempre hacía para superar su timidez. La alcancé y, tomándola por un brazo, le dije en voz baja:

—Ésta es la casa en que viviremos después de casarnos. ¿Te gusta?

—Sí; es una bella casa.

Entramos al vestíbulo y nos dirigimos a la primera de las cuatro o cinco salas que ocupaban la planta baja. Había un gran número de invitados, casi todos de pie, con vasos en la mano, hablándose a la cara y mirando de reojo a los demás, como su-

cede en los cocteles. Entonces, empujando a Cecilia por el brazo para avanzar entre aquella muchedumbre vanidosa, miré a todos aquellos hombres vivaces y presuntuosos, a todas aquellas mujeres maquilladas y vestidas a la última moda y, viendo que Cecilia casi se confundía con aquella multitud odiosa hasta parecer que era una de ellas, pensé que, en cuanto nos casáramos, podría liberarme de Cecilia y del amor que le tenía, que iba a odiarla como odiaba a los invitados de mi madre. Pero, al mismo tiempo, me avergonzó la idea de perderla entre aquella multitud horrible, con el propósito de que ella, al fin, no se casara conmigo. Sí; yo quería aburrirme de Cecilia, pero no deseaba odiarla. La amaba demasiado para desear liberarme de ella a costa de su transformación de muchacha pobre y graciosa en arpía adinerada.

Sumido en estas reflexiones, seguía empujando a Cecilia entre aquella gente, de un grupo a otro, de un círculo de caras a otro, en medio del humo de los cigarrillos y el rumor de las conversaciones, rozando a nuestro paso bandejas llenas de copas

de varios tamaños y colores, que los camareros llevaban por todas partes. Era una recepción multitudinaria, y podía verse que a mi madre le gustaba hacer las cosas en grande, sin parar mientes en los gastos. Pero el dinero que mi madre había desembolsado para recibir dignamente a sus huéspedes era nada comparado con el dinero que tenía cada uno de aquellos invitados. Recordé una pregunta que le oí, muchos años antes, a un viejo rollizo y alegre, dirigida a un viejo flaco, pálido y triste: “Según tú, ¿cuánto capital hay dentro de estas cuatro paredes? Dime una cifra”. A dicho cuestionamiento respondió el flaco, con acritud: “Qué sé yo. No soy inspector de Hacienda”. Muy a menudo me había preguntado por qué sentía una aversión tan profunda por el mundo de mi madre. Pero ese día, al recordar aquella frase y compararla con las caras que miraba en torno mío, la comprendí por completo. En efecto, al escrutar los rostros de los invitados de mi madre, tuve la precisa sensación de que ni una arruga, ninguna inflexión de la voz, ningún temblorcito de la risa,

ninguna sola facción estaba desconectada del mundo del dinero, el cual, como dijera aquel viejo gordo, los invitados representaban en mayor o menor medida. Sí, pensé, en toda esta gente el dinero se había vuelto sangre y carne; ganado mediante el trabajo honesto y afortunado, o robado con astucia y prepotencia, siempre produce el mismo resultado: una vulgaridad inhumana, reconocible en las más vastas gorduras como en las flacuras más reseca. Y si era cierto que el dinero no permitía el divorcio del dinero, porque el rico no puede fingir que no lo es, yo entendía una vez más que también yo, muy a pesar mío, formaba parte de esta sociedad de ricos, y que era precisamente el dinero, al cual había renunciado pero sin librarme de él, lo que había provocado la crisis de mi arte y de mi vida. Yo sólo era, pues, un hombre rico que deseaba ser pobre; que podía vestir harapos, comer pan duro y vivir en un tugurio; pero el dinero que me respaldaba convertía mis harapos en trajes elegantes, mi pan duro en exquisiteces refinadas, mi tugurio en palacio. Mi mismo coche, casi una carcacha, era

más lujoso que tantos coches de lujo, porque era el coche de quien, con sólo desearlo, podía tener uno de marca muy cara, flamante.

Me sobresalté al oír la voz de mi madre:

—¡Dino, qué bueno que estés aquí!

Estaba frente a mí, pero no la había visto, o tal vez sí, pero sin distinguirla entre tantos invitados, porque en ese momento parecía ser igual a ellos, idéntica a ellos, sin ningún nexo conmigo, ni siquiera de sangre. Era mi madre cuando estaba a solas con ella; pero, en el gentío que llenaba sus salas, era indistinguible, como un pájaro en su bandada o un pez en su cardumen. Cuando estaba sola, tenía algo de individual, de particular; sin embargo, en compañía de sus invitados, revelaba un carácter impersonal y colectivo. Y, como en todos los personajes que abarrotaban las salas de la villa, hubiérase podido jurar que detrás de la titilación vidriosa de sus ojos, de la vistosidad de sus joyas, de la nerviosidad de su flacura, del artificio excesivo de su maquillaje y de su voz desagradable, existía el conformismo del dinero, propio de la

sociedad de que formaba parte, sin ninguna traza de originalidad ni de una experiencia solitaria.

Semejante a sus invitados en cuanto a la apariencia física, lo fue también en su conducta durante nuestro breve encuentro. Estando a solas con ella, solía ser muy atenta; pero en los cocteles, cuya norma parece ser la suprema desatención hecha de indiferencia, de urgencia y de aturdimiento, mi madre también se comportaba como todos los demás, mirando sin ver y hablando sin escuchar. De modo que, después de tan festiva y cariñosa frase de recibimiento, dijo no sé qué locuciones incoherentes sobre algunas cosas que le impedirían ocuparse de mí; y acto seguido, mirando a su alrededor, pero sin verdadera curiosidad, agregó deprisa:

—Debo decirte que aún no me has presentado a la señorita.

Tomé del brazo a Cecilia y dije con solemnidad:

—Ella es Cecilia, mi novia.

Y ocurrió algo inesperado. O mi madre no escuchó la frase, o sí la oyó pero no la entendió, o si sólo la percibió como sonido, pero sin significado,

lo cierto es que, después de haber posado fugazmente sus brillantes ojos en Cecilia, exclamó de pronto: “Discúlpenme, debo hacer algo; nos vemos después”. Y, sin siquiera esperar la respuesta, se marchó entre el gentío con la rapidez de un tiburón que persigue a la presa en las profundidades marinas. Había llegado alguien, de seguro alguien muy importante, en el preciso momento en que se la presentaba, y se dirigía a una de las puertas, donde se arremolinaban muchas personas para recibir al recién llegado.

Pasó un camarero con una bandeja, cogí dos vasos y le di uno a Cecilia; luego la llevé hacia una ventana.

—Entonces, ¿qué dices?

—¿De qué?

Callé por un momento, abochornado. Ignoraba qué cosa quería saber de Cecilia; en el fondo, todo, en vista de que no sabía realmente nada. Dije al azar:

—De esta recepción.

—Es una recepción.

—¿Te gustan las recepciones?

Después de pensarlo un momento, respondió con cierto disgusto:

—No mucho. El humo y el ruido me molestan.

—¿Qué piensas de esta gente?

—Nada. No conozco a nadie.

—Algunas de las personas que están aquí podrían serte útiles; si quieres te las presento.

—¿Útiles?

—Socialmente.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, podrías amistar con ellas, ganarte su confianza, asistir a fiestas parecidas; o bien, tratándose de hombres, podrían hacerte la corte. De todo esto puede venir alguna utilidad. Mucha gente va a tales recepciones con este propósito. ¿Quieres que te presente?

—No tiene caso. Al fin y al cabo, no volveré a verlos.

—Seguirás viéndolos, puesto que vamos a casarnos.

—Entonces, me los presentarás después.

Yo quería hablarle acerca de la riqueza, pero no sabía cómo. Luego le dije:

—La gente que ves aquí es muy rica.

—Se nota.

—¿En qué lo notas?

—En los vestidos y las alhajas de las señoras.

—¿Te gustaría ser como ellas?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—No soy rica. Tendría que serlo para saber si me gusta. Después de serlo, podría decirte si me gusta o no.

—Pero puedes imaginarlo, ¿no?

—¿Cómo imaginar algo que no se conoce?

—Pero te gusta el dinero, ¿no?

—Sí, pero sólo cuando lo necesito.

—¿Acaso no lo necesitas?

—Ahora no; me basta con lo que me das.

—En fin, si te casas conmigo, tendrás mucho dinero y serás como cualquiera de esas señoras. ¿Qué dices?

Sus ojos oscuros se pusieron a mirar a las personas allí reunidas, y de nuevo me pregunté qué era

lo que ella veía, y si lo que ella veía se asemejaba a lo que veía yo. Después dijo, despacio:

—Aquí no hay muchachas. Sólo hay señoras de la edad de tu madre.

—Mi madre recibe a sus amigas, y es natural que ellas tengan, más o menos, su misma edad. Pero todavía no me respondes. ¿Qué dices, pues, del plan de casarnos y de convertirte en una señora como éstas?

—No puedo decírtelo porque no lo he pensado.

—Piénsalo ya.

Miró de nuevo a la gente de la sala, se llevó el vaso a los labios, bebió un sorbo y guardó silencio. Era su acostumbrada manera de huir.

Insistí:

—Pero, al menos, ¿puedo saber en qué estás pensando?

Respondió con cierta brusquedad:

—Estaba pensando en que sería mejor que nos fuéramos a un lugar más tranquilo, para darte mi respuesta.

—¿Qué respuesta?

—Sobre la posibilidad de casarnos.

—¿A dónde quieres ir?

—Me da lo mismo.

—Vayamos al segundo piso. Allí estaremos tranquilos. Quiero que veas la casa. —Dejamos nuestros vasos en el alféizar de la ventana, la tomé del brazo y, guiándola a través del gentío, llegamos a la puerta del fondo de la sala. La abrí y empujé a Cecilia hacia el corredor. De inmediato cesaron el humo y el ruido que hacían los invitados, y ya era posible respirar el aire silencioso y limpio de la casa. Empezamos a subir la escalera, y, apoyando una mano en su hombro y la otra en el pasamanos de latón, le pregunté:— ¿Te gustaría vivir aquí?

—Aquí o en cualquier otro lugar; para mí es lo mismo.

—Pero aquí está mi madre.

—Es simpática tu madre.

Lleno de asombro, exclamé:

—¡Santo cielo! ¿Qué le ves de simpático a mi madre?

—No lo sé... es simpática.

Llegamos al segundo piso. Le pregunté:

—¿Quieres ver mi recámara?

—Sí.

Abrí la puerta y se la mostré. Nada había cambiado en ella desde el día de mi partida, cuando dejé mi pantalón en las manos de Rita: con las persianas cerradas y el colchón enrollado sobre la cama. La miró apenas, con escasa curiosidad.

—¿Nadie vive aquí? —preguntó.

—Acá arriba hay varias habitaciones vacías. Podremos ocuparlas cuando nos casemos. ¿No crees que estarías mejor aquí, en una recámara como ésta, en lugar de la que tienes ahora?

Y respondió, confirmando mi convencimiento de que no veía realmente nada y de que para ella no había ninguna diferencia entre los magníficos muebles imperio de mi madre y los trastos viejos de su casa:

—¿Por qué? Son dos cuartos iguales. También hay una cama, como aquí; hay un ropero, como aquí; unas sillas, como aquí.

—¿Al menos admitirás que es más grande?

—Eso sí.

Volví a cerrar la puerta; le dije:

—Vamos a la recámara de mi madre. Ella está muy atareada con su coctel. Allí hablaremos en paz.

La conduje a la recámara, abrí la puerta y la empuje a la oscuridad, como si la lanzara a una celda, a fin de encerrarla para siempre. Encendí la luz. La recámara era vasta y cómoda, pero sin un palmo de pared o de piso desnudo, tan llena de gobelinos, tapetes y cortinajes que resultaba sofocante. Abrí una de las ventanas y me puse a mirar afuera. La ventana daba al jardín a la italiana; desde ahí, se veía en casi toda su extensión, con sus avenidas, su fuente, su pérgola y sus árboles. Había caído la noche. En el cielo muy oscuro, sin estrellas, de vez en cuando se veían algunos relámpagos de algún distante temporal, y el aire estaba casi tan cálido como el de la recámara. Las lámparas, a ras de tierra y disimuladas entre los setos, difundían una claridad falsa y vibrante en los pies de los numerosos invitados que paseaban por el jardín. Con esa luz, que sólo les alumbraba

hasta la rodilla, los huéspedes formaban un cuadro espectral, y hubiérase dicho que todo el jardín estaba poblado de piernas femeninas y masculinas, carentes del resto del cuerpo, que se confundían con la oscuridad. Mientras observaba este espectáculo, me asustó la voz de Cecilia:

—¿Dónde está el baño?

—Allí, en esa puerta.

Y si dirigió hacia la puerta. Me alejé de la ventana y fui a sentarme en una poltrona que estaba cerca de la cama. Encendí un cigarrillo.

Me impresionó un gran cuadro antiguo que estaba colgado a la izquierda de la cama. Representaba a Dánae y la lluvia de oro, tal vez una nueva adquisición de mi madre, que “invertía” parte de su dinero en obras de arte. Dánae aparecía recostada en una cama, baja y muy amplia, parecida a la de mi madre, adornada con bronce. Dánae, apoyando la espalda en un montón de cojines, con el pecho hacia atrás y el vientre hacia adelante, con una pierna extendida sobre la cama y la otra doblada, miraba, complacida, su propio

regazo, en el cual, desde la sombra de los pesados cortinajes, caía una lluvia de monedas de oro, de un oro tan claro y luminoso como el de sus cabellos de pecadora, los cuales caían sobre sus hombros y sus pechos rosados. Era un cuadro común, de tema mitológico, al que, en otras circunstancias, no le hubiera hecho caso. Pero en ese momento lo vi como algo que me concernía, aunque de modo indirecto y oscuro. Me puse a contemplar dicho cuadro, preguntándome por qué me atraía tanto y qué significaba esa atracción. La puerta del baño se abrió: Cecilia regresaba a la recámara.

Volvió casi desnuda, con el busto y las caderas envueltos en una toalla, lo cual me recordó a las mujeres de los trópicos. Se me acercó de puntitas y me dijo:

—Aquello ya se me pasó. Si quieres, podemos hacer el amor.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? Se ve muy cómodo.

Pensé que se trataba de una generosidad ladina e interesada, como si Cecilia, al ofrecerse de

manera imprevista cuando yo había renunciado ya a eso, quisiera resarcirme de alguna manera antes de una pérdida anticipada, que yo ignoraba. Le dije de modo tajante:

—Está bien, pero antes debes darme tu respuesta.

—¿Qué respuesta?

—Si aceptas ser mi mujer.

Empezó a pasear por la recámara, en silencio. Luego, con toda deliberación, se sentó en mis rodillas y, mientras me quitaba la corbata y desabotonaba el cuello, me dijo lentamente:

—Tú, Dino, eres el único hombre con el que podría casarme, porque contigo puedo ser natural y sincera sin ocultarte nada.

—¿De veras? —exclamé al punto, asombrado de este preámbulo—, pero si yo siempre tengo la impresión de que nunca dices la verdad. Si me lo haces a mí, figúrate lo que harás con los demás.

Fingiendo que no me había escuchado, continuó hablando lentamente, mientras me desabotonaba la camisa:

—Esta casa es muy bonita. Me gustaría vivir aquí, contigo.

—¿Y entonces?

—Además —ahora se obstinaba en sacar mi brazo de una manga de mi saco—, me has prometido muchas cosas: viajes, ropa, fiestas.

—¿Entonces?

—Entonces debo decirte que no puedo casarme contigo. Debí decírtelo de inmediato, en cuanto me lo propusiste, pero me faltó el valor cuando vi que lo tomabas muy a pecho.

Había terminado de quitarme el saco y la camisa; los dobló y los puso a un lado de la cama.

Yo estaba totalmente desconcertado, como si realmente hubiese creído que a Cecilia le halagara la idea de convertirse en mi esposa. De nuevo pensé en que yo había esperado poseer a Cecilia por medio del dinero, y que ahora, con la ilusión de lograr el mismo fin, le ofrecía algo que las mujeres, casi siempre, anteponen al dinero: el matrimonio. Le pregunté, furioso:

—Pero ¿por qué no quieres?

—No quiero porque no quiero.

—¿Por qué?

Respondió de modo tajante:

—Por Luciani. No quiero separarme de él.

—¿Porque vas a casarte con él?

—Ni siquiera lo pienso; además, él ya tiene mujer.

—¿Luciani tiene mujer?

—Sí, y debe mantenerla.

Exasperado, grité:

—¡No me importa nada Luciani! ¡Puedes seguir viéndolo, si se te antoja!

—No; he dicho que no, y no es no.

—Pero ¿por qué?

Y, con el mismo tono que había empleado cuando le propuse darle una mensualidad fija, como apegándose a una costumbre cómoda, me dijo:

—No, Dino; ¿por qué tenemos que casarnos? Sigamos así, así estamos muy bien.

Quizá porque ella nada quería saber de matrimonio, ahora me aferraba más que nunca a tal idea.

—Si voy a permitirte ver a Luciani o a cualquier otro, si todo cambiará para bien, si vas a vivir en

esta villa conmigo, en lugar de vivir en una casa miserable con tu familia, ¿por qué motivo no aceptas?

—No quiero casarme, eso es todo. —Respondió en definitiva. Y luego, tomándome de la mano, me dijo—: Vamos, ven; hagamos el amor.

De manera mecánica, casi a regañadientes, me puse de pie. Entonces ocurrió una cosa ridícula: el pantalón, que Cecilia había desfajado poco antes, cayó a mis pies y me hizo tropezar. En el colmo de la furia, le grité:

—¡No, no tengo ganas! ¡Sólo quiero saber por qué no quieres ser mi mujer!

Ella estaba de pie, mirándome; luego, ambigualmente, me advirtió:

—Como quieras. Si no lo hacemos hoy, no podremos hacerlo sino después de algún tiempo.

—¿Por qué?

—Había pensado no decírtelo, para no hacerte enojar. Iba a decírtelo en una postal; pero ahora es mejor que lo sepas. Mañana por la mañana Luciani y yo partiremos a Ponza, y estaremos fuera unos quince días.

Esta noticia redobló mi furia y me aclaró finalmente la conducta de Cecilia en ese día. Ya había decidido pasar dos semanas en Ponza, con Luciani, y por eso, sólo por eso, para consolarme de algún modo, esa mañana me había propuesto pasar el día juntos; por eso, sólo por eso, me había propuesto hacer el amor. En fin; por muy extraño que pudiera parecer, por eso, sólo por eso, rechazaba mi propuesta de matrimonio. Ya conocía bien a Cecilia, ya tenía muchas pruebas de su falta de imaginación y de su indiferente y apático desinterés. Tampoco ignoraba que ella sólo podía pensar en una sola cosa a la vez, la más inmediata y cercana a su gusto. En este caso, el viaje a Ponza con el actor era la cosa más inmediata y cercana a su gusto; por lo tanto, no dudaba en rechazar el matrimonio que, quizá en otro momento, hubiera podido aceptar.

Me di cuenta de que sufría horriblemente, y de que, si poco antes deseaba que fuera mi mujer sin parar mientes en nada, ahora sólo quería que no fuera a Ponza. Lleno de angustia, le dije:

—No vayas.

No dijo nada. Se tendió en la cama con plácida lentitud, apoyando el dorso en los cojines, extendiendo una pierna y doblando la otra, al igual que la Dánae del cuadro. Se quitó lentamente la toalla y me dijo:

—¿Por qué piensas en el futuro? Ven, acuéstate junto a mí.

—Yo no quiero que vayas.

—Ya reservamos el cuarto.

—Dile a Luciani que te sientes mal y no vayas.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque quiero ir a Ponza y no veo por qué no debo hacerlo.

—Si no vas, te haré un regalo.

Ahora estaba totalmente desnuda, en una posición relajada, con los senos en libertad y las caderas bien plantadas sobre la cama; miraba, con curiosidad infantil, los cortinajes. Con voz distraída, preguntó:

—¿Qué vas a regalarme?

—Lo que quieras.

—¿Qué, por ejemplo?

—Una buena cantidad de dinero.

Sus grandes ojos oscuros me miraron de manera inexpresiva, incierta y casi asombrada:

—¿Cuánto me darías?

Y entonces, al ver que su posición era muy parecida a la de la Dánae del cuadro colgado en la pared, se me ocurrió decirle:

—Te daré todo el dinero necesario para cubrir tu cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—Que vas a quedarte quieta, acostada como estás, para cubrirte completamente con billetes. Si no vas a Ponza, te daré todo el dinero que te haya cubierto de la cabeza a los pies.

Se echó a reír, más halagada por la novedad del juego que por interés.

—¡Qué ideas se te ocurren!

Dije, de mala fe:

—Son ideas de pintor.

—¿Y dónde tienes el dinero?

—Espera.

Me puse de pie, corrí hacia el baño y, rápidamente, hice lo que en esos días me rondaba en la cabeza: moví la placa de azulejos, marqué la clave que me sabía de memoria y abrí la caja fuerte. Mientras tanto, deseaba encontrar ahí los billetes necesarios; si no los encontraba, recubriría su cuerpo con títulos y acciones industriales, que eran equivalentes al dinero.

Pero encontré dinero. Encima de dichos títulos estaba el conocido sobre amarillo, repleto de billetes. Los saqué y volví a la recámara. Cecilia me miró de soslayo, con una mirada que me atrevería a llamar mitológica, semejante a la que debió tener Dánae cuando cayó en su regazo la primera moneda de oro. Le ordené, sonriendo: “Acuéstate bien”. Y se acostó cuan larga era, mientras me miraba con curiosidad, divertida y, me pareció, algo turbada. El fajo de billetes era grueso, y calculé que contenía unos cincuenta billetes de diez mil liras. Comencé por abajo, simbólicamente, extendiendo sobre el pubis oscuro y rizado un billete. Luego, hacia arriba, cubrí con billetes el vientre infantil y

blanco, asimismo la estrecha cintura y el pecho, poniendo un billete sobre cada seno. Cubrí su cuello de billetes; puse cuatro en sus hombros y cuatro en cada brazo. Luego cubrí, con no sé cuántos billetes, los muslos, las piernas y sus pequeños pies. En un principio, Cecilia observaba la operación con curiosidad atenta y pueril, como si sólo se tratara de un juego; luego, de improviso, estalló en carcajadas, de manera nerviosa, irrefrenable. Esperanzado, pensé en la risa de una mujer que al fin se entrega a un amante después de rechazarlo mucho tiempo. Imaginé que así debió de reír Dánae al sentir la divina lluvia de oro que la cubría con voluptuosidad amorosa. Sin dejar de reír, Cecilia secundaba el juego indicando los sitios que habían quedado descubiertos: “Aquí hay lugar, pon uno aquí, pon otro allá”. Finalmente, se quedó inmóvil, como un extraño animal historiado, boca arriba, con la cara vuelta hacia mí, con los ojos muy abiertos. Le dije:

—Son veinticuatro billetes de diez mil liras. Serán tuyos si no vas a Ponza.

Se echó a reír de nuevo; luego exclamó:

—Creí que eran más.

Pensé que no le bastaban, e insistí:

—Te doy el doble, lo suficiente para cubrirte por delante y por detrás.

Ahora, yaciendo todavía bajo los billetes, inmóvil y temerosa de que cayesen y arruinaran el juego, me miraba con pesadumbre, perpleja. Al fin dijo: “Lo siento mucho, Dino, pero no es posible”. Después de mirarme un rato, agregó con una dulzura extraordinaria, que no podía ser falsa: “Hagamos el amor. Luego, cuando vuelva de Ponza, te prometo que lo haremos más seguido que antes, te prometo que nos veremos con más frecuencia”. Comprendí que la dulzura de su voz se debía a la excitación que le provocara el juego de los billetes. Una excitación que, de acuerdo con mi intención, me hubiese permitido poseerla por medio del dinero; pero, después de negarse a hacer lo que yo le rogaba, esa misma excitación la convertía una vez más en algo huidizo e inasible. Le rogué una vez más:

—No vayas.

—No; no es posible.

Seguía tendida, cuidando de no moverse bajo su atuendo de billetes, como si el juego continuara. En ese momento sentí un repentino y ciego impulso masculino, que me inducía a tomarla porque no podía poseerla: me lancé sobre ella, para cubrir con mi cuerpo el suyo, cubierto de dinero. Cecilia estaba segura de que el juego terminaría de ese modo; me aferró con los brazos y las piernas, y nuestros cuerpos, ardientes y sudados, hicieron crujir los billetes, horriblemente sucios y extraños. Unos billetes quedaron dispersos a cierta distancia de nosotros; otros, en la cabecera y entre los cabellos de Cecilia. Cecilia había quedado boca arriba, con las piernas abiertas, inmóvil y harta como una gran serpiente que ha engullido un animal más grueso que ella. Yo estaba tendido sobre Cecilia, también inmóvil; y, reflexionando sobre estas dos inmovilidades, me di cuenta de que la mía era la que puede seguir a un esfuerzo inane y extenuante, mientras que la suya tenía el carácter de una satisfacción plena. Me acordé del tiempo en que aún pintaba, cuando, después

de haber trabajado todo el día, me sentía cansado pero no exhausto, como ahora, con un cansancio satisfecho, semejante al de Cecilia, y me dije que, en nuestra relación, era ella la poseedora y yo el poseído, aunque la naturaleza nos ilusionara a los dos de lo contrario. Pensé que era un hombre acabado: no sólo no volvería a pintar, sino que también me destruiría al seguir esa especie de espejismo que parecía surgir del regazo de Cecilia como de las arenas de un desierto, y que al fin habría de deslizarme, como Balestrieri, hacia la oscuridad de la manía.

La voz de Cecilia me apartó de estas reflexiones:

—Por lo menos, debes admitir que no soy una mujer interesada.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté, extrañado.

—Porque otra, en mi lugar, habría tomado el dinero y partido de todas maneras.

—¿Y entonces?

—Entonces debes admitir que, en cierto modo, te has ahorrado mucho dinero.

—No soy yo quien lo ha ahorrado —le dije con la esperanza de que Cecilia, después de recapa-

citar, aceptara mi propuesta—; eres tú quien lo ha perdido.

—Como quieras. Ahora, quisiera pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Estabas dispuesto a darme casi medio millón si no partía. Préstame una pequeña parte de esa cantidad, cuarenta mil liras.

Le pregunté, como un estúpido:

—Pero ¿de qué pueden servirte?

—Te he dicho que Luciani está sin trabajo y tenemos poco dinero. Nos servirá en Ponza.

Aun antes de darme cuenta de lo que estaba sucediendo, apreté con ambas manos el cuello de Cecilia, gritándole las primeras injurias que pasaron por mi cabeza. Se dice que, en ciertos momentos de gran intensidad, es posible pensar y vivir cosas muy distintas. En el momento en que apretaba su cuello, pensé que la única manera de poseer a Cecilia era matándola. Con ello, le arrancaré todo lo que la hacía inasequible, y al fin la encerraré en la prisión definitiva de la muerte. Por un instante, pensé estrangularla en el lecho de

mi madre, entre los billetes que había rechazado, en la misma casa que habitaríamos juntos si nos casáramos. Y lo habría hecho si, en ese instante lúcido y fulminante, no me hubiese percatado de que aquello era un delito, algo inútil, al menos en lo concerniente al fin que me proponía. En realidad, en vez de poseer a Cecilia y liberarme de ella, sólo conseguiría asegurarle una autonomía definitiva. Envuelta en un misterio ya sellado por la muerte, me rehuiría para siempre, sin remedio. Aflojé la presión de mis manos y le dije en voz baja:

—Perdóname, pero me hiciste perder la cabeza.

Parecía no darse cuenta del peligro que había corrido. Me dijo:

—Me lastimaste. ¿Por qué te enojas tanto?

—No lo sé; perdóname.

—No importa, ya pasó.

Me erguí un poco, apoyándome en un codo; reuní rápidamente algunos billetes y se los di, diciendo:

—Son setenta mil liras, ¿te son suficientes?

—Es demasiado, basta con cuarenta mil.

—Tómalas, van a servirte de algo.

—Gracias.

Me besó, con ingenua y desarmadora gratitud, y volví a desearla, sólo por el viejo motivo de tenerla y no tenerla allí, entre mis brazos, y quién sabe si habría renunciado a partir dado el caso de que yo la hubiese tomado de nuevo. Sin rabia ya, dulcemente, con ternura desesperada, le pasé un brazo bajo la espalda, procurando no lastimarla con mi reloj de pulso; y cuando mi mano, deslizándose en torno de su cintura grácil, tocó mi otro brazo, introduje mis piernas entre las suyas y la penetré con lentitud, como esperando llegar a la siempre elusiva posesión. Finalmente, le pregunté:

—Estuvo bien, ¿no?

—Sí, estuvo bien.

—¿Mucho o poco?

—Mucho.

—¿Más que otras veces?

—Sí, más que otras veces.

—¿Estás contenta?

—Sí, estoy contenta.

—¿Me quieres bien?

—Ya sabes que te quiero bien.

Eran frases que le había dicho quién sabe cuántas veces, pero nunca con un sentimiento tan desesperado. Al decírselas, pensaba que Cecilia partiría hacia Ponza, y que ese viaje, símbolo concreto de su inaferrabilidad, reforzaría mi amor y mi consecuente deseo de liberarme de ella mediante la posesión. Y así, cuando ella regresara, todo recomenzaría, como antes del viaje, pero peor que antes. De pronto, sentí el deseo de no estar ya con ella, de alejarme de ella. Con la mayor dulzura posible, le dije:

—Es hora de que nos vayamos. Mi madre podría encontrarnos aquí, y eso sería muy molesto.

—Me visto rápido.

—No te apresures. Dije que sería molesto, pero sólo molesto. En el fondo, no tiene gran importancia. Cuando mucho, mi madre protestaría no tanto por la cosa, sino por el modo.

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre toma muy a pecho eso que se llama la forma. Al hacer el amor en su cama,

en lugar de hacerlo en el estudio, hemos pecado contra la forma.

—¿Qué es la forma?

—No lo sé. Probablemente lo que queda cuando se piensa mucho en el dinero.

Terminamos de vestirnos, en silencio. Recogí los billetes desparramados en la cama, fui al baño y escribí en el sobre, con lápiz: “Tomé setenta mil libras. Gracias. Dino”, y lo guardé en la caja fuerte. Cecilia estaba alisando la colcha, y me preguntó:

—¿A dónde vamos ahora?

Sentí mucha rabia, y le dije:

—A ningún otro lado, porque sería inútil. Te acompaño a tu casa.

Yo esperaba verle una reacción de disgusto por el vuelco en nuestro programa. En cambio, respondió con indiferencia:

—Como quieras.

—¿Como yo quiera? —insistí—. No, como quieras tú, que partes mañana. A ti te toca decir si quieres que estemos juntos hasta medianoche.

—A mí me da lo mismo.

—¿Por qué te da lo mismo?

—Porque volveré a verte dentro de dos semanas.

—¿Estás segura de eso?

—Sí.

—Bien, te acompaño a tu casa.

Esta pequeña discusión tuvo lugar mientras salíamos de la recámara y llegábamos a la planta baja. Yendo por el corredor, seguía oyéndose detrás de las puertas cerradas un rumor intenso, como de colmena alborotada: la recepción continuaba. Dejamos atrás el vestíbulo; recorrimos un buen trecho del terraplén.

Mientras abría la portezuela del automóvil, la inesperada frescura de la noche de verano hizo que levantara los ojos al cielo: el temporal, que durante todo el día estuviera suspendido sobre la ciudad, se había desahogado en otros rumbos. El cielo estaba despejado, con estrellas límpidas, con algunas nubes blancas, que se confundían con la luminosa blancura de la Vía Láctea. Pensé que Cecilia disfrutaría del buen tiempo en su viaje a Ponza, y sentí de nuevo la mordedura de los celos

en mi corazón ansioso. Sí; esperaría su regreso contando esos días, esas horas, esos minutos, esos segundos; a sabiendas de que, en esos días, a esas horas, en esos minutos y en esos segundos, ella estaría bromeando, riendo, navegando en una barca y haciendo el amor con Luciani. No dudaba de que, a su regreso, volvería a correr tras ella, como Balestrieri, porque parecía que estaba condenado a padecer sus propias experiencias.

En el trayecto de la casa de mi madre a la de Cecilia, sólo dijimos dos o tres cosas, brevemente. Como un estúpido, le pedí que me escribiera, aun sabiendo muy bien que Cecilia, tan reticente al conversar, debía de serlo todavía más en la correspondencia, y que ni siquiera podía esperar de ella una postal ilustrada. Llegamos a su calle. Detuve el coche; me despedí de ella dándole un beso en la boca. La vi cruzar la calle, y pensé: “Ojalá se detenga un poco en el umbral, me sonría y me salude con la mano”. Esperanza inútil. Cecilia cruzó el umbral y desapareció sin siquiera volver la cabeza.

En cuanto hubo desaparecido, me di cuenta de que no quería ir al estudio ni a ninguna otra parte. Sólo deseaba ir a la casa de Cecilia: creí que aún no terminaba con ella, deseaba subir a su apartamento, esperar a que me abrieran la puerta, ir con ella a su cuarto y tomarla por tercera vez en ese día. Sabía que era una locura, que si la tomaba de nuevo no la habría poseído más de lo que hasta la fecha, que lo que huía de mí no era su cuerpo, demasiado complaciente, sino algo que nada tenía que ver con el cuerpo. Sin embargo, sentía que era la única cosa que deseaba hacer.

No sé cuánto tiempo pasé considerando este problema, sentado en el coche, en la calle desierta, frente al portón de Cecilia. Finalmente, me dije que ella, después de todo, había insistido un poco en que estuviéramos juntos hasta medianoche, y que no hubiera tenido nada de extraño que yo, arrepentido de dejarla tan pronto, le hablara por teléfono para invitarla a cenar. Yo sabía que la paciencia de Cecilia era casi ilimitada, que cuando se me rehusaba nunca se debía a que no tuviera ganas, sino

porque no podía hacer otra cosa. Encendí el coche y, de reversa, me dirigí a la esquina; entré al bar.

El teléfono estaba ocupado por esa clase de persona de la cual no es posible esperar que acabe pronto: una muchacha de apariencia modesta, tal vez una criada, que hablaba y respondía en voz muy baja, con los silencios reflexivos de quien mantiene una conversación sentimental. Sin poder aguantar más, me dirigí rápidamente al portón de Cecilia. ¿Para qué telefonar? Subiría a su departamento, la encontraría, la metería en su cuarto.

Subí las escaleras corriendo, corriendo fui a donde estaba su timbre y, jadeante, esperé a que me abrieran la puerta, para precipitarme en la casa. No me abrió Cecilia, sino su madre, en cuya cara enjuta y pintada pude ver una inquietud extraña. Le pregunté:

—¿Y Cecilia?

Con cara afligida, respondió:

—Cecilia no está, profesor.

—¿Cómo que no está?

—Hace unos dos minutos que salió.

—¿A dónde fue?

—Salió a cenar.

—¿A qué hora regresa?

—No regresa, profesor. Se fue con una maleta. Va a ir a Ponza con una amiga. Esta noche va a dormir en casa de esa amiga, y volverá dentro de quince días.

Mientras yo me debatía sobre la conveniencia de hablarle por teléfono, ella había corrido a su casa, tomado la maleta ya lista y salido por el portón que daba a la calle paralela, para irse con Luciani. Vi que la madre mordisqueaba un pañuelo, con los ojos llenos de lágrimas. No pude menos que preguntarle:

—¿Qué le pasa?

—Cecilia se fue, y su padre se está muriendo. Me deja sola en esta casa. Ayer se llevaron a mi marido a una clínica; ya no tiene ninguna esperanza.

—¿Ya no tiene esperanza?

—No; los médicos le dan solamente dos o tres días de vida.

—¿Cecilia no quiere bien a su padre?

—Ay, profesor: Cecilia no quiere bien a nadie.

Recordé que Cecilia fue a buscarme precisamente el día en que murió Balestrieri; le dije a la señora: “Lo siento, lo siento mucho”, y, después de haber escuchado con impaciencia las lamentaciones de la mujer, me marché de ahí.

Al regresar al coche, me lastimó muchísimo la idea de que Cecilia estuviese con el actor en ese mismo momento. Era la constante imposibilidad de hacer algo, ahora aumentada por la reciente desilusión. Abordé el coche y pronto me di cuenta de que corría hacia la vía Arquímedes, donde estaba la casa de Luciani. Dije que me di cuenta porque obraba como autómeta, con el automatismo propio del furor. Al llegar a dicha calle, la bajé rápidamente hasta llegar al bar, me detuve allí y me puse a ver las ventanas de Luciani. Estaban a oscuras, lo cual significaba que los dos amantes no estaban allí. Sin embargo, bajé del coche, entré en el edificio y fui a tocar el timbre de la puerta del actor. No sé qué sentía en mi cabeza al oírlo resonar en el apartamento vacío; sólo sé que dos minutos después me hallaba en el

bar, marcando el número telefónico de una madrota a la que, en otra época, me dirigía para conseguir muchachas mercenarias. Desde el otro lado de la línea, contestó mi llamada dicha mujer, diciéndome que había una muchacha y que la casa de citas seguía estando en la vía Cassia.

Ya en el coche, pensé que la muchacha que iba a ver era justamente lo contrario de Cecilia: ella estaba a mi entera disposición por una cantidad de dinero, y la poseería por entero, sin traza alguna de autonomía o de misterio, gracias a dicha cantidad pecuniaria. Lo que no había conseguido en la villa de la vía Appia, con una proposición de matrimonio y medio millón de liras, ahora lo conseguiría, mediante un gasto pequeño, en la casa de citas de la vía Cassia. Pero si la muchacha no era Cecilia, ¿por qué diablos iba a buscarla?

En cuanto me hube hecho esta pregunta, recordé que, en el mismo momento de mi absurdo telefonema, yo abrigaba una extraña e increíble esperanza. En mi furor, yo esperaba que en la villa de la vía Cassia encontraría a Cecilia, que me es-

peraba, dispuesta a dejarse poseer completamente. No sé por qué motivo abrigaba esa esperanza; tal vez, en parte, por los halagos de que se sirven las madrotas, que siempre prometen lo que no pueden procurar —o sea el amor—; y en parte porque, en vista de que yo no podía poseer a Cecilia por medios racionales, ya sólo esperaba un milagro.

En medio de estas reflexiones, de este desvarío furioso y casi místico, salí de la ciudad y recorrí la vía Cassia. Dicha villa estaba en pleno campo; después de unos veinte minutos de camino, encontraría un cancel rústico; luego un camino terroso, que llevaba a la cima de una loma, en la cual hallaría un edificio blanco. Dejé atrás el cancel, recorrí dicho camino bordeado de árboles maltrechos, que parecían trasplantados recientemente. Inclinéme sobre el volante, vi que la villa tenía todas las ventanas a oscuras; luego, una se iluminó. El coche se detuvo en un terraplén cubierto de grava, y bajé.

La villa era una construcción muy simple, de dos pisos, con tres ventanas por piso, y una escalera exterior, de estilo rústico, por la cual se subía al

segundo piso. La escalera terminaba en un pasillo y, mientras bajaba del coche, se encendió de pronto una linterna. Una figurita se perfiló en la luz amarilla de la linterna, la de una muchacha de cabellos tupidos, busto prominente y cintura estrecha: yo estaba seguro de que era Cecilia.

Pensé: “Es ella”, y subí deprisa la escalera. La figurita negra me miraba llegar, con los codos apoyados plácidamente sobre la barandilla. En cuanto hube llegado, se enderezó y fue a mi encuentro, diciendo:

—Buenas noches.

Estaba a contraluz, y no pude ver su cara; pero me pareció que su voz era la de Cecilia, y la tomé entre mis brazos. Vi un gracioso rostro regordete, de muchacha muy joven, cubierto del lívido y cadavérico polvo facial, tan de moda entonces, con los labios pintados de color lila, los ojos con sombra negra y cabellos de un rubio pajizo. Su busto era prominente, como el de Cecilia; la cintura, que rodeaba con mis brazos, era tan grácil como la de Cecilia. Pero no era Cecilia.

De pronto, exclamé:

—¡Cecilia!

La muchacha sonrió y me dijo:

—No me llamo Cecilia, me llamo Gianna.

—Pero yo busco a Cecilia.

—No sé quién sea Cecilia; aquí no hay ninguna Cecilia. ¿Entramos?

—Cecilia, yo vine por Cecilia —le dije. Luego me zafé de ella dándole un empujón, bajé deprisa la escalera y fui hacia el coche, corriendo. Un minuto después corría por la vía Cassia, pero no hacia Roma, sino hacia el campo.

Desde tiempo atrás, me había dado cuenta de que, manejando el automóvil, sentía la tentación de desviarme del camino y dirigir el coche, a toda velocidad, contra el primer obstáculo que viera. Era una tentación irresistible, seductora, semejante a la del niño que, cuando juega con el revólver del padre, se lo lleva una y otra vez a la sien. Pero no pensaba en suicidarme, jamás había tenido esa idea. Mas el deseo de morir estaba en mi cuerpo extenuado por la angustia, y sentía que, en cualquier

momento, mi brazo podría darle media vuelta al volante, lo suficiente para estrellar el coche contra un árbol o un parapeto. Como he dicho, se trataba de una tentación irresistible, dulce, tranquilizante, que me hacía pensar en la tentación del sueño que, a veces, aunque no queramos, nos hace soñar en que seguimos despiertos aunque ya estemos dormidos. Así, pues, estaba consciente de que, si me mataba en el automóvil, lo habría hecho sin darme cuenta y sin quererlo, como si hubiese seguido un camino imaginario, distinto del que recorría, sin tener en cuenta los parapetos, los árboles y las casas, y al fondo del cual estaba la muerte.

Esa noche, mientras manejaba el coche en la vía Cassia, hacia el campo abierto, recordé una frase que oí no sé cuándo ni dónde: “La humanidad se divide en dos grandes categorías: la de aquellos que, ante una dificultad insuperable, sienten el deseo de matar, y la de aquellos que sienten el deseo de matarse”. Me dije que había oído el primer corno del dilema y que había fallado la prueba: no había sido capaz de matar a Cecilia en el lecho de

mi madre. Ahora, pues, no me quedaba más que matarme. Pero también consideré que, si me liquidaba, me habría comportado igual que cualquier enamorado desde que el mundo es mundo: Cecilia se iba a Ponza con Luciani y yo me mataba. Pero precisamente esta reflexión acerca de la normalidad y la banalidad de mi situación me inspiró una rabia más fuerte y destructiva que nunca. En ese momento me hallaba frente a una recta del camino bordeado de árboles; un camión me precedía a baja velocidad. Frené un poco e hice el cambio, para rebasarlo, y quizá fue ese cambio en la marcha lo que me salvó la vida. Después de hacerlo, como si hubiese visto otro camino a mi izquierda, dirigí el coche contra un árbol.

EPÍLOGO

Frente a la ventana de mi cuarto, en la clínica a la que me llevaron después del choque, se alzaba en el jardín un gran árbol: un cedro de Líbano, de largas ramas colgantes y de un verde casi azul. Acostado en posición supina, lo miraba durante horas –con la cabeza vuelta hacia él–, todas las horas en que no comía, o las dedicadas a dormir, porque casi siempre estaba solo. Desde el primer día allí, les dije a mi madre y a mis pocos amigos que no quería visitas. Al mirar el árbol experimentaba un sentimiento de desesperación total, pero calmada y, por así decirlo, estabilizada, parecida a

la que se experimenta después de haber pasado una crisis que, aun sin ser resolutive, se supone que es lo máximo que se puede afrontar. Lo que a falta de términos más apropiados debía llamar mi suicidio, no había resuelto nada; pero el hecho de haberlo intentado me decía que era lo más que podía hacer. En otras palabras, el hecho de haberlo intentado confirmaba la seriedad de mi empeño. No había muerto pero, al menos, me había demostrado a mí mismo que en lugar de vivir como hasta entonces habría preferido realmente la muerte. Todo esto no mitigaba el sentimiento de desesperación que me embargaba, pero introducía en él una cierta serenidad fúnebre y resignada. Había estado realmente en las oscuras regiones de la muerte, y había regresado de ellas; ahora debía seguir viviendo, aunque ya sin ninguna esperanza.

He dicho que pasaba horas y horas mirando el árbol, lo cual asombraba mucho a las monjas y a las camareras de la clínica, quienes decían que nunca habían visto a un enfermo más tranquilo que yo. En realidad, no estaba tranquilo; sólo estaba muy

ocupado en lo único que me interesaba de verdad: la contemplación del árbol. No pensaba en nada, sólo me preguntaba de qué manera había reconocido la existencia del árbol, como la de un objeto que era diferente de mí, que no estaba relacionado conmigo pero que no podía ser ignorado. Evidentemente, algo había sucedido en el mismo momento en que me lancé con el coche fuera del camino; algo que, en palabras sencillas, podía definirse como el derrumbe de una ambición insostenible. Ahora contemplaba al árbol con una complacencia inagotable, como si sentirlo autónomo y diferente de mí hubiese sido lo que me proporcionaba el mayor de los placeres. Comprendía que el azar había querido que, después de mi traslado a la clínica, tuviera que verlo solamente a través de la ventana, por estar enyesado. También me percataba de que cualquier otro objeto habría-me inspirado el mismo género de contemplación y el mismo sentimiento de complacencia inagotable.

En cuanto empecé a pensar de nuevo en Cecilia, sentí que me sucedía lo mismo que cuando miraba el árbol a través de la ventana. Habían pasado

diez días del encontronazo, y Cecilia se hallaba aún en Ponza, con Luciani. Empecé a pensar en ella; primero, pocas veces y con precaución; luego, más a menudo y con mayor confianza. Como si ella estuviera presente, imaginaba todo lo que estaba haciendo mientras yo estaba encamado en la clínica. Imaginar es decir poco, porque la veía como a través de un catalejo invertido: miraba a Cecilia y al actor como pequeñas figuras lejanas, corriendo, abrazándose, acostados juntos, desapareciendo y reapareciendo en numerosas actividades, sobre el fondo del mar azul y del cielo despejado y luminoso. Conocía por experiencia la dicha de estar en un sitio hermoso y sereno, al lado de la persona que amamos y que nos ama; estaba seguro de que Cecilia estaba feliz, pese a su carácter reservado, y me asombraba el hecho de pensarla feliz. Sí, estaba contento de que ella estuviera feliz, y, sobre todo, de que ella existiera en la isla de Ponza, de una manera tan distinta de la mía, tan contraria de la mía, con un hombre que no era yo, lejos de mí. De vez en cuando me repetía “yo estoy en la

clínica, ella está en Ponza, con el actor”. Nosotros éramos dos, y ella nada tenía que hacer conmigo: ella estaba fuera de mí, como yo estaba fuera de ella. En fin, ya no quería poseerla sino mirarla vivir así, como era, y contemplarla del mismo modo que contemplaba al árbol a través de los vidrios de la ventana. Esta contemplación nunca tendría fin porque yo no deseaba que terminara; es decir, no quería que el árbol, Cecilia o cualquier otro objeto fuera de mí me aburriera y dejara de existir para mí. En realidad, de pronto me di cuenta, con asombro, de que había renunciado a Cecilia para siempre, y lo más extraño es que, a partir de esta renuncia, ella empezaba a existir para mí.

Me pregunté si, casualmente, al renunciar a Cecilia también había dejado de amarla y de sentirme siempre ilusionado y siempre desilusionado como hasta entonces, y si, por decirlo de alguna manera, eso era el amor. Me di cuenta de que esa clase de amor estaba muerta, pero también de que la amaba igualmente, con un amor nuevo y distinto. Este amor podía estar o no acompañado

de la relación física, pero no dependía de ésta y, en cierto modo, no la necesitaba. Cuando Cecilia volviera, podríamos reanudar o no nuestra relación; pero, en todo caso, no dejaría de amarla.

Al llegar a este punto, debo reconocer que mis ideas se embrollaban. Recordaba que, desde un principio, me pareció que mi relación con Cecilia era idéntica a mi relación con la realidad; en otras palabras, había dejado de pintar por los mismos motivos que me habían sugerido la idea de matarme. Pero ¿ahora? Finalmente, me dije que, por el momento, era preciso quedarme en cama más de un mes, y que era demasiado pronto para decidir lo que fuera. Una vez curado, regresaría al estudio y volvería a pintar. Mejor dicho, lo intentaría, porque no estaba seguro de que existiera realmente el nexo entre la pintura y Cecilia, ni de que el hecho de amar de otro modo a Cecilia garantizara mi vuelta a la pintura. Sólo la experiencia podría dar una respuesta.

De modo que, al fin, el único resultado realmente seguro era el de haber aprendido a amar a Cecilia o, por lo menos, eso esperaba. Porque,

aun en este aspecto de mi vida, la duda no estaba descartada. Para estar totalmente seguro de ello, aún debía esperar a que Cecilia regresara de su viaje al mar.

INDICE

ACTUALIDAD DE ALBERTO MORAVIA	8
EL TEDIO	15
Prólogo	17
Capítulo I	45
Capítulo II	111
Capítulo III	173
Capítulo IV	207
Capítulo V	245
Capítulo VI	279
Capítulo VII	331
Capítulo VIII	403
Capítulo IX	461
Epílogo	543



El tedio, de Alberto Moravia,
traducción de Guillermo Fernández,
se imprimió y encuadernó en 2019 en
los talleres gráficos de Luis Fabián
López Laredo, ubicados en Valentín
Gómez Farías núm. 307, segundo
piso, colonia Francisco Murguía, C. P.
50130, en Toluca, Estado de México.
En su composición se utilizaron tipos
de la familia Bodoni. El papel de
los interiores es cultural de 90 g y
el de los forros y camisa protectora,
fabria crema de 240 y de 100 g,
respectivamente. El tiro consta de mil
ejemplares. Cuidado de la edición:
Carlos Valenzuela, Édgar Valencia y
José C. Nuñez. Diseño gráfico: Luis
García Flores. Editora responsable:
María Trinidad Monroy Vilchis.